

DARTH BANE

DINASTÍA DEL MAL

DRIEW KARPYSHYN

timunmas | PLANETA DeAGOSTINI

Si el maestro más poderoso del lado oscuro consigue descubrir el secreto definitivo, los Sith jamás morirán… ni tampoco Darth Bane.

Han pasado veinte años desde que Darth Bane, el supremo Señor Oscuro de los Sith, reinventó la antigua orden consagrada al lado oscuro, convirtiéndola en un círculo de dos: un Maestro para ejercer el poder y legar su sabiduría, y un aprendiz para aprender, retar y finalmente derrocar al Señor Oscuro en un duelo a muerte. Pero la discípula de Bane, Zannah, aún debe demostrar que es una sucesora digna. Decidido a que el sueño Sith de dominación galáctica no muera con él, Bane pretende descubrir el secreto de un Señor Oscuro olvidado que garantizará la inmortalidad de los Sith… y la suya propia.

Zannah sabe que su implacable Maestro ha empezado a dudar de ella, por lo que se prepara para su caída y planea finalmente enfrentarse a Bane para arrebatarle el manto de Señor Oscuro de los Sith. Zannah persigue a su Maestro desde las lúgubres profundidades de un mundo devastado hasta los yermos confines de un desértico puesto avanzado, donde la última y fatal estocada de una espada de luz decidirá el futuro de los discípulos más poderosos del lado oscuro.



Darth Bane 3

Dinastía del mal

Drew Karpyshyn



LEYENDAS

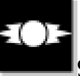
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Darth Bane: Dynasty of Evil*

Autor: Drew Karpyshyn

Arte de portada: John Jude Palencar

Publicación del original: diciembre 2009

980 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1 (con correcciones aportadas por Reek17)

10.05.15

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

A mi mujer, Jennifer.
Ahora que empezamos un nuevo capítulo en nuestras vidas,
no hay nadie mejor con quién lo compartiría.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a Shelly Shapiro por todos sus comentarios y retroalimentación de los primeros bocetos. Esta no fue una novela fácil de escribir, pero ella me ayudó a crear un final digno a esta trilogía.

También quiero agradecer a todos los fans que se han tomado el tiempo de seguir a Des en su viaje desde un simple minero al Lord Oscuro de los Sith. Abrazad el lado oscuro.

DRAMATIS PERSONAE

Darth Bane; Lord Oscuro de los Sith (hombre humano)
Darth Zannah; aprendiz Sith (mujer humana)
La Cazadora; asesina (mujer iktotchi)
Lucia; guardaespaldas (mujer humana)
Serra; princesa (mujer humana)
Set Harth; Jedi Oscuro (hombre humano)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

PRÓLOGO

Darth Bane, el regente Lord Oscuro de los Sith, pateó las cubiertas de su cama y dejó caer sus pies por el borde, descansándolos en el frío suelo de mármol. Inclinó su cabeza de lado a lado; esforzándose por estirar los nudos de su cuello y hombros fuertemente musculados.

Finalmente se alzó con un gruñido audible. Tomando aliento profundamente, exhaló lentamente, extendiendo sus brazos bien arriba sobre su cabeza mientras se estiraba sobre su altura completa de dos metros. Podía sentir el agudo *pop-pop-pop* de cada vértebra individual de su columna soltándose mientras se estiraba hasta que las puntas de sus dedos se frotaban contra el techo.

Satisfecho, bajó sus brazos y cogió su sable láser de la mesita de noche ornamentada al lado de la cama. La empuñadura curvada se sentía reconfortante en su agarre. Familiar. Sólida. Aún así, al sostenerla no pudo evitar que su mano libre temblara aunque fuera ligeramente. Frunciendo el ceño, apretó su mano izquierda en un puño, los dedos hundiéndose en la carne de su palma, una forma cruda pero efectiva de domar el temblor.

Moviéndose silenciosamente, se deslizó del dormitorio hacia los vestíbulos de la mansión que ahora llamaba hogar. Tapices luminosos cubrían las paredes y alfombras coloridas, tejidas a mano delineaban los pasillos mientras se abría paso habitación tras habitación, cada una decorada con muebles hechos a medida, objetos de arte extraños, y otras señales inequívocas de riqueza. Le llevó casi un minuto caminar por la longitud del edificio y alcanzar la puerta trasera que llevaba fuera a los terrenos abiertos que rodeaban su estado.

Descalzo y desnudo de la cintura para arriba, se estremeció y miró abajo, al mosaico abstracto del patio de piedra iluminado bajo la luz de las lunas gemelas de Ciutric IV. Se le puso la piel de gallina, pero ignoró el frío de la noche mientras encendía su sable láser y empezaba a practicar las formas agresivas del Djem So.

Sus músculos gruñeron en protesta, sus juntas cliqueando y moliendo mientras se movía cuidadosamente a través de una variedad de secuencias. *Corte. Finta. Empujón.* Las plantas de sus pies golpeaban con suavidad contra la superficie de las piedras del patio, un ritmo esporádico que marcaba el progreso de cada avance y retirada contra su oponente imaginario.

Los últimos vestigios de sueño y fatiga se aferraban tercamente a su cuerpo, espoleando a la diminuta voz interior que le urgía a abandonar su entrenamiento y volver a la comodidad de su cama. Bane la achacó recitando silenciosamente la línea de apertura del Código Sith: *La paz es una mentira, sólo existe la pasión*.

Diez años estándar habían pasado desde que perdió su armadura de orbaliskos. Diez años desde que su cuerpo hubiera ardido casi más allá de poder ser reconocido por el devastador poder de los rayos de Fuerza liberados por su propia mano. Diez años desde que el sanador Caleb le hubiera llevado de vuelta desde el borde de la muerte y Zannah, su aprendiz, hubiera masacrado a Caleb y a los Jedi que habían ido a encontrarlos.

Gracias a las manipulaciones de Zannah, los Jedi ahora creían que los Sith estaban extintos. Bane y su aprendiz habían pasado la década desde aquellos eventos perpetuando ese mito: viviendo en las sombras, reuniendo recursos, y reuniendo sus fuerzas para el día en que contraatacarían contra los Jedi. En ese día glorioso los Sith se revelarían a sí mismos, mientras barrían a sus enemigos de la existencia.

Bane sabía que no viviría para ver ese día. Estaba a mediados de sus cuarenta ahora, y las primeras cicatrices leves del tiempo y la edad habían empezado a dejar sus marcas en su cuerpo. Aún así, se había dedicado a sí mismo a la idea de que un día, incluso si llevaba siglos, los Sith —*sus* Sith— dominarían la galaxia.

Mientras continuaba ignorando los achaques y dolores que inevitablemente acompañaban la primera mitad de su régimen nocturno, los movimientos de Bane empezaron a coger velocidad. El aire siseó y crujió como si se partiera una y otra vez por la espada carmesí que se había convertido en una extensión de su voluntad indomable.

Él todavía tenía una figura imponente. Los poderosos músculos formados durante una juventud pasada trabajando en las minas de Apatros se ondulaban bajo su piel, flexionándose con cada corte y golpe de su sable láser. Pero una diminuta capa de la fuerza bruta que había poseído una vez, se había debilitado.

Saltó alto en el aire, su sable láser arqueándose sobre su cabeza antes de golpear de lleno en un golpe lo suficientemente poderoso como para partir en dos a un enemigo. Sus pies golpearon la superficie dura de las piedras del patio con un golpe agudo, repentino, mientras aterrizaba. Bane todavía se movía con una gracia feroz y una intensidad aterradora. Su sable láser aún parpadeaba con velocidad cegadora mientras hacía sus prácticas marciales, aún así, era una mera fracción más lento de lo que lo había sido una vez.

El proceso de la edad era sutil, pero inevitable. Bane lo aceptaba; lo que había perdido en fuerza y velocidad podía compensarlo fácilmente con sabiduría, conocimientos, y experiencia. Pero no era culpa de la edad el temblor involuntario que a veces afligía a su mano izquierda.

Una sombra pasó por una de las lunas gemelas; una nube oscura pesada con la amenaza de una feroz tormenta. Bane se detuvo, brevemente considerando cesar su ritual pronto para evitar la inminente tromba de agua. Pero sus músculos estaban calientes ahora, y la sangre estaba bombeando furiosamente a través de sus venas. Los dolores y achaques menores se habían ido, desvanecidos por la explosión de adrenalina del intenso entrenamiento físico. Ahora no era el momento de dejarlo.

Sintiendo un golpe de viento frío, se agachó y se abrió a la Fuerza, dejándola fluir a través de él. Atrayéndola para extender su alerta para acompasar cada lágrima de lluvia mientras caía del cielo, decidió no dejar que ni una sola gota tocara su carne expuesta.

Podía percibir el poder del lado oscuro aumentando en su interior. Empezaba, como siempre lo hacía, con una leve chispa, un diminuto parpadeo de luz y calor. Los músculos tensos y enroscados en anticipación, alimentó la chispa, alimentándola con su propia

pasión, dejando que su rabia y su furia transformaran la llama en un infierno que esperaba ser desatado.

Mientras las primeras gotas gordas chocaban contra las piedras del patio a su alrededor, Bane explotó en acción. Abandonando el superpoderoso estilo del Djem So, cambió a las secuencias más rápidas del Soresu, su sable láser trazando estrechos círculos sobre su cabeza en una serie de movimientos diseñados para interceptar los disparos de bláster enemigos.

El viento se elevó hasta un vendaval aullante, y las gotas dispersas rápidamente se convirtieron en un aguacero. Su cuerpo y mente unidos como uno, canalizó el poder infinito de la Fuerza contra la lluvia torrencial. Diminutas nubes de vapor siseante se formaron mientras su espada pillaba a las gotas que descendían mientras Bane giraba, rodaba, y contorsionaba su cuerpo para evadir aquellas pocas que conseguían deslizarse a través de sus defensas.

Durante los siguientes diez minutos luchó contra la tormenta bombardeante, deleitándose en el poder del lado oscuro. Y entonces, tan repentinamente como había empezado, la tempestad se fue, la nube oscura desvaneciéndose en la brisa. Respirando con fuerza, Bane apagó su sable láser. Su piel estaba cubierta de sudor, pero ni una sola gota de lluvia había tocado su carne desnuda.

Las tormentas repentinas eran una ocurrencia de casi cada noche en Ciutric, particularmente aquí en el bosque frondoso del exterior de la ciudad capital de Daplona. Aún así, esta inconveniencia menor era fácilmente tolerada cuando se ponía contra todas las ventajas que el planeta tenía que ofrecer.

Localizado en el Borde Exterior, lejos de la cuna del poder galáctico y lejos de los ojos fisgones del Consejo Jedi, Ciutric tenía la buena fortuna de existir en el nexo de varias rutas de comercio hiperespaciales. Los navíos se detenían frecuentemente en el planeta, haciendo prosperar a pequeñas pero muy provechosas sociedades industriales centradas en el comercio y transporte.

Más importante para Bane, el constante flujo de visitantes de las regiones dispersas por la galaxia le daba un fácil acceso a contactos e información, permitiéndole construir una red de informadores y agentes que pudiera supervisar personalmente.

Esto habría sido imposible si su cuerpo aún estuviera cubierto con los orbaliskos, una cepa de parásitos quitinosos que se alimentaban de su carne a cambio de la fuerza y protección que ofrecían. Su armadura viviente le había hecho casi invencible en un combate uno a uno, aún así, su apariencia monstruosa le había forzado a permanecer oculto de los ojos de la galaxia.

Antes, sus planes de aumentar en riquezas, influencia, y poder político habían sido incapacitados por su deformidad física. Forzado a una vida de aislamiento para que los Jedi no se percataran de su existencia, había trabajado sólo a través de emisarios e intermediarios. Había confiado en que Zannah fuera sus ojos y oídos. Toda la información que recibía era canalizada a través de ella; cada meta y tarea era cumplida

por su mano. Como resultado, Bane había sido forzado a actuar con más cautela, ralentizando sus esfuerzos y retrasando sus planes.

Las cosas eran distintas ahora. Aún era una figura terrorífica que soportar, pero no más que cualquier mercenario, cazarrecompensas, o soldado retirado. Vestido en las prendas típicas de su mundo natal adoptivo, era más destacable por su altura que por cualquier otra cosa, destacable, pero difícilmente único. Era capaz de mezclarse entre las multitudes, interaccionar con aquellos que poseían información, y forjar relaciones con valiosos aliados políticos.

Ya no tenía que permanecer oculto, por ahora era capaz de ocultar su verdadero ser tras una identidad asumida. Para este fin, Bane había comprado un pequeño estado un par de minutos fuera de Daplona. Adoptando la guisa de hermanos Sepp y Allia Omek, ricos mercantes de importación-exportación, él y Zannah habían cultivado cuidadosamente sus nuevas identidades en los círculos de influencia sociales, políticos, y económicos del planeta.

Su estado estaba lo suficientemente cerca de la ciudad para darles acceso fácil a todo lo que Ciutric tenía por ofrecer, aún así, lo suficientemente aislado como para permitir que Zannah continuara sus lecciones en los caminos de los Sith. El estancamiento y la complacencia eran las semillas que llevarían a la destrucción definitiva de los Jedi; como el Lord Oscuro, Bane tenía que estar vigilante contra permitir que su propia Orden cayera en la misma trampa. Era necesario no sólo entrenar a su aprendiz, sino también continuar aumentando sus propias habilidades y conocimiento.

Un frío céfiro pasó por el patio, enfriando el cuerpo empapado de sudor de Bane. Su entrenamiento físico había acabado por esa noche; ahora era hora de que el trabajo verdaderamente importante empezara.

Un par de docenas de pasos le llevaron al pequeño anexo en la parte trasera del estado. La puerta estaba cerrada, sellada por un sistema de seguridad codificado. Presionando los dígitos, suavemente empujó la puerta para abrirla y caminó dentro del edificio que servía de su biblioteca privada.

El interior consistía en una única habitación cuadrada, cinco metros a cada lado, iluminada sólo por una única luz suave colgando del techo. Las paredes estaban delineadas por estanterías que rebosaban de pergaminos, tomos, y manuscritos que había reunido durante los años: las enseñanzas de los Sith antiguos. En el centro de la habitación había un gran podio y un pequeño pedestal. En el pedestal descansaba el mayor tesoro del Lord Oscuro: su Holocrón.

Una pirámide de cuatro caras de cristal lo suficientemente pequeña como para sostenerla en la palma, el Holocrón contenía la suma de todos los conocimientos y entendimientos de Bane. Todo lo que había aprendido sobre los caminos del lado oscuro —todas sus enseñanzas, todas sus filosofías— había sido transferido al Holocrón, registrado para toda la eternidad. Era su legado, una forma de compartir toda una vida de sabiduría con aquellos que le siguieran en la línea de Maestros Sith.

El Holocrón pasaría a Zannah a su muerte, proveyendo que un día demostrara ser lo suficientemente fuerte como para luchar contra él por el título de Lord Oscuro. Bane ya no estaba seguro de que ese día llegara.

Los Sith habían existido de una u otra forma durante miles de años. A través de su existencia, había librado una guerra interminable contra los Jedi… y los unos contra los otros. Una y otra vez los seguidores del lado oscuro habían sido frustrados por sus propias rivalidades y luchas de poder internas.

Un tema común resonaba por la larga historia de la Orden Sith. Cualquier gran líder inevitablemente sería depuesto por una alianza de sus seguidores. Careciendo de un líder fuerte los Sith inferiores rápidamente se volverían unos contra otros, debilitando aún más la Orden.

De todos los Maestros Sith, sólo Bane había entendido la inevitable futilidad de este ciclo. Y sólo él había sido lo suficientemente fuerte como para romperlo. Bajo su liderazgo, los Sith habían renacido. Ahora sólo sumaban dos: un Maestro y un aprendiz; uno para encarnar el poder del lado oscuro, el otro para ansiarlo.

Por lo tanto, la línea de los Sith siempre fluiría desde el más fuerte, el más digno. La Regla de Dos de Bane aseguraba que el poder tanto del Maestro como del aprendiz creciera de generación en generación hasta que los Sith fueran finalmente capaces de exterminar a los Jedi y guiar una nueva era galáctica.

Era por eso por lo que Bane había escogido a Zannah como su aprendiz: ella tenía el potencial de sobrepasar un día incluso sus propias habilidades. En ese día, ella le usurparía como Lord Oscura de los Sith y escogería un aprendiz para sí misma. Bane moriría, pero los Sith seguirían viviendo.

O eso había creído una vez. Aún así, ahora había dudas en su mente. Dos décadas habían pasado desde que cogiera a la chica de diez años de los campos de batalla de Ruusan, pero Zannah todavía parecía conforme con meramente servir. Había abrazado sus lecciones y había mostrado una increíble afinidad por la Fuerza. Durante los años, Bane había rastreado su progreso con cuidado, y ya no podía decir con certeza quién de ellos sobreviviría a una confrontación entre ellos. Pero su reluctancia a desafiarle había dejado a su Maestro preguntándose si Zannah carecía de la ambición fiera necesaria para convertirse en la Lord Oscura de los Sith.

Caminando hacia la biblioteca, extendió su mano izquierda para cerrar la puerta tras él. Mientras lo hacía, se dio cuenta del temblor demasiado familiar en sus dedos. Retiró su mano involuntariamente, apretándola una vez más en un puño mientras pateaba la puerta para cerrarla.

La edad le estaba pasando factura a Bane, pero no era nada comparado con el precio que ya le había cobrado su cuerpo por las décadas de esgrimir el lado oscuro de la Fuerza. No pudo evitar sonreír ante la funesta ironía: a través del lado oscuro había tenido acceso a un poder casi infinito, pero era un poder que venía con un terrible coste. La carne y los huesos carecían de la fuerza para soportar la inconmensurable energía desatada por la Fuerza. El fuego inextinguible del lado oscuro le estaba consumiendo, devorándole poco

a poco. Tras décadas de centrarse y canalizar su poder, su cuerpo estaba empezando a romperse.

Su condición estaba exacerbada por los efectos que permanecían de la armadura de orbaliskos que le habían estado matando mientras le otorgaban una increíble fuerza y velocidad.

Los parásitos habían empujado a su cuerpo mucho más allá de sus límites naturales, envejeciéndole prematuramente e intensificando la degeneración llevada por el poder del lado oscuro. Los orbaliskos ya no estaban, pero sus daños no podían deshacerse.

Las primeras manifestaciones externas de su salud fallándole habían sido sutiles: sus ojos se habían hundido y demacrado, su piel tenía un toque más pálido y estaba más marcada de lo normal para su edad. El último año, sin embargo, había visto deterioros más pronunciados, culminando con el temblor involuntario que se aferraba a su mano izquierda con una frecuencia en aumento.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto. Le podía atraer el lado luminoso para sanar las heridas y la enfermedad. Pero el lado oscuro era un arma; los enfermos y frágiles no merecían ser curados. Sólo los fuertes merecían sobrevivir.

Había tratado de ocultar el temblor a su aprendiz, pero Zannah era demasiado rápida, demasiado astuta, para haberse perdido una marca tan obvia de debilidad en su Maestro.

Bane había esperado que el temblor hubiera sido el catalizador que necesitara Zannah para desafiarle. Sin embargo, incluso ahora, con su cuerpo mostrando una evidencia innegable de su vulnerabilidad en aumento, ella parecía conforme con mantener su estatus quo. Si actuaba por miedo, indecisión, o quizás incluso compasión por su Maestro, Bane no lo sabía, pero ninguno de esos rasgos era aceptable en la elegida para continuar con su legado.

Había otra explicación potencial, por supuesto, aunque era la más perturbadora de todas. Era posible que Zannah se hubiera percatado de sus habilidades físicas en deterioro y hubiera simplemente decidido esperar. En cinco años su cuerpo sería un cascarón en ruinas, y ella podría despacharle sin virtualmente ningún riesgo.

En la mayoría de circunstancias Bane habría admirado esta estrategia, pero en este caso soplaba en la cara del principio más fundamental de la Regla de Dos. Un aprendiz debía ganarse el título de Lord Oscuro, luchando por él contra el Maestro en una confrontación que les empujaría a ambos al límite de sus habilidades. Si Zannah pretendía desafiarle sólo después de que estuviera incapacitado por la enfermedad y la debilidad, entonces no era digna de ser su heredera. Aún así, Bane no estaba dispuesto a iniciar su confrontación él mismo. Si caía, los Sith serían gobernados por una Maestra que no aceptaba o entendía el principio clave sobre el cual la nueva Orden se había fundado. Si salía victorioso, se quedaría sin una aprendiz, y su cuerpo fallido cedería mucho antes de que pudiera encontrar y entrenar apropiadamente a otro.

Sólo había una solución: Bane necesitaba encontrar una forma de prolongar su vida. Había encontrado una forma de restaurar y rejuvenecer su cuerpo: o reemplazarlo. Un año antes habría pensado que tal cosa sería imposible. Ahora sabía más.

De uno de los estantes cogió un grueso tomo, su cubierta de cuero marcada, las páginas amarillas y agrietadas por la edad. Moviéndose con cuidado, lo bajó al podio, abriéndolo por la página que había marcado la noche anterior.

Como la mayoría de los volúmenes de los estantes de su biblioteca, este había sido comprado a un coleccionista privado. La galaxia creería que los Sith se habían extinguido, pero el lado oscuro todavía ejercía un tirón inexorable en la psique de los hombres y mujeres de todas las especies, y un mercado negro de parafernalia Sith ilegal florecía entre aquellos con riquezas y poder.

Los intentos de los Jedi de localizar y confiscar cualquier cosa que pudiera estar ligada a los Sith sólo habían tenido éxito al elevar los precios y al forzar a los coleccionistas a trabajar a través de intermediarios para preservar su anonimato.

Esto encajaba a Bane a la perfección. Había sido capaz de reunir y expandir su biblioteca sin miedo a atraer la atención para sí mismo: era sólo otro fetichista de los Sith, otro coleccionista anónimo obsesionado con el lado oscuro, dispuesto a gastar una pequeña fortuna para poseer manuscritos y artefactos prohibidos.

La mayoría de lo que había adquirido era de poca utilidad: amuletos u otras baratijas de un poder insignificante; copias de segunda mano de historias que había memorizado hacía tiempo durante sus estudios en Korriban; trabajos incompletos escritos en lenguas hace tiempo muertas, indescifrables. Pero en ocasiones había tenido la suerte suficiente como para encontrar un tesoro de valor real.

El libro desgastado y andrajoso ante él, era un tesoro así. Uno de sus agentes lo había comprado varios meses antes, un evento demasiado fortuito para ser atribuido a la suerte. La Fuerza trabajaba de formas misteriosas, y Bane creía que el libro estaba hecho para llevar a su posesión la respuesta a su problema.

Como la mayoría de su colección, era un registro histórico de uno de los Sith antiguos. La mayoría de las páginas contenía nombres, fechas, y otra información que no tenía ningún uso práctico para Bane. Sin embargo, había una pequeña sección que hacía una breve referencia a un hombre llamado Darth Andeddu. Andeddu, clamaba el registro, había vivido durante siglos, utilizando el lado oscuro de la Fuerza para prolongar su vida y mantener su cuerpo mucho más allá de su esperanza de vida natural.

En la típica moda de los Sith, antes de las reformas de Bane, el reinado de Andeddu llegó a un fin violento cuando fue traicionado y depuesto por sus propios seguidores. Aún así, su Holocrón, el repositorio de sus mayores secretos —incluyendo el secreto de su vida casi eterna— nunca se había encontrado.

Eso era todo: menos de dos páginas en total. En el breve pasaje no había mención de dónde o cuándo había vivido Andeddu. No había mención de lo que le había pasado a sus seguidores después de que fuera depuesto. Aún así, la misma carencia de información era lo que hacía la pieza tan interesante.

¿Por qué había tan pocos detalles? ¿Por qué no había encontrado referencias a Darth Andeddu en todos sus años previos de estudio?

Sólo había una explicación que tenía algún sentido: los Jedi habían conseguido purgarlo del registro de la galaxia. Durante los siglos habían coleccionado cada panel de datos, holodisco, y trabajo escrito que mencionara a Darth Andeddu y lo habían custodiado en los Archivos Jedi, enterrándolos por siempre para mantener ocultos sus secretos.

Pero pese a sus esfuerzos, esta referencia en un manuscrito viejo, olvidado, y de otro modo insignificante, había sobrevivido para abrirse camino hasta las manos de Bane. Durante los últimos dos meses, desde que este tomo llegara a su posesión, el Lord Oscuro había terminado su entrenamiento marcial nocturno con una visita a la biblioteca para ponderar el misterio del Holocrón perdido de Andeddu. Comparando el manuscrito ante él con la vasta riqueza de conocimientos dispersa en miles de otros volúmenes en su colección, había luchado por reunir las piezas del puzle, sólo para fracasar una y otra vez.

Aún así, rechazaba abandonar su búsqueda. Todo por lo que había trabajado, todo lo que había construido dependía de ello. *Descubriría* la localización del Holocrón de Andeddu. *Desbloquearía* el secreto de la vida eterna para darle tiempo para encontrar y entrenar a otro aprendiz.

Sin él, se marchitaría y moriría. Zannah clamaría el título de Lord Oscura por defecto, haciendo una burla de la Regla de Dos y dejando el destino de la Orden en las manos de una Maestra indigna.

Si fracasaba en encontrar el Holocrón de Andeddu, los Sith estaban condenados.

1

—… adhiriendo a las normas establecidas a través de los procedimientos subrayados en los precedentes, así como en todos los subsecuentes, artículos. Nuestra sexta demanda estipula que un cuerpo de…

Medd Tandar se frotó una mano de dedos largos contra la pronunciada cresta frontal de su alto cráneo, cónico, esperando masajear el dolor de cabeza que se avecinaba y que se había estado formando durante los últimos veinte minutos.

Gelba, el ser con el que había ido a negociar al planeta de Doan, se detuvo en la lectura de su petición para preguntar.

—¿Algo va mal, Maestro Jedi?

—No soy un Maestro, —le recordó el cereano a la autodenominada líder de los rebeldes—. Sólo soy un Caballero Jedi. —Con un suspiro dejó caer su mano. Tras un momento de pausa se forzó a añadir—. Estoy bien. Por favor continúe.

Con un corto asentimiento, Gelba continuó con su aparentemente interminable lista de ultimatos.

—Nuestra sexta demanda estipula que a un cuerpo de representantes electos de la casta minera se le dé absoluta jurisdicción sobre los siguientes asuntos: Uno, la determinación de salarios de acuerdo a los estándares galácticos. Dos, el establecimiento de un estándar de horas semanales a las que se le puede ordenar trabajar a cualquier empleado. Tres, una lista aprobada de vestimenta de seguridad para ser provista por…

La baja mujer humana, musculada, continuó monótonamente, su voz haciendo eco de forma extraña en las paredes irregulares de la cueva subterránea. Los otros mineros asistiendo —tres hombres humanos y dos mujeres cercanas a Gelba— parecían aparentemente transpuestos por sus palabras. Medd no podía evitar pensar que, si sus herramientas fallaban alguna vez, los mineros podrían simplemente utilizar la voz de su líder para cortar la piedra.

Oficialmente, Medd estaba ahí para tratar de acabar con la violencia entre los rebeldes y la familia real. Como todos los cereanos, poseía una estructura cerebral binaria, permitiéndole procesar simultáneamente ambos bandos de un conflicto. En teoría, esto lo convertía en un candidato ideal para mediar y resolver complejas situaciones políticas como la que se había desarrollado en este mundo minero. En la práctica, sin embargo, estaba descubriendo que jugar la parte de un diplomático era mucho más desafiante de lo que había imaginado al principio.

Localizado en el Borde Exterior, Doan era una bola de roca fea, marrón. Más del 80 por ciento de la masa planetaria había sido convertida en una masiva operación de explotación minera. Incluso desde el espacio, la desfiguración del mundo era inmediatamente aparente. Surcos de cinco kilómetros de ancho y cientos de kilómetros de largo atravesaban el paisaje desgastado como cicatrices indelebles. Grandes canteras talladas en la roca madre descendían cientos de metros en profundidad, marcas irreparables en el rostro del planeta.

Desde dentro de la atmósfera llena de humo, la incesante actividad de las gigantes máquinas era visible. El equipo de excavación se movía de atrás hacia delante como insectos descomunales, cavando y revolviendo la tierra. Altas grúas excavadoras se alzaban sobre piernas mecánicas, haciendo túneles en las profundidades previamente insondables. Gigantes cargueros flotantes ejercían sombras que punteaban el sol pálido mientras esperaban pacientemente a que sus contenedores de carga cavernosos se llenaran de tierra, polvo, y piedra pulverizada.

Dispersas por el planeta, había un puñado de columnas de cinco kilómetros de alto de piedra marrón oscuro e irregulares, de varios cientos de metros de diámetro. Sobresalían del paisaje devastado como dedos alcanzando el cielo. Las plataformas planas sobre estos pilares naturales estaban cubiertas de grupos de mansiones, castillos, y palacios que supervisaban los escombros ambientales de abajo.

Los raros depósitos minerales y la desenfrenada minería en Doan habían convertido al planeta en un mundo muy rico. Esa riqueza, sin embargo, se concentraba casi exclusivamente en las manos de la nobleza, que residía en los estados exclusivos que se alzaban sobre el resto del planeta. La mayoría de la población estaba formada por las castas inferiores de la sociedad de Doan, seres condenados a pasar sus vidas en la labor física constante o empleados en posiciones de servicio doméstico sin oportunidad de mejora.

Estos eran los seres que Gelba representaba. Al contrario que la élite, hicieron sus hogares abajo en la superficie del planeta en cabañas diminutas artesanales rodeadas por los pozos abiertos y los surcos, o en pequeñas cavernas excavadas en el suelo rocoso. Medd había probado un poco de su vida en el instante en que caminó desde los confines climatizados de su lanzadera. Un muro de calor opresivo, que se lanzó arriba desde el suelo yermo y calcinado por el sol, le envolvió. Rápidamente envolvió un retal de ropa alrededor de su cabeza, cubriendo su nariz y boca para protegerse contra las nubes de polvo arremolinándose que amenazaban con sacar el aire de sus pulmones.

El hombre que Gelba había mandado para recibirle también tenía su cara cubierta, haciendo que la comunicación fuera mucho más difícil en medio del temblor de las máquinas mineras. Afortunadamente, no había necesidad de hablar mientras su guía le llevaba a través de las instalaciones: el Jedi simplemente había mirado boquiabierto al puro paisaje de daño ambiental.

Continuaron en silencio hasta alcanzar un pequeño túnel burdamente tallado. Medd tuvo que agacharse para evitar rozar su cabeza contra el techo que sobresalía. El túnel iba por varios cientos de metros, saltando suavemente hacia abajo hasta que emergía en una gran cámara natural iluminada por lámparas de brillo.

Marcas de herramientas marcaban las paredes y el suelo. La caverna había sido despojada de todo mineral valioso que se hubiera depositado hacía tiempo; todo lo que quedaban eran docenas de formaciones de roca irregulares alzándose desde el suelo irregular, algunas de menos de un metro de alto, otras que se alzaban hasta el techo a diez

metros por encima. Podrían haber sido hermosas si no hubieran sido todas del mismo tono de marrón apagado que dominaba la superficie de Doan.

Los cuarteles rebeldes improvisados estaban sin amueblar, pero el alto techo permitía al cereano finalmente ponerse recto. Más importante, la cámara subterránea ofrecía algo de refugio contra el calor, el polvo, y el ruido de la superficie, permitiéndoles a todos quitarse las ropas amortiguadoras que cubrían sus caras. Dada la estridencia de la voz de Gelba, Medd estaba debatiendo si era del todo algo bueno.

—Nuestra siguiente exigencia es la abolición inmediata de la familia real, y la rendición de todos sus estados a los representantes electos especificados en el punto tres de la sección cinco, subsección C. Además, multas y sanciones deben ser cobradas contra…

—Por favor pare, —dijo Medd, alzando una mano. Piadosamente, Gelba honró su solicitud—. Como le he explicado antes, el Consejo Jedi no puede hacer nada para garantizar sus exigencias. No estoy aquí para eliminar a la familia real. Sólo estoy aquí para ofrecer mis servicios como mediador en las negociaciones entre su grupo y el de la nobleza de Doan.

—¡Ellos se niegan a negociar con nosotros! —gritó uno de los mineros.

—¿Puede culparles? —Contraatacó Medd—. Mataron al príncipe de la corona.

—Eso fue un error, —dijo Gelba—. No pretendíamos destruir su speeder aéreo. Sólo queríamos forzarlo a un aterrizaje de emergencia. Estábamos tratando de capturarle con vida.

—Sus intenciones son irrelevantes ahora, —le dijo Medd, manteniendo su voz calmada y regular—. Al matar al heredero al trono, trajeron la ira de la familia real sobre ustedes.

—¿Estás defendiendo sus acciones? —Exigió Gelba—. ¡Cazan a mi gente como animales! ¡Nos encarcelan sin un juicio! ¡Nos torturan por información, y nos ejecutan si nos resistimos! Ahora hasta los Jedi cierran los ojos ante nuestro sufrimiento. ¡No sois mejores que el Senado Galáctico!

Medd entendía la frustración de los mineros. Doan había sido miembro de la República durante siglos, pero no había habido esfuerzos serios por parte del Senado de la República o de ningún cuerpo gobernante para dirigir las injusticias de su estructura social. Comprometiendo millones de mundos miembros, cada uno con sus únicas tradiciones y sistemas de gobierno, la República había adoptado una política de no interferencia excepto en los casos más extremos.

Oficialmente, los idealistas condenaban la carencia de un gobierno democrático en Doan. Pero históricamente la población siempre había sido suministrada de las necesidades básicas de vida: comida, refugio, libertad de la esclavitud, e incluso recursos legales en casos en los que un noble abusaba de los privilegios del mando. Mientras que los ricos de Doan indudablemente explotaban a los pobres, había muchos otros mundos donde la situación era mucho, mucho peor.

Sin embargo, la reluctancia del Senado de involucrarse no había detenido los esfuerzos de aquellos que buscaban cambiar el estatus quo. Durante la última década, un movimiento exigiendo igualdad política y social había saltado entre las castas inferiores. Naturalmente, había resistencia por parte de la nobleza, y recientemente la tensión había llevado a la violencia, culminando en el asesinato del príncipe de la corona de Doan hacía cerca de tres meses estándar.

En respuesta, el rey había declarado un estado de ley marcial. Desde entonces, había habido un flujo constante de informes perturbadores que apoyaban las acusaciones de Gelba. Aún así, la simpatía galáctica por los rebeldes era lenta en formarse. Muchos en el Senado les veían como terroristas, y por mucho que Medd simpatizara con sus aprietos, era incapaz de actuar sin la autoridad del Senado.

Los Jedi estaban legalmente ligados a la ley galáctica de permanecer neutrales en todas las guerras civiles y luchas de poder interno, a no ser que la violencia amenazara con esparcirse a otros mundos de la República. Todos los expertos estaban de acuerdo de que había poca probabilidad de que eso ocurriera.

—Lo que se le está haciendo a su gente está mal, —estuvo de acuerdo Medd, escogiendo sus palabras con cuidado—. Haré lo que pueda por convencer al rey de detener esta persecución de su gente. Pero no puedo prometer nada.

—¿Entonces por qué estás aquí? —exigió Gelba.

Medd vaciló. Al final, decidió que ir con la verdad por delante era el único recurso.

—Hace un par de semanas uno de sus equipos excavó una pequeña tumba.

—Doan está cubierta de tumbas viejas, —respondió Gelba—. Hace siglos solíamos enterrar a nuestros muertos antes de que la nobleza decidiera que agujerearían todo el planeta.

—Hay un pequeño alijo de artefactos dentro de la tumba, —continuó Medd—. Un amuleto. Un anillo. Algunos pergaminos antiguos.

—¡Cualquier cosa que excavemos nos pertenece! —gritó enfadado uno de los mineros.

—Es una de nuestras leyes más antiguas, —confirmó Gelba—. Incluso la familia real sabe que es mejor no intentar violarla.

—Mi Maestro cree que esos artefactos podrían estar tocados por el lado oscuro, —dijo Medd—. Debo llevarlos de vuelta a nuestro Templo en Coruscant para salvaguardarlos.

Gelba le miró estrechando los ojos, pero no habló.

—Les pagaremos, por supuesto, —añadió Medd.

—Vosotros los Jedi os representáis como guardianes, —dijo Gelba—. Campeones de los débiles y los oprimidos. Pero os importan más un puñado de baratijas de oro que las vidas de los hombres y mujeres que están sufriendo.

—Trataré de ayudarles, —prometió Medd—. Hablaré con el rey en vuestro favor. Pero primero debo conseguir esos…

Él se detuvo abruptamente, el eco de sus palabras aún colgando en la caverna. *Algo va mal*. Hubo un mal repentino en la boca de su estómago, una sensación de peligro inminente.

—¿Qué? —Exigió Gelba—. ¿Qué es?

Una perturbación en la Fuerza, pensó Medd, sus manos cayendo sobre el sable láser en su cinturón.

—Alguien viene.

—Imposible. Los centinelas en el túnel de fuera deberían… ¡ungh! —Las palabras de Gelba fueron cortadas por el inequívoco sonido de la réplica de un bláster. Ella se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo, un agujero humeante en su pecho. Con gritos de alarma, los otros mineros se dispersaron, corriendo por cobertura tras las formaciones de roca que llenaban la caverna. Dos de ellos no lo lograron, cayeron ante los disparos mortalmente precisos que les dieron justo entre los hombros.

Medd mantuvo el terreno, encendiendo su sable láser y mirando hacia las sombras que perfilaban las paredes de la cueva. Incapaz de perforar la oscuridad con sus ojos, se abrió a la Fuerza, y se tambaleó hacia atrás como si hubiera sido golpeado en el estómago.

Normalmente la Fuerza le bañaba como un baño cálido de luz blanca, fortaleciéndole, centrándole. Esta vez, sin embargo, le golpeó como un puño helado en las entrañas.

Otro rayo de bláster silbó junto a su oído. Cayendo de rodillas, Medd reptó para cubrirse tras la formación de rocas más cercana, desconcertado y confuso. Como Jedi, había entrenado toda su vida para transformarse en un sirviente de la Fuerza. Había aprendido a dejar que el lado luminoso fluyera a través de él, fortaleciéndole, mejorando sus sentidos físicos, guiando sus pensamientos y acciones. Ahora la misma fuente de su poder aparentemente le había traicionado.

Podía escuchar los rayos de bláster rebotando a través de la cámara mientras los mineros devolvían el fuego contra su oponente invisible, pero él apagó los sonidos de la batalla. No entendía que le había ocurrido; sólo sabía que tenía que encontrar una forma de combatirlo.

Jadeando, el Jedi silenciosamente recitó las primeras líneas del Código Jedi, luchando por recuperar la compostura. *No existe emoción, sólo existe paz*. El mantra de su Orden le permitía traer su respiración bajo control. Un par de segundos después se sintió lo suficientemente recompuesto como para tratar de tocar la Fuerza cuidadosamente una vez más.

En vez de paz y serenidad, sólo sintió rabia y odio. Instintivamente, su mente se retrajo, y Medd se dio cuenta de lo que había ocurrido. De algún modo, el poder que estaba atrayendo había sido contaminado por el lado oscuro, corrompido y envenenado.

Todavía no podía explicarlo, pero ahora al menos sabía cómo tratar de resistir los efectos. Bloqueando su miedo, el Jedi permitió a la Fuerza fluir a través de él una vez más en el más leve goteo, protegido. Mientras lo hacía, concentraba su mente en purificarla de las impurezas que habían abrumado sus sentidos. Lentamente, percibió el

poder del lado luminoso bañándole, aunque era mucho menor de lo que estaba acostumbrado.

Caminando fuera desde detrás de las rocas, gritó en una fuerte voz.

—¡Muéstrate!

Un rayo de bláster emergió desde la oscuridad hacia él. En el último segundo lo reflejó con su sable láser, mandándolo lejos sin hacerle daño hacia la esquina, una técnica que había dominado hacía años cuando aún era un Padawan.

Demasiado cerca, pensó para sí mismo. *Eres lento, dudas. Confía en la Fuerza*.

El poder de la Fuerza le envolvió, pero algo en ella se sentía mal. Su fuerza parpadeó y decayó, como una transmisión llena de estática. Algo —o alguien— estaba distorsionando su habilidad para concentrarse. Un velo oscuro había caído sobre su consciencia, interfiriendo con su habilidad de atraer la Fuerza. Para un Jedi no había nada más aterrador, pero Medd no tenía intención de retirarse.

—Deja en paz a los mineros, —gritó él, su voz sin traicionar nada de la inseguridad que sentía—. ¡Muéstrate y enfréntate a mí!

Desde la otra esquina de la habitación, una joven mujer iktotchi caminó hacia delante, sosteniendo una pistola bláster en cada mano. Estaba vestida con una capa simple negra, pero se había echado atrás la capucha para revelar los cuernos curvados hacia abajo que sobresalían desde los laterales de su cabeza y se estrechaban hasta un punto afilado justo sobre sus hombros. Su piel rojiza estaba acentuada por unos tatuajes negros en su barbilla, cuatro líneas agudas y finas extendiéndose como colmillos desde su labio inferior.

—Los mineros están muertos, —le dijo ella. Había algo cruel en su voz, como si estuviera contaminándola con el saber.

Ágilmente utilizando la Fuerza para extender su consciencia, Medd se dio cuenta de que era cierto. Como si mirara a través de una neblina obscura, sólo podía conseguir ver los cuerpos de los mineros dispersos por la cámara, cada uno con un tiro letal en la cabeza o el pecho. En los pocos segundos que le había llevado recomponerse, ella los había masacrado a todos.

—Eres una asesina, —supuso él—. Mandada por la familia real para matar a los líderes rebeldes.

Ella inclinó su cabeza en aceptación, y abrió su boca como si fuera a hablar. Entonces, sin advertencia, disparó otra ronda de rayos de bláster hacia él.

El ardid casi funciona. Con la Fuerza fluyendo a través de él debería haber percibido su engaño mucho antes de que actuara, pero cual fuera el poder que estaba obscureciendo su habilidad de tocar el lado luminoso le había dejado vulnerable.

En lugar de tratar de reflejar los rayos una segunda vez, Medd se lanzó a un lado, aterrizando con fuerza en el suelo.

Eres tan torpe como un niño, se reprendió a sí mismo mientras luchaba por volverse a poner en pie.

Sin querer exponerse a sí mismo a otro barrido, alzó su mano libre, con la palma hacia afuera. Utilizando la Fuerza, tiró de las armas del agarre de su enemiga. El esfuerzo mandó un rayo desgarrador de dolor a través de toda la longitud de su cabeza, haciendo que se doblara y diera medio paso atrás. Pero los blásters navegaron por el aire y aterrizaron sin hacer daño en el suelo junto a él.

Para su sorpresa, la asesina parecía no estar preocupada. ¿Podía percibir su miedo e inseguridad? Los iktotchi eran famosos por tener limitadas habilidades precognitivas; se decía que podían utilizar la Fuerza para ver trozos del futuro. Algunos incluso clamaban que eran telépatas. ¿Era posible que de algún modo estuviera utilizando sus habilidades para perturbar su conexión con la Fuerza?

—Si te rindes, te prometo un juicio justo, —le dijo Medd, tratando de proyectar una imagen de absoluta confianza y seguridad en sí mismo.

Ella le sonrió, revelando unos dientes afilados en punta.

—No habrá juicio.

La iktotchi se lanzó con una voltereta hacia atrás, su túnica ondeando mientras saltaba fuera de la vista tras la cobertura de un grueso saliente de piedra. En el mismo instante, uno de los blásters a los pies de Medd bipeó agudamente.

El Jedi había pensado que había desarmado a su enemiga, pero en su lugar había caído en su trampa bien preparada. Tuvo sólo el tiempo suficiente como para percatarse de que la célula de energía había sido colocada en sobrecarga antes de que detonara. Con su último pensamiento trató de llamar a la Fuerza para escudarle de la explosión, pero era incapaz de perforar la niebla debilitadora que nublaba su mente. No sintió nada salvo miedo, rabia, y odio.

Mientras la explosión terminaba con su vida, Medd finalmente comprendió el verdadero horror del lado oscuro.

2

La pesadilla era familiar, aún así, aterradora.

Ella vuelve a tener ocho años, una joven chica agachada en la esquina de la pequeña cabaña que comparte con su padre. Fuera, más allá de la maltrecha cortina que les sirve de puerta, su padre se sienta junto al fuego, calmadamente removiendo un caldero hirviendo.

A ella le han ordenado quedarse dentro, oculta de la vista, hasta que el visitante se vaya. Ella puede verle a través de los diminutos agujeros roídos en la cortina, alzándose sobre su campamento. Es grande. Más alto y fornido que su padre. Su cabeza está afeitada; sus ropas y armaduras son negras. Ella sabe que es uno de los Sith. Puede ver que se está muriendo.

Eso es por lo que está aquí. Caleb es un gran sanador. Su padre podría salvar a este hombre: pero no quiere hacerlo.

El hombre no habla. No puede. El veneno le ha hinchado la lengua. Pero lo que necesita está claro.

—Sé lo que eres, —le dice su padre al hombre—. No te ayudaré.

La mano del hombre grande cae sobre la empuñadura de su sable láser y da medio paso hacia delante.

—No tengo miedo a morir, —le dice Caleb—. Puedes torturarme si quieres.

Sin advertencia, su padre mete su propia mano dentro del caldero hirviendo sobre el fuego. Inexpresivo deja que la carne se ampolle y se cocine antes de retirarla.

—El dolor no significa nada para mí.

Ella puede ver que el Sith está confuso. Él es un bruto, un hombre que usa la violencia y la intimidación para conseguir lo que quiere. Estas cosas no funcionarían con su padre.

La cabeza del hombre grande se gira lentamente hacia ella. Aterrorizada, ella puede sentir su corazón bombeando. Aprieta sus ojos bien cerrados, tratando de no respirar.

Sus ojos se abren mientras es elevada sobre sus pies por un terrible poder, invisible. La eleva en el aire y la lleva fuera. Bocabajo, está suspendida por una mano invisible sobre el caldero hirviendo. Indefensa, temblando, puede sentir volutas de vapor calientes alzándose para reptar por sus mejillas.

—Papi, —solloza ella—. Ayúdame.

La expresión en los ojos de Caleb es una que ella nunca ha visto antes en su padre: miedo.

—Está bien, —murmura él, derrotado—. Tú ganas. Tendrás tu cura.

Serra se levantó con un sobresalto, limpiándose las lágrimas que le bajaban por las mejillas. Incluso ahora, veinte años después, el sueño aún la llenaba de terror. Pero sus lágrimas no eran de miedo.

Los primeros rayos de sol de la mañana estaban bañando las ventanas del palacio. Sabiendo que no sería capaz de volverse a quedar dormida, Serra apartó las sábanas de brilloseda y se levantó.

El recuerdo de la confrontación siempre la llenaba de vergüenza y humillación. Su padre había sido un hombre fuerte, un hombre de una voluntad inquebrantable y coraje. Era ella la que fue débil. Si no hubiera sido por ella, él podría haber desafiado al hombre oscuro que había acudido a ellos.

Si ella hubiera sido más fuerte, él no habría tenido que alejarla.

—El hombre oscuro volverá algún día, —le había advertido su padre en su dieciséis cumpleaños—. No debe encontrarte. Debes irte. Deja este lugar. Cambia tu nombre. Cambia tu identidad. Nunca vuelvas a pensar en mí.

Eso era imposible, por supuesto. Caleb había sido todo su mundo. Todo lo que ella sabía sobre las artes sanadoras —y sobre enfermedades, males, y venenos— lo había aprendido a sus rodillas.

Cruzando la habitación hasta su armario, empezó a moverse a través de su vasta colección de ropa, tratando de decidir qué llevar. Toda su infancia la había pasado llevando ropa simple, funcional; descartándola sólo cuando se volvía demasiado andrajosa y desgastada como para enmendarla. Ahora podía ir todo un mes sin llevar el mismo traje dos veces.

No soñaba con el hombre oscuro cada noche. Por un momento, en el primer año de su matrimonio, difícilmente soñaba con él. Durante los últimos pocos meses, sin embargo, el sueño se había vuelto más frecuente: y con él, el deseo creciente de conocer el destino de su padre.

Caleb la había mandado fuera por amor. Serra lo entendía. Ella sabía que su padre sólo había querido lo mejor para ella; es por eso por lo que había honrado su petición y nunca había vuelto para verle. Pero le echaba de menos. Echaba de menos el sentimiento de sus manos fuertes, encalladas, meciendo su cabello. Echaba de menos el sonido de su voz silenciosa pero firme recitando las lecciones de su oficio; el dulce aroma de las hierbas curativas que siempre salía de su camisa cuando él la abrazaba.

Más que nada, echaba de menos la sensación de seguridad y estar a salvo que sentía cuando él estaba alrededor. Ahora, más que nunca, necesitaba escucharle decir que todo iba a ir bien. Pero eso nunca podría ocurrir. En su lugar, tenía que aferrarse al recuerdo de las últimas palabras que él le dijo.

—Es algo terrible, cuando un padre no puede estar ahí para su hija. Por esto, lo siento. Pero no hay otra forma. Por favor, que sepas que siempre te amaré, y ocurra lo que ocurra siempre serás mi hija.

Soy la hija de Caleb, pensó para sí misma, todavía perezosamente volteando por las perchas de su armario. *Soy fuerte, al igual que mi padre*.

Ella finalmente eligió un par de pantalones oscuros y una camiseta azul, blasonada con la insignia de la familia real de Doan: un regalo de su marido. Le echaba de menos,

también, aunque era diferente que con su padre. Caleb la había alejado de él, pero Gerran había sido arrebatado de ella por los rebeldes.

Mientras se vestía, Serra trató de no pensar en su príncipe de la corona. El dolor era demasiado agudo, su asesinato demasiado reciente. Los mineros responsables por el ataque aún estaban ahí fuera: pero no por mucho tiempo, esperaba ella.

Un suave golpe en la puerta interrumpió su hilo de pensamientos.

—Entra, —gritó ella, sabiendo que sólo una persona podría estar en la puerta de sus cámaras privadas tan temprano en la mañana.

Su guardaespaldas personal, Lucia, entró en la habitación. A primera vista la soldado era ordinaria: una mujer delgada, de piel oscura en sus cuarenta y pocos con pelo corto, negro ondulado. Pero bajo la tela de su uniforme de la Guardia Real era posible captar atisbos de músculos fuertes, bien definidos, y había una intensidad en sus ojos que advertían que no era alguien a quien tomar a la ligera.

Serra sabía que Lucía había luchado durante las Nuevas Guerras Sith hacía veinte años. Una francotiradora en la famosa unidad de los Caminantes de la Penumbra, había servido realmente del lado de la Hermandad de la Oscuridad, el ejército que luchó contra la República. Pero como Caleb le había explicado a su hija en muchas ocasiones, los soldados que servían en el conflicto eran muy diferentes de sus Maestros Sith.

Los Sith y los Jedi estaban luchando una guerra eterna sobre ideales filosóficos, una guerra en la que su padre no quería tomar parte. Para los soldados normales que hacían el grueso de los ejércitos, sin embargo, la guerra era otra cosa. Aquellos que se unían a la causa Sith —hombres y mujeres como Lucia— lo hacían por la creencia de que la República les había dado la espalda. Privados de sus derechos por el Senado Galáctico, habían luchado en una guerra para liberarse de lo que ellos veían como el gobierno tiránico de la República.

Eran gente normal que se convirtieron en víctimas de fuerzas más allá de su control; marionetas desechables para ser masacradas en batallas libradas por aquellos que se creían grandes y poderosos.

—¿Cómo ha dormido? —preguntó Lucía, caminando hacia la habitación y cerrando la puerta tras ella para asegurar su privacidad.

—No muy bien, —admitió Serra.

No tenía sentido mentirle a la mujer que había sido su compañera constantemente cercana durante los últimos siete años. Lucía vería la verdad a través de ello.

—¿Las pesadillas de nuevo?

La princesa asintió, pero no dijo nada más. Nunca había revelado el contenido de sus pesadillas —o su verdadera identidad— a Lucia, y la mujer mayor la respetaba lo suficiente como para no preguntar por ello. Ambas tenían tiempos oscuros en su pasado de los que preferían no hablar; era una de las cosas que las habían atraído juntas.

—El rey desea hablar con usted, —le informó Lucia.

Para que el rey la mandara a buscar tan temprano, tenían que ser noticias importantes.

—¿Qué quiere?

—Creo que tiene algo que ver con los terroristas que mataron a su marido, —respondió su guardaespaldas, cogiendo un delicado velo negro de su estante en la esquina de la habitación.

El corazón de Serra dio un vuelco, y sus dedos se resbalaron por el último botón de su camiseta. Ella recuperó el control de sus emociones, y se mantuvo perfectamente en calma mientras la mujer mayor colocaba el velo sobre su cabeza. De acuerdo a la costumbre de Doan, Serra tenía que llevar la mortaja de luto durante todo un año tras la muerte de su marido: o hasta que su amado fuera vengado.

Lucia se movió con una precisión practicada, rápidamente amarrando el largo pelo negro de Serra y clavándolo bajo el velo. La soldado sólo era de una altura normal —ligeramente más baja que su señora— de modo que Serra se inclinó ligeramente para acomodarla.

—Es una princesa, —le reprendió Lucia—. Póngase recta.

Serra no pudo evitar sonreír. Durante los últimos siete años, Lucia se había convertido en la madre que nunca tuvo, suponiendo que su madre hubiera servido como francotiradora con los fabulosos Caminantes de la Penumbra durante las Guerras Sith.

Lucia terminó de ajustar el velo y caminó hacia atrás para darle a su cargo una inspección final.

—Asombrosa, como siempre, —pronunció ella.

Escoltada por su guardaespaldas, Serra se abrió camino a través del palacio hasta la habitación del trono, donde el rey las estaba esperando.

* * *

Mientras marchaban por los pasillos del castillo, Lucia caminó en su posición habitual, un paso atrás y a la izquierda de la princesa. Debido a que la mayoría de las personas eran diestras, estar a la izquierda de Serra le daba su mejor oportunidad de interponer su propio cuerpo entre una espada o el fuego de bláster por parte de un posible asesino que se aproximara de frente. No es que hubiera mucho riesgo de que nadie intentara nada aquí entre los muros de la Mansión Real, pero Lucia siempre estaba preparada y dispuesta a dar su vida por el bien de su cargo.

Con el colapso de la Hermandad de la Oscuridad hacía dos décadas, Lucia —como muchos de sus camaradas que habían servido en los ejércitos Sith— se había convertido en una prisionera de guerra. Durante seis meses había sido encarcelada en un planeta de trabajos, soldando y reparando naves hasta que el Senado garantizara un perdón universal para todos aquellos que hubieran servido en las filas de los ejércitos de la Hermandad.

Durante los siguientes trece años Lucía había trabajado como una guardaespaldas contratada, una mercenaria por libre, y finalmente una cazarrecompensas. Así fue como conoció por primera vez a Serra… y como se había ganado la larga cicatriz que la recorría desde su ombligo subiendo hasta su caja torácica.

Ella había estado rastreando a Salto Zendar, uno de los cuatro hermanos meerianos que habían llegado por el plan corto de miras de secuestrar a un oficial muun de alto rango de las oficinas principales del Clan Bancario InterGaláctico y retenerlo a cambio de un rescate. La miserable desafortunada aventura había resultado con dos de los hermanos asesinados por las fuerzas de seguridad mientras trataban de irrumpir en las oficinas de CBI en Muunilinst. Un tercero fue capturado con vida mientras que el cuarto —Salto— consiguió escapar pese a ser críticamente herido por las fuerzas de seguridad.

La recompensa puesta por su captura por parte del CBI era lo suficientemente grande como para atraer a cazarrecompensas desde tan lejos como el Borde Medio, y Lucia no había sido una excepción. Utilizando contactos de sus días en los Caminantes de la Penumbra, rastreó a Salto hasta un hospital en el mundo cercano de Bandomeer donde estaba siendo tratado por sus heridas.

Sin embargo, cuando Lucia trató de llevárselo en custodia, una joven humana trabajando en el hospital como sanadora se había puesto entre ella y su presa. Pese al arsenal de armas en la espalda de Lucia, la mujer alta, de pelo oscuro se había negado a retroceder, clamando que no dejaría que el paciente se moviera mientras aún estaba en una condición crítica.

La sanadora no había mostrado miedo, incluso cuando Lucia había desenfundado su bláster y le había ordenado que se hiciera a un lado. Ella simplemente había agitado la cabeza y había mantenido su posición.

Podía haber terminado justo ahí; Lucia no estaba dispuesta a disparar a una mujer inocente sólo para recoger el precio por la cabeza de Salto. Desafortunadamente, ella no era la única cazarrecompensas en el hospital ese día: Salto había sido tan malo cubriendo su rastro como lo era secuestrando.

Mientras ella y Serra estaban enfrentadas en su confrontación, un twi'lek había irrumpido en la habitación, blásters desenfundados. Lucia se giró justo a tiempo para recibir un disparo de lleno en el estómago, su arma cayendo de su mano mientras caía al suelo.

Cuando Serra trató de detener al twi'lek de llevarse a Salto, él había golpeado la culata de su pistola contra un lateral de su cráneo, apartándola y entonces sacando a Salto de la cama y arrastrando al prisionero gimiendo.

Ignorando el agujero en su tripa, Lucia reptó tras ellos. Ella vio al twi'lek ir a medio camino por el pasillo antes de que fuera disparado en la espalda por otro cazarrecompensas que buscaba clamar la recompensa. Y entonces perdió el conocimiento.

Los informes oficiales ponían los números de cazarrecompensas en el hospital ese día en algún lugar entre seis y diez. Al contrario que Lucia, la mayoría de ellos no tenían reparos en matar a civiles inocentes —o los unos a los otros— para reclamar el premio. Pero para cuando el baño de sangre acabó, Salto estaba muerto junto con otros dos pacientes, un miembro del personal de enfermeras del hospital, tres guardias de seguridad, y cuatro cazarrecompensas.

El único motive por el que el nombre de Lucia no estaba en la lista de bajas era debido a Serra. La sanadora la había arrastrado de vuelta a la habitación y había realizado una cirugía de emergencia mientras la batalla de pistolas rabiaba en el exterior. Ella consiguió salvar la vida de Lucia pese a estar recién golpeada con la pistola… y pese al hecho de que Lucia había puesto un arma en su cara sólo unos minutos antes.

Lucia le debía la vida a la joven sanadora, y desde ese día en adelante había jurado mantener a Serra a salvo, sin importar dónde fuera o lo que hiciera. No fue fácil. Antes de casarse con Gerran, Serra se había movido un montón. Nunca se conformaba con quedarse en el mismo sitio, parecía viajar a mundos diferentes cada pocas semanas. Era como si estuviera buscando algo que nunca podía encontrar, o como si huyera de algo de lo que nunca podía escapar.

Al principio, la sanadora había sido reluctante a tener a alguien constantemente vigilándola, pero ella no podía detener a Lucia de seguirla mientras se movía de planeta en planeta. Finalmente, llegó a apreciar el valor de tener a una guardaespaldas entrenada a mano. Serra estaba dispuesta a ir a cualquier lugar y tratar de ayudar a cualquiera, y el Borde Exterior podía ser un lugar violento y peligroso.

Durante los años, sin embargo, Lucia se había convertido en algo más que sólo la protectora de la princesa: ella era su confidente y su amiga. Y cuando Gerran se le había propuesto a Serra, ella aceptó su oferta sólo con la condición de que a Lucia todavía se le permitiera servir a su lado.

Al rey no le había gustado, pero al final había cedido y había convertido a Lucia en un miembro oficial de la Guardia Real de Doan. Pero aunque había hecho un juramento de proteger y servir al rey y a su familia, su verdadera lealtad siempre sería hacia Serra.

Es por eso por lo que estaba tan nerviosa mientras se aproximaban a la sala del trono. Aunque no había admitido nada a la princesa, tenía una bastante buena idea de por qué el rey quería verla.

Cuando alcanzaron la entrada, a Lucia se le pidió que entregara su bláster; por defecto sólo la guardia personal del rey podía poseer armas en su presencia. Aunque ella lo hizo sin un comentario o protesta, siempre se sintió intranquila cuando no tenía un arma a fácil alcance.

Ella había acompañado a la princesa a suficientes audiencias con el rey como para acostumbrarse a las magnificentes decoraciones azul y doradas de la sala del trono. Pero parecía diferente esta mañana: más grande y más imponente. La típica multitud de siervos, sirvientes, dignatarios, e invitados de honor no estaban a la vista. A excepción del suegro de Serra y cuatro de sus guardias personales, la habitación estaba vacía, lo que se iba a hablar en esta reunión no debía ir más allá de esas paredes.

Si el abismo ancho de la sala del trono extrañamente vacía preocupaba a Serra, ella no dio ninguna señal externa mientras se aproximaba a la tarima elevada donde el rey estaba sentado en su trono. Lucía la siguió a unos respetuosos tres pasos por detrás.

Físicamente, el rey se parecía a una versión más antigua de su hijo muerto, alto y de hombros anchos, con rasgos fuertes, pelo dorado hasta los hombros, y una barba

recortada que era ligeramente más oscura en color. Pero mientras Lucia había llegado a conocer a Gerran durante su matrimonio con Serra, ella sabía poco de la personalidad de su padre. Sólo lo veía desde cierta distancia en las funciones oficiales, y en estos casos siempre había sido formal y reservado.

A los pies de las escaleras con alfombra azul Serra se detuvo y cayó sobre una rodilla, inclinando su cabeza. Lucia permaneció en pie atenta tras ella.

—¿Mandó a buscarme, Su Majestad?

—Los terroristas que orquestaron el ataque al speeder aéreo de mi hijo fueron asesinados la pasada noche.

—¿Está seguro? —preguntó ella, mirando arriba al rey sentado en su trono sobre ella.

—Una patrulla de seguridad que responde a una fuente anónima encontró sus cuerpos esta mañana en una vieja cueva que estaban utilizando como su cuartel general.

—Estas son noticias gloriosas, —exclamó Serra, su cara iluminándose mientras se alzaba en pie.

Ella dio medio paso hacia el trono, quizás para abrazar al rey. Pero su suegro se quedó en su asiento, inmóvil. Confusa, Serra retrocedió mientras sus guardias la miraban con sospecha.

Al ver la reacción del rey hacia la princesa, Lucia sintió que su estómago se revolvía en un nudo. Esperaba que ninguno de los otros pudiera sentir su nerviosismo.

—¿Hay algo que no me está contando, Señor? —Preguntó la princesa—. ¿Ocurre algo? ¿Está seguro de que era Gelba?

—Han identificado su cuerpo positivamente. Dos de sus guardaespaldas y tres de sus tenientes superiores fueron también asesinados… junto a un cereano llamado Medd Tandar.

—¿Un cereano?

—Era un Jedi.

Serra agitó su cabeza, incapaz de encontrarle un sentido a la información.

—¿Qué estaba haciendo un Jedi en Doan?

—Un miembro del Consejo contactó conmigo y me pidió que permitiera a uno de su gente que contactara con los rebeldes, —le informó el rey—. Accedí a su petición.

La princesa parpadeó en sorpresa. Aún en pie rígida en atención, Lucia no mostraba ninguna reacción externa, aunque estaba tan sorprendida como su señora.

—Siempre hemos tratado de mantener a los Jedi y al Senado fuera de nuestros asuntos en Doan, —protestó Serra.

—La política de nuestro mundo está bajo ataque, —explicó el rey—. El apoyo hacia los rebeldes se está forjando en la comunidad galáctica. Necesitamos aliados si queremos preservar el modo de vida de Doan. Trabajar con los Jedi les hará a ellos y al Senado menos dispuestos a tomar acción contra nosotros.

—¿Para qué vino aquí? —exigió Serra, su voz fría.

El rey frunció el ceño; Lucia se dio cuenta de que no le gustaba ser interrogado en su propia sala del trono. Pero, posiblemente por respeto a su hijo perdido, no reprendió a la princesa.

—Los Jedi tenían noticias de que los rebeldes podrían haber descubierto un alijo de talismanes antiguos, objetos imbuidos con el poder del lado oscuro. El cereano fue mandado para investigar esas pertenencias y, si eran ciertas, llevar de vuelta los talismanes al Templo Jedi en Coruscant donde no podrían causar daños.

Lucia podía ver la lógica tras la decisión del rey de dejar a los Jedi ir a su misión a Doan. Lo último que la nobleza quería era que sus enemigos ganaran posesión de armas potencialmente devastadoras. Si los informes eran ciertos, la mejor forma de anular la amenaza sería dejar que los Jedi trataran con ella. Desafortunadamente, la muerte del cereano no era parte del plan.

—Cree que los Jedi le culparán por la muerte de Medd, —señaló la princesa, su mente aguda reuniendo todas las piezas—. Sabía que iba a hacer contacto con los rebeldes; parecerá que usted contrató al asesino para que le siguiera hasta su escondite.

El rey dio un solemne asentimiento.

—La muerte de Gelba ha asestado un gran golpe a nuestro enemigo, pero otros seguramente se alzarán para ocupar su lugar. Los terroristas se propagan como insectos, y nuestra guerra con ellos está lejos de acabar.

—Hasta ahora el Senado no ha interferido con nuestros esfuerzos por limpiar nuestro mundo de estos criminales. Pero si creen que utilicé al Jedi para satisfacer mi deseo personal de venganza, no se quedarán sentados.

El rey se levantó de su trono, levantándose en toda su altura. Se alzó sobre Serra donde estaba en las escaleras bajo la tarima.

—¡Pero ese asesino no estaba actuando bajo mis órdenes! —Pronunció con una voz que hizo eco en las paredes del trono—. Esto se hizo sin mi conocimiento ni consentimiento… ¡una clara violación de la ley de Doan que podría costarnos todo!

—¿Es por eso por lo que me ha traído aquí, Señor? —Preguntó Serra, rechazando acobardarse por su rabia—. ¿Para acusarme de traicionarle?

Hubo un largo silencio mientras se miraban el uno al otro antes de que el rey hablara de nuevo.

—Cuando mi hijo declaró en un principio su intención de casarse contigo, me opuse a la unión, —respondió él. Estaba hablando como si nada ahora, casi como si estuvieran hablando durante la comida. Pero Lucia podía ver que sus ojos estaban fijos en la princesa, estudiándola con intensidad.

—Sí, Señor, —respondió Serra, sin dar ninguna sombra de emoción—. Eso me contó él.

—Tienes secretos, —continuó el rey—. Todos mis esfuerzos por saber de tus padres o de tu familia resultaron en nada. Tu pasado está bien oculto.

—Mi pasado no tiene relevancia, Señor. Su hijo aceptaba eso.

—Te he observado estos últimos tres años, —admitió el rey—. Podía ver que amabas a mi hijo. Puedo ver que fuiste devastada por su muerte.

Serra no dijo nada, pero Lucia podía ver algunas lágrimas empezando a formarse en sus ojos mientras pensaba en los recuerdos de su marido.

—Con los años he llegado a apreciar aquellas cualidades que mi hijo veía en ti. Tu fuerza. Tu inteligencia. Tu lealtad a nuestra Casa.

—Pero ahora mi hijo está muerto, y no puedo evitar preguntarme dónde recaen tus verdaderas lealtades.

—Hice un juramento de servir a la Corona cuando me casé con Gerran, —le dijo Serra, su voz firme pese a las lágrimas en sus ojos—. Aún aunque se haya ido, no deshonraría su recuerdo abandonando mis deberes.

—Te creo, —dijo el rey tras varios segundos, su voz de repente cansada—. Aunque esto no me acerca más a averiguar quién estaba detrás del ataque.

Silenciosamente, Lucia dejó salir el aliento que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo.

El rey se volvió a sentar en su trono, su expresión perturbada por las dudas y el dolor permanente por su hijo. Serra caminó hacia delante y se arrodilló junto a su suegro, lo suficientemente cerca como para poner una mano de consuelo en su brazo, ignorando a sus guardias mientras daban un paso amenazador hacia delante.

—Su hijo era amado por todos los nobles de Doan, —dijo ella—. Y los rebeldes son despreciados universalmente. Cualquiera podría haber contratado al asesino, sin saber de ningún modo que el Jedi estaría allí. La muerte del cereano fue un desafortunado accidente, no ningún siniestro plan.

—Me temo que los Jedi no vayan a ser convencidos tan fácilmente, —respondió el rey.

—Entonces déjeme hablar con ellos, —ofreció Serra—. Mándeme a Coruscant. Les haré entender que usted no formó parte de esto.

—Te he visto en los pasillos estos últimos meses, —le dijo el rey—. Sé el dolor que todavía cargas por la pérdida de mi hijo. No puedo pedirte hacer esto mientras aún estás lamentando su muerte.

—Es por eso por lo que debo ser la que vaya, —contraatacó Serra—. Los Jedi estarán más dispuestos a mostrar compasión por una viuda dolida. Déjeme hacer esto por usted, Señor. Es lo que Gerran habría querido.

El rey consideró su oferta brevemente antes de asentir.

Serra se alzó y tomó su partida con una reverencia. Lucía fue a un paso tras ella mientras abandonaba la sala del trono, sólo deteniéndose en las puertas lo suficiente como para recoger sus armas.

Sólo cuando estuvieron de vuelta en la privacidad de la cámara de la princesa con la puerta cuidadosamente cerrada tras ellas se atrevieron a hablar.

—Llévate esto a alguna parte y quémalo, —escupió Serra mientras se quitaba el velo de luto de su cabeza y lo tiraba al suelo—. No quiero volver a verlo.

—Tengo algo que confesar, —dijo Lucia mientras recogía el atavío desechado del suelo.

Serra se giró para mirarla, pero Lucia no podía leer la expresión en su cara.

—Soy yo la que contrató al asesino que mató a Gelba, —dijo ella, hablando rápidamente para que salieran las palabras.

Quería decir mucho más. Quería explicar que no había sabido nada sobre el Jedi en Doan. Necesitaba que Serra entendiera que lo había hecho sólo por su bien.

Lucia siempre había percibido una oscuridad en la sanadora, una sombra en su espíritu. Con la muerte de Gerran esa sombra había crecido. Había visto a su amiga deslizarse en una desesperación sombría mientras las semanas se convertían en meses, con desgana vagando por los pasillos del castillo en su atavío negro de luto como algún tipo de fantasma atormentado.

Todo lo que quería era tratar de aliviar el sufrimiento de la princesa. Ella pensó que quizás si a aquellos responsables de la muerte de Gerran se les hacía pagar, Serra encontraría una conclusión, podría continuar hacia delante y salir de la sombra que había caído sobre ella.

Ella quería decir todo esto, pero no podía. Sólo era una soldado; no era nada buena con las palabras.

Serra caminó hacia delante y envolvió sus brazos alrededor de ella en un abrazo largo, suave.

—Cuando el rey habló de alguien contratando a un asesino para vengar la muerte de Gerran, pensé que podrías ser tú, —susurró ella—. Gracias.

Y Lucia sabía que no tenía que decirle a la princesa todas las cosas que quería decir. Su amiga ya lo sabía.

—Creo que usted debería decírselo al rey, —dijo Lucia cuando la princesa finalmente rompió su abrazo.

—Te haría arrestar, —dijo Serra con un firme agitar de su cabeza—. O por lo menos te despediría de tu puesto. No puedo dejar que ocurra. Te necesito a mi lado cuando vaya a Coruscant.

—¿Todavía planea hablar con los Jedi? —preguntó ella, ligeramente sorprendida—. ¿Qué va a decirles?

—La muerte de Medd fue un accidente. El rey no estaba involucrado. Es todo lo que necesitan saber.

Lucia tenía sus dudas, pero conocía lo suficientemente bien a la princesa como para darse cuenta de que discutir el asunto sería una pérdida de tiempo. Serra no tenía intención de entregarla ni al rey ni a los Jedi, pero no podía dejarlo pasar sin más.

—Nunca quise causarle ningún problema. Ni al rey. Lo siento.

—¡Nunca te disculpes por esto! —le respondió gritando Serra—. Gelba y sus seguidores tuvieron exactamente lo que se merecían. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber estado allí para verlo por mí misma.

El veneno en sus palabras —la rabia pura y el odio— cogieron a Lucia con la guardia baja. Instintivamente, dio un paso atrás, retrocediendo de su amiga. Pero entonces Serra sonrió y el raro momento había pasado.

—Necesitamos irnos tan pronto sea posible, —señaló la princesa—. No haré esperar al Consejo.

—Haré los preparativos, —respondió Lucia, aunque sabía que pasarían varios días antes de su real partida. Como la princesa, no era fácil para Serra simplemente abandonar Doan, había protocolos diplomáticos y procedimientos burocráticos que tenían que seguirse

—Todo esto saldrá bien, —le aseguró Serra, llegando a colocar una mano de consuelo en el brazo de Lucia—. Gelba está muerta. Mi marido ha sido vengado. Una rápida reunión con uno de los Maestros Jedi y todo este incidente quedará atrás.

Lucia asintió, pero sabía que no sería tan simple. Esto no iba simplemente a pasar. La muerte del Jedi había puesto en movimiento una cadena de eventos, una que temía que podía acabar muy mal para ambas.

3

La cantina estaba casi vacía a esa hora del día; las multitudes no empezarían a llegar hasta el anochecer. Lo que era exactamente por lo que Darth Bane había organizado este encuentro para primera hora de la tarde.

Su contacto —un hombre ligeramente desmesurado, en proceso de quedarse calvo, de unos cincuenta, llamado Argel Tenn— ya estaba allí, sentado en un puesto privado en la parte trasera del establecimiento. Nadie le prestó ninguna atención especial al Lord Oscuro mientras cruzaba la habitación; todo el mundo aquí, incluyendo Argel, le conocía sólo como Sepp Omek, uno de los muchos mercaderes ricos que vivían en Ciutric.

Bane se sentó en el asiento junto a la mesa del otro hombre y llamó a una camarera con un gesto discreto de su mano. Ella vino y tomó su pedido, entonces se deslizó para dejarles con sus asuntos. En Ciutric era común que los mercaderes hicieran tratos en las partes traseras de los bares y clubs, y el personal sirviente sabía cómo respetar la confidencialidad de sus clientes habituales.

—¿Por qué nunca nos reunimos en tu estado? —Dijo Argel a modo de saludo—. He oído que tienes una de las bodegas de vino mejor surtidas del planeta.

—Prefiero que mi hermana no sepa de nuestras transacciones, —respondió Bane.

Argel se rió entre dientes ligeramente.

—Lo entiendo por completo.

Él dejó de hablar mientras la camarera volvía y ponía sus bebidas en la mesa, entonces continuó en una voz más silenciosa una vez que se hubo ido.

—Muchos de mis clientes son reluctantes a dejar que los amigos y la familia sepan de sus intereses en el lado oscuro.

Tratar con Argel siempre le dejaba un regusto amargo en la boca a Bane, pero por el momento no había nadie más a quien pudiera acudir. El grueso traficante era el procurador líder en el sector de manuscritos prohibidos Sith; había conseguido una pequeña fortuna buscándolos discretamente, comprándolos, y entregándolos en persona a sus clientes mientras se guardaba sus nombres para que siempre se le enlazara para la transacción.

Por supuesto, la mayoría de sus clientes no eran más que coleccionistas o fetichistas Sith que simplemente ansiaban poseer un trabajo que había sido oficialmente prohibido por el Consejo Jedi. No tenían un entendimiento real del lado oscuro o de su poder. Compraban y vendían los manuscritos con una ignorancia dichosa, sin percatarse de con qué estaban tratando.

Esto, más que otra cosa, era lo que llevaba la bilis a la garganta de Bane cada vez que se reunía con Argel. El hombre se retrataba a sí mismo como un experto en el lado oscuro. Regateaba e intercambiaba los secretos de los antiguos Sith como alfombras baratas en un bazar al aire libre. A Bane le irritaba pensar en qué tesoros habían pasado a través de sus manos en posesión de aquellos demasiado débiles y comunes como para hacer nunca uso de ellos.

Había ocasionalmente fantaseado con revelar su auténtica identidad a Argel, sólo para ver su reacción aterrorizada. Bane quería verle arrastrarse, rogando piedad a los pies de un verdadero Sith. Pero una venganza insignificante contra una insignificante mota de humano estaba por debajo de él. Argel era útil, y por lo tanto Bane continuaría jugando la parte de un mercader obsesionado con los Sith.

—Espero que fueras capaz de encontrar lo que estaba buscando, —murmuró él—. Los detalles que me diste eran bastante vagos.

—Te prometo esto, Sepp, —respondió el otro hombre con una sonrisa astuta—. No estarás decepcionado.

—Pero no tienes ni idea de lo difícil que fue, —añadió Argel, lanzando un suspiro exagerado—. Tras lo que vas es ilegal. Prohibido por el Consejo Jedi.

—Todo con lo que traficas está prohibido por el Consejo Jedi.

—Esto era diferente. Nunca jamás escuché el nombre de Darth Andeddu antes. Ninguno de mis proveedores lo había hecho. Tuve que salirme de los canales habituales. Pero lo conseguí, como siempre lo hago al final.

Bane frunció el ceño.

—Confío en que fuiste cuidadoso. No quiero que ni una palabra de esto vaya de camino hacia los Jedi.

Argel se rió.

—¿Cuál es el problema, Sepp? ¿Algunas de las prácticas de tu negocio no son lo bastante honradas? ¿Temes que el Consejo vaya detrás de ti por engañar en tus impuestos?

—Algo así.

—No te preocupes, nadie sabrá nunca que estuviste involucrado. Sólo he sacado el tema porque voy a tener que renegociar nuestro precio original.

—Teníamos un trato.

—Ahora, ahora… sabes que mi cuota inicial es sólo una estimación, —le recordó Argel—. Tuve que gastar tres veces mis gastos habituales para rastrear este objeto en particular.

—Pero estoy dispuesto a darte un chollo y sólo cargarte el doble de mi oferta original.

Bane apretó sus dientes, sabiendo que sus esperanzas para un rápido fin de su conversación quedarían incompletas. Tenía los recursos para simplemente pagar, por supuesto. Pero esto levantaría sospechas. Tenía un rol que jugar: el de un mercader espabilado. Si no negociaba hasta el último crédito, parecería extraño.

—Te daré un bonus del diez por ciento. Nada más.

Durante los siguientes veinte minutos regatearon hacia atrás y adelante para finalmente fijar un 40 por ciento por encima del precio inicial.

—Un placer hacer negocios contigo, como siempre, —dijo Argel una vez que el pago fue acordado.

Desde dentro de su chaleco sacó un tubo fino de apenas treinta centímetros de largo. El tubo estaba sellado por un extremo, y el otro estaba tapado por un tapón de rosca.

—Si el objeto demuestra no ser satisfactorio, —señaló él mientras lo entregaba—, estaré encantado de recuperarlo y devolverte el dinero… menos una razonable comisión por supuesto.

—Dudo bastante que eso vaya a ser necesario, —respondió Bane mientras envolvía sus dedos firmemente alrededor del tubo.

Con la transacción completa no tenía sentido quedarse en la cantina. Bane estaba ansioso por abrir su premio, pero se resistió hasta que estuvo de vuelta dentro de la privacidad del anexo de la biblioteca en su estado personal. Ahí, bajo el pálido brillo de la única luz superior, cuidadosamente desenroscó la tapa. Golpeó el tubo, permitiendo que la única lámina de papel rodara dentro hasta deslizarse.

Sus órdenes para Argel habían sido simples: ve a la búsqueda de cualquier libro, volumen, tomo, manuscrito, o pergamino que haga mención a un Lord Sith llamado Darth Andeddu. No podía decir nada más que eso por miedo a levantar sospechas o preguntas extrañas, pero había esperado que fuera suficiente.

Durante dos meses su distribuidor no había encontrado nada. Pero entonces, justo cuando Bane estaba empezando a temer que los Jedi hubieran enterrado con éxito todo rastro de Andeddu y sus secretos, Argel le había hecho la entrega.

El pergamino estaba amarillo con los años, y Bane ágilmente desplegó la página seca, agrietada. Mientras lo hacía, se maravilló ante la larga e irrastreable cadena de eventos que había permitido al pergamino no sólo sobrevivir durante milenios, sino finalmente encontrar su camino hasta sus manos. Había elegido buscar el pergamino, aún así, en cierto nivel sintió que sus oportunidades habían sido predeterminadas. El pergamino era parte del legado Sith; un legado que por todos los derechos ahora pertenecía a Bane. Era casi como si hubiera estado destinado a encontrarlo. Era inevitable como el triunfo final del lado oscuro sobre la luz.

La página había sido diseñada de la piel curtida de un animal que no podía identificar. Por un lado era áspera y cubierta de manchas oscuras. Por el otro lado había sido blanqueada y suavizada antes de ser cubierta con líneas escritas a mano en una lengua que Bane inmediatamente reconoció.

Las letras eran agudas y angulares, agresivas y fieras en su diseño; el alfabeto de los Sith originales, una especie hacía tiempo extinta que gobernó Korriban cerca de hacía cien mil años.

Eso no significaba que el documento fuera así de viejo, por supuesto. Sólo significaba que quien fuera que lo escribió reverenciaba y respetaba la cultura Sith lo suficiente como para adaptar su lengua como la suya propia.

Bane empezó a leer las palabras, luchando con la lengua arcaica. Como Argel había prometido, no estuvo decepcionado con los contenidos. El pergamino era una proclamación religiosa declarando a Darth Andeddu el Rey Inmortal y Eterno de todo el mundo de Prakith. Para conmemorar el evento transcendental, la proclamación continuaba, un gran templo se construiría en su honor. Satisfecho, Bane cuidadosamente

enrolló el pergamino y lo deslizó de vuelta al tubo protector. Pese a ser sólo un par de párrafos garabateados en una única lámina de pergamino, le había dado lo que necesitaba.

Los seguidores de Andeddu habían construido un templo en su honor en el mundo del Núcleo Profundo de Prakith. No cabía duda en la mente de Bane de que sería ahí donde encontraría el Holocrón del Lord Oscuro. Desafortunadamente, tenía que pensar en una forma de adquirirlo que no levantara las sospechas de Zannah.

El Holocrón de Andeddu ofrecía la promesa de la inmortalidad; con ella podría vivir lo suficiente como para encontrar y entrenar a un nuevo sucesor. Era improbable que su actual aprendiz supiera la significancia del Holocrón, pero no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Aunque era perezosa para desafiarle directamente, si sabía que planeaba reemplazarla, Bane no tenía dudas de que ella haría todo en su poder para detenerle.

No podía permitir que el miedo a ser reemplazada se convirtiera en el catalizador que empujara a Zannah a desafiarle finalmente. Luchar simplemente porque sabía que iba a ser dejada de lado no era nada salvo un instinto común de supervivencia. Sus sucesores necesitarían hacer más que sólo sobrevivir si los Sith iban a volverse alguna vez lo suficientemente poderosos como para destruir a los Jedi. El desafío de Zannah tenía que llegar de su propia iniciativa, no como reacción a algo que él hiciera. De otro modo, era inútil.

Esta era la compleja paradoja de la relación Maestro-aprendiz, y había puesto a Bane en una posición insostenible. No podía mandar a Zannah tras el Holocrón, y si él iba tras él en persona, ella con seguridad sospecharía algo. Raramente viajaba fuera del mundo ya; cualquier viaje la pondría de inmediato en guardia. Ella podría tratar de seguirle, o preparar algún tipo de trampa para que saltara a su regreso.

Aún aunque había decepcionado a Bane al no desafiarle, Zannah aún era una oponente peligrosa y formidable. Era posible que ella pudiera derrotarle, dejando a los Sith con una líder que carecía del impulso y la ambición necesarios. Su complacencia infectaría la Orden; finalmente se marchitaría y moriría.

No podía permitir que eso ocurriera. Lo cual significaba que tenía que encontrar algo para ocupar la atención de Zannah mientras hacía el largo y arduo viaje hacia el Núcleo Profundo.

Afortunadamente, ya tenía algo en mente.

* * *

El estudio personal de Bane —al contrario que la biblioteca privada aislada en la otra esquina del estado— era un panal zumbando de actividad electrónica interminable. Incluso cuando no estaba ocupada, la habitación estaba iluminada por las imágenes parpadeantes de las imágenes de los informes de noticias de la HoloRed, el brillo de las pantallas de datos mostrando teletipos de stock de una docena de intercambios planetarios diferentes, o lecturas parpadeantes en los monitores indicando comunicaciones privadas filtrándose desde la red de informadores que él y Zannah habían reunido con los años.

Pese a toda la opulencia y extravagancia de la mansión, se habían gastado más créditos en esta habitación que en cualquier otra. Con todas las terminales, holoproyectores, y pantallas, parecía más el centro de comunicaciones de un puerto estelar ajetreado más que una sala de estar en una residencia privada. Aún así, el estudio no era un grandioso despliegue de riquezas; en su lugar, era un testamento a la eficiencia y al pragmatismo. Cada pieza del equipo había sido escogida cuidadosamente para manejar el impactante volumen de datos que pasaba por la habitación: miles de unidades de datos cada hora, todos registrados y almacenados para una posterior revisión y análisis.

El estudio ayudaba a reforzar la ilusión de que él y Zannah eran empresarios ricos obsesivamente sondeando noticias de las extensiones más alejadas de la galaxia en busca de empresas de negocios de provecho. En cierto grado, esto incluso era cierto. Cada crédito gastado en el estudio era una inversión que finalmente multiplicaría por cien los beneficios. Durante la última década, Bane había utilizado la información que había reunido para aumentar su riqueza de forma significante… aunque para el Lord Oscuro las riquezas materiales solo eran un medio para un fin.

Entendía que el poder llegaba del conocimiento, y su vasta fortuna le había permitido reunir la colección invaluable de enseñanzas antiguas Sith que mantenía segura en su biblioteca privada. Aún así, estaba más interesado sólo los secretos olvidados del lado oscuro. Desde los pasillos del Senado de la República hasta los consejos tribales de los planetas más recónditos del Borde Exterior, el alma del gobierno era la información. A la historia le daban forma los individuos que entendían que la información, apropiadamente explotada y controlada, podía derrotar a cualquier ejército.

Bane había tenido pruebas de esto de primera mano. La Hermandad de la Oscuridad fue destruida no por los Jedi y su Ejército de la Luz, sino por los planes cuidadosamente trazados de un único hombre. Los pergaminos y manuscritos antiguos podían liberar los secretos del lado oscuro, pero para hacer caer a los Jedi y a la República, Bane primero tenía que saberlo todo de sus enemigos. La red de agentes e intermediarios que había reunido con los años, eran una parte clave de su plan, pero no eran suficientes. Los individuos podían fallar, sus informes eran parciales o incompletos.

Cuando fuera posible, Bane prefería confiar en los puros datos que salían de la red de información que se hilaba a través de cada planeta de la República. Necesitaba estar al tanto de cada detalle de cada plan puesto en marcha por el Senado y el Consejo Jedi. Si alguna vez esperaba dar forma y manipular los eventos galácticos para llegar a la caída de la República, tenía que conocer qué estaban haciendo ahora y anticiparse a lo que harían después.

La complejidad de sus maquinaciones requería constante atención. Tenía que reaccionar a cambios inesperados mientras ocurrían, alterando sus planes a largo plazo para mantenerlos en curso. Más importante, necesitaba agarrar las oportunidades inesperadas mientras se alzaban, utilizándolas para su completa ventaja. Como la situación en Doan.

Bane nunca había prestado a ese pequeño mundo minero del Borde Exterior mucha atención antes. Eso había cambiado hacía tres días cuando se percató de una declaración emitida al Senado para la aprobación por parte de un representante de actuar en nombre de la familia real de Doan.

No era inusual para Bane revisar los informes del Senado. Por ley, toda la documentación financiera archivada a través de los canales oficiales de la República estaba disponible para la vista pública… por un precio, por supuesto. El coste era alto, y típicamente todo resultaba en una onerosa lista de regulaciones de bienes, impuestos equilibrados de acuerdo a los tratados económicos, o solicitudes de fondos para varios proyectos y grupos de interés especial. Ocasionalmente, sin embargo, algo de verdadera significancia se filtraría a través del embrollo. En este caso, era una petición de una línea para el reembolso de los costes incurridos por la familia real de Doan para transportar el cuerpo de un Jedi Cereano llamado Medd Tandar de vuelta a Coruscant.

No había más detalles; los informes de presupuestos raramente se interesaban en el por qué. Bane, sin embargo, estaba muy interesado. ¿Qué estaba haciendo un Caballero Jedi en Doan? Más importante, ¿cómo había muerto?

Desde que vio por primera vez el informe, Bane había estado sondeando sus fuentes para tratar de encontrar las respuestas. Tenía que avanzar con cuidado para que los Jedi no se enteraran; para que los Sith sobrevivieran tenían que permanecer ocultos en las sombras. Pero a través de una larga cadena de burócratas, sirvientes del hogar, e informadores pagados, había reunido suficientes hechos para darse cuenta de que la situación era digna de una investigación más concienzuda.

Y por eso debía mandar a Zannah.

Sentado tras el escritorio en el centro de las pantallas y holoproyectores, podía escucharla bajar el pasillo, los fuertes talones de sus botas golpeando el suelo con cada paso. Descansando en el lado izquierdo del escritorio había un disco de datos que contenía toda la información que había recopilado sobre Medd Tandar y su visita a Doan. Extendió el brazo hacia él sin pensarlo y se quedó helado. Por un breve instante su mano flotó en el aire, temblando involuntariamente. Entonces rápidamente la retiró, ocultándola bajo el borde del escritorio justo mientras Zannah entraba en la habitación.

—¿Mandó buscarme, Lord Bane?

Ella no hizo ninguna señal sobre el temblor, aún así, Bane estaba seguro de que no había pasado desapercibido. ¿Le estaba tomando por tonto? ¿Pretendiendo no ver su debilidad en esperanzas de que se volviera despreocupado y bajara la guardia? ¿O estaba regodeándose mientras compraba tiempo, esperando a que el lado oscuro simplemente pudriera su cuerpo?

Zannah sólo era diez años más joven que Bane, pero si el lado oscuro estaba extrayendo un precio físico similar sobre ella todavía tenía que reflejarse. Al contrario que su Maestro, ella nunca había sido infestada con los orbaliskos. Pasarían aún muchas décadas antes de que la corrupción del lado oscuro hiciera que su cuerpo se marchitara.

Su pelo dorado ondulado todavía era largo y lustroso, su piel todavía suave y perfecta. De una altura normal, tenía la figura de una gimnasta: delgada, ligera, y fuerte. Llevaba unos pantalones negros ajustados y un chaleco sin mangas rojo bordado de plata, un vestido que era tanto del estilo de los estándares actuales de Ciutric como práctico, en eso no le impediría el movimiento.

La empuñadura de su sable láser de doble hoja colgaba de sus caderas; durante los pasados años ella nunca había ido en presencia de su Maestro sin él. La empuñadura curvada del propio arma de Bane estaba enganchada al cinturón de sus pantalones… habría sido un imbécil de haberse quedado desarmado y vulnerable ante la aprendiz que había jurado matarle algún día.

Todavía estoy esperando ese día, pensó Bane. En voz alta dijo:

—Necesito que hagas un viaje al Borde Exterior. Un planeta llamado Doan, donde un Jedi fue asesinado hace tres días estándar.

—Cualquiera suficientemente poderoso como para matar a un Jedi merece nuestra atención, —admitió Zannah—. ¿Sabemos quién es el responsable?

—Eso es lo que necesitas averiguar.

Zannah asintió, sus ojos encogiéndose mientras procesaba la información.

—¿Qué estaba haciendo un Jedi en un planeta insignificante del Borde Exterior?

—Eso es algo que necesitas averiguar.

—Los Jedi mandarán a uno de los suyos a investigar, —señaló ella.

—No en seguida, —le aseguró Bane—. La familia real de Doan está pidiendo favores políticos para retrasar la investigación. Han mandado a una representante para que se reúna con el Consejo Jedi en Coruscant en su lugar.

—La familia real debe ser rica; ese tipo de favores no salen baratos. Un mundo pequeño, pero aún no lo suficientemente conocido con una realeza rica. ¿Recursos valiosos? ¿Minería? —supuso ella.

Zannah siempre había sido capaz de raspar pedazos de información y reunirlos en algo con sentido. Podría haber sido una sucesora digna, si tan solo poseyera la ambición de agarrar el trono Sith.

—El planeta ha sido excavado casi hasta el núcleo. Sólo quedan un par de kilómetros habitables de tierra en la superficie; toda la comida tiene que ser enviada. La mayoría de la población vive y trabaja en las franjas de las minas.

—Suena encantador, —murmuró ella, antes de añadir—. Me iré esta noche.

Bane asintió, despachándola. Sólo después de que se fuera se atrevió a colocar su mano todavía temblando de vuelta en la parte superior del escritorio.

La muerte de un Jedi siempre le era de interés, pero en realidad se preocupaba por encontrar el Holocrón de Andeddu mucho más que de lo que lo hacía por el resultado de la misión de Zannah.

Afortunadamente, el incidente en Doan le ofrecía la perfecta distracción. Investigar el mundo del Borde Exterior mantendría a su aprendiz ocupada mientras él se lanzaba por las peligrosas rutas hiperespaciales hacia el Núcleo para recuperar el Holocrón. Si las

cosas iban como esperaba, estaría de vuelta mucho antes de que ella volviera para darle su informe, sin que Zannah se enterara de nada.

Confiando en su plan, Bane centró toda su concentración en calmar el temblor que todavía agarraba su mano. Pero pese a todo su poder, pese a toda su disciplina mental, los músculos continuaban contrayéndose involuntariamente. En frustración, cerró su puño y lo golpeó una vez contra la superficie del escritorio, dejando una leve impresión en la suave madera.

4

Las lunas gemelas de Ciutric IV brillaban con fuerza sobre el speeder aéreo de Zannah mientras sobrevolaba el cielo nocturno. Las nubes de lluvia de la tarde se estaban empezando a formar; aún no eran más que velos que simplemente se desgarraban mientras su vehículo pasaba a través de ellas. En el suelo abajo, aún a un par de kilómetros por delante, podía ver las luces del espaciopuerto principal de Daplona.

Una luz en el panel de navegación parpadeó una advertencia, indicando que se estaba aproximando al límite de dos kilómetros de espacio aéreo restringido que rodeaba el puerto. Sus manos moviéndose con precisión casual sobre los controles, llevó al speeder para aterrizar en la sección reservada para aquellos lo suficientemente ricos como para permitirse hangares privados para sus lanzaderas personales.

Mientras el vehículo suavemente tocaba tierra en la plataforma localizada en el perímetro del puerto estelar, tres hombres salieron a encontrarse con ella. El primero, un aparcacoches, atendió su speeder, alejándolo hacia el aparcamiento seguro donde sería aparcado hasta que ella volviera. El segundo hombre, un porteador, cargó su equipaje en un pequeño trineo flotante y entonces esperó pacientemente hasta que el tercer hombre se aproximó.

—Buenas noches, Señorita Omek, —la saludó él.

Desde su primera llegada a Ciutric, Zannah y Bane habían trabajado duro para construir sus identidades como Allia y Sepp Omek. Tras casi una década, ella era capaz de deslizarse en el rol de una comerciante rica de importación-exportación sin siquiera pensar en ello.

—Chet, —dijo ella con un gesto de la cabeza al oficial de aduanas mientras el joven le daba un formulario de aspecto oficial.

Para las masas comunes, las llegadas y salidas del espaciopuerto de Daplona eran un proceso largo y arduo. Porque el mundo estaba construido a base de comercio e intercambio, el gobierno requería de copias de itinerarios de viaje, verificaciones de registro de naves, y un montón de formularios y permisos por rellenar antes de que las autoridades portuarias dejaran pasar a un navío, sus contenidos, o sus pasajeros. Esto frecuentemente involucraba una inspección minuciosa del interior de la nave por parte del personal de aduanas, con la explicación oficial de aumentar la seguridad planetaria. Sin embargo, todo el mundo sabía que las inspecciones eran realmente para desalentar a los mercantes de tratar de transportar mercancía no declarada a la espera de evitar las tasas y tarifas interplanetarias.

Afortunadamente, Zannah no tenía que preocuparse por nada de eso. Ella simplemente firmó el formulario de salida y se lo entregó a Chet. Uno de los principales beneficios de mantener un hangar privado en el puerto era la habilidad de ir y venir a voluntad. A cambio de sus tasas de hangar sustanciosas mensuales, el gobierno mantenía la nariz fuera de sus asuntos y los de Bane… una ganga a cualquier precio hasta donde ella sabía.

—Irá a coger su lanzadera privada, supongo.

—Eso es correcto, —respondió—. El *Victoria* en el hangar trece.

—Alertaré a la torre de control

Chet dio un corto gesto con la cabeza al porteador, que se dirigió con el trineo flotante en dirección al hangar.

—Sólo un momento, —dijo el oficial de aduanas suavemente a Zannah, haciendo que se diera la vuelta.

—He oído algunas noticias que pensé que podrían interesarle, —continuó una vez que el porteador desapareció por la esquina—. Argel Tenn tocó tierra hace un par de días para reunirse con su hermano.

Zannah nunca había conocido a Argel, pero sabía quién era y qué hacía. Durante los últimos años, lentamente había estado reuniendo información sobre todos los miembros de la red de contactos de Darth Bane; podían serles útiles una vez que derrotara al Sith. No sabía si la llegada de Argel era relevante o no; Bane siempre estaba buscando adquirir raros manuscritos Sith, y podría ser sólo una coincidencia. Sin embargo, archivó el conocimiento en caso de que pudiera serle útil.

—Gracias por la información, —dijo ella, dándole a Chet un chip de cincuenta créditos antes de irse hacia su hangar privado.

El porteador ya estaba ahí, esperando con sus bolsas junto a la lanzadera. Zannah introdujo el código de seguridad, haciendo que la rampa de abordaje bajara.

—Pon todo en la parte trasera, —ordenó ella, sonriendo y dándole al porteador un chip de diez créditos.

—De inmediato, señorita, —respondió, la propina desapareciendo al instante en un bolsillo en alguna parte de su uniforme mientras se apresuraba a cargar su equipaje.

Zannah mantuvo la sonrisa petrificada en su cara mientras él trabajaba. Ella tenía un punto al ser amistosa con todos en el espaciopuerto. Lo veía como una inversión de futuro: el cultivo de un recurso en potencia. Los miembros del Senado y otros individuos poderosos podían dar forma a la política galáctica, pero eran los burócratas, los oficiales del gobierno, y otros varios funcionarios políticos de bajo nivel los que realmente ponían las cosas en marcha… y era mucho más fácil tratar con ellos que con la élite política. Un par de palabras amables y un puñado de propinas pequeñas, y Zannah podría conseguir cualquier cosa que necesitara sin atraer la atención indeseada. Al igual que había hecho con Chet.

Esta era una ventaja que tenía sobre Bane. Ella sabía que era atractiva. Los hombres en particular se veían atraídos hacia ella debido a su aspecto; querían ayudarla, complacerla. Zannah no estaba por encima de alentarlos con una risa suave o un sutil toque, era un precio pequeño a pagar por establecer una relación que finalmente demostrara ser útil. La apariencia de su Maestro, por otra parte, nunca inspiraría otra cosa sino miedo en aquellos que no lo conocían.

Sólo una vez que el porteador se hubo ido y estaba sola en la cabina de mandos del navío, dejó que cayera la fachada. Acomodándose en el asiento a medida, introdujo las

coordenadas de navegación. A través del puerto de vistas de la cabina de mandos podía ver el *Triunfo,* la lanzadera personal de Bane, en el hangar adyacente.

Como el suyo, era un navío de Cygnus Spaceworks T-1 de clase *Theta*: la última lanzadera de transporte personal interplanetaria más cara disponible en el mercado abierto. Todo sobre su vida aquí en Ciutric, la mansión, sus ropas, incluso su calendario social eran parte de su disfraz. Se rodeaban a sí mismos de lujos y comodidades materiales; un grito lejano de la vida austera que habían llevado durante sus años en Ambria.

Había veces en las que Zannah echaba de menos la simplicidad de aquellos días tempranos. La vida en Ambria había sido dura, pero la había mantenido fuerte. Y no podía evitar preguntarse si el estilo de vida generoso aquí en Ciutric les había hecho a ella —y a Bane— blandos.

Los motores del *Victoria* se encendieron rugiendo, y la lanzadera se alzó un par de metros por encima del suelo. Zannah pilotó por instinto mientras su mente continuaba su curso de pensamiento.

La vida era una lucha constante; el fuerte sobreviviría y el débil perecería. Ese era el camino del universo, el orden natural. Era la filosofía que abrazaba el Código de los Sith. Pero aquí en Ciutric era fácil ser apaciguado con una sensación de paz.

La paz es una mentira, sólo existe la pasión. Con pasión, obtengo fuerza. Con fuerza, obtengo poder. Con poder, obtengo Victoria. Con Victoria, mis cadenas se rompen.

Zannah entendía que las cadenas no siempre estaban hechas de hierro y duracero; a veces podían estar tejidas por brilloseda cara. La vida fácil que disfrutaban en Ciutric era una trampa tan peligrosa como cualquiera que los Jedi pudieran ponerles jamás.

Había continuado su estudio y entrenamiento desde que Bane les había trasladado a su magnífico estado en las afueras de la ciudad. Pero la sensación de urgencia y la amenaza del peligro que la habían alentado durante los años tempranos se habían desvanecido, reemplazada por el fastidio de la seguridad y la contención.

Era hora de proclamarse Lord Oscura de los Sith. Ella ya le tendría que haber desafiado, si no hubiera sido por dos cosas.

La primera, era el temblor que había observado en su mano izquierda hacía varios meses. Él trató de ocultárselo, pero ella se dio aún más cuenta. No sabía el motivo del temblor, pero sin embargo, era una señal obvia de que sus habilidades estaban degenerando.

Quizás demasiado obvia. Bane era un maestro manipulador. Zannah no podía rechazar la idea de que estuviera fingiéndolo. ¿Y si el temblor era sólo un ardid para atraerla a la confrontación antes de que estuviera realmente preparada… una prueba final para ver si la aprendiz había aprendido la lección de la paciencia en la que había trabajado tanto por inculcarle?

Golpearé en un momento de mi elección, se juró Zannah. *No de la suya.*

Pero para hacerla moverse, tenía que estar preparada con un aprendiz propio. *Dos debían ser, ni más, ni menos. Uno para encarnar el poder, el otro para ansiarlo*. La

Regla de Dos era inviolable. Si iba a tomar el manto de Maestra de Bane, necesitaría encontrar un aprendiz. Hasta entonces, pese a sus mejores esfuerzos, había fracasado en localizar siquiera a un único candidato potencial.

Bane había reconocido su propio potencial cuando, como una joven, había matado a los Jedi que habían masacrado por error a su amiga. Ahora iba a investigar la muerte misteriosa de otro Jedi. ¿Podría encontrar a su sucesor del mismo modo que Bane la había encontrado a ella?

Pero si estaba pensando en esas cosas, con seguridad Bane había pensado en ello, también. Raramente se le cogía sin preparar o con la guardia baja. Así que… ¿por qué la mandaría Bane a una misión que podía terminar con ella encontrando al individuo que pudiera convertirse en el siguiente aprendiz Sith? ¿Quería desafiarle su Maestro? ¿Estaba tratando de ayudarla? ¿O estaba buscando reemplazarla? Quizás había decidido que no era digna de asumir su título. Quizás esperaba que su misión le proveyera de alguien nuevo para entrenarle en los caminos del lado oscuro, y planeara hacerla a un lado.

Si eso es cierto, Maestro, te sorprenderás de cómo termina esto. Subestímame bajo tu propio riesgo.

Un bip de la pantalla de navegación le notificó que la lanzadera había salido de la atmósfera de Ciutric. Un par de segundos después sintió el arrebato inequívoco mientras la nave hacía el salto hacia el hiperespacio.

Zannah reclinó su asiento y cerró los ojos. No tenía sentido preocuparse por todas las posibilidades de lo que Bane pudiera o no estar pensando, o de cuáles podrían ser sus motivaciones secretas para mandarla a la misión. La red de sus maquinaciones podía ser demasiado imposiblemente enrevesada para deshilarla.

Pero ella sabía una cosa con seguridad: algo iba a cambiar. Durante veinte años había servido como su leal aprendiz, aprendiendo los caminos de los Sith. Ahora su hora como alumna iba a terminar. Fuera cual fuera el resultado de la misión, había decidido que esta sería la última vez que respondiera ante Darth Bane.

5

Coruscant era distinto a cualquier cosa que Serra hubiera visto nunca. De niña no había conocido nada salvo el simple aislamiento del campamento de su padre. Cuando él la había mandado lejos, había visitado docenas de otros mundos antes de asentarse en Doan, pero todos ellos habían sido planetas poco poblados del Borde Exterior. Toda su vida la había pasado en los límites de la civilización. Aquí, en la metrópolis del tamaño de un planeta que era la capital de la República, había sido arrojada a la locura del Núcleo Galáctico.

Caleb se había asegurado de que la educación de su hija fuera bien fundada; había leído descripciones de Coruscant, había memorizado todos los hechos y figuras relevantes. Pero saber que un mundo tenía una población que se aproximaba al trillón de individuos y verlo en persona era totalmente diferente.

Serra simplemente miró por la ventana del speeder aéreo, sin palabras mientras corría y se hundía, luchando por abrirse camino a través del tráfico pesado de la carretera aérea. Abajo, un océano interminable de duracero y permacreto se extendía hasta el horizonte en todas las direcciones, brillando con el brillo permanente de un millón de luces. El efecto era abrumador: las multitudes, los vehículos, la cacofonía aburrida de sonidos que podían escucharse sobre el zumbido de los motores, la misma magnitud de ello era casi más de lo que su mente podía soportar. Le hacía sentir pequeña. Insignificante.

—Ahí está, —dijo Lucia, señalando con la cabeza hacia la ventana.

En la distancia, Serra podía sólo entrever una gigantesca estructura que se alzaba bien arriba sobre el resto del paisaje urbano: el Templo Jedi. El speeder de movimientos ondulantes les estaba acercando rápidamente, y no pasó mucho antes de que pudiera entrever los detalles únicos de la construcción del Templo.

Los cimientos eran una pirámide de bloques sucesivamente más pequeños, creando un efecto escalonado o zigurat. En la cima del nivel más alto había una aguja alta central, rodeada en cada esquina por agujas más pequeñas, secundarias. Dispersas entre las agujas había plazas abiertas, amplios paseos, vastos jardines naturales, y un número de edificios más pequeños que servían de dormitorios o centros administrativos.

Mientras el speeder bajaba a la línea principal de tráfico hacia su destino, la verdadera magnitud de la estructura se volvió aparente. Todo en Coruscant era grande y magnificente, pero el Templo dominaba el paisaje aéreo. Serra recordó que había sido construido encima de una montaña. No en una montaña, como los pequeños asentamientos que los nobles habían construido en las mesetas de Doan, sino realmente *sobre* la montaña, la pirámide escalonada cubría toda la superficie, tragándose la montaña de forma tan completa que ya no era visible.

Su vehículo se inclinó en un amplio círculo alrededor de la Aguja de la Tranquilidad, la torre alta central, antes de tocar tierra en una plataforma de aterrizaje a la sombra de una torre más pequeña en la esquina noroeste.

—Acabemos con esto, —murmuró Lucia, poniéndose en pie rápidamente y ofreciendo su mano para ayudar a Serra a levantarse de su asiento.

La princesa se dio cuenta de que Lucia estaba tan incómoda como ella, aunque sospechaba que la intranquilidad de su guardaespaldas tenía menos que ver con las vistas abrumadoras y los sonidos de Coruscant y más que ver con sus días como un soldado luchando contra el Ejército de la Luz. Incluso después de veinte años, Lucia aún albergaba un resentimiento hacia ambos, los Jedi y la República. Eso, y el hecho de que probablemente se sentía culpable por contratar a la asesina que había matado al emisario Jedi.

Serra, por otra parte, no sentía nada salvo gratitud por lo que su amiga había hecho. Y no tenía intención de dejar que nadie —ni el rey, ni los Jedi— averiguara que Lucia era responsable.

—Recuerda lo que te dije, —dijo ella, poniendo una mano reconfortante en el hombro de su amiga—. He tratado con los Jedi antes. Sé cómo manejarlos. Conozco sus debilidades. Sus puntos ciegos. Saldremos de esta.

La guardaespaldas tomó aliento profundamente y asintió. Serra hizo lo mismo, centrándose en anticipación a la confrontación que se avecinaba.

* * *

Lucia estaba asombrada de lo calmada y compuesta que parecía la princesa mientras se preparaban para abandonar la lanzadera.

Ella siempre iba con una silenciosa pero firme resolución. Le daba un aire de confianza y autoridad que atraía a los otros. Cuando hablaba, la gente daba a sus palabras cuidadosa consideración… incluso gente como el rey de Doan. Pero esto era diferente. Estaban a punto de reunirse con un Maestro Jedi, y Serra pretendía mentirle directamente en su cara.

Sin embargo, Lucia no tenía intención de dejar que su amiga se metiera en problemas. A la primera señal de que los Jedi supieran que Serra estaba siento deshonesta, pretendía confesarlo todo, no importaban las consecuencias.

Calmada por su decisión, fue capaz de mantener su propio exterior de compostura mientras desembarcaban. Fuera de la lanzadera encontraron una escolta de tres Jedi esperándolas. Dos eran humanos, un hombre y una mujer. La tercera era una mujer twi’lek. Cada uno llevaba túnicas lisas marrones con las capuchas hacia atrás para revelar sus rasgos; sus atavíos simples, un fuerte contraste con las vestimentas más formales de Serra y Lucia.

La princesa estaba llevando un vestido largo, ondeante, sin mangas de seda azul; un chal finamente tejido dorado cubría sus hombros y la parte superior de sus brazos. Su largo pelo negro colgaba suelto por debajo de la elaborada tiara dorada que llevaba, y alrededor de su cuello había una elegante cadena dorada y un colgante de zafiro que significaba su estancia con la familia real de Doan.

Lucia también iba vestida de azul y dorado —los colores reales— pero llevaba el vestido de uniforme de la milicia de Doan: unos pantalones azul oscuro con un cordón dorado que le recorría la pierna y una camiseta estrecha, azul claro, cubierta con una chaqueta corta azul con un corte dorado abotonada hasta el cuello. Como los tres Jedi, sin embargo, su cabeza estaba al descubierto.

La twi'lek caminó hacia delante con una reverencia.

—Saludos, Su Alteza. Me llamo Ma'ya. Mis compañeros son Pendo y Winnoa.

Serra devolvió la reverencia con una inclinación de su cabeza.

—Esta es Lucia, mi acompañante, —le devolvió ella.

Los ojos de Ma'ya parpadearon hacia el bláster prominentemente expuesto en la cadera de Lucia, pero todo lo que dijo fue:

—Por favor, sígannos. El Maestro Obba está esperando para hablar con ustedes.

Por los informes que había ojeado durante el viaje a Coruscant, Lucia sabía que Obba era un miembro del Consejo del Primer Conocimiento. Como guardianes del saber antiguo Jedi, a menudo proveían de consejo y guía al Alto Consejo Jedi. También había sido Maestro de Medd Tandar, el Jedi que había muerto en Doan.

Las tres figuras entunicadas les llevaron desde la plataforma de aterrizaje a un jardín bien atendido, punteado por un número de memoriales y estatuas. Una pequeña multitud de niños corrieron pasándoles en un punto, riendo.

—Jóvenes de los dormitorios de entrenamiento, —explicó Ma'ya—. Durante las tardes se les da algo de tiempo libre de sus estudios para que jueguen en los jardines.

Serra no respondió, pero Lucia podía ver el brillo de la lástima en sus ojos. Sabía que la joven pareja había estado tratando de iniciar una familia las semanas antes de la muerte de Gerran, y ver a los niños sin duda le llevaba recuerdos dolorosos.

Continuaron en silencio, los Jedi llevándoles a pie hacia la torre noroeste y luego dentro. Treparon varios pisos de escaleras flotantes; hacia el final Lucia se dio cuenta de que la princesa se estaba quedando sin aliento, aunque ni ella ni los Jedi tenían el mismo problema.

Y entonces, en alguna parte burdamente a un cuarto del camino hacia arriba de la torre, se detuvieron fuera de una gran puerta. Ma'ya golpeó, y una voz profunda del interior gritó.

—Entrad.

La twi'lek abrió la puerta, entonces se hizo a un lado con otra reverencia. Serra entró en la habitación, Lucia siguiéndola a un solo paso atrás. Sus escoltas se quedaron fuera, cerrando la puerta.

A un primer vistazo, el interior de la habitación podía haberse confundido con un invernadero. Una única gran ventana en la pared más alejada permitía que la luz del sol la atravesara, haciéndola excesivamente brillante y sobretodo cálida. Macetas de plantas de al menos una docena de especies diferentes se alineaban en las paredes; otra media docena crecía en cajas junto al alféizar, mientras que aún más colgaban de los tiestos fijos al techo. No había sillas, ni mesas, ni escritorios. Sólo entonces cuando ella se percató de

una pequeña esterilla de paja enrollada en una esquina, Lucia se dio cuenta de que eran las cámaras personales del Maestro Jedi.

—Bienvenida, Su Alteza. Nos honra con su visita.

El Maestro Obba, un ithoriano, estaba en pie con su espalda hacia ellas mirando fuera por la ventana. En los dedos alargados de una mano llevaba una regadera. Dejándola en el suelo, se giró para encararlas.

Como todos los ithorianos, era más grande que los humanos normales, fácilmente de dos metros de altura. Su piel burda, marrón parecía casi como corteza, y su cuello largo se curvaba hacia atrás y adelante antes de curvarse hacia arriba de nuevo, haciéndole parecer que se estaba inclinando hacia ellas. Mirando a los ojos que sobresalían de cada lado en la parte superior de su cabeza alta y plana, hacía fácil entender el por qué el apodo Cabezas de martillo era a menudo aplicado a la especie.

—Esta es mi consejera, Lucia, —le dijo Serra, apegándose a su planeada historia encubierta—. Gracias por acceder a reunirse con nosotras, Maestro Obba.

—Era lo menos que podía hacer, dadas sus circunstancias, —explicó el ithoriano, su voz profunda y resonante—. Mis condolencias por su marido. Su muerte fue una tragedia terrible.

Lucia no era experta en las sutilezas de la política, y no podía decir si Obba simplemente era un alma compasiva expresando auténtica simpatía, o un negociador experto tratando de poner a la princesa emocionalmente fuera de equilibrio al mencionar a Gerran.

—Mi tragedia se ve reflejada por la suya, —respondió Serra en el tono formal de una diplomática con práctica. Fueran cuales fueran las intenciones del Jedi, sus palabras no tuvieron ningún efecto visible en su comportamiento—. Permítame disculparme en nombre de la familia real por el suceso desafortunado de Medd Tandar.

La cabeza del ithoriano se inclinó en agradecimiento.

—Lamento su muerte. Y es de crítica importancia que sepamos la identidad de la persona o personas responsables.

Lucía sintió a su corazón saltarse un latido, aunque no dio ninguna señal externa de su ansiedad.

—Lo entiendo, —le aseguró Serra—. Las autoridades en mi mundo están haciendo todo lo que hay en su poder para llevar a aquellos responsables ante la justicia.

—Quiero creerla, —respondió Obba—, pero puede entender que tenga mis reservas. Medd fue asesinado durante un ataque a sus enemigos. Hay algunos que creen que su suegro estuvo tras el ataque.

—Eso no tiene sentido, —objetó Serra—. El rey quiere mejorar nuestra relación con su reverenciada Orden. Es por eso por lo que aceptó dejar a Medd venir a nuestro mundo en primer lugar.

—Hay algunos que creen que el rey utilizó a Medd para ayudar a encontrar a sus enemigos, —contraatacó Obba—. Claman que fue su plan todo el tiempo.

—La muerte de Medd fue una trágica coincidencia, no una parte de algún plan enrevesado para explotar a los Jedi, —insistió la princesa—. Simplemente estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado. En cuanto al rey, él no tenía constancia del asesinato de ningún modo. Le doy mi palabra.

—Desafortunadamente, su palabra no será prueba suficiente para aliviar los miedos de aquellos en mi Orden.

—Entonces deje que utilicen la lógica, —argumentó Serra—. Mi suegro no es un imbécil. Si hubiera querido utilizar a los Jedi para buscar venganza, habría sido lo suficientemente listo como para cubrir sus huellas. Habría esperado hasta después de que Medd se hubiera ido antes de ordenar el ataque.

—A veces cuando estamos cegados por la pena, no somos capaces de mirar a través de nuestros deseos inmediatos, —señaló el Jedi.

—¿Realmente eso es lo que cree, Maestro Obba? ¿O sólo está buscando a alguien a quien culpar por la muerte de su antiguo Padawan?

El ithoriano suspiró.

—Admito que mi propio juicio en esto pueda estar nublado por mis sentimientos personales. Es por lo que debo confiar en la Fuerza y permitirle guiar mis pensamientos y acciones.

—No hay emoción, hay paz, —señaló la princesa.

—Ha estudiado nuestro Código.

—Sólo de forma informal.

—Debería haberlo sospechado, —le dijo el Maestro—. Puedo percibir que la Fuerza es poderosa en usted.

Los ojos de Lucia se abrieron como platos en sorpresa, aunque Serra se tomó su observación completamente con calma.

—Me temo que soy demasiado vieja para ser reclutada por su Orden, Maestro Obba, —dijo ella con una leve sonrisa.

—Aún así, las palabras de nuestro mantra pueden servirle bien, —le reprendió él—. Debe estar siempre alerta de las tentaciones del lado oscuro.

—¿Cómo los talismanes a los que Medd fue mandado a buscar? —Contraatacó Serra—. Es eso de lo que va esto realmente, ¿no?

El ithoriano asintió con gravedad.

—Por mucho que me lamente por su muerte, debo poner esos sentimientos a un lado y centrarme en el propósito de su misión original.

Lucia estaba impresionada. Hasta el momento el encuentro había ido casi exactamente como Serra había predicho. Durante sus preparativos para la reunión, la princesa le había dicho que los Jedi se preocupaban más por la ideología y la batalla de la luz y la oscuridad que de la gente con vida. Ella había planeado explotar ese conocimiento para darle la vuelta a la conversación lejos de discusiones de quién había contratado al asesino… con un poco de ayuda de Lucia.

Los Jedi aman sentirse superiores, le había explicado Serra durante el viaje en lanzadera. *Consideran su deber educar e informar a las masas ignorantes. Si le haces a uno de ellos una pregunta, no pueden evitar responderla. Podemos utilizar esto en nuestra ventaja durante nuestra reunión.*

—Disculpe mi interrupción, Maestro Obba, —dijo Lucia, reconociendo la oportunidad que le había dado—, ¿pero esos talismanes de verdad son tan importantes?

—Creo que lo son, —respondió el ithoriano.

—Pero… ¿cómo puede estar tan seguro?

—Soy miembro del Consejo del Primer Conocimiento, —explicó él, lanzándose a la lección justo como Serra había dicho que lo haría—. Somos guardianes de la sabiduría de los Jedi. Mantenemos la Gran Biblioteca, supervisamos las enseñanzas de los jóvenes, y buscamos las historias antiguas y Holocrones que nos traen un mayor conocimiento del lado luminoso de la Fuerza. Pero somos más que cuidadores. También somos guardianes.

—No todo el conocimiento es puro; alguno está tocado por el mal. Hay secretos que deben permanecer ocultos; enseñanzas prohibidas que deberían permanecer enterradas por siempre. Hay un lado oscuro de la Fuerza. Sin vigilancia trae muerte y destrucción.

Lucia asintió como si absorbiera cada palabra, pero en su interior no sintió nada salvo desprecio. La arrogancia de los Jedi no conocía límites. Como una soldado sirviendo en la Hermandad de la Oscuridad de Kaan, había desarrollado una visión bastante distinta del lado oscuro. Los Sith enseñaban que la emoción, el miedo, la rabia, e incluso el odio, deberían ser abrazados. Había aprendido a obtener fuerzas del llamado mal del lado oscuro, y eso le ayudaba a sobrevivir a través de la guerra y los años de sufrimiento.

Los Jedi nunca lo entenderían. Vivían en aislamiento, meditando en grandes torres en el centro de la galaxia. No tenían ni idea de cómo era para los marginados, los privados de derechos, y la gente olvidada forzada a vivir en los límites de la sociedad.

—El Consejo del Primer Conocimiento ha jurado evitar que este terrible poder sea liberado, —continuó el Maestro Obba, ignorante a sus auténticos sentimientos—. Pero la influencia del lado oscuro está dispersa a través de la galaxia, como lo están las herramientas que utiliza para esparcirse: textos antiguos de brujería Sith; amuletos imbuidos con energías malévolas; cristales emponzoñados que pueden corromper las mentes de los inocentes.

—A veces estos artefactos son descubiertos por accidente, y caen en manos de víctimas insospechadas. Se convierten en agentes del lado oscuro, causando el caos a través de la galaxia… a no ser que lleguemos a ellos a tiempo. Hemos entrenado en el manejo de los artefactos del lado oscuro. Algunos pueden ser destruidos, pero otros son demasiado poderosos y deben ser salvaguardados.

—¿Cómo podría algo así acabar en un mundo remoto como Doan? —preguntó Lucia, aún jugando su parte.

—Los humanos han estado viviendo en su mundo durante al menos diez mil años, —Obba estaba sólo demasiado dispuesto a explicar—. Cuando las operaciones mineras comenzaron hace varios siglos, antiguos túmulos, criptas, y tumbas se excavaban a

menudo, así como los restos de aldeas primitivas abandonadas hace tiempo. En raras ocasiones, ciudades enteras han sido descubiertas, enterradas milenios antes en los aludes de barro o en antiguas erupciones volcánicas.

—Algunas de esas civilizaciones tempranas apoyaban a los Sith y seguían los caminos del lado oscuro. Cuando la gente desaparecía, los artefactos de su fe a menudo se quedaban atrás.

—¿Cómo escuchó por primera vez acerca de esos artefactos? —preguntó de repente la princesa, captando una idea.

—No era más que un rumor, —admitió Obba—. Escuchamos que un equipo minero había descubierto un alijo de objetos y estaba ofreciéndolos a la venta a coleccionistas de fuera del mundo. Basándonos en las descripciones, percibimos que los objetos podrían ser talismanes Sith. Así que mandé a Medd a investigar.

—Si ustedes escucharon acerca de esos objetos, —especuló Serra—, entonces es posible que otros hayan oído de ellos también. El asesino de Medd podría no haber sido un asesino mandado para vengar la muerte de mi marido. Podría haber sido alguien interesado en encontrar los talismanes.

—He considerado esa posibilidad, —confesó el Maestro Jedi—. Aunque he esperado que no fuera así.

El ithoriano les dio la espalda, claramente perturbado. Empezó a caminar lentamente hacia atrás y hacia delante enfrente de sus plantas, como para calmarse antes de hablar de nuevo. Una vez más Lucia estaba sorprendida de qué fácilmente había controlado y dirigido el encuentro la princesa.

Obba había comentado que Serra era poderosa en la Fuerza. Eso podría ayudar a explicar la presencia de mando que parecía tener. Pero, se preguntó Lucia, ¿era posible que la princesa fuera tan poderosa que fuera capaz de manipular a un Maestro Jedi?

—A aquellos que han entrenado en los caminos de los Jedi se les enseña a vivir por las normas y doctrinas de nuestra Orden, —dijo al fin Obba—. Creemos en el auto sacrificio, y creemos que el poder de la Fuerza sólo debe ser utilizado cuando sirve a un bien mayor. Desafortunadamente, pese a nuestros mejores esfuerzos hay algunos que se alejan de nuestras enseñanzas. Ceden a la debilidad. Sucumben a la ambición y la avaricia. Utilizan la fuerza para satisfacer sus deseos y anhelos básicos. Rechazan nuestra filosofía y caen en el lado oscuro.

—Está hablando de los Sith, —susurró Serra. Lucia pensó que había escuchado miedo en la voz de la princesa, pero no podía decir si era real o simplemente parte del juego al que estaba jugando con su huésped.

—No los Sith, —corrigió él—. Estoy hablando de los Jedi Oscuros.

—¿Cuál es la diferencia entre un Sith y un Jedi Oscuro? —preguntó Lucia.

El ithoriano dejó de caminar y se giró para encararlas, instintivamente dirigiéndose a su audiencia como un profesor dando una lección.

—Los Sith son enemigos jurados de los Jedi y la República. Buscan barrernos de nuestra existencia; buscan dominar la galaxia. Unieron su fuerza en la Hermandad de la

Oscuridad, atrayendo a innumerables seguidores a su causa con falsas promesas. Amasaron un ejército de individuos lo suficientemente imbéciles y desesperados como para creer sus mentiras, y metieron a la galaxia en una guerra que amenazó con destruirnos a todos.

Lucia permaneció en silencio mientras Obba hablaba, aunque se tensó involuntariamente ante su descripción de ella y sus compañeros soldados.

—Un Jedi Oscuro, por otra parte, tiene ambiciones mucho más pequeñas. Él… o ella… cree sólo en sí mismo. Actúa por su cuenta. La meta final no es la conquista galáctica, sino la riqueza y la importancia personal. Como un matón común o criminal, se revela en crueldad y egoísmo. Depreda a los débiles y vulnerables, esparciendo miseria y sufrimiento allá donde va.

—Y usted cree que alguien así podría estar involucrado aquí, —señaló Serra—. Tiene a alguien en particular en mente.

Obba inclinó su cabeza en vergüenza.

—Set Harth. Como Padawan perdió a su Maestro ante la bomba mental en Ruusan. Le tomé bajo mi tutela, y finalmente le recomendé a los otros miembros del Consejo del Primer Conocimiento. Como Medd, se convirtió en uno de nuestros agentes, buscando en la galaxia artefactos y tesoros del lado oscuro.

—Pero la tentación del lado oscuro demostró ser demasiado fuerte para Set. Rechazó las enseñanzas Jedi para perseguir la riqueza y las ganancias personales a expensas de los otros. Demasiado tarde supimos que se había guardado para sí mismo muchos de los artefactos que había descubierto. Para cuando me di cuenta de en qué se había convertido, se había ido, desvanecido en el vientre galáctico de mercenarios sin ley, cazarrecompensas, y esclavistas.

—¿Así que teme que Set Harth, este Jedi Oscuro, pueda haber matado a Medd Tandar en Doan?

—Si el asesino no era un asesino contratado por alguien en Doan, entonces me parece la posibilidad más probable. Si Set de algún modo supo del alijo de artefactos en Doan, habría buscado reclamarlo… y habría matado a cualquiera que se metiera en su camino.

—Parece un hombre peligroso, —señaló Serra.

—Ahora que los Sith están extintos, —proclamó Obba—, Set Harth puede ser el individuo más peligroso de la galaxia.

Serra le miró. Ella pensó en el hombre de armadura negra que había embrujado sus sueños durante los últimos veinte años, y recordó las palabras de su padre:

Los Jedi y los Sith siempre estarán en guerra. Ambos son totalmente inflexibles; sus filosofías rígidas no dejan cabida a la existencia mutua. Pero en lo que fracasan en darse cuenta es que son meramente dos caras de la misma moneda: luz y oscuridad. No puedes tener la una sin la otra.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que los Sith se han ido? —exigió ella—. ¿No hubo rumores de que algunos de los Lords Sith sobrevivieron a la bomba mental que destruyó a la Hermandad de la Oscuridad?

—Eso es cierto. Uno sobrevivió, —explicó Obba—. Pero ahora él, también, ha caído… aunque su derrota llegó tras un terrible precio.

—No lo entiendo.

El ithoriano suspiró, un sonido angustioso, triste.

—Vengan. Les enseñaré.

Con pasos lentos y pesados cruzó la habitación y abrió la puerta que llevaba de vuelta al pasillo. Los tres Jedi que les habían escoltado estaban todos sentados de piernas cruzadas en el suelo, meditando en silencio. Treparon en pie al ver al ithoriano salir.

—Podéis volver a vuestros deberes habituales, —les informó él.

—Sí, Maestro, —respondieron, inclinándose al unísono. Despachados, los Jedi se dirigieron hacia arriba de las escaleras para cuales fueran las tareas que les esperaban en los pisos superiores de la torre.

Moviéndose a un paso tan lánguido que rozaba la locura, Obba les llevó de vuelta abajo a la base de la torre y fuera a los jardines donde, en el último momento, se detuvo.

Estaban ante uno de los muchos monumentos alzados en el jardín. Este en particular era un bloque blanco de piedra de un metro y medio de alto y casi dos veces la amplitud. Las empuñaduras de cinco sables láser estaban incrustadas en la cara de la piedra; bajo cada una había un retrato grabado, supuestamente una imagen del dueño del sable láser. Bajo esto, en letras más grandes, estaba lo siguiente:

En honor de aquellos que cayeron bajo la hoja
del último Lord Oscuro de los Sith.
Que sus recuerdos continúen, para recordarnos lo que se ha perdido.
No existe la emoción; existe la paz;
No existe la muerte; existe la Fuerza.
Maestro Jedi Valenthyne Farfalla
Maestra Jedi Raskta Lsu
Maestro Jedi Worror Dowmat
Caballero Jedi Johun Othone
Caballero Jedi Sarro Xaj
Caleb de Ambria

Cuando sus ojos cayeron sobre el último nombre de la lista, Serra sintió sus rodillas debilitarse. Sin palabras, sólo pudo mirar al monumento, su mente incapaz de encontrar un sentido a lo que estaba viendo.

—¿Qué es esto? —Preguntó Lucia, haciéndose eco de la confusión de su señora—. ¿Por qué nos ha traído aquí?

—Hace diez años, el Maestro Valenthyne Farfalla supo que un Lord Oscuro de los Sith había sobrevivido de algún modo a la bomba mental en Ruusan. Actuando ante un chivatazo, rápidamente reunió al equipo de Jedi que ven honrados en este monumento para tratar de aprehender al Lord Oscuro. Le siguieron al Núcleo Profundo y se enfrentaron a él en el mundo de Tython. Ningún Jedi sobrevivió.

—¿Los conocía bien? —se preguntó Lucia en voz alta, todavía siguiendo las instrucciones de Serra de hacer preguntas en cada ocasión.

—Conocí al Maestro Worror y al Maestro Valenthyne cuando todos éramos Padawans. Servimos juntos en el Ejército de la Luz de Lord Hoth durante la guerra contra la Hermandad de la Oscuridad de Lord Kaan.

Durante varios segundos hubo silencio, Obba perdido en sus recuerdos y Serra aún demasiado aturdida para hablar. Fue Lucia la que rompió el encantamiento, haciendo otra pregunta más.

—El último nombre, Caleb de Ambria… recuerdo haberlo escuchado durante la guerra. Era un sanador, ¿no?

—Lo era. En la batalla contra los Jedi en Tython, el Lord Oscuro fue gravemente herido. Fue a Ambria en busca de un hombre con el conocimiento de sanar sus heridas. Pero Caleb se negó a ayudarle.

En el ojo de su mente, todo se volvió claro para Serra. Como su padre había predicho, el hombre con la armadura negra había vuelto. Como antes, había ido para tratar de obligar a Caleb a hacer su arte. Como antes, Caleb se había resistido. Esta vez, sin embargo, su padre tenía ventaja. Habiendo mandado lejos a su hija, no había nada que los Sith pudieran hacer para obligarle a cooperar.

—¿Qué ocurrió cuando el sanador se negó? —susurró ella, sus ojos todavía traspuestos en el nombre de su padre grabado en la base de la piedra.

—Nadie lo sabe con certeza. Lo que sabemos ahora es que poco después de que el Lord Oscuro llegara, Caleb mandó un mensaje alertando al Consejo Jedi. Les dijo que el último de los Sith estaba en su campamento en Ambria, herido y virtualmente indefenso. Quería que los Jedi fueran a capturarle.

—¿Por qué haría eso? —se preguntó Lucia—. Creo recordar haber escuchado que Caleb se negaba a tomar bandos en la guerra. No le era de mucha utilidad a los Jedi ni a los Sith.

—Él no siempre estaba de acuerdo con las filosofías de nuestra Orden, —admitió Obba—. Pero era un hombre bueno y moral. La guerra ya se había acabado del todo en ese punto, y su consciencia no sufriría ningún mal que resistir sin tomar acción. Sabía que si dejaba irse al Sith, antes o después más inocentes sufrirían.

—Al recibir el mensaje, el Consejo mandó un equipo liderado por el Maestro Tho'natu a Ambria. Yo fui uno de los Jedi escogidos para acompañarle. Desafortunadamente, para cuando llegamos al campamento, Caleb estaba muerto.

—¿Cómo? —preguntó Serra, su voz baja y carente de toda emoción.

—El Lord Oscuro supo del mensaje. Enloquecido por la traición de Caleb, sus heridas, y la corrupción del lado oscuro, hizo una carnicería del sanador, cortándole extremidad a extremidad.

—Para cuando llegamos, el Lord Oscuro se había vuelto completamente loco. Todavía estaba rondando por el campamento y se abalanzó para atacarnos, un hombre

contra un ejército de Jedi. El Maestro Tho'natu fue forzado a cortarle para proteger su propia vida.

El padre de Serra había tenido razón. Había sabido que el hombre de armadura negra volvería. Había percibido el peligro, y había mandado lejos a su hija. Había salvado su vida, al coste de la suya propia. Y al hacerlo, había ayudado a destruir al hombre que Serra temía más que a ningún otro.

Una inundación de emociones la bañó. Alivio. Culpa. Pena. Vergüenza. Pero sobre todo ello había una rabia feroz, primordial. Más que cualquier cosa, quería venganza. Quería devolverle el golpe al monstruo que la había aterrorizado de niña y entonces, años después, mató a su padre. Aún así eso era imposible. Los Jedi se lo habían robado.

—¿Cómo era él? —preguntó Lucia—. El último Sith, quiero decir.

—Era una figura trágica, patética, —respondió Obba—. Delgado. Frágil. Podías ver la locura en él cuando cargó contra nosotros. Sus ojos eran tan oscuros y salvajes como su pelo.

No, pensó Serra. *Eso no es cierto*.

—¿Tenía pelo? —*La cabeza del hombre de armadura negra estaba afeitada*.

—Sí. Pelo como un animal. Largo. Despeinado. Manchado de sangre.

Una impensable sospecha se estaba abriendo paso en la mente de Serra.

—¿Era un hombre grande? —Exigió ella, luchando por evitar la urgencia de su voz—. ¿Alto, quiero decir?

El ithoriano agitó su cabeza.

—No, no demasiado. No para ser un humano.

El hombre de la armadura oscura era un gigante. Al menos tan alto como tú, Maestro Obba.

Ignorante del torbellino interior de Serra, el ithoriano continuó su relato.

—Los sables láser de los Jedi caídos fueron encontrados en el campamento de Caleb; el Lord Oscuro los había guardado como trofeos. El Maestro Tho'natu los trajo de vuelta, junto con los restos del sanador, para que pudieran descansar en un lugar de honor.

—Este monumento representa uno de los mayores triunfos de la Orden Jedi, pero también uno de sus capítulos más funestos. Los Sith ya no existen, pero sólo al precio de muchas vidas que serán sumamente echadas de menos. Este fue el precio que tuvimos que pagar para librar a la galaxia de los Sith para siempre.

La mente de Serra estaba echando humo, tratando de reunir las piezas. Necesitaba tiempo para pensar, para averiguarlo. Pero no podía hacerlo aquí, no con el nombre de su padre mirándola desde la piedra. Necesitaba irse antes de que dijera o hiciera algo que expusiera su secreto y revelara su verdadera identidad.

—Nos ha dado un montón en qué pensar, Maestro Obba, —dijo rígidamente Serra—. Me aseguraré de confiarle todo esto al rey.

El Maestro Obba se aclaró su garganta en disculpas.

—Tengo toda la confianza en que lo hará, pero me gustaría mandar a uno de mi propia gente para investigar y ver si los talismanes aún están ahí.

Cuando Serra vaciló antes de responder, Lucia llegó a su rescate.

—¿Qué sentido tendría eso? Quiero decir, si tiene razón sobre que Set Harth fue el asesino, ¿no se habrá ido ya? No va a quedarse por ahí después que de pusiera sus manos sobre esos talismanes, ¿no?

—Probablemente tenga razón, —admitió el Jedi tras considerar sus palabras.

—Entonces no veo motivos para que los Jedi continúen con este asunto, —dijo Serra, recomponiéndose lo suficiente para agarrar la oportunidad que el pensamiento rápido de Lucia le había dado—. Dada la situación política delicada en Doan, probablemente sería mejor para todos los involucrados si las investigaciones fueran llevadas a cabo por las autoridades locales.

Ella podía ver que el ithoriano no estaba complacido con el acuerdo, pero estaba arrinconado. Atrapado en la red de la política galáctica, ahora estaba indefenso para tomar acción sin convertir esto en un incidente diplomático oficial, algo que el Senado no miraría con buenos ojos.

—Si sabemos de alguna noticia sobre Set o los talismanes, —prometió la princesa—, tiene mi palabra de que le informaremos de inmediato.

—Gracias, Su Alteza, —respondió el ithoriano con una rígida reverencia, sólo ahora dándose cuenta de cómo había sido manipulado.

Serra dio al Maestro Obba una corta reverencia como despedida final, entonces rápidamente se giró para marcharse, ansiosa por volver a la privacidad de su lanzadera. Lucia inmediatamente fue a un paso tras ella. Ninguna de ellas habló mientras cruzaban los jardines hacia el speeder aéreo que las esperaba; el silencio continuó mientras el speeder les llevaba arriba y lejos, doblando los edificios y los enjambres de multitudes de Coruscant en un borrón bajo ellas. Serra todavía estaba pensando en el hombre con armadura negra de sus pesadillas. Sabía que sus sueños eran más que recuerdos o miedos subconscientes saliendo a la superficie. Caleb no había sido ni Sith ni Jedi, aún así había creído en el poder natural de la vida y el universo le había enseñado a Serra a escuchar al poder de su interior, para atraerlo cuando necesitaba sabiduría, coraje, o fuerza de espíritu. Más importante, le había enseñado a confiar en sus instintos.

De la misma forma que Caleb había sabido que el hombre de armadura negra volvería, Serra sabía que aún estaba vivo. Sabía que de algún modo estaba involucrado en el asesinato de su padre. Los Jedi que habían ido a Ambria habían sido engañados. Estaba segura de ello. No habría sido difícil; querían creer que los Sith estaban extintos. Siempre era más fácil hacer a la gente aceptar una mentira cuando la habían esperado y deseado.

Un plan empezó a formarse en la mente de Serra. Durante demasiados años, había sido atormentada por la figura aterradora de su infancia. Ahora, con la muerte de Caleb como catalizador, iba a hacer algo al respecto. Vengaría a su padre. Iba a encontrar al hombre de la armadura negra, e iba a matarlo. No habló de nuevo hasta que ella y Lucia estuvieron a solas a bordo de la lanzadera privada que las llevaría de vuelta a Doan. Aquí sabía que estaban a salvo, que cualquier cosa que se dijera quedaría entre ellas dos.

Incluso así, no estaba preparada para confesarlo todo. Ella mantendría los secretos de su pasado —su padre, sus pesadillas— un poco más aún.

—La asesina que contrataste. Necesito que contactes de nuevo con ella —fue todo lo que dijo—. Tengo otro trabajo para ella.

6

Set Harth había estado en Doan durante dos días. Estaba determinado a no estar aún aquí para el final del tercero. En parte, quería irse antes de que algún Jedi más se mostrara para investigar la muerte de Medd, o para tratar de reclamar los artefactos a por los que el Cereano había ido en primer lugar. Pero aparte de eso, Set ya estaba harto de estar rodeado de mineros.

Todos estaban empezando a parecerle iguales: achaparrados y corpulentos, su grosor común un resultado de generaciones pasadas en una labor manual dura. Su piel era marrón y curtida, por no mencionar que estaba moteada del polvo y la mugre que lo cubría todo. Todos tenían el mismo pelo —corto y oscuro— y todos llevaban las mismas ropas, apagadas y raídas. Incluso sus rasgos parecían todos los mismos: tristes y taciturnos, abatidos y rotos por una vida de moler en las canteras.

Decir que no encajaba era el paradigma de la sutileza. Set era delgado y nervudo, con un pelo largo y plateado que le caía sobre sus hombros. Su piel era de un blanco cremoso e inmaculada por los elementos; sus rasgos atractivos expresaban un carisma travieso y justo un toque de arrogancia. Y, al contrario que los mineros, Set vestía con estilo.

Llevaba un traje de combate hecho a medida, el material, un tono entre el negro y el violeta. El traje ligero le daba completa movilidad, aún así era lo suficientemente resistente como para permitir algo de protección si, como tan a menudo ocurría alrededor de Set, los eventos daban un giro violento.

Sobre esto llevaba un chaleco amarillo pálido; tanto el traje de combate como el chaleco no tenían mangas para dejar sus brazos desnudos. Una banda violeta diseñada de tela tejida de veda rodeaba cada bíceps marcado, y sus botas, cinturón, y guantes sin dedos estaban hechos del más fino cuero corelliano.

Típicamente también llevaba una pistola disruptora GSI-24D enfundada en su muslo derecho y un bláster convencional atado en el izquierdo. Aquí en Doan, sin embargo, los disruptores estaban prohibidos, así que había metido ambas armas —junto a su sable láser— en los varios bolsillos que tenía dentro del chaleco.

Era obvio que no pertenecía al resto de la multitud en la cantina, pero Set no estaba tratando de encajar. Era de saber común que los mercenarios podían encontrar trabajos bien pagados aquí en Doan. Set supuso que cualquiera que le viera supondría que sólo era un soldado desafortunado más esperando sacar tajada en la violencia en aumento entre los rebeldes y la nobleza.

Se equivocarían, por supuesto. Set estaba aquí esperando sacar tajada, pero no tenía que ver con la inevitable guerra civil de Doan. Hacía menos de una semana su antiguo compañero Medd Tandar había estado en este mundo, y sólo había un motivo por el que vendría a un pozo como este.

El Maestro Obba te mandó aquí para encontrar algún talismán del lado oscuro, ¿no? Sólo que tuviste más de lo que merecías. Siempre sospeché que eras débil.

Fuera lo que fuera a por lo que Medd había ido a buscar, había muerto antes de recuperarlo. Eso significaba que el objeto aún estaba aquí, simplemente esperando a que alguien lo reclamara. Alguien como Set.

Durante los últimos dos días había viajado por la superficie marcada de Doan, moviéndose de una cantina, barraca, o lugar de trabajo a otro. En cada parada hacía preguntas, tratando de encontrar a alguien —cualquiera— que supiera algo sobre el cereano que había sido asesinado junto a los líderes rebeldes. Más importante, necesitaba encontrar a alguien que supiera lo que Medd había estado buscando.

A cualquiera que le preguntara, explicaba que estaba interesado porque era un coleccionista de artefactos raros. Pero la gente aquí estaba alerta. Algunos de ellos sospechaban que estaba trabajando para la familia real. No era fácil obtener las respuestas que necesitaba. Aún así, con los años, Set había aprendido que cualquiera tenía su precio… o su punto de quiebre.

Sus investigaciones le habían llevado aquí, a esta cantina sin nombre propiedad de un camarero rodiano que se llamaba Quano, uno de sólo un puñado de no humanos que escogían tratar de hacer vida en Doan.

Ansioso por alejarse de las nubes de polvo que soplaban por la superficie, Set empujó para abrir la puerta y entró en la cantina. Inmediatamente empezó a arrepentirse de su decisión. Estaba claro que la multitud de este establecimiento en particular comprometía a la escoria más baja de la sociedad minera de Doan. La mayoría de la gente aquí estaba doblada y retorcida; los de las jornadas duras, con la espalda curvada y medio tullidos por toda una vida de excavar vetas para el provecho de otros. Sus ropas no estaban sólo desgastadas, sino también sucias, y el hedor acre del sudor y los cuerpos sin lavar casi le hicieron salir lágrimas por los ojos. Exactamente el tipo de gente que Set esperaría encontrar en el bar de un rodiano.

Los muebles eran tan precarios y rotos como la clientela: vasos desfigurados por esquirlas y grietas; mesas descoloridas tambaleándose sobre tres débiles patas; taburetes oxidados que parecían como si pudieran colapsar si se les daba una buena patada. Contra la pared contraria había una barra larga, amplia cubierta por una capa chapucera de pintura que hacía poco por ocultar la madera pudriéndose por debajo. La fila de botellas colgadas en el estante tras la barra estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo y mugre, pero Set no necesitaba leer las etiquetas para adivinar que todos eran marcas que rápidamente sacrificaban la calidad por el precio.

Se percató de dos matones fornidos que holgazaneaban a cada lado de la puerta y rápidamente los sopesó: típicos grandes imbéciles, fuertes, y estúpidos. Podría decir por la forma extraña en la que estaban que cada uno tenía una pequeña pistola insertada en la parte delantera de sus respectivos cinturones.

Inclinándose contra la pared tras la barra estaba el propietario de piel verde en persona, sus brazos cruzados enfrente de su pecho. Sus ojos como insecto miraron a Set desde el otro lado de la habitación, su morro como el de un tapir se retorció en lo que el antiguo Jedi sólo podía suponer que significaba una mueca.

Ignorando el saludo poco cordial, Set se abrió paso lentamente hacia el rodiano. Dos docenas de ojos le echaron un vistazo mientras pasaba por el bar, su mirada colectiva fría, evaluadora, y definitivamente despreocupada mientras los dueños volvían su atención de vuelta al salobre fango que se arremolinaba en sus jarras.

—Bar sólo para mineros, —murmuró Quano en un básico galáctico con un fuerte acento una vez que Set estuvo lo suficientemente cerca para dejar reposar un codo en la barra—. Tú no bebes. Vete.

Set extendió el brazo y casualmente dejó caer un par de chips de cien créditos en el mostrador. El rodiano trató de actuar indiferente, pero Set podía percibir que de repente estaba conteniendo el aliento.

—Esperaba que pudiéramos tener una pequeña charla, —le dijo Set, yendo directamente al grano—. Solos.

En un destello los chips desaparecieron y Quano estaba en pie encima de la barra.

—¡Cantina cerrada! —Gritó sobre sus extremidades—. ¡Hora de irse! ¡Volved al trabajo! ¡Todo el mundo fuera!

La mayoría de la multitud se alzó a regañadientes de sus asientos, murmurando sombríamente mientras iban hacia la puerta. Un alma terca permaneció sentada, haciendo lo que podía por evitar que su tambaleante silla fuera volcada por los otros clientes que se dirigían a la salida. El camarero dio un par de palmadas, y los seguratas junto a la puerta rápidamente se acercaron.

Ellos agarraron al hombre, cada uno agarrando un brazo, y tiraron de él desde la silla. Demasiado borracho para siquiera forcejear, el cliente colgó a peso muerto entre los dos brutos descomunales, sus pies arrastrando flácidos en el suelo mientras a la fuerza le acompañaban fuera. Al alcanzar la salida, los seguratas balancearon a su carga humana hacia atrás y hacia delante varias veces en un sorprendente despliegue de esfuerzo coordinado, cogiendo impulso antes de lanzarlo a través de la entrada y contra el duro suelo del exterior. Habría sido una mentira decir que Set no estuvo impresionado por la distancia que lograron.

Sin el último cliente, uno de los seguratas golpeó la puerta y la cerró con pestillo. Entonces ambos se giraron para encarar a Set, sonriendo mientras volvían a inclinarse contra la pared a cada lado de la única salida de la habitación.

Set no pudo evitar admirar la completa y total falta de sutileza del rodiano. La mayoría de propietarios invitarían a Set a una habitación trasera para charlar antes que cerrar todo su establecimiento por sólo doscientos créditos. A juzgar por la decoración general, sin embargo, el establecimiento apenas daba beneficios.

No es que a Set le importara en realidad. No estaba tratando de mantener un perfil bajo. Estaba acostumbrado a dejar historias memorables a su paso; si alguien alguna vez iba a investigar ya haría tiempo que se habría ido, ¿así que, qué importaba si tenía otra historia que añadir a su leyenda? Con el tiempo los detalles inevitablemente se exagerarían, y un día la gente se maravillaría ante cómo Set había sido tan rico que había pagado miles de créditos para cerrar toda una cantina para poder hablar con el dueño.

—Nadie nos molesta ahora, —dijo Quano desde detrás de él, saltando de vuelta al suelo—. ¿Quieres beber?

—Soy un coleccionista interesado en artefactos raros, —respondió Set, ignorando la pregunta y cortando directo al caso. Quería perder tan poco tiempo aquí como fuera posible—. Anillos. Amuletos. Ese tipo de cosas.

Quano se encogió de hombros.

—¿Por qué dices a Quano?

—Se dice por el campamento que a veces tienes ese tipo de objetos a la venta.

Las antenas curvadas de la cabeza del camarero se movieron ligeramente.

—Quizás, —susurró él, inclinándose hacia delante para que Set pudiera escucharle—. Minero encuentra cosas. Él quiere vender fuera del mundo. Quizás Quano le ayuda.

—Entonces este es tu día de suerte, —respondió Set, de algún modo consiguiendo mostrar una sonrisa brillante pese al pungente aroma de las feromonas alien que salían del rodiano—. Como he dicho… soy un coleccionista. Un rico coleccionista.

Quano dio un rápido vistazo alrededor de la habitación vacía, casi como si esperara que alguien estuviera escuchando su conversación. Set lo reconoció como un reflejo nervioso desarrollado tras años de hacer tratos en las sombras en lugares públicos.

—¿En qué tú interesado?

—Creo que sabes lo que estoy buscando. Lo mismo que el último coleccionista que vino aquí. El cereano.

—Él no coleccionista. Él Jedi. ¿Tú Jedi, también?

Set suspiró. Esto iba a subir el precio. *Nunca entendiste el valor de mantener un perfil bajo, ¿no, Medd?*

—¿Te parezco un Jedi?

El rodiano inclinó su cabeza de un lado al otro antes de responder.

—No. Pareces más como cazarrecompensas.

—¿Importa realmente? Quiero comprar lo que estás vendiendo. Y tengo multitud de créditos… si tienes la mercancía.

—Cosas no aquí. Quano sólo intermediario. Minero las tiene.

—¿Puedes llevarme con quien sea que las tiene?

Quano agitó su cabeza.

—Minero cambió de opinión. Ya no a la venta.

—Todo el mundo tiene un precio. Soy un hombre rico. Si me llevas con él, estoy seguro que podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

Otro agitar de cabeza.

—Última vez que Quano lleva a alguien a reunirse con mineros, todo el mundo acaba muerto. Demasiado arriesgado.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

El rodiano hizo una mueca.

—Quano no preocupa del riesgo para ti. Mineros dicen si Quano vuelve a aparecer, ellos lo matan.

—Ellos no tienen que saber que estuviste involucrado, —prometió Set—. Sólo muéstrame dónde encontrarles. Haré que merezca la pena tu tiempo.

Para dar énfasis a su punto sacó un pequeño monedero con un cordón, buscó dentro, y sacó todo un puñado de chips de alto valor. Los sostuvo en alto para que Quano mirara antes de dejarlos caer entre sus dedos de vuelta al saco.

La lengua del rodiano salió y se relamió alrededor de su morro, su reluctancia a llevar a Set con los mineros luchando contra su codicia.

—Tú pagas uno… no, dos mil, ¿sí?

—Setecientos. O me voy a buscar a alguien más que pueda ayudarme.

—Está bien, trato, —soltó el camarero, sin estar dispuesto a regatear por miedo a dejar que una pequeña fortuna se le escapara entre sus dedos.

Para sellar el trato, extendió su mano. Apretando sus dientes Set devolvió el gesto. Agarró la palma del otro para darle una rápida sacudida y entonces la retiró, moderadamente repugnado por la sensación de la piel escamosa del rodiano contra la suya propia.

—Tienes bebida para celebrar, —declaró Quano—. De la casa.

—Paso, —respondió Set.

—Tienes créditos contigo, ¿no? —Quiso saber el camarero—. Tú pagas ahora, ¿no?

Set asintió.

—Pagaré tan pronto como vayamos.

—Vamos ahora. Quano sólo agarra algo primero.

Mientras el rodiano se agachaba tras la barra, Set se dio cuenta de que había algo en su voz. Demasiado ansioso.

Así que va a ser así, ¿no?

Deslizando su mano en su chaleco, el Jedi Oscuro sacó su sable láser. Lo encendió mientras Quano salía a la vista, justo a tiempo de reflejar el rayo de la pistola bláster que ahora le estaba apuntando. El rodiano dejó salir un gruñido de sorpresa y desapareció de vuelta tras la cobertura de la barra.

Había tratado con tipos como Quano antes. Set habría estado perfectamente conforme con honrar los términos de su acuerdo, pero el rodiano había salido obviamente con un plan diferente. ¿Por qué arriesgar tu vida y llevar a alguien a una base oculta por setecientos créditos cuando puedes matarlo a sangre fría y quedarte con todo su dinero en su lugar?

Set respetaba el sentimiento; después de todo, vivía bajo unos principios interesados similares. Pero el camarero había cometido un error imperdonable al tratar de utilizar esos principios contra un Jedi Oscuro.

Manteniendo un ojo en la barra, Set se giró para encarar a los dos mineros corpulentos que protegían la puerta. Probablemente habían estado esperando la traición de Quano, pero fueron cogidos completamente con la guardia baja por el fracaso de su plan. Ahora las sonrisas habían caído de sus caras, y estaban torpemente rebuscando para desenfundar sus propias armas.

¿Por qué los grandes siempre son tan kriffidamente lentos?

Set podía haberles detenido de muchas formas: Podía haber utilizado la Fuerza para lanzar sus armas de su agarre, o desatado una oleada que habría mandado a los guardias volando por la habitación. Dado cuánto les estaba llevando; podía haber saltado hacia delante y cortarlos por la mitad con su sable láser antes de que siquiera hicieran un disparo. En su lugar, escogió simplemente mantener el terreno, esperando a la inevitable barrera de fuego de bláster.

Sus adversarios no le decepcionaron. Set fácilmente captó la primera ronda de rayos con su espada brillante, mandándola lejos rebotando sin hacer daños. En este punto, un oponente inteligente habría ido hacia la puerta. Los dos matones de Quano, sin embargo, simplemente siguieron disparando, demasiado tontos para darse cuenta de la total futilidad de sus ataques.

Set captó un par más de disparos antes de empezar a aburrirse del juego. Utilizando la Fuerza para anticipar la localización precisa de los siguientes dos rayos, inclinó su sable láser para que se reflejaran directamente de vuelta hacia sus puntos de origen.

El primer minero fue golpeado en el pecho, el otro en el estómago. Ambos murieron al instante.

Matar a sus enemigos con sus propios rayos de bláster era una tradición antigua para Set. Había ocasiones en las que necesitaba mantener un perfil bajo, y los sables láser tendían a dejar patrones de heridas muy distintivas. Esta no era una de esas ocasiones ¿pero por qué dejar pasar una oportunidad de mantener entrenadas sus habilidades?

Todo este tiempo, Quano no había reaparecido. Set no estaba sorprendido.

—Deberías salir. No me hagas ir a por ti.

La cabeza verde del rodiano lentamente se alzó a la vista. Aún estaba sosteniendo su bláster, apuntándolo a Set. Pero sus manos estaban temblando tanto que no podía siquiera mantener el cañón quieto.

Set agitó su cabeza.

—Si vas a matar a alguien para robarle sus créditos, al menos ve tras un objetivo fácil.

—Tú mentiroso, —respondió Quano, su voz alzándose a la defensiva—. Dijiste tú no Jedi.

Con un movimiento de su muñeca, Set utilizó la Fuerza para golpear la pistola fuera de la mano de Quano. Otro gesto elevó al indefenso camarero del suelo y lo lanzó por la habitación, donde aterrizó en una bola encogida a los pies de Set.

Agachándose para agarrar una de las antenas del rodiano, Set la usó para tirar de su víctima jadeando sobre sus rodillas. Su mano libre llevó la hoja de su sable láser aún encendido a apenas un par de centímetros de la cara escamosa de Quano.

—Dejemos una cosa clara. *No* soy un Jedi.

Para enfatizar su punto, movió su espada, acariciándola contra la mejilla del rodiano por una fracción de segundo. El siseo de la carne abrasándose fue apagado por el grito de Quano.

—¡No matar, no matar! —balbuceó él.

El daño era menor; una quemadura que se sanaría en una semana y dejaría sólo una leve cicatriz. Pero Set estaba satisfecho con que su punto hubiera quedado claro. Apagando su sable láser liberó su agarre de las antenas y dio un paso atrás, dando a Quano sitio para ponerse de pie.

El rodiano se quedó de rodillas, su mano extendida hacia arriba ágilmente para examinar su herida.

—¿Ahora por qué querría matarte? —Le preguntó Set—. Eres el único que puede llevarme con los mineros y sus talismanes. Hasta que los tenga en mis manos, haré cualquier cosa que pueda para mantenerte con vida.

—¿Qué ocurre cuando los tienes? —preguntó Quano, con sospecha.

Set le mostró su sonrisa más encantadora.

—En ese punto, simplemente tendremos que improvisar.

* * *

Set podía escuchar las voces de los mineros haciendo eco por el túnel. Estimaba que sólo había un par de cientos de metros; por el tono de los ecos sospechaba que estaban en una caverna grande, de techo elevado.

Viven como alimañas, ocultos en madrigueras subterráneas, con miedo por sus vidas. Patético.

Delante, su guía involuntario de repente se detuvo y se giró para mirarle. No era fácil leer la expresión de un rodiano, pero estaba claro lo que Quano estaba preguntando: *te he traído hasta aquí… ¿puedo irme ya?*

Set simplemente agitó su cabeza y señaló aún más lejos en el túnel. Los hombros sacudiéndose, Quano continuó caminando hacia delante.

Estaban lo suficientemente cerca ahora que Set podía realmente captar lo que los mineros se estaban diciendo los unos a los otros.

—¡No puedes hablar en serio! —gritó un hombre de voz profunda—. ¡Los nobles asesinaron a Gelba! ¡Tenemos que hacerles pagar!

—Si tuvieron a Gelba, pueden tener a cualquiera, —protestó otro hombre—. Creo que deberíamos quedarnos quietos un tiempo. Dejar que las cosas se calmen.

—Estoy de acuerdo, —intervino una mujer—. Sé que Gelba era tu amiga, Draado. ¡Pero estás diciendo locuras!

Set podía ver luz desde la entrada a la caverna esparciéndose alrededor de una curva en el túnel justo hacia delante. Quano reptó alrededor de la esquina en silencio y se agachó tras una roca que le daba una clara visión de su cantera. Podría ser un cobarde, se dio cuenta Set mientras se movía para unirse a él, pero tenía un talento natural para infiltrarse y espiar.

Desde su punto de ventaja podía claramente ver la cueva. Estaba punteada con docenas de grandes estalagmitas que sobresalían hacia arriba como agujas feas marrones

desde el suelo. Estalactitas colgaban del techo, con aspecto ominoso como los dientes de algún antiguo monstruo de piedra esperando clavarse sobre la gente de abajo.

Contó aproximadamente una docena de mineros reunidos en un semicírculo amplio cerca del centro de la cámara. Todos ellos iban armados, al igual que los cuatro guardias que había despachado en la entrada del túnel no hacía ni diez minutos antes. Un par de los mineros estaban sentados en formaciones de roca bajas, de superficie plana. Otros caminaban nerviosos hacia atrás y hacia delante. Uno inclinado contra una estalagmita cercana. Dos hombres y una mujer parecían estar metidos en una discusión acalorada. Cuatro otros estaban montando guardia en los bordes del grupo, con los rifles bláster desenfundados mientras nerviosamente escaneaban la entrada de la caverna, como tratando de perforar las sombras en anticipación a un ataque.

Quien fuera que matara a Medd y a vuestros amigos os ha vuelto paranoicos.

—Sin Gelba, yo soy el que manda, —estaba diciendo un hombre con barba a una de las mujeres—. ¡Y yo digo que la muerte de Gelba grita pidiendo sangre!

—Draado, —susurró Quano, hablando tan flojo que Set tuvo que inclinarse para escucharle—. Él es quien cavó cosas que quieres.

Mirando más de cerca, Set se percató de un amuleto envuelto alrededor del cuello de Draado, y captó el brillo de un anillo en su dedo, la única joyería que había visto en ninguno de los mineros desde que había puesto los pies en este mundo desamparado.

—Quieres iniciar una guerra que hará que nos maten a todos, —objetó uno de los hombres.

—¡Al menos nos llevaremos a un par de los nobles con nosotros! —soltó Draado.

Draado estaba en pie a menos de diez metros de donde Set estaba escondido, lo suficientemente cerca como para poder percibir el poder emanando de los talismanes. El amuleto parecía llamarle; el anillo le atraía con su calor oscuro.

—¿Qué te ha pasado, Draado? —Preguntó la mujer—. Siempre solías ser el que decía que podíamos coger lo que quisiéramos sin violencia ni derramamiento de sangre.

—He cambiado. Ahora veo la verdad. —Draado golpeó su pecho para dar énfasis mientras hablaba, su puño golpeando el amuleto—. Los nobles no nos respetarán hasta que aprendan a temernos, —insistió él, girándose para mirar a todos los dispersos por la caverna—. Necesitamos que teman por sus mismas vidas. ¡Necesitamos introducir el terror en sus corazones!

Claramente Draado estaba bajo la influencia de los talismanes; estaban corrompiendo su mente y sus pensamientos. El poder del lado oscuro había tomado agarre en él.

No me extraña que Quano dijera que no quería venderlos.

El Jedi Oscuro consideró sus opciones. Hacer negocios con los mineros estaba fuera de cuestión; Draado nunca entregaría voluntariamente sus recién hallados tesoros. Dada la tensión en la habitación y los dedos de gatillo fácil en los guardias, estaba bastante claro que cualquier intento de negociar probablemente acabaría en una lucha de fuego sin importar lo que hiciera.

Desenfundó sus pistolas gemelas y tomó aliento profundamente, preparándose para la confrontación. Necesitaba prácticas de tiro de todos modos.

Saltando desde su escondite, cargó hacia la caverna con las armas ardiendo. Hizo caer a los cuatro guardias que llevaban rifle antes de que cualquiera tuviera ocasión de reaccionar. Con la Fuerza guiando su mano, fácilmente los abatió con cuatro tiros limpios mientras esprintaba hacia la cobertura de una gran estalagmita al otro extremo de la caverna.

Derrapó por detrás justo mientras los mineros empezaban a devolver el fuego. Agujerearon su escondite, mandando finas nubes de polvo mientras los rayos desintegraban pequeños trocitos de piedra. Sacando su cabeza, Set disparó dos veces más, reduciendo el número de oponentes a seis antes de agacharse de nuevo tras la seguridad de la estalagmita.

El sonido del fuego de bláster enemigo reverberó por las salas de la caverna. Set sonrió, disfrutando del glorioso clamor de la batalla. *A medias de acabar ya. Esto podría ser más fácil de lo que pensé.*

Tras él, percibió a Quano haciendo una carrera hacia la libertad volviendo por el túnel. Set podría haberlo abatido con un único disparo en la espalda, pero decidió dejarlo ir. Siempre prefería dejar atrás a alguien para contar el relato de sus hazañas, de todos modos.

Un crujido agudo de repente hizo eco por la caverna. Mirando arriba, Set vio una de las grandes estalactitas del techo cayendo para empalarle. Rodó fuera del camino en el último instante, la aguja de roca mortal explotando en fragmentos mientras golpeaba el firme suelo de la caverna. Agachó su cabeza mientras la lluvia de trozos rotos de piedra le bañaba, marcando la piel expuesta de su cuello y sus brazos desnudos con cientos de cortes superficiales, punzantes.

El fuego de bláster comenzó de nuevo, pero Set ya estaba en pie. Corriendo y moviéndose erráticamente, consiguió ladear los disparos mientras hacía una loca carrera para cubrirse tras otra de las prominentes formaciones de roca.

Momentáneamente a salvo, se tomó un segundo para recuperar el aliento, mirando arriba para asegurarse de que otra potencialmente mortal estalactita no estuviera posicionada encima de él. No tenía ninguna duda de quién había disparado los tiros que habían descolgado la última. Se había vuelto torpe, subestimando a Draado y a los talismanes.

No era necesario estar entrenado en los caminos de la Fuerza para beneficiarse de su poder. Aumentaba los sentidos, hacía a un individuo más rápido al reaccionar y anticiparse. Lo que algunos veían como experiencia con un arma o suerte en la batalla a menudo era en realidad una manifestación de la Fuerza. Incluso si no estaba al tanto de ello, Draado estaba atrayendo la fuerza del lado oscuro. Y eso le hacía peligroso.

Poniendo sus pistolas a un lado, Set sacó su sable láser. *Se acabó el juego.*

Inclinándose hacia fuera tras su roca, encendiendo su sable láser, lo lanzó con un balanceo lateral, mandándolo girando horizontalmente en una trayectoria de bucle,

amplia. Dio la vuelta a la habitación una vez, fácilmente cortando a través de estalactitas y mineros antes de volver al agarre de Set que lo esperaba.

Había llevado a Set años dominar por completo el poder devastador del lanzamiento de sable láser, pero el ataque era virtualmente imparable. Cinco de sus restantes oponentes habían sido pillados en el arco letal que trazó alrededor de la habitación. Sólo Draado había sido lo suficientemente rápido como para agacharse fuera del camino, salvado por el poder de los talismanes que llevaba. Pero incluso con esos artefactos, no era rival para un antiguo Caballero Jedi.

Set simplemente se levantó y extendió su mano libre en dirección a Draado, sus dedos formando una garra. El minero soltó su bláster, sus manos volando hasta su garganta mientras jadeaba por aliento.

Set cruzó la habitación, aumentando la presión en la tráquea de su víctima indefensa. Draado colapsó de rodillas, su cara volviéndose morada. El Jedi Oscuro estaba sobre él, observando fríamente mientras su vida era atragantada lentamente.

Cuando los forcejeos del minero finalmente se detuvieron, Set se dobló y le despojó del amuleto y el anillo. Resistió la tentación de ponérselos de inmediato. Durante su aprendizaje bajo el Maestro Obba había aprendido que era sabio estudiar los artefactos del lado oscuro cuidadosamente antes de utilizarlos, su poder a menudo venía con un precio.

Tenía aquello a por lo que había ido, y estaba ansioso por salir de este mundo desamparado de la civilización y volver a los lujos de su hogar en Nal Hutta. Además, cuanto más se quedara en Doan, mayor era el riesgo que corría de toparse con otro Jedi mandado a investigar la muerte de Medd. Si se iba ahora, todo lo que encontrarían sería el camarero llorón que había dejado atrás, y no sería capaz de decirles nada que no pudieran imaginar por sí mismos.

Hasta la vista, Quano. Será mejor que nunca nos veamos más.

Mientras hacía su camino de vuelta por el túnel largo, serpenteante hacia la superficie —el amuleto y el anillo firmemente en su posesión— no pudo evitar preguntarse si el rodiano apreciaría nunca lo afortunado que había sido.

7

En opinión de Zannah, de todos los mundos en los que había estado —incluyendo los campos destrozados por la guerra de Ruusan, los desiertos sin vida de Ambria, las llanuras grises desoladas de Tython— Doan era de lejos el menos hospitalario.

Toda la superficie del planeta había sido abierta en una misión interminable por nuevos minerales. La flora y la fauna no existían; por donde mirara no veía nada salvo tierra y roca. Era un mundo feo, desolado: por todos los derechos debía haber sido carente de toda vida. Y aún así, los campamentos mineros rebosaban de seres desesperados rascando y aferrándose a marcar una existencia escasa para ellos mismos.

Al observarlos, no podía evitar compararlos con su Maestro, que ella sabía que había crecido en un lugar como Doan: Apatros, un mundo rico en nada salvo en minas de cortosis, propiedad de Minería del Borde Exterior, una corporación notoria por tratar a sus explotados empleados como esclavos. Pero donde la brutal infancia de Bane y la educación en las minas de Apatros le habían enseñado a luchar por sobrevivir, había ayudado a su indomable espíritu, los miserables perros callejeros que había encontrado en Doan eran débiles, que no merecían nada mejor que la servidumbre. Bane tenía ambición. Bane tenía fuerza. Había conseguido alzarse sobre sus alrededores. A través de la pura fuerza de voluntad, había puesto a un lado las ataduras de su infancia y se había forjado un nuevo destino para sí mismo. Se había alzado desde la nada para convertirse en el Lord Oscuro de los Sith.

Era hora de que Zannah hiciera lo mismo. No se permitiría ser como estos patéticos desgraciados: débiles, asustados, y esclavizados.

Con poder, obtengo victoria. Con victoria, mis cadenas se rompen.

Aún estaba el problema de encontrar su propio aprendiz, por supuesto. Pero por ahora, necesitaba concentrarse en por qué estaba aquí. Su investigación había revelado que no era la única interesada en el Jedi muerto. Un hombre de pelo largo, plateado —algunos le llamaban un mercenario, otros un cazarrecompensas— había estado aquí no hacía dos días antes, preguntando lo mismo que ella. Desde entonces, había estado siguiendo su rastro: hablando con la gente con la que él habló, y encantando, sobornando, o amenazándoles para que le dieran la misma información que ellos le habían dado a él.

Ella ahora sospechaba que sabía por qué Medd Tandar había venido aquí en primer lugar. Era de saber común entre los mineros que un pequeño alijo de joyería había sido descubierto durante una excavación, y que el Jedi había venido a Doan esperando adquirir el hallazgo. Zannah sólo podía pensar en un motivo por el que un Jedi estaría interesado en un par de baratijas descubiertas en una tumba hace tiempo olvidada de un mundo insignificante del Borde Exterior, su Maestro no estaba solo en sus esfuerzos obsesivos por localizar artefactos antiguos Sith dispersos por la galaxia.

Al principio, ella había supuesto que el hombre que había estado preguntando por Medd antes que ella había sido otro Jedi mandado para completar la misión original. Sin embargo, rápidamente se volvió claro por los informes de su uso del terror y la tortura

para extraer información que no era un Jedi o siquiera nadie que trabajara para la Orden Jedi. El rastro de esos informes había terminado en una cantina dilapidada en uno de los aparentemente interminables campamentos mineros. Pero ella encontró el establecimiento cerrado, y Quano, el propietario rodiano, no estaba en ninguna parte. Sin más testigos visuales, Zannah decidió echar un vistazo ella misma, esperando encontrar más pistas.

La noche había caído, sombreándolo todo en casi negrura. Ella probó la puerta y descubrió que alguien había aplastado la cerradura. Poco sorprendente, dada la pobreza que había visto. Abriéndose paso empujando, captó el leve olor de la carne en descomposición. Partió un bastón luminoso de su cinturón, llenando la habitación de su pálida luz verde, fue sólo capaz de atisbar dos cuerpos en el suelo.

Agachándose junto al primero, hizo un examen rápido. El calor seco, polvoriento de Doan —combinado con la carencia general de flujo de aire en la cantina— había parcialmente momificada al cuerpo, ralentizando el proceso de descomposición. La causa de la muerte era obvia: un disparo de bláster en el pecho. Su propio bláster aún estaba aferrado a su mano.

Era obvio que no era Quano; el cuerpo era bastante humano. Y no encajaba con las descripciones que le habían dado del hombre que estaba siguiendo. Basándose en sus ropas y en los grandes músculos, probablemente era uno de los mineros. Encontró el segundo cuerpo igual: un minero muerto, disparado en el pecho.

Continuando su examen de la escena, se percató de que la estantería tras la barra estaba vacía, pero los círculos claros en el polvo demostraban que hasta muy recientemente, docenas de botellas habían estado ahí. Quien fuera que hubiera irrumpido debía haber robado todo el alcohol… y había dejado los dos cuerpos donde estaban en el suelo.

Una búsqueda concienzuda de la habitación no le dio ningún rastro ni del rodiano ni del hombre de pelo plateado.

Ante el sonido de alguien titubeando en la puerta, Zannah cubrió su palo de luz con su capa y se agachó en el suelo, una estatua perfecta oculta —esperaba— por la oscuridad.

La puerta crujió al abrirse y una figura sombría lentamente se abrió paso a través de las mesas hacia la barra en la parte trasera. Zannah esperó para asegurarse de que el intruso estaba solo, entonces se alzó y apartó su capa, bañando la habitación en la luz de su palo de luz.

Un rodiano se quedó helado, mirándola con ojos grandes, temerosos.

—¿Quano, supongo?

—¿Quién tú? —preguntó él, con su apenas aceptable básico incluso aún más difícil de entender por el pánico en su voz. Entonces él se percató de la estantería vacía tras la barra, y su cara se estrujó hacia arriba en una rabia repentina—. Tú robar toda bebida de Quano.

—Yo no he robado nada. Sólo vengo para hacerte algunas preguntas, —le aseguró ella.

Los hombros del rodiano se desplomaron. Suspirando, se sentó de piernas cruzadas en el suelo, su cabeza colgando con desánimo.

—Más preguntas. ¿Tú Jedi, también? ¿Como otro? —Él habló con un tono de total desesperanza, como si se diera cuenta de que estaba condenado y hubiera abandonado cualquier esperanza de escapar a su destino.

—¿Un Jedi? ¿Te refieres a Medd Tandar? ¿El cereano?

—No. El otro. Humano. Pelo largo, blanco.

—Estoy buscándole, —admitió Zannah—. ¿Pero qué te hace pensar que era un Jedi?

—Él tener sable láser. Usa para dar a Quano esto.

El rodiano giró su cabeza y señaló hacia su mejilla. Moviéndose lentamente para no sorprender al obviamente desconcertado compañero, Zannah se aproximó hasta que fue capaz de intuir su cicatriz. En la tenue luz del bastón luminoso no podía estar segura, pero la quemadura parecía consistente con lo que hacía la hoja de un sable láser.

Ella sabía cómo leer a la gente. El rodiano era como un cachorro del que habían abusado, cubriéndose mientras esperaba al siguiente golpe. Muéstrale un poco de compasión, sin embargo, y reaccionaría como si ella le hubiera salvado la vida.

—Te torturó. Pobre cosita, —arrulló ella, fingiendo simpatía incluso mientras su mente echaba humo sobre la identidad del misterioso hombre de pelo blanco.

Un Jedi nunca heriría a alguien sin una causa justa. Quien fuera que había hecho esto no era uno de la Orden, pero llevaba un sable láser. Y era lo suficientemente habilidoso como para herir a Quano sin cortarle media cabeza accidentalmente. Ella había oído historias sobre los Jedi Oscuros, Caballeros Jedi que se habían alejado de las enseñanzas de sus Maestros para abrazar el poder del lado oscuro. ¿Era posible que el hombre que buscaba fuera uno de esos?

Más importante, ¿sabía esto Bane? Su Maestro a menudo le guardaba secretos, y ella había aprendido a suponer siempre que sabía más de lo que decía. Pero si sabía que había un Jedi Oscuro en Doan, ¿por qué había mandado a Zannah a investigar? ¿Era algún tipo de prueba final? ¿Se suponía que tenía que probarse a sí misma al encontrar y matar a su rival en potencia? ¿O estaba probando Bane al hombre de pelo blanco? Si demostraba ser lo suficientemente fuerte como para derrotar a Zannah, ¿se convertiría en el nuevo aprendiz de su Maestro?

—Quería información —gimoteó Quano.

—Lo siento, Quano, —dijo ella, hablando suavemente mientras levemente ponía una mano sobre su hombro—, pero necesito información, también. Necesito saber qué le dijiste.

Mientras lo hacía, se extendió con un leve empujón de la Fuerza, doblegando la voluntad del camarero ligeramente para que estuviera más inclinado a decirle lo que quería.

—¿Él tu amigo?

—No, —le aseguró Zannah, utilizando palabras para reforzar su sutil manipulación mental—. Él no es mi amigo.

Quizás Bane estuviera tratando de forzar su mano, pensó ella; empujándola a actuar. ¿Le estaba proveyendo de un aprendiz apropiado con la esperanza de que le impulsara a desafiarle por el liderazgo de los Sith?

—¿Querer matarle? —preguntó Quano, su voz alzándose con excitación

—Es una posibilidad, —respondió ella, dándole una cálida sonrisa. *Eso o hacerle mi aprendiz… suponiendo que no me mate*—. *Pero tengo que encontrarle primero*.

—Él ya no aquí. Él ir hace dos días. Dejar Doan.

—Vino aquí buscando algo, ¿no?

Quano asintió.

—Cosas minero excava. Él llega. Mata mineros. Ahí cuando Quano escapa.

—Y has estado escondiéndote desde entonces, —supuso Zannah—. ¿Así que por qué volviste a la cantina?

El rodiano vaciló, sus ojos de bicho viajando nerviosamente entre la cara de Zannah y el pequeño bláster acoplado en la muñeca que asomaba desde debajo de la manga de su capa.

—No voy a herirte, Quano, —prometió ella—. No soy como él. —*Él disfruta de herir a la gente. Yo sólo hiero a la gente si veo alguna forma de aprovecharme de su sufrimiento*—. No creo que vaya a volver. —*No si tiene los talismanes*—. Pero necesito saber algo más, Quano. Cuando ese hombre dejó Doan, ¿adónde fue?

Ella vio al rodiano encogerse antes de responder.

—Quano no sabe. De verdadera.

—Te creo, —dijo ella, extendiendo el brazo suavemente para palmear su mano—. Pero apuesto a que conoces gente que podría ayudarme a averiguarlo, ¿no?

El camarero se movió incómodo, pero otro empujón suave con la Fuerza acabó con su reluctancia.

—Quano tiene amigo en espaciopuerto. Él quizás averigua.

—¿Podemos ir a verle?

—¿Quieres ir ahora?

Zannah sonrió de nuevo, sabiendo que ayudaría a sostener la compenetración que había establecido—. Puedes coger tus créditos de la caja fuerte primero, si quieres.

Fue una caminata de dos kilómetros desde la cantina de Quano hasta el terreno de estación de lanzaderas más cercano, una espera de quince minutos hasta que la lanzadera llegara, y entonces un viaje de cuarenta minutos antes de que alcanzaran el espaciopuerto. Para cuando llegaron ya era bien pasada la media noche, y el espaciopuerto de Doan —nunca ajetreado ni siquiera durante las horas clave— estaba vacío excepto por un par de individuos asignados a trabajar en el turno de noche.

Al contrario que los puertos altamente regulados de Ciutric, las autoridades en los muelles de Doan no se molestaban en hacer ninguna comprobación de registro en los navíos entrantes. De hecho, su único trabajo parecía ser recolectar la tasa de aterrizaje.

—Tu amigo, —preguntó Zannah mientras ella y Quano caminaban hasta la puerta sin personal—. ¿Qué hace aquí?

—Equipo de limpieza, —respondió el rodiano.

Zannah no estaba del todo segura de cómo un conserje iba a ser capaz de ayudarle a rastrear una nave que se había ido hacía casi dos días, pero contuvo su lengua mientras le llevaba al área de llegadas/salidas y luego fuera a la plataforma de aterrizaje en la parte trasera.

La plataforma era pequeña, apenas lo suficientemente grande como para acomodar a una docena de lanzaderas de pasajeros de tamaño medio. La vasta mayoría del tráfico interestelar de Doan estaba formado, o por los navíos personales de los nobles ricos, que todos amarraban en plataformas de aterrizaje privadas en sus estados, o navíos de carga afiliados con las operaciones mineras, que estaban dispuestas en una localización diferente. Los individuos que aterrizaban aquí, en el espaciopuerto común, eran pocos y espaciados.

La plataforma de aterrizaje estaba pobremente iluminada por un puñado de focos puestos en altos postes, pero incluso así, Zannah podía ver claramente que sólo había tres naves en el sitio, una de las cuales era su propia lanzadera. Medio oculta en las sombras cerca del borde de la plataforma de aterrizaje había un hombre joven tumbado de espaldas en una silla. Llevaba un uniforme de custodio arrugado y una insignia de ID, sus brazos colgaban flácidos a sus lados, y estaba roncando fuertemente.

Quano caminó hacia él y pateó la pata de su silla, sorprendiéndole fuera de su sueño.

—Pommat. Levanta.

Mirando alrededor con la expresión perpleja de uno sólo medio despierto, el joven se movió en su posición y se sentó más recto en su silla. Cuando su mirada se centró en Zannah, sus cejas se arquearon sugerentemente.

—Hey, Quano. ¿Quién es tu bonita amiga?

—Mi nombre no es importante, —dijo Zannah, hablando antes de que el rodiano pudiese responder—. Me han dicho que podías ayudarme a rastrear una nave que pasó por aquí hace dos días.

Cuando el hombre miró a Quano, el rodiano dijo:

—Está bien. Ella buena. Ella amiga.

El joven se volvió hacia Zannah, cruzando sus brazos y dando un resoplido burlón.

—Sí, bien. Una amiga que no te dice su nombre. —Ella podía percibir que su voluntad era más fuerte que la del camarero, pero aún así maleable. El hecho de que Pommat obviamente la encontrara atractiva ayudaría también, si estaba dispuesta a flirtear con él un poco.

—Soy una amiga que tiene créditos, —respondió coqueta—. Si tienes lo que necesito.

El hombre echó atrás y adelante la cabeza un par de veces antes de descruzar sus brazos y hacer correr sus dedos por su pelo greñudo, despeinado por el sueño.

Zannah arqueó una ceja juguetona y se extendió con la Fuerza.

—Vamos, Pommat. No estoy buscando al tipo fuerte, silencioso.

—Sí, está bien, —cedió él—. Quizás pueda ayudar. ¿Qué necesitas?

—Hace un par de días un hombre con pelo largo blanco llegó a Doan. ¿Vino por este puerto?

Ella ya sabía la respuesta: a no ser que el hombre tuviera alguna conexión con una de las familias nobles, este era el único puerto en mil kilómetros. Pero una táctica básica en las negociaciones era hacer que la otra persona empezara a darte respuestas afirmativas a preguntas simples. Les hacía más propensos a estar de acuerdo contigo en asuntos más importantes más adelante.

—Oh, sí. Le recuerdo. Buen vuelo. Lanzadera de última generación. Interior personalizado. Tecnología punta. Incluso mejor que la tuya.

—¿Cómo podrías saber cómo es el interior de mi lanzadera? —preguntó Zannah sospechosa.

Hubo una breve pausa, entonces ambos Quano y Pommat irrumpieron a reír.

—Él contrabandista, —explicó el rodiano cuando recuperó el aliento.

—No exactamente, —aclaró Pommat—. Es sólo un pequeño chanchullo aparte que he organizado. Algo para ayudar a pagar las facturas, ¿sabes?

—No, —dijo sombríamente Zannah—. No lo sé. Por qué no me lo dices.

—Whoa, tienes fuego, muñeca, —dijo Pommat apreciativamente—. Déjame aclarártelo. Por las noches, soy el único que trabaja aquí. Puedo hacer todo lo que quiera. Incluyendo colarme en la lanzadera de alguien.

—¿No te preocupan los sistemas de seguridad?

—Nunca entro en una que no pueda hackear, —dijo él, hinchando el pecho—. Es uno de mis talentos. Quizás si tienes suerte, te enseñe alguno de los otros más adelante.

—¿Así que te cuelas en las lanzaderas de la gente y les robas? —aclaró Zannah, ignorando su torpe jugada.

—Nah. Eso sería estúpido. La gente se daría cuenta si faltaran cosas. Lo informarían a mi jefe. No pasaría mucho hasta que imaginaran quién está detrás.

—¿Entonces qué haces, exactamente?

—Te va a encantar esto, —dijo Pommat con un tímido guiño—. Una vez estoy dentro, me cuelo en su ordenador de navegación y descargo toda la información en un panel de datos. Me da de todo: el dueño, cualquier planeta donde la nave se ha registrado, rutas hiperespaciales comúnmente trazadas. Conozco a quién le pertenece, dónde han estado, y qué mundo utilizan como puerto habitual.

—Inteligente, —admitió Zannah—. ¿Pero de qué te es útil?

—Aquí es donde empieza lo bueno, —prometió él, obviamente complacido consigo mismo—. Tengo un acuerdo con un tío en Kessel. Cada mes me manda un cargamento de brillestim.

Brillestim, o especia, era una droga poderosamente adictiva prohibida en la mayoría de mundos. Doan, sin embargo, no tenía leyes contra importarla. *Y a nadie en los espaciopuertos para reforzar las leyes, si existieran*, señaló Zannah en silencio.

—Yo no vendo especia aquí, —continuó Pommat—. Nadie tiene ningún dinero excepto los nobles. Y no harán tratos con las clases inferiores. Pero tengo contactos en los espaciopuertos de un montón de otros mundos aquí en el Borde Exterior.

—Así que digamos que me cuelo en el ordenador de navegación de una nave y averiguo que es de Aralia. Alcanzo mi contacto en ese mundo, y veo si quiere que le mande un envío. Después de que concertemos un precio, me cuelo en el navío mientras el dueño no está alrededor y oculto un alijo de especia en alguna parte a bordo.

—Le digo a mi contacto dónde lo oculte, le doy el registro de la nave, y él le dice a uno de sus compañeros en el espaciopuerto que le deje saber cuándo vuelve a Aralia. Entonces espera hasta que la costa esté despejada, se cuela a bordo, coge el alijo, y transfiere los créditos en mi cuenta aquí en Doan. ¡El dueño nunca tiene ni idea!

—El contrabando de especia es una ofensa capital en Aralia, —señaló Zannah.

—Esa es la mejor parte. Si el oficial de aduanas decide buscar en una de esas naves, el dueño es al que cogen por el crimen, no a nosotros. ¡Es a prueba de tontos!

Toda la operación parecía más insignificante y un pensamiento enfermizo para Zannah. No le molestaba el hecho de que Pommat estuviera dispuesto a que la gente inocente sufriera destinos horribles sólo para poder conseguir un puñado de créditos de cuando en cuando. Lo que le molestaba eran los detalles técnicos. La operación se había construido obviamente de la simple oportunidad, pero le resultaba ineficiente y poco confiable. Pero ella no iba a arruinar el vínculo que había establecido diciéndolo en voz alta.

—No me di cuenta de que estaba tratando con una mente maestra criminal, —le tentó ella, llevando una sonrisa arrogante a la cara de Pommat—. ¿Así que cuando el hombre de pelo blanco se fue, te colaste en su nave y lo copiaste todo de su ordenador de navegación?

—Lo tengo todo justo aquí en mi panel de datos, —respondió Pommat, palmeando el bolsillo de sus caderas.

—¿Así que conoces su nombre? ¿Sabes de dónde es?

—Lo sé… pero va a costarte.

Zannah sonrió, e inclinó su cabeza en aceptación.

—Por supuesto. Ponle nombre a tu precio.

—Ve grande, —metió baza el rodiano—. Recuerda, Quano lleva mitad.

Pommat lanzó a su amigo una mirada desaprobadora antes de lanzar su oferta de apertura.

—Uh… ¿cuatrocientos créditos?

Ella no estaba de humor para negociar.

—Trato. —Por la expresión de decaimiento en la cara del contrabandista, ella sabía que estaba de repente deseando haber pedido más.

Extendiendo el brazo hacia su capa, sacó chips por cuatrocientos créditos y se los dio al joven.

—Empieza a hablar.

—La nave estaba registrada por alguien llamado Zun Haake, —respondió Pommat con tristeza mientras daba dos de los chips a Quano y deslizaba el par restante en su bolsillo.

—Haake es un nombre neimoidiano, —señaló Zannah—. El hombre que estoy buscando es humano.

Pommat se encogió de hombros.

—Quizás la lanzadera es robada.

—Estoy empezando a pensar que esta información no vale lo que pagué por ella.

—El dueño registrado podría ser falso, pero los datos de navegación son reales, —le aseguró el joven—. Esa nave vino de Nal Hutta.

—¿Estás seguro?

—No me cabe duda.

—Sólo por curiosidad, —preguntó Zannah—, ¿está llevando un cargamento tuyo?

—No, —respondió él, casi arrepentido—. No hago negocios allí. A los Hutts no les gusta que los de poca monta se metan en sus acciones, ¿sabes?

—Probablemente una decisión sabia. —Quano ladró una risa.

—¿Qué hay de mi nave? —Preguntó ella, manteniendo su tono ligero—. ¿Alguna sorpresa oculta a bordo?

—Nah. Tú eres la primera nave que ha venido de Ciutric, —respondió Pommat—. No tengo ningún contacto en tu mundo.

—¿A no ser que estés interesada en establecer una relación más a largo plazo? —añadió él, mirándola lascivamente.

Zannah respondió sacando la empuñadura de su sable láser y encendiendo las espadas de tres cuartos que sobresalían de cada extremo. Se movió con la velocidad cegadora de la Fuerza, su primer corte violento cortando el brazo extendido de Pommat a la altura del codo y grabando una marca letal por su pecho, mientras que el segundo cortó limpiamente la cabeza de Quano de su cuerpo. Ambos estuvieron muertos antes de que siquiera tuvieran una oportunidad de poner una expresión de sorpresa.

Con la deuda saldada, ella apagó su arma, las hojas gemelas desapareciendo con un zumbido de tono bajo. Ella no mató sin motivo, pero una vez que Pommat reveló que sabía que era de Ciutric no tenía opción salvo eliminarlos tanto a él como a Quano. Los Jedi aún irían a investigar la muerte de Medd, y no podía arriesgarse a que rastrearan la lanzadera de vuelta a su estado y al de Bane. A ella no le gustaba dejar cabos sueltos.

Agachándose, cogió el panel de datos del bolsillo de Pommat, junto con los chips de créditos que le había dado. Entonces hizo lo mismo con Quano antes de cargar los cuerpos, junto con los trozos desmembrados, en un trineo flotante que se utilizaba para mover el equipaje más pesado por el espaciopuerto. Si cualquier Jedi iba a husmear no quería dejar ninguna señal de que alguien con un sable láser había matado a los dos hombres.

Cargando los cuerpos en su lanzadera, echó un último vistazo alrededor para asegurarse de que no había dejado ningún testigo atrás. Satisfecha, se abrió paso a la cabina de mandos para prepararse para el despegue.

Los restos de sus víctimas podían ser lanzados al sol de Doan justo antes de que hiciera el salto al hiperespacio, sin dejar atrás ninguna evidencia física que pudiera conectarla al mundo. Después de eso, iría a Nal Hutta, aunque si iba a ir a eliminar a un rival o a reclutar a un aprendiz, Zannah no podía decirlo con seguridad.

8

Un suave bip de la consola alertó a Bane de que el *Triunfo* estaba al fin aproximándose a su destino final.

El viaje a Prakith había llevado más de lo que había anticipado. Viajar al Núcleo Profundo siempre era peligroso; las estrellas densamente condensadas y agujeros negros en el corazón de la galaxia creaban pozos de gravedad capaces de atrapar el continuo espacio-tiempo. Bajo unas condiciones tan extremas, las carreteras hiperespaciales eran inestables, cambiando o incluso colapsando sin advertencia.

La última ruta conocida hacia Prakith había colapsado hacía cerca de quinientos años, y nadie se había molestado en trazar una nueva desde entonces. Esto ocurría frecuentemente en mundos del Núcleo Profundo: si no eran ricos en recursos o en depósitos minerales, los peligros de tratar de encontrar nuevas carreteras hiperespaciales simplemente no justificaban el esfuerzo.

En los siglos tras el colapso de las hipercarreteras, Prakith básicamente había sido olvidada por el resto de la República. Incluso viajar desde sistemas cercanos era arriesgado, y Bane esperaba encontrar un planeta que se había estancado tras ser cortado del resto de la sociedad. El comercio interplanetario era el alma de la cultura galáctica; sin él las poblaciones mermaban y los niveles de tecnología tendían a retroceder en diversos grados.

El aislamiento de Prakith también había permitido a los Jedi purgar eficientemente todas las menciones de Darth Andeddu y sus seguidores de los registros galácticos, aunque el propio Prakith era aún mencionado en un puñado de fuentes más antiguas. Bane había compilado todas las fuentes conocidas, incluyendo varias cartas de navegación desesperanzadamente desactualizadas, con la esperanza de relocalizar el mundo perdido.

No era imposible viajar a través de hipercarreteras no mapeadas, pero era lento y peligroso. Bane fue forzado a trazar y retrazar su ruta múltiples veces, haciendo cientos de pequeños saltos, moviéndose de una estrella a sus vecinas cercanas, eligiendo y escogiendo de una lista de potenciales rutas hiperespaciales generadas por el ordenador de navegación de último modelo del *Triunfo*.

Pese a ser el mejor programa que los créditos podían comprar, el ordenador estaba lejos de ser a prueba de tontos. Operaba sobre probabilidades y asunciones teóricas derivadas de datos previamente reportados y medidas complejas astrogacionales hechas en vuelo. No había forma de predecir la estabilidad o la seguridad inherente de una ruta dada hasta que una nave la trazaba atravesándola; como resultado cada fase del viaje tenía el potencial de acabar en desastre.

Viajar a través del espacio sin mapear era más un arte que una ciencia, y Bane confiaba tanto en sus instintos como en los cálculos matemáticos del ordenador de navegación. Pegarse a saltos más cortos prolongaba el viaje, pero era capaz de minimizar

el riesgo de que el *Triunfo* fuera destrozado por un pozo de gravedad inesperado o de ser aplastado fuera de la existencia por una hipercarretera colapsando.

Esta no era la primera vez que había enfrentado los peligros del Núcleo Profundo. Hacía diez años había viajado al mundo perdido de Tython para reclamar el Holocrón de Belia Darzu. El hecho de que ahora estuviera yendo a Prakith para recuperar otro Holocrón —este creado por Darth Andeddu— no le resultó mera coincidencia, sin embargo.

Lo que el ignorante rechazaba como probabilidad o suerte aleatoria era a menudo el trabajo de la Fuerza. Algunos escogían llamarlo destino o porvenir, aunque esos términos eran de lejos demasiado simples para captar la sutil, aunque de gran alcance, influencia que acarreaba. La Fuerza estaba viva; permeaba el mismo tejido del universo, fluyendo a través de cada criatura viviente. Una energía que tocaba e influía en todas las cosas con vida, sus corrientes —tanto la luminosa como la oscura— fluían y refluían, dando forma a los patrones de la existencia.

Bane había pasado una vida estudiando esos patrones, y había llegado a darse cuenta de que podían ser manipulados y explotados. Había llegado a entenderlo en cuanto el poder del lado oscuro menguaba, los talismanes creados por los antiguos Sith tendían a perderse. Pero con el tiempo el ciclo cambiaría, y mientras el poder del lado oscuro esperaba la oportunidad de que esos tesoros perdidos se encontraran de nuevo, resurgiría a la superficie. Durante esas ventanas de oportunidad, todo lo que se requería era un individuo con la sabiduría de reconocerlas y la fuerza para tomar la acción.

Bane había dominado esos talentos, aún así no estaba seguro de poder decir lo mismo de su aprendiz. Zannah era lista y astuta, y sus poderes en el lado oscuro podían ser incluso mayores que los suyos propios. ¿Pero tenía la visión para guiar a los Sith a través de los enredos invisibles de la historia mientras se alzaban y caían?

Se preguntaba cómo estaría progresando su investigación en Doan. Había esperado volver a Ciutric antes que ella, pero había subestimado la dificultad de navegar a través del Núcleo. Para cuando volviera, era probable que ella ya estuviera allí esperándole. Se daría cuenta de que la había mandado lejos como distracción, y estaría esperando traición a su regreso. El enfrentamiento que había estado anticipando finalmente ocurriría.

La consola de navegación bipeó de nuevo, y las vistas fuera de la cabina de mandos cambiaron del campo blanco cegador del hiperespacio para revelar el sistema Prak: un sol rojo pequeño rodeado de cinco planetas diminutos. Tomando el control manual de su navío, Bane descendió en el tercero, un mundo olvidado ampliamente cubierto de volcanes activos, lagos de magma ardiendo, y campos oscuros de cenizas de azufre.

Mientras entraba en la atmósfera, los escáneres captaron varias pequeñas ciudades dispersas en la inhóspita superficie. La más cercana estaba a varios cientos de kilómetros al norte, pero Bane giró su nave en dirección opuesta, dirigiéndose al vasto conjunto de montañas que recorría de esta a oeste el ecuador del planeta.

No sabía si el culto de Andeddu aún existía o no, pero desde el momento en que salió del hiperespacio había confiado en que su fuerte aún sobrevivía. Podía percibir su

presencia en la superficie del mundo, un nexo de energía del lado oscuro pulsando como una baliza desde el corazón de las montañas.

Mientras se acercaba más, la nave detectó un pequeño asentamiento en el borde del conjunto. Sorprendentemente, una baliza automatizada de aterrizaje estaba emitiendo una señal en los canales estándar. Eso significaba que aún había un espaciopuerto activo, aunque era probablemente utilizado por las lanzaderas que viajaban de una localización de la superficie del planeta a otra, más que para visitantes de fuera del mundo.

La teoría de Bane fue confirmada cuando llevó su lanzadera a aterrizar en la pequeña plataforma de aterrizaje al borde del asentamiento. La única otra persona en el lugar era un hombre viejo sentado en una silla fuera de una caseta de aduanas pequeña, dilapidada. Observaba con curiosidad mientras Bane salía de la nave, pero no hizo ningún esfuerzo por levantarse.

—No se ven muchos visitantes últimamente, —dijo mientras Bane se aproximaba—. ¿Eres de Gallia?

Por su investigación, Bane sabía que Gallia era una de las ciudades más grandes de Prakith. El hombre estaba suponiendo que era un nativo de Prakith; la idea de que alguien de fuera de su sistema fuera de visita obviamente no se le había pasado por la mente.

—Es cierto, —dijo Bane, sin ver ningún motivo para complicar la situación al revelar la verdad—. Volé desde Gallia. Estoy buscando información sobre los seguidores de Darth Andeddu.

El hombre se inclinó hacia delante en su silla y escupió al suelo.

—No nos gusta hablar de ellos. —Fijó a Bane con una mirada de sospecha, escupió de nuevo, entonces se reclinó en su silla y cruzó sus brazos desafiante—. No tengo más que decirte. Vuelve a Gallia. No eres bienvenido aquí.

Bane podía haber presionado en el asunto, pero no vio beneficio en intimidar o torturar a un hombre viejo insignificante, irritable. En su lugar, se giró y empezó a caminar en dirección a los edificios en el horizonte. Confiaba en que alguien ahí estaría dispuesto a contarle lo que quería saber.

* * *

Un par de horas más tarde Bane estaba de vuelta en su lanzadera, armado con la información que necesitaba. Pese a la declaración del hombre viejo, había encontrado que la gente estaba demasiado ansiosa por compartir lo que sabían sobre el extraño culto insular en lo profundo de las montañas vecinas.

Estaba claro que los seguidores de Andeddu todavía estaban activos; ocasionalmente algunos de ellos incluso iban a la pequeña ciudad por necesidad de suministros. También estaba claro que la gente en la aldea de la montaña se refería a sus misteriosos vecinos con una combinación de miedo y aversión. Las estimaciones de sus números variaban desde un par de docenas a más de mil, aunque Bane sospechaba que la realidad estaba en

alguna parte más cerca del extremo inferior. Aparte de eso, todo lo demás recaía bajo la ciega especulación o la superstición ilógica.

Atraído por el inconfundible poder del lado oscuro que emanaba de su objetivo, Bane llevó al *Triunfo* más bajo y empezó a inclinarlo entre los altos picos negros. Mientras volaba más profundamente en la cordillera, empezó a notar señales en aumento de reciente actividad sísmica. Algunas de las montañas eran de más de veinte kilómetros de alto pero la mayoría era la mitad de esa altura, sus cimas arrancadas cuando la lava fundida en su núcleo estallaba en una lluvia de humo y fuego.

No pasó mucho antes de que la propia fortaleza surgiera a la vista, una estructura elevada construida en la llanura plana de un valle oculto en la profundidad del corazón de la cordillera. Una pirámide de cuatro caras, de punta plana tallada en obsidiana negra, el edificio de doscientos metros de altura era parte fortaleza y parte monumento a un autoproclamado dios. Por las historias de los aldeanos, Bane había sabido que Andeddu había sido adorado como una deidad durante su larga, larga vida antes de ser depuesto. Aún así, tras su traición y muerte, un pequeño culto de seguidores devotos creían que su espíritu aún existía. Habían continuado su servicio leal, preparándose para el día en que su Maestro volviera.

El largo aislamiento de Prakith del resto de la galaxia sólo había servido para fortalecer la resolución de sus seguidores. Aquellos que vivían en el templo ahora eran descritos por todo el mundo con el que habló como fanáticos, y Bane sospechaba que cada uno estaría dispuesto a sacrificar su vida para proteger el Holocrón de Andeddu.

Bane propulsó hacia atrás su lanzadera, buscando un lugar para tocar tierra. Ribetes de lava reptaban desde los picos que lo rodeaban y recorrían su camino por el valle. El poder malevolente que emanaba del fuerte mantenía las corrientes mortales a raya, pero cualquier lugar de aterrizaje que escogiera en tierra estaría en riesgo. No tenía intención de adquirir el Holocrón, sólo para volver y descubrir que su nave había desaparecido bajo un río de flujo lento de magma.

Había una opción: la cima plana del fuerte, sin duda construida en primer lugar como un lugar de aterrizaje. Habría preferido no arriesgarse a alertar a cualquiera dentro de la pirámide al aterrizar en ella, pero parecía que no tenía elección. Había un momento para las sutilezas, y un momento para la fuerza. Rodeó la pirámide una vez, entonces llevó a la lanzadera hacia un aterrizaje perfecto en la plataforma de aterrizaje.

Moviéndose rápidamente, saltó desde la cabina de mandos y corrió hacia afuera, con el sable láser ya empuñado. A través de la Fuerza, podía percibir las cámaras en el edificio bajo sus pies explotar en un frenesí de actividad mientras los cultistas corrían para encontrarse con el intruso inesperado.

Miró rápidamente alrededor, tomando consciencia de sus alrededores. El techo era cuadrado, treinta metros de extensión a cada lado, con una pequeña escotilla construida en una esquina. En ese momento, la escotilla irrumpió abriéndose y seres que él supuso que eran cultistas empezaron a surgir fuera, casi dos docenas en total, todos armados con vibroespadas y mazas.

Pese a sus números, Bane al instante se dio cuenta de que no representaban ninguna amenaza real. Aunque adoraban a uno de los Sith antiguos, estos eran hombres y mujeres corrientes. La Fuerza no fluía a través de sus venas; no eran nada salvo despojos. Su furia podía estar alimentada por las energías del lado oscuro que emanaban del templo, pero Bane podía atraer igual de fácilmente el mismo poder, dejando que se formara hasta que lo liberara contra sus enemigos.

Una década antes les habría enfrentado ansiosamente en un combate físico, su cuerpo bombeando por completo la adrenalina liberada por los orbaliskos que habían cubierto su carne. Arrastrado por una ira demente, habría grabado una marca sangrienta entre sus números, apuñalando y cortando a sus indefensos enemigos mientras confiaba en que los caparazones impenetrables de los orbaliskos le protegieran de sus golpes.

Pero los orbaliskos ya no estaban. Ya no era invulnerable a los ataques físicos, aún así ya no era un esclavo a la sed de sangre primaria que solía abrumarle. Libre de la infestación parasítica, era capaz de despachar a sus enemigos utilizando la Fuerza más que confiando únicamente en la fuerza bruta. Bane extinguió su arma y se quedó perfectamente calmado, permitiendo a la horda que se arremolinaba acercarse a él mientras reunía sus fuerzas. Llamó al poder del propio templo, alimentándose de él para mejorar sus propias habilidades mientras creaba un campo mortal alrededor de su cuerpo. Empezó como un círculo estrecho, pero rápidamente se esparció hacia fuera hasta que se extendió hasta un radio de diez metros, con el Lord Sith en el centro. El aire dentro de la circunferencia del campo de repente se volvió más oscuro, como si la luz del sol rojo encima de repente se hubiera atenuado.

Oculto en la penumbra sombría, Bane simplemente mantuvo su posición contra el asalto enemigo. Las filas frontales de cultistas, al ataque, aullaron de agonía mientras entraban en el campo, su esencia vital violentamente drenada de sus cuerpos, envejeciéndoles mil años en tan sólo un par de segundos. Los músculos y tendones atrofiados al instante; su piel marchita y encogida, tirando fuertemente de sus huesos. Los ojos y las lenguas apergaminadas, convirtiéndolos en cascarones momificados antes de que su carne disecada se desplomara, dejando sólo los restos esqueléticos y un par de hebras de pelo.

El esfuerzo de crear un aura de pura energía del lado oscuro rápidamente habría cansado incluso a Bane. Sin embargo, mientras sus enemigos caían era capaz de atraer su esencia hacia sí mismo, alimentándose de sus energías para revitalizar sus fuerzas desvaneciéndose y reforzar el campo en preparación para la siguiente oleada de víctimas.

La masa de los cultistas continuó cargando hacia delante. Aquellos en las filas de en medio habían visto el destino de sus compañeros y trataron desesperadamente de detenerse. Pero el impulso de aquellos atrás, barrió con ellos hacia delante hasta el campo para sufrir la misma muerte agonizante que aquellos que ya habían caído.

Sólo aquellos en la parte más posterior de la multitud fueron capaces de ver el peligro y retroceder a tiempo de salvarse. De los más de veinte cultistas que le habían atacado,

sólo un puñado fue capaz de salvarse. Estaban a una distancia segura, tambaleándose al borde del campo mortal con las armas alzadas, inseguros de cómo proceder.

Bane terminó con su confusión al dejar que el campo cayera y al empuñar su sable láser. Sus oponentes eran demasiado lentos y demasiado pocos como para desafiarle, y sus burdas vibroarmas no podían siquiera bloquear su espada brillante. Completamente indefensos contra un enemigo superior, su devoción demente a Andeddu todavía les impulsaba a atacar al invasor del templo sagrado. Bane los cortó como a perros.

Ya no salieron más cultistas de las escotillas para atacarle, pero Bane podía percibir casi a cien más en el templo bajo él. Los que había masacrado en el techo eran los guerreros, guardianes mandados arriba por los sacerdotes y auxiliares aún agazapados en las habitaciones y pasillos de la pirámide.

Los enemigos restantes eran potencialmente más peligrosos: los sacerdotes de Andeddu sin duda habían ascendido a sus posiciones debido a su afinidad con la Fuerza. Su entrenamiento probablemente era limitado, y Bane sabía que ni uno solo entre ellos era lo suficientemente poderoso como para detenerle. Juntos, sin embargo, podrían tener el potencial de superarle. Sin embargo, no pretendía darles tiempo para organizarse de forma que pudieran intentar unir sus fuerzas.

Moviéndose rápidamente, Bane caminó hacia la escotilla. En algún momento durante la batalla había estado cerrada, y descubrió que había sido sellada desde el interior. Dejando fluir la Fuerza a través de él, enganchó su sable láser y se agachó para agarrar la manivela con ambas manos. Preparando sus enormes músculos, abrió la escotilla de metal girándola, tirando de ella fuera de sus bornes y arrojándola a un lado.

Saltó por la escalera de mano que apareció debajo, aterrizando en un pasillo resbaladizo que llevaba más profundo hacia el fuerte de Andeddu. Encendiendo su sable láser de nuevo, se movió con pasos largos, rápidos, mientras se abría paso infaliblemente a través de los pasillos laberínticos, atraído por el poder del Holocrón de Andeddu llamándole desde las cámaras inferiores.

La arquitectura interior le recordaba a la Academia Sith de Korriban: muros de piedra antiguos, puertas de madera pesadas, y angostos pasillos tenuemente iluminados por antorchas que escupían en candelabros por la pared. Mientras marchaba por los pasillos, Bane percibió la presencia ocasional de uno o dos individuos al otro lado de las puertas por las que pasaba. La mayoría simplemente se cubrían en sus habitaciones, permitiéndole continuar sin trabas; podían percibir su poder, y sabían que interferir con su misión sólo resultaría en sus muertes sin sentido. Bastante a menudo, sin embargo, un cultista cuya devoción a Andeddu superaba todo sentido de autoconservación saltaba fuera y trataba de detenerle.

Bane respondía a cada uno de esos ataques con una eficiencia brutal. Algunos los cortaba en dos con un simple barrido de su sable láser; con otros utilizaba la Fuerza para limpiamente partir sus cuellos, nunca siquiera rompía el paso. Para cuando alcanzó la cámara central del fuerte, toda la pretensión de resistencia se había acabado. Cualquiera

que aún quedara en el templo se había retirado a las cámaras inferiores, huyendo de su ira.

Aquí, en el corazón de la pirámide, los seguidores de Andeddu habían construido un altar a su Maestro. Lámparas de brillo en cada esquina iluminaban la habitación con su espeluznante luz verde. Los muros estaban cubiertos de murales que representaban imágenes del Rey-Dios desatando su poder contra los ejércitos de aquellos que se le oponían, y un gran sarcófago de piedra recaía en el centro, su tapa grabada con un relieve del Lord Sith hace tiempo muerto.

En el Valle de los Lords Oscuros en Korriban, Bane había buscado los lugares de descanso antiguos de los Sith que habían ido antes que él. Cada uno de ellos, sin embargo, había estado vacío. Durante los siglos, los Jedi habían despojado de cualquier cosa de valor o de poder del lado oscuro del mundo, resguardando los tesoros en su Templo en Coruscant para salvaguardarlos.

Aquí, sin embargo, Bane había encontrado lo que se había perdido en Korriban. El aislamiento que había permitido a los Jedi purgar a Andeddu de los registros galácticos había mantenido su lugar de descanso a salvo de su saqueo. El sarcófago de Prakith había estado imperturbable durante siglos. Dentro, la posesión más preciada del Lord Oscuro esperaba a ser reclamada por alguien digno de sus secretos.

Entrando en la habitación, Bane se percató del olor empalagoso de incienso enfermizamente dulce en el aire. Mientras se aproximaba al sarcófago, podía percibir el aroma reptando hacia él como una fina niebla, colgándose de sus ropas. Encontrando un agarre en una de las esquinas de la tapa del sarcófago, se inclinó y empujó. Con los músculos haciendo fuerza, utilizó toda su gran fuerza para deslizarla fuera del camino, el sonido de piedra frotándose haciendo eco en la cámara mientras la tapa pesada sucumbía a duras penas a sus esfuerzos. Dentro, el cuerpo momificado de Andeddu yacía sobre su espalda, con las manos agarradas alrededor de una pequeña pirámide de cristal apretada contra su pecho. Extendiendo el brazo hasta el féretro, Bane agarró la pirámide y tiró. Durante un momento se sintió como si el cuerpo del interior se estuviera resistiendo, sus dedos huesudos rehusando a cesar su agarre.

Él tiró más fuerte, retorciendo el Holocrón y liberándolo del agarre de su creador muerto. Entonces se giró y abandonó la habitación.

En su camino de vuelta a su nave, sólo un par de seguidores de Andeddu hicieron algún esfuerzo por detenerle; aquellos que lo hicieron los hizo a un lado como mosquitos. Medio había esperado encontrar a un par de docenas amasados en el techo contra él en un último aguante desesperado, pero a excepción de su lanzadera, el techo estaba vacío. Aparentemente la sabiduría y la autoconservación habían prevalecido sobre su lealtad a Andeddu.

Como debe ser, pensó Bane para sí mismo. Los líderes del culto se habían dado cuenta de una verdad fundamental: los fuertes obtienen lo que quieren, y los débiles no pueden hacer nada al respecto. No eran lo suficientemente poderosos como para evitar que reclamara el Holocrón de Andeddu, por lo tanto no lo merecían.

Bane trepó a su lanzadera y se preparó para el despegue. No pudo evitar pensar que si cualquiera de los cultistas hubiera sido digno, se habría ido con más que sólo un Holocrón: habría tomado a un nuevo aprendiz, también.

Tal y como fue, la búsqueda del reemplazo de Zannah tendría que esperar. Tenía a por lo que había venido. Pasarían muchos días para viajar por las rutas hiperespaciales que salían del Núcleo Profundo, pero Bane agradeció el viaje. Le daba tiempo para explorar el Holocrón en un mayor detalle. Y si todo iba como lo había planeado, para cuando llegara de vuelta a casa todos los secretos de Andeddu serían suyos.

9

Paraíso era cualquier cosa salvo lo que prometía. La estación nombrada irónicamente estaba localizada en una pequeña ruta hiperespacial que se ramificaba desde la Espina de Comercio Corelliana. Pese a estar técnicamente bajo jurisdicción de la República, el cuadrante estaba ampliamente descuidado por parte de la mayoría de corporaciones de transporte principales; era conocida más por piratas y esclavistas que por el transporte de bienes comerciales. Pero, dándose cuenta de que incluso los criminales necesitaban algún sitio para gastar sus créditos enfermizamente conseguidos, un grupo de inversores muun había agrupado sus recursos para crear una plataforma orbital que atendía a un segmento de la sociedad de la República que rehuían de mundos más civilizados.

Lucia había estado en Paraíso más que suficientes veces en su vida. Tras su liberación de un campamento de PDG[1] de la República había pasado varios años como una guardaespaldas por libre, y muchos de sus clientes la habían contratado específicamente para proveerles de protección durante sus visitas a la estación. Los trabajos siempre se pagaban bien, pero ella sólo los aceptaba cuando no había nada más disponible.

Aunque Paraíso oficialmente se proclamaba como un «salón de entretenimiento a tiempo completo,» la realidad de lo que transpiraba allí era mucho más sórdida de lo que ese término inocuo implicaba. Esclavos de placer, apuestas, y narcóticos ilegales estaban disponibles en cientos de mundos y plataformas orbitales, la mayoría de ellos promoviéndose como retiros hedonistas para los ricos y poderosos —pero generalmente respetuosos de la ley— ciudadanos de la República. Este no era el caso del Paraíso. La clientela aquí podía como mucho ser descrita con una única palabra: escoria.

El desagrado de Lucia por la estación se había formado durante su primera visita, y cada vez que volvía su opinión era aún más reforzada. Mientras se abría paso a través de la multitud en la Fortuna Robada —el más grande de los seis casinos de la estación— no vio nada para cambiar de opinión.

La música era bombeada a través de altavoces flotantes, mezclándose con el ruido general que se alzaba desde la multitud. Humanos, casi-humanos y aliens, todos mezclados libremente, bebiendo, riéndose, gritando, y arrojando créditos en varios juegos de azar. Los piratas y esclavistas hacían el grueso de la multitud, junto con un par de mercenarios, cazarrecompensas, y un puñado de personal de seguridad personal. Virtualmente todo el mundo estaba armado. Esclavos de placer, tanto hombres como mujeres, hacían las rondas ofreciendo bebidas y otras indulgencias, más poderosas para su compra. Por el precio adecuado, cualquier cosa podía comprarse en Paraíso: incluso los propios esclavos de placer.

La amenaza potencial de la violencia repentina, letal, era un elemento inevitable y generalmente aceptado en la cultura de Paraíso. No había fuerzas de seguridad a bordo, y ningún representante oficial de la ley de la República había puesto un pie en la estación, no abiertamente, en cualquier caso. Los blásters de objetivo automático montados en el techo podían utilizarse como un método extremo de control de multitudes si cualquiera

alguna vez atacaba al personal del casino, pero cuando se trataba de la seguridad individual, los clientes habituales se esperaba que se defendieran a sí mismos. Aquellos capaces de permitirse el gasto típicamente contrataban a un séquito de guardaespaldas, pero el visitante medio tenía que confiar en un bláster prominentemente expuesto en las caderas y la amenaza de la retribución por parte de amigos para hacer que los otros se lo pensaran dos veces antes de empezar algo.

Lucia no tenía ningún amigo con ella en su viaje, pero había estado aquí suficiente como para saber cómo evitar problemas. Ella se movía con un aire de confianza, un desafío silencioso en la postura de sus hombros y la inclinación de su cabeza que disuadía a los otros de aproximarse a ella. Además, la mayoría de los conflictos empezaban cerca de las mesas de juego, y Lucía no estaba aquí para apostar.

Ella estaba aquí porque la princesa le había mandado a buscar a la asesina iktotchi conocida como la Cazadora. La última vez que Lucia había venido aquí también había estado buscando a la Cazadora, aunque esa había sido su decisión, no la de Serra.

En ese momento, Lucia no había sabido sobre el acuerdo del rey con los Jedi. Ella nunca sospechó que la asesina mataría a Medd Tandar y provocaría un incidente diplomático. Aún si lo hubiera sabido, aún habría venido por el bien de Serra.

Había visto a su señora lamentarse por su marido. Su muerte había perforado un agujero en el corazón de la princesa, y tras dos meses sin ninguna señal de mejora, Lucia no podía soportar ver a su amiga sufrir más sin hacer algo.

La princesa necesitaba concluir; necesitaba ver a aquellos responsables pagar por sus crímenes. Pero aunque el rey había mandado a sus tropas en busca de Gelba y sus seguidores, no habían hecho ningún progreso en rastrearla. Y por lo tanto Lucia había tomado el asunto con sus propias manos.

Actuar a las espaldas del rey para contratar a una asesina era una fractura clara de la ley de Doan y una violación directa del voto que había prestado cuando había jurado lealtad a la Guardia Real. Pero esto iba más allá de cualquier voto o juramento. Serra era su amiga, y su amiga estaba mal. No podía traer de vuelta a su marido, pero podía ver a aquellos responsables de su muerte siendo castigados. Eso fue lo que hiciste como amiga: pusiste las necesidades de cada una por encima de cualquier otra cosa. Fuiste leal a ti misma.

Ese fue el motivo por el que Lucia se había unido a los ejércitos de Kaan en las Nuevas Guerras Sith hacía veinte años. No le importaba un lado u otro del lado oscuro, o los Sith, o siquiera destruir a la República. Había sido una mujer joven sin familia ni amigos. Sin esperanzas. Sin futuro. Cuando el reclutador Sith llegó a su mundo, le ofreció algo que nadie más había hecho: una oportunidad de ser parte de algo más grande que ella misma; una oportunidad para pertenecer a algo.

Ella había encontrado esa sensación de pertenecer a algo durante su tiempo como francotiradora con los Caminantes de la Penumbra. Los otros miembros de la unidad se convirtieron en su familia. Habría dado su vida por salvar a cualquiera de ellos, y ella

sabía que ellos habrían hecho lo mismo. Y si no podía salvar a alguien, haría la siguiente mejor cosa y honraría su recuerdo vengando su muerte.

Eso es lo que ocurrió con Des. Aunque el Teniente Ulabore era el comandante oficial de los Caminantes de la Penumbra, todo el mundo sabía que el Sargento Dessel era el verdadero líder del escuadrón. Un minero de Apatros, había sido un gigante de hombre: dos metros de alto y 120 kilogramos de puro músculo, con un instinto por la batalla y un truco para mantener a sus compañeros soldados con vida en situaciones imposibles. Des había arriesgado su propia vida para salvar a la unidad más veces de las que Lucia podía siquiera recordar.

Recordar lo que le había ocurrido a Des todavía le llenaba de rabia. Mientras estaban estacionados en Phaseera, los Caminantes de la Penumbra habían dado órdenes para atacar a una instalación fuertemente fortificada de la República antes del anochecer: una misión suicida que habría visto a toda la unidad masacrada. Cuando Des sugirió al teniente que esperaran hasta la caída de la noche, Ulabore se había negado a escuchar. El kriffido cobarde los habría sacrificado a todos antes que decirle a sus superiores que estaban cometiendo un error.

Sin estar dispuesto a hacer ir a sus amigos hacia una muerte segura, Des tomo el mando de la situación. Golpeó a Ulabore y tomó el mando de la unidad, cambiando el plan para que pudieran golpear bajo la cobertura de la oscuridad. La misión acabó siendo un completo éxito: las fuerzas enemigas fueron barridas con bajas mínimas, asegurando una victoria mayor para el esfuerzo de guerra Sith.

Des debería haber sido alabado como un héroe por sus acciones. En su lugar, Ulabore le hizo arrestar y le llevó a una corte marcial por insubordinación. Ella habría disparado a Ulabore justo entonces si Des no la hubiera visto lentamente alzando su arma y agitado su cabeza. Él sabía que no había nada que nadie pudiera hacer por salvarle; había demasiados parlamentarios alrededor, y con las armas desenfundadas. Cualquiera que tratara de ayudar a Des sería asesinado, y él aún acabaría yendo a una corte marcial. Incluso mientras le llevaban lejos para enfrentarse a una ejecución segura, Des aún estaba mirando por sus amigos.

Lucia nunca volvió a ver a Des; nunca escuchó lo que le había ocurrido, aunque podía adivinar fácilmente. La insubordinación era una ofensa capital, y los Sith no eran famosos por la indulgencia. Pero aunque ella no pudo salvarle, ella aún podía hacer algo por pagárselo.

Le llevó casi un mes antes de que tuviera la oportunidad, pero no iba a olvidarlo. Llegó durante una escaramuza contra tropas de la República en Alaris Prime. Los Caminantes de la Penumbra estaban de patrulla cuando cayeron en una emboscada, algo que nunca habría ocurrido si Des aún hubiera estado con ellos. Pero su sargento les había enseñado bien, e incluso sin él, los Caminantes de la Penumbra aún eran una de las mejores unidades del ejército Sith. El encuentro sólo duró un par de minutos antes de que los soldados de la República rompieran filas y huyeran.

La lucha intensa, cercana, resultó en varias bajas en ambos bandos. Entre ellas estaba el Teniente Ulabore. Su estatus fue oficialmente registrado como muerto en acción, y nadie en los Caminantes de la Penumbra se molestó nunca en informar de que había sido disparado por la espalda a una corta distancia.

Había algunos que podrían considerarla una mala persona por lo que había hecho, pero Lucia nunca se arrepintió de su decisión. Para ella, era simple. Des era su amigo. Ulabore era responsable de su muerte. Había pasado lo mismo con Serra. La princesa era su amiga. Su marido estaba muerto. Gelba era responsable. Todo era sobre lealtad.

Y por lo tanto Lucia había hecho el viaje a Paraíso. Un par de preguntas discretas, junto con significantes sumas de créditos cambiando de manos, le llevaron a la Cazadora. Dos semanas más tarde, Gelba estaba muerta. Ahora Serra quería que ella contratara a la asesina de nuevo: aunque Lucia no tenía ni idea de por qué.

Algo le había ocurrido a Serra durante su visita al Templo Jedi en Coruscant. Ella había visto algo perturbador, algo de lo que no quería hablar. Lucia sabía que había secretos en el pasado de la princesa, pero siempre había respetado el derecho de su privacidad. Después de todo, había cosas de su propio pasado en las que no quería que la gente metiera las narices tampoco.

Aún así, aunque había aceptado a ayudar, estaba preocupada por su señora. Serra era básicamente una persona amable y gentil, pero había otro lado de ella también. Tenía pesadillas, y a veces pasaba por oscuras depresiones. Lucia sospechaba que había sido marcada por algún evento traumático en su infancia, un recuerdo tan intenso, que la había dañado de una forma profunda y fundamental.

La visión de la Cazadora sentada en una de las mesas de vistas cerca del borde del casino recentró sus pensamientos en la tarea que tenía entre manos. El Fortuna Robada, como todos los casinos de Paraíso, miraba a la arena construida en el centro de la plataforma orbital. A través de grandes ventanas de transpariacero, los clientes habituales podían observar a los combatientes —típicamente bestias o esclavos— luchar hasta la muerte.

Mientras que era común para los apostadores apostar sobre el resultado de cada batalla, Lucia se dio cuenta de que ese no podía ser el caso con la Cazadora. Se rumoreaba que los iktotchi tenían poderes telepáticos y precognitivos, y como resultado tenían prohibido apostar en virtualmente cada casino de la galaxia. Lucia se dio cuenta de que tenía que estar disfrutándolo puramente por la brutalidad de la matanza.

La Cazadora estaba sentada en la esquina más alejada, su espalda contra una pared. Iba vestida con la misma capa negra que había llevado durante su previo encuentro. Su capucha pesada estaba hacia atrás para revelar los cuernos que se curvaban hacia sus hombros, enmarcando sus rasgos afilados.

Lucia sólo podía verla de perfil, los tatuajes negros haciendo un trazo desde sus labios, ocultos por el ángulo y las sombras de la esquina. Desde su perspectiva había algo llamativo en la iktotchi de piel roja, una gracia y elegancia de la que nunca se había percatado antes.

Podía haber sido hermosa, pensó con algo de sorpresa. *Pero escogió convertirse en un demonio.*

La Cazadora miró arriba mientras ella se aproximaba, y Lucia se quedó helada, fija en el sitio por sus ojos amarillos perforadores.

—Te he estado esperando, —dijo la iktotchi, su voz apenas audible sobre la música y la multitud.

—¿Esperándome? —respondió Lucia, demasiado aturdida como para decir nada más. Quizás realmente pudiera leer mentes y ver el futuro.

—Hubo daños colaterales durante mi misión en tu mundo, —explicó la Cazadora—. El Jedi. Esperaba que tu señora estuviera descontenta.

Lucia agitó su cabeza.

—No es por eso por lo que estoy aquí.

—Bien. Porque no devuelvo el dinero.

—Quiero contratarte de nuevo.

La iktotchi inclinó su cabeza, considerándolo durante un segundo antes de asentir. Lucia tomó asiento en la mesa junto a ella. Fuera del rabillo de su ojo podía ver la arena, donde dos monstruosidades cubiertas de pelo y sangre se lanzaban la una sobre la otra con garras, colmillos, y dientes. Una parecía ser un lobo-jabalí endoriano; la otra era algún tipo de abominación canina de tres cabezas.

—Una terbestia, —explicó la Cazadora, aunque si leyó la mente de Lucia o simplemente la confusión de su cara no estaba claro.

Lucia apartó la cabeza en disgusto.

—¿Tienes otros rebeldes que quieres que elimine? —supuso la asesina.

—No. —*Al menos no lo creo*—. Mi señora desea reunirse contigo en persona. En un mundo llamado Ambria.

Los ojos de la asesina se encogieron con sospecha.

—¿Por qué Ambria?

—No lo sé, —respondió honestamente Lucia—. Ella no me lo diría. Ella sólo dijo que quería encontrarse contigo allí, a solas. Está dispuesta a pagar el triple de tu tarifa habitual.

Ella deslizó un panel de datos por la mesa.

—Aquí está la localización.

Lucia estaba segura de que rechazaría. Sonaba demasiado a una trampa. Pero la Cazadora simplemente se reacomodó en su silla y no habló por un muy largo tiempo. Casi parecía haberse deslizado en algún tipo de trance.

Esperando pacientemente, Lucia hizo lo que pudo por ignorar el espectáculo sangriento que tenía lugar en la arena. No aprobaba la matanza por deporte o placer, parecía sin sentido y cruel. Pese a su rechazo a mirar, un rugido desde las mesas junto a las ventanas de vistas le dijo que el enfrentamiento había terminado; uno de los animales debía haber asestado una herida fatal al otro. Instintivamente, giró la cabeza para ver el

resultado y fue recompensado con la vista de las tres cabezas de la terbestia hurgando en la tripa del lobo-jabalí en una carrera para atiborrarse de sus órganos.

Ella se giró rápidamente, luchando por controlar sus arcadas.

—Dile a tu señora que acepto su oferta, —dijo la Cazadora, extendiendo el brazo para agarrar el panel de datos con los dedos gruesos, afilados, que eran comunes a su especie.

Con su asunto zanjado, la asesina volvió su atención de vuelta a la arena, la sombra de una sonrisa surgiendo por sus labios pintados mientras observaba.

Disgustada, Lucia se levantó y dio una corta reverencia antes de girarse para irse, ansiosa por dejar la estación tan rápido como fuera posible. La Cazadora, aparentemente cautivada por el desagradable espectáculo de abajo, no pareció darse cuenta de su partida.

10

Zannah realmente nunca había puesto un pie en Nal Hutta antes, pero conocía el mundo lo suficientemente bien por su reputación. Mientras que el gobierno de los clanes Hutt había cubierto completamente la superficie de Nar Shaddaa, la luna cercana, con un paisaje urbano extenso, Nal Hutta permanecía mayormente subdesarrollado. El terreno predominantemente natural de pantanos había sido envenenado por la contaminación arrojada sin control por los centros industriales dispersos por el mundo, convirtiendo la superficie en una fosa séptica de pantanos fétidos capaces de soportar sólo vida de insectos mutados. La ciudad capital de Bilbousa se encogía bajo un perpetuo cielo de humo gris grasiento puntuado sólo por nubes oscuras que dejaban caer lluvia ácida sobre los edificios manchados y marcados de debajo.

La fealdad física del mundo era un reflejo de su corrupción moral. El espacio Hutt nunca había sido parte de la República, y las leyes del Senado no tenían ninguna jurisdicción aquí. Las pocas normas que había habían sido creadas por los poderosos clanes Hutt que controlaban la cercana Nar Shaddaa, haciendo de Nal Hutta un refugio para contrabandistas, piratas, y esclavistas.

Pero la protección del refuerzo legal de la República venía con un precio. Los Hutts consideraban a las otras especies inferiores, y todos los aliens residentes tanto en Nar Shaddaa como en Nal Hutta tenían que pagar una importante tasa mensual a uno de los clanes gobernantes por el privilegio de vivir bajo su protección. El precio exacto fluctuaba salvajemente, dependiendo de la subida y la caída de las fortunas del clan respectivo, y no era inusual que se doblara o incluso triplicara sin previo aviso. En tales casos, aquellos que no estaban dispuestos o no eran capaces de enfrentar al nuevo precio tendían a desaparecer, con todas sus posesiones y activos siendo reclamados por el clan mecenas, de acuerdo a la ley Hutt.

Los prejuicios contra otras especies habrían hecho difícil para Zannah obtener la información que necesitaba. Las autoridades portuarias en Nal Hutta tenían una desconfianza profundamente arraigada contra los extranjeros que hacían preguntas, y era improbable que cualquier cantidad de créditos pudiera convencerles de dejar a un lado sus prejuicios para decirle algo útil. Afortunadamente para ella, sin embargo, la red de informadores y agentes de Bane incluía varios miembros de alto rango del clan Desilijic, una de las facciones Hutt más prominentes, y estables. En la guisa familiar de Allia Omek, Zannah era capaz de utilizar esos contactos —junto con el registro de la nave almacenado en el último panel de datos de Pommat— para rastrear al hombre de pelo plateado que había seguido hasta aquí desde Doan.

Ella supo que su nombre real era Set Harth, y había un rumor persistente de que había sido una vez un Jedi. También había descubierto que era increíblemente rico. Y mientras que nadie con quien hablara parecía saber la fuente exacta de su vasta fortuna, todos estaban de acuerdo en que sus ganancias eran casi con seguridad ilícitas. En Nal Hutta, eso era generalmente visto como algo admirable.

Otro hecho interesante también había salido a la superficie durante sus investigaciones: Set Harth era un elemento fijo en la escena social cambiante de Nal Hutta. Pese al hecho de que la ciudad era un agujero mugriento, grasiento, gobernado por los clanes opresivos de Nar Shaddaa —o quizás gracias a eso— los residentes no Hutt de Bilbousa eran propensos a celebrar opulentas y extravagantes fiestas, cada una, una celebración de exceso hedonista. Set Harth nunca había fallado en recibir una invitación a estas funciones, y era incluso conocido por celebrarlas varias veces al año.

Afortunadamente estaba en una de esas galas esta noche, dándole a Zannah una oportunidad de colarse en la mansión de Set para tratar de obtener un mejor entendimiento del hombre que posiblemente se convertiría en su aprendiz.

Sus primeras impresiones fueron que, de muchas formas, su mansión se asemejaba al estado que Bane había establecido en Ciutric IV: era menos un hogar que un templo de elegancia y lujos en la que no se había reparado en gastos. Una lámpara diseñada a partir de cristal Daloniano dominaba la entrada, reflejando la luz del palo de luz de Zannah con tonalidades turquesa suave. Los pasillos estaban alineados con baldosas de mármol, y varias de las habitaciones que Zannah inspeccionó contenían alfombras rodianas, cada una tejida durante varias generaciones por una sucesión de maestros artesanos. El enorme comedor podía albergar fácilmente a veinte invitaos en una mesa hecha de madera de greel carmesí. El escritorio en el estudio de Set era incluso más extravagante; ella lo reconoció como el trabajo de maestros artesanos de Alderaan, tallado a mano del raro roble kriin.

Pero el mueble empalidecía cuando se comparaba con los raros y caros trabajos de arte que acentuaban cada habitación. Tenía una afición por las piezas atrevidas, que destacaban, y Zannah estaba casi segura que todos eran un trabajo original. Reconoció las estatuas talladas por Jood Kabbas, el renombrado escultor duros, paisajes de Unna Lettu, la pintora más famosa de Antar 4, y varios retratos que llevaban el inequívoco estilo de Fen Teak, el brillante maestro muun.

Claramente, el propietario era alguien que prefería las cosas más finas en la vida. El estado de Bane en Ciutric se suponía que debía dar la misma impresión a los visitantes, todo el arte extravagante y muebles opulentos era parte de una fachada, clave para mantener el disfraz de un exitoso empresario galáctico. En el caso de Set, sin embargo, no estaba segura de que la decoración extravagante fuera una actuación. Había una vibración aquí. Las cosas se sentían reales. Vivas. Cuanto más miraba alrededor, más empezaba Zannah a creer que el Jedi Oscuro no estaba sólo jugando un papel: su hogar era un auténtico reflejo de su personalidad. Set obviamente disfrutaba gastando su fortuna en bienes materiales; codiciaba la atención y envidia que inspiraba en los otros.

El pensamiento le dio a Zannah una pausa. Bane le había enseñado que la riqueza sólo era un medio para un fin mayor. Los créditos no eran nada salvo una herramienta; amasar una vasta fortuna no era nada salvo un paso necesario en el camino hacia el auténtico poder. El materialismo —una atadura a los bienes físicos más allá de su valor

práctico— era una trampa; una cadena para amarrar a los tontos a su propia avaricia. Aparentemente Set aún tenía que aprender esta lección.

Eso es por lo que necesita una Maestra. Necesita a alguien que le enseñe la verdad sobre el lado oscuro.

Continuando su viaje, Zannah subió por una gran escalera en espiral que llevaba hasta la segunda planta. Haciendo correr su mano ausentemente por el fino acabado de la barandilla del balcón que estaba sobre la sala de estar de abajo, ella se abrió paso hasta la parte trasera de la mansión. Allí llegó a la biblioteca de Set. Cientos de libros se alineaban en las paredes, pero la mayoría eran novelas escritas puramente para el entretenimiento: trabajos que ella no consideraría dignos para leerlos ella misma. Un estante le dio esperanzas, sin embargo: una colección de manuales técnicos y guías escritas por expertos en más de dos docenas de campos ampliamente variados. Suponiendo que Set realmente los hubiera leído y estudiado todos, era un hombre de amplios conocimientos y numerosos talentos.

En la parte trasera de la biblioteca había una puerta anodina; tras ella, Zannah podía percibir el poder del lado oscuro. Aproximándose con cuidado, ella sintió el poder crecer. No estaba viniendo de ninguna persona o criatura; ella conocía la sensación de un ser vivo en sintonía con la Fuerza. Esto era diferente. Le recordaba a los pulsos invisibles de energía que había sentido emanando de los cristales de Fuerza que había usado para construir su sable láser.

Ella probó la puerta y se sorprendió cuando se abrió fácilmente. Obviamente, Set confiaba en su privacidad, pero entonces, sin duda nunca había sospechado que un Sith podría ir de visita. Caminando hacia la habitación, la encontró pequeña y simple en comparación al resto de la mansión. No había trabajos de arte, y el único mueble era una vitrina de exposición puesta contra la pared trasera a un par de metros de distancia. Por la luz de su lámpara de brillo, podía ver un conjunto de joyería cuidadosamente reunido en la vitrina de exposición: anillos, collares, amuletos, e incluso coronas, todos imbuidos con el poder del lado oscuro.

Zannah había visto colecciones como esta antes. Hacía diez años, Hetton, un noble serreniano sensible a la Fuerza obsesionado con el lado oscuro, le había mostrado un tesoro similar de artefactos Sith: una oferta que había esperado que convencería a Zannah a tomarlo como su aprendiz pese a su avanzada edad. Desafortunadamente para Hetton, sus chucherías y baratijas no habían sido capaces de salvarle —o a sus guardias entrenados— cuando se enfrentaron al propio Maestro de Zannah. Bane había mostrado a Hetton el auténtico poder del lado oscuro, una lección que le había costado al hombre mayor su vida.

Bane también coleccionaba los tesoros de los Sith antiguos, pero prefería la sabiduría contenida en los textos antiguos. Zannah sabía que miraba a los anillos, amuletos, y otra parafernalia con desdén. La chispa del lado oscuro que ardía dentro de ellos era como una única gota de lluvia cayendo al océano de poder que ya gobernaba; no veía necesidad de aumentar sus habilidades con joyería estridente diseñada hacía siglos por antiguos

hechiceros Sith. Su Maestro creía que la verdadera fuerza debía venir de dentro, y había arraigado esta creencia en su aprendiz. Aparentemente esa era otra lección que tendría que enseñar a Set Harth, suponiendo que demostrara ser digno de ser su aprendiz.

Zannah se quedó helada mientras sentía una presencia repentina dentro de la mansión. Extendiéndose con la Fuerza, confirmó sus sospechas: Set había vuelto de su fiesta, y estaba solo. Apagando su bastón de luz, se movió en la perfecta oscuridad de vuelta hacia la entrada principal, dejando que la Fuerza guiara su camino.

Deslizándose silenciosamente hasta la barandilla situada sobre la gran sala de estar en los pies de las escaleras, avistó a su presa casi directamente bajo ella. Por la luz de la lámpara en un extremo de una mesa cercana podía verle descansando en un exquisito sofá de cuero, una botella de vino sullustano fino en una mano y un vaso medio lleno en la otra. Todavía estaba vestido con las ropas que había llevado a la fiesta: una camiseta azul turquesa de fina seda dramassiana, bombachos entallados negros, y botas hasta la rodilla pulidas a la perfección. El cuello de su camisa estaba desabotonado y sus mangas largas, anchas, colgaban por sus muñecas, balanceándose suavemente mientras ondeaba el vino para liberar todo su cuerpo entre cada trago.

Ella no hizo ningún intento de enmascarar su presencia; sentía curiosidad por ver si Set la percibiría a través de la Fuerza de la misma forma que ella le había percibido a su llegada. Muy para su decepción, parecía completamente ignorante, perdido en las comodidades de su casa y el disfrute de su bebida.

Zannah saltó sobre la barandilla y cayó a cinco metros del suelo abajo, aterrizando tras él, silenciosa salvo por el suave ondear de su capa negra. Set se alzó ante el ruido, girándose en su asiento para fijar su mirada borrosa en la intrusa.

—Saludos, —dijo él con una sonrisa, aparentemente no sorprendido por su llegada—. No creo que haya tenido el placer. Me llamo Set Harth.

Él alzó su bebida e inclinó su cabeza como si brindara por su llegada.

—Sé quién eres, —respondió Zannah fríamente.

Set cuidadosamente puso la botella de vino y su vaso en el extremo de la mesa cercana, entonces se giró hacia Zannah y golpeó el cojín junto a él.

—¿Por qué no te pones cómoda? Hay un montón de sitio para los dos.

—Prefiero quedarme en pie.

Zannah estaba tanto confusa como decepcionada por su reacción. En lugar de estar a la guardia, alerta, o incluso iracundo al descubrir a una intrusa en su hogar, Set parecía estar tirándole los tejos. Su tono era juguetón y sugerente. ¿No podía percibir que su vida colgaba en la balanza? ¿No podía percibir el peligro en el que estaba?

Set respondió a su rechazo con un encogimiento de hombros fácil.

—Me seguiste desde la fiesta, ¿no? —supuso él—. Normalmente no olvidaría una cara tan hermosa.

Zannah se maldijo como una idiota. Había ido allí buscando a un aprendiz y no encontró otra cosa salvo un idiota mujeriego demasiado interesado en hacer avances

torpes como para reconocer su poder. Su fracaso era vergonzoso; ella sabía con certeza que Darth Bane habría visto a Set por lo que era justo ahora.

—Todavía no me has dicho tu nombre, —le recordó Set, meneando un dedo enfrente de su cara—. Eres una chica muy traviesa.

El ataque llegó al instante en que Zannah abrió su boca para responder. Llegó sin ninguna advertencia, Set moviéndose con la velocidad preternatural de la Fuerza. El sable láser del Jedi Oscuro se materializó en su mano, encendiéndose y girando por la habitación hacia ella más rápido que el pensamiento.

Zannah apenas consiguió agacharse fuera del camino, la hoja del sable láser partiendo una sección de su capa mientras ella se lanzaba al suelo. Para cuando el arma completó su camino en boomerang y volvió a la mano de Set, él estaba en pie… como lo estaba Zannah.

Ella se dio cuenta de que el saludo inicial de Set había sido todo una actuación. Había estado esperando con su sable láser bajo su manga todo el tiempo, simplemente esperando a que Zannah bajara la guardia. Quizás había esperanzas por él aún.

—Te mueves rápido, —se percató Set, una sombra de admiración en su voz.

Sus palabras ya no llevaban el tono ligero y fácil de un invitado a una fiesta; había perdido toda la pretensión ahora. Sus ojos azules eran agudos y centrados, perforando a su oponente buscando cualquier debilidad que pudiera explotar.

Zannah se preparó para su siguiente asalto. En su mente los siguientes pocos segundos aparecieron en miles de escenarios diferentes, cada uno único en sus detalles específicos, cada uno una visión de un futuro posible atisbado a través del poder de la Fuerza. El puro número de posibilidades podía ser abrumador, pero Bane la había entrenado bien. Instintivamente, colapsó la matriz de probabilidades en los resultados más probables, eficientemente permitiéndole anticipar y reaccionar al siguiente movimiento de su oponente incluso antes de que ocurriera.

Set disparó una aguda explosión de poder del lado oscuro en una oleada brillante diseñada para tirarla de sus pies. Zannah fácilmente contraatacó al lanzar una barrera de energía protectora, la forma más simple y efectiva para un usuario de la Fuerza de defenderse contra los ataques de otro. Era una técnica enseñada a cada Padawan Jedi, y había sido una de las primeras lecciones que Bane había requerido que ella dominara.

—¿Eres una Jedi? —exclamó Set.

—Una Sith, —respondió Zannah.

—Pensé que los Sith estaban extintos, —respondió él, casualmente girando su sable láser en una mano, sin apartar los ojos de Zannah.

—Aún no, —ella se quedó tranquila, su propio sable láser aún enganchado en su cinturón. Pero estaba alerta ahora: Set casi la había engañado una vez, y no iba a dejar que ocurriera de nuevo.

—Déjame ver si puedo arreglarlo.

Mientras saltaba sobre el sofá hacia ella, Zannah encendió su propia arma. Las hojas gemelas saltando a la vida, y ella cayó en la danza familiar.

Set llegó por bajo para empezar, cortando hacia sus piernas. Cuando ella bloqueó su espada que llegaba, él se apartó girando rápidamente, moviéndose fuera del alcance antes de que pudiera contraatacar. Con la Fuerza, él agarró un busto de bronce de un lado de la habitación y lo lanzó hacia su flanco izquierdo. Al mismo tiempo, él se hundió hacia delante en una voltereta que le llevó lo suficientemente cerca como para golpear a su lado derecho mientras él rodaba tras ella.

Zannah fácilmente repelió ambas amenazas, sus hojas giratorias cortando el busto en dos incluso mientras pivotaba justo lo suficiente como para que el arma de Set fallara su cadera por menos de un centímetro. Por buena medida ella le pateó fuerte en la espalda mientras rodaba, un golpe que no era para deshabilitarle, sino para provocarle a más agresión.

Cuando dos combatientes habilidosos se enfrentaban el uno al otro con el sable láser, las hojas se movían tan rápidamente que era imposible pensar y reaccionar a cada movimiento. Bane le había enseñado a confiar en el instinto, guiada por la Fuerza y pulida por miles de horas de entrenamiento en las formas marciales. Este entrenamiento le permitía darse cuenta con el primer par de pases que Set estaba utilizando una variación modificada de Ataru, un estilo definido por los golpes rápidos, agresivos. En sólo el primer par de momentos de la batalla ya había evaluado a su oponente, percatándose de su velocidad, agilidad, y técnica. Set era bueno. Muy bueno. Pero Zannah también sabía sin ninguna duda que ella era mucho, mucho mejor.

Set, sin embargo, aún tenía que llegar a la misma conclusión. Su patada había tenido el efecto deseado: cuando él llegó a ella la siguiente vez, su cara estaba retorcida con una ira desdeñosa. Su furia le permitía llamar al lado oscuro, haciéndole incluso más peligroso mientras liberaba su siguiente serie de ataques. Saltando alto en el aire, agachándose en el suelo, lanzándose hacia delante, brincando hacia atrás, girando, rodando, y retorciéndose, llegaba a ella desde cualquier ángulo concebible en una barrera incansable con la intención de abrumar sus defensas, sólo para que Zannah tirara atrás sus esfuerzos con una eficiencia fría, casi sin importancia.

Las batallas de sable láser eran brutales en su intensidad; pocos duelos duraban más de un minuto. Incluso para un Jedi entrenado, el esfuerzo del combate al máximo era exhaustivo… particularmente cuando se usaban las maniobras acrobáticas del Ataru. No le llevó mucho a Zannah percibir que su oponente se estaba desgastando. Ella, por otra parte, apenas estaba cansada. Ante la urgencia de Bane, ella se había convertido en una experta en las secuencias defensivas de la forma Soresu. Era simple para ella bloquear, redirigir, o evadir los golpes de su oponente utilizando el propio impulso de Set contra él, fácilmente manteniendo al Jedi Oscuro a raya.

En su corto encuentro, se le presentaron al menos una docena de oportunidades para darle un golpe letal al hombre de pelo plateado. Pero no había venido a matarle; aún no, al menos. Ella había venido a probarle, para ver si era digno de ser su aprendiz.

Él no tenía que derrotarle para tener éxito a ojos de Zannah; él sólo tenía que demostrar potencial. Pese a su incapacidad de penetrar sus defensas, ella había visto

suficiente como para satisfacerla. Él podía haber sido implacable y salvaje con el sable láser, pero también era imaginativo e incluso, a veces, un poco impredecible. Había demostrado suficiente astucia cuando se encontraron por primera vez al hacer que Zannah le subestimara. Y, más importante, ella podía percibir el poder del lado oscuro rabiando dentro de él mientras se volvía más y más determinado a eliminarla… por fútiles que fueran sus esfuerzos.

Ella ahora estaba jugando con él, alargando la batalla. No era suficiente para ella querer a Set como aprendiz; él también tenía que querer que ella fuera su Maestra. Ella tenía que demostrar su superioridad tan completamente que él estuviera dispuesto a servir. No era suficiente sólo derrotar al Jedi Oscuro; ella tenía que romperle.

Cuando él fue un paso más lento en retirarse tras uno de sus golpes, ella pateó sus pies de debajo de él y le mandó de bruces contra el suelo, sólo para retroceder y dejarle ponerse en pie de nuevo. Cuando se volvió a mover, ella giró su sable láser en un movimiento agudo, poco ortodoxo, enganchando una de sus hojas en la suya y arrancando el arma de su mano.

Set saltó hacia atrás inmediatamente y utilizó la Fuerza para tirar de la empuñadura de vuelta a su palma, entonces tercamente reanudó sus ataques. Pero mientras los segundos pasaban, el fuego del lado oscuro era menos y menos capaz de luchar contra la fatiga que se estaba asentando en sus articulaciones y extremidades. Era inevitable que su cuerpo desgastado le traicionara, y lo suficientemente pronto él vino con su espada sostenida demasiado lejos hacia un lado, en lugar de firme enfrente de él. Zannah caminó hacia delante y golpeó con su pie recto hacia arriba, pillando a Set bajo el mentón. Él se tambaleó hacia atrás aullando de dolor mientras una ristra de profanidades ininteligibles salían por su boca, junto con una salpicadura de sangre.

—¿Te rindes? —preguntó Zannah.

Su única respuesta fue escupir un cuajo de sangre en la alfombra cara a sus pies y precipitarse hacia delante una vez más.

Zannah sintió un pequeño respingo de decepción. Había esperado que fuera lo suficientemente listo como para no continuar una batalla que no podía ganar. *Otra lección que tendré que enseñarte.*

Mientras se acercaba, ella respondió no con violencia física, sino más bien con un poderoso hechizo de brujería Sith que atacó la mente de Set. Él trató de alzar una barrera de Fuerza protectora en respuesta, pero el poder de Zannah desgarró sus defensas, dejándole completamente vulnerable.

La brujería Sith era tan parte del lado oscuro como los rayos mortales violetas de energía que su Maestro liberaba de sus manos, y cuando Bane reconoció por primera vez su talento por la sutil pero devastadora magia, la había alentado a estudiar lo arcano. De los textos antiguos había aprendido a retorcer y atormentar los pensamientos de sus enemigos. Ella podía hacerles ver las pesadillas como la realidad; podía hacer que sus miedos más profundos se manifestaran como demonios de la psique. Ella podía, y lo hacía, desgarrar las mentes de sus enemigos con un simple pensamiento y un gesto.

Con Set, sin embargo, no pretendía destruirle por completo. En su lugar ella le envolvió en una nube de total desesperación y desesperanza. Ella alcanzó los recesos más internos de su mente y la envolvió en la nada del vacío.

Los ojos de Set se pusieron en blanco, su mandíbula colgando, y su sable láser se deslizó de sus dedos sin vida. Él lentamente colapsó en el suelo, sus ojos cerrándose y su cuerpo temblando ligeramente mientras se acurrucaba en una posición fetal.

Esta iba a ser su prueba final. Una mente débil colapsaría sobre sí misma para marchitarse y morir, dejando a la víctima comatosa para siempre. Si Set era fuerte, sin embargo, su voluntad contraatacaría al horror. Poco a poco desgarraría el vacío, negándose a morir, agarrándose de camino de vuelta a la superficie hasta que la consciencia finalmente volviera.

Si Set realmente era digno de ser su aprendiz, se recuperaría de su condición actual en un día o dos. Si no, ella simplemente tendría que empezar su búsqueda de nuevo.

11

La Cazadora llevó su lanzadera por lo bajo sobre los baldíos desiertos que cubrían la mayoría de la superficie de Ambria. Aunque no había recibido ningún entrenamiento formal, estaba altamente en sintonía con la Fuerza, permitiéndole sentirla alzándose desde la tierra calentada por el sol mientras su nave sobrevolaba la superficie.

Hacía miles de años Ambria había sido un mundo de bosques verdes, rebosante de vida y el poder de la Fuerza. Pero la exuberante vegetación había sido devastada cuando una hechicera Sith trató —y fracasó— de doblegar a todo el planeta bajo su voluntad a través de un poderoso ritual. Incapaz de controlar las violentas energías del lado oscuro, fue destruida por su propio hechizo… así como el paisaje de todo el planeta.

Durante siglos la corrupción del ritual fallido influenció toda la vida en Ambria, transformando al mundo una vez hermoso en una pesadilla de vegetación raquítica, venenosa y bestias retorcidas, mutadas. Finalmente las energías del lado oscuro liberadas por la hechicera Sith fueron atrapadas en un gran lago cerca del ecuador del planeta por un Maestro Jedi llamado Thon, pero el daño estaba demasiado esparcido para que el mundo fuera jamás completamente sanado.

La iktotchi conocía todo esto, no porque hubiera estudiado la historia del planeta, sin embargo. Su conexión con la Fuerza le permitía ver cosas; le daba visiones del pasado, presente, e incluso posibles futuros. La habilidad era común a todos los iktotchi en varios grados, pero el talento de la Cazadora iba más allá del del resto de su especie. La mayoría de iktotchi no obtendría nada más que una sutil sensación de peligro cuando una amenaza inminente se avecinaba, o un sentimiento general de si un conocido podría ser amigo o enemigo. En ocasiones se les daría sueños precognitivos, pero incluso esos eran poco más que imágenes aleatorias que significaban poco sin un contenido.

Con ella, sin embargo, era diferente. Con los años había desarrollado sus habilidades tanto que podía controlar y dirigir las visiones que resplandecían en su mente. Cuando se concentraba en una persona o lugar específicos, ella tendría una avalancha de estímulos visuales y emocionales que a menudo podían reunirse en algo útil y coherente.

Había meditado durante varias horas en preparación para su viaje a Ambria, llamando a la Fuerza mientras pensaba en su destino. En respuesta, había sido testigo de escenas sacadas de la historia del planeta: la hechicera Sith mientras era consumida por su hechizo fallido; la lucha del Maestro Jedi para atrapar el lado oscuro en el Lago Natth.

Pero no todas sus visiones eran tan claras, particularmente aquellas que trataban con las probabilidades cambiantes del futuro. Su llegada y reunión con la princesa de Doan había sido sólo revelada en vagas impresiones. Ella estaba segura de que no caminaba hacia una trampa. Más importante, tenía la sensación de que de algún modo este encuentro iba a tener una influencia profunda en el resto de su vida. Para mejor o para peor no podía decirlo, pero estaba segura de que el viaje a Ambria le trazaría un nuevo camino… y la Cazadora nunca era de las que se alejaban de su destino.

La localización para el encuentro era un campamento pequeño localizado en las profundidades del corazón del desierto intransitable de Ambria. Mientras se acercaba, los sensores de la lanzadera indicaban que otra nave ya estaba esperando en el suelo. Las lecturas indicaban una única forma de vida a bordo; como fue prometido, la princesa había venido sola.

La Cazadora aterrizó, apagó los motores, y se abrió paso desde la comodidad climatizada de su lanzadera hacia el calor seco y sofocante del sol de medio día de Ambria. La princesa estaba en el borde del campamento, mirando hacia otro lado y perdida en sus pensamientos.

En el propio campamento no había mucho que ver; no era nada salvo una cabaña pequeña, dilapidada y un caldero viejo suspendido sobre un anillo de piedras y carbón. Pero pese a los alrededores modestos, la Cazadora podía percibir que este era un lugar de poder: un nexo para los lados oscuro y luminoso de la Fuerza. Pese al calor, la iktotchi se estremeció. Grandes y terribles cosas habían ocurrido aquí; eventos que un día darían forma al curso de la historia galáctica.

La princesa —Serra, recordó la asesina— se giró para encararla.

—Me alegro de que hayas venido —fue todo lo que dijo.

La Cazadora percibió algo oscuro y poderoso en la otra mujer, una fuerza de voluntad y un odio nutridos durante muchos años.

—¿Tu guardaespaldas dijo que deseabas contratarme?

La princesa asintió.

—Dicen que puedes rastrear a cualquiera. Sin importar dónde se escondan, puedes encontrarles. Dicen que puedes ver a través del tiempo y el espacio.

La afirmación no era del todo precisa, pero la Cazadora no vio necesidad de explicar los entresijos de su talento a esta mujer.

—Nunca he fracasado en una misión.

Serra sonrió.

—Había un hombre aquí. Hace muchos años. No sé su nombre. No sé dónde está ahora. Pero quiero que lo encuentres. ¿Puedes hacerlo?

Ella no contestó de inmediato. En su lugar, cerró los ojos y se extendió con su mente. Sintió la Fuerza reunirse; se arremolinaba a su alrededor como una tormenta levantándose, llevando el polvo del recuerdo impregnado en el campamento.

Los recuerdos capturados la rodearon; imágenes inundaron su mente. Vio a una niña, vestida en una túnica deshilachada y raída; vio a la niña crecer en una joven mujer; vio a la mujer irse de Ambria, sólo para volver muchos años después como princesa.

—Creciste aquí, —susurró ella mientras continuaba sondeando aún más profundo.

A veces la historia de un lugar era leve, lavada por el paso de eventos mundanos y gente insignificante. Aquí los recuerdos eran fuertes, preservados por el aislamiento y atrapados en las corrientes de la Fuerza que permeaban el campamento.

—Veo a un hombre. Alto y delgado. Pelo oscuro. Piel marrón.

—Mi padre, —explicó Serra—. Su nombre era Caleb.

—Era un sanador. Sabio. Fuerte. Un hombre que manaba respeto.

Ella no dijo esto para complacer a la princesa; a la Cazadora nunca le importaba lo que los clientes pensaran de ella mientras pagaran.

—Hay otro hombre, —le dijo Serra—. Él vino a mi padre a pedir ayuda durante las Nuevas Guerras Sith. Alto y musculoso. Calvo. Era… malvado.

Malvado. Extenderse con la Fuerza requería una atención intensa y una concentración mental profunda. Aún así, la iktotchi no podía evitar darse cuenta de la vacilación de la otra mujer.

La Cazadora no daba utilidad a las palabras como *maldad*, o *bondad*, o siquiera *justicia*. Ella mataba a aquellos para los que le habían contratado para matar; no dedicaba ni un pensamiento a si se merecían su destino. Aún así, encontró la elección de etiquetas de la princesa extraña. Ella era una asesina. Mataba por provecho. ¿Era esto más malvado que el hombre del que Serra hablaba? ¿Y qué había de la propia princesa? Ella quería contratar a alguien para tomar la vida de otro, ¿eso la hacía malvada?

Sin embargo, ella no dijo sus pensamientos en voz alta. No tenían relevancia para lo que estaba haciendo. En su lugar, presionó más profundamente en el pozo de recuerdos, sumergiéndose en ellos en busca del hombre que Serra había descrito.

Cientos de caras resplandecieron ante ella. Hombres. Mujeres. Humanos. Twi'lek. Cereanos. Ithorianos. Soldados sirviendo a los Jedi, e incluso aquellos sirviendo a los Sith. Caleb los había sanado a todos ellos. Los únicos a los que les dio la espalda fueron a los líderes de los ejércitos. Se veía a sí mismo como a un sirviente de los tipos comunes. A los Maestros Jedi y los Lords Sith siempre se negaba a ayudarles, con una notable excepción.

La Cazadora podía verle ahora: un Lord Sith en armadura negra; la empuñadura curvada de un sable láser anclada a su cinturón mientras se alzaba sobre el sanador. Estaban atrapados en una batalla de voluntades, el hombre grande muriendo por alguna enfermedad que ella no podía discernir. Incluso mientras ellas estuvieran a décadas del encuentro, la iktotchi percibió el poder crudo del poder oscuro emanando de él. Era distinto a cualquier cosa que hubiera visto o sentido antes, tanto aterrador como exhilarante.

—Lo veo, —le dijo a la princesa. *Veo lo que te hizo*.

—Mi padre siempre decía que volvería. Es por lo que me mandó lejos. Me hizo cambiar mi nombre.

—Tu padre tenía razón.

Ahora que lo había visto en sus visiones, era fácil sobrevolar los años siguientes buscando la huella del Lord Sith. A través del torbellino de imágenes, fácilmente escogió su siguiente visita al campamento. Una vez más, llegó en necesidad de la ayuda del sanador. Esta vez, sin embargo, no vino solo.

—Hay otros con él. Una mujer joven. Un hombre joven.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la princesa, su voz temblando ligeramente.

Una serie de imágenes violentas y estremecedoras asaltaron los sentidos de la iktotchi. Vio el cuerpo decapitado del sanador, sus extremidades separadas de su torso y reunidas en una horripilante exposición cerca del hueco del fuego. Dentro de la cabina, el joven hombre se agachaba en una esquina, un idiota balbuceante llevado a la locura por los horrores que le habían visitado. Los otros dos —la mujer joven y el Lord Sith— eran más difíciles de ver, aunque ella percibió que estaban aún ahí. Algo los ocultaba; algún poder o hechizo ocultaba su presencia.

Cuando trató de perforar el velo algo empujó hacia atrás, golpeándola fuera de su trance meditativo y cortando su conexión con el pasado. Ella cayó de rodillas con un grito de angustia, agarrándose las sienes, su mente retrocediendo.

Serra estuvo a su lado en un instante, agachándose sobre ella.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué viste?

La Cazadora no habló de inmediato. Había oído de esto ocurriéndole a otros, pero nunca lo había experimentado por sí misma. No fueron las imágenes de la muerte horripilante de Caleb lo que le habían hecho retroceder. Había sido brujería, magia Sith. Un hechizo de ocultación había ocultado al Lord Sith y a la mujer joven de los Jedi que habían descubierto el cuerpo del sanador. Los recuerdos aún llevaban el eco del hechizo sobre ellos; incluso después de una década había sido lo suficientemente potente como para momentáneamente abrumarla.

¿Cómo puede un individuo comandar tal poder?

—Dime lo que viste, —exigió la princesa, poniéndose en pie.

—La muerte de tu padre, —respondió la Cazadora, también poniéndose en pie.

—¿Estaba ahí? ¿El hombre en armadura negra?

—Sí. Eso creo. No estaba claro.

—Estaba aquí, —dijo la princesa con seguridad—. Fue responsable de la muerte de mi padre.

—Había otra con él, —dijo la Cazadora—. Una mujer rubia joven.

—Sólo me importa el hombre de negro. ¿Puedes encontrarle?

—Si aún vive, le encontraré, —le aseguró la Cazadora. Sabía que soñaría con el Lord Sith esta noche, y durante muchas de las noches por llegar. Su sueño estaría lleno de imágenes de su vida diaria. Ella vería cuántos soles se alzaban en el cielo cada mañana en cualquier mundo que llamara hogar; ella vería su color y su tamaño. Cualquier luna y estrella que marcara el cielo nocturno le serían revelados. Los puntos relevantes familiares burbujearían en el subconsciente de su sueño noche tras noche. Ella comprobaría estos con una base de datos que contuviera descripciones de todos los sistemas y mundos de la galaxia conocida, estrechando su búsqueda hasta que tuviera su posición exacta.

Podían ser días, o posiblemente incluso semanas, pero al final siempre encontraba su presa. Esta vez, sin embargo, no estaba segura de cuál sería el resultado. Había matado a un Jedi en Doan, pero este encuentro sería mucho más peligroso. Los restos que perduraban del hechizo del Sith habían sido suficientes para menguar sus esfuerzos de

echar un vistazo al pasado. ¿Cuánto más fuerte sería el creador de ese hechizo en persona? ¿Y quién habría lanzado el hechizo? ¿El Lord Sith? ¿O la mujer joven que estaba con él?

Ella aún pretendía tomar el trabajo, por supuesto. Pero era lo suficientemente lista como para entender que sus probabilidades de éxito aumentarían si no actuaba sola.

—Este hombre es poderoso, —admitió la Cazadora—. No sé si seré capaz de matarle sin ayuda.

—No quiero que lo mates, —respondió la princesa—. Quiero que lo captures. Quiero que me lo traigas con vida.

Los labios de la asesina se curvaron en una mueca enfadada.

—No soy una cazarrecompensas.

—Te pagaré diez veces tu precio normal. Y contrataré mercenarios para que te ayuden. Tantos como quieras.

—Incluso si lo capturamos, ¿cómo se supone que le mantendremos prisionero mientras le traemos de vuelta a ti? Las ataduras normales no pueden contener a alguien que tiene el poder de llamar a la Fuerza.

—Déjame eso a mí, —respondió la princesa, empujando tras la iktotchi y dirigiéndose hacia la pequeña cabaña al otro lado del campamento.

Curiosa, la asesina la siguió.

Sólo de un par de metros a cada lado, la cabaña era poco más que una caja con una entrada. En el suelo en el interior, enterrado bajo una capa de arena que había volado del desierto invasor, había una vieja cortina desgastada y un colchón harapiento.

La cortina parecía como si hubiera sido arrancada. El colchón, por otra parte, estaba aún en la esquina más alejada de la cabaña, aunque sus fibras estaban llenas de tierra.

Con la iktotchi observando justo desde fuera de la entrada, la princesa apartó la esterilla, revelando una trampilla construida en el suelo. Una pequeña escalera llevaba hacia abajo hasta una diminuta cámara debajo.

—Mi padre construyó esta celda para almacenar las herramientas de su comercio, —explicó Serra, cuidadosamente bajando la escalera.

La Cazadora entró en la cabaña para tener una mejor vista, aproximándose a la trampilla y mirando abajo hacia la oscuridad de debajo. Escuchó un crujido agudo mientras la princesa encendía una lámpara de brillo para dispersar la penumbra.

Desde su punto de vista, la asesina sólo podía entrever una serie de estantes construidos en las paredes de la celda, cada uno alineado con botes, sacas, y otros pequeños contenedores. La princesa rebuscó entre ellos rápidamente hasta que encontró lo que estaba buscando: una botella sin descripción de un líquido amarillo pálido que ella metió en los pliegues de sus ropas antes de abrirse paso de vuelta subiendo la escalera.

—¿Sabes qué es el senflax? —preguntó una vez que estaba de nuevo sobre tierra.

La asesina sólo se encogió de hombros en respuesta.

—Es una neurotoxina extraída de una planta rara que sólo se encuentra en las junglas de Cadannia.

—¿Qué utilidad le daría un sanador a los venenos? —quiso saber ella.

—No es realmente un veneno. El senflax es más bien un sedante. Uno que permite al paciente permanecer consciente mientras que anula todo el dolor y sensaciones. Distorsiona los nervios de los músculos primarios, paralizándolos, pero no hace que el corazón, pulmones, u otros órganos vitales se desconecten sin importar lo grande que sea la dosis.

—Incluso un Lord Sith paralizado puede matar con su mente, —advirtió la Cazadora.

—El senflax también nubla la mente. Hace imposible para el paciente concentrarse o recomponer sus pensamientos; se lleva cualquier similitud a la libre voluntad. Puede dar respuestas simples a preguntas directas, pero de otra forma está completamente indefenso.

—Vi a mi padre dárselo a un piloto que había sido quemado de mala manera en una explosión química, —continuó ella, sus ojos volviéndose distantes mientras se deslizaba de vuelta a los recuerdos de su juventud—. Sus amigos le trajeron aquí, pero para cuando llegaron se había vuelto loco del dolor. El senflax se llevó el dolor mientras que dejó al piloto aún capaz de responder preguntas sobre los químicos que había estado transportando para que mi padre pudiera saber mejor cómo tratarle.

—¿Estás segura de que la neurotoxina aún funcionará después de todo este tiempo?

La Cazadora estaba al tanto de que la mayoría de la gente habría preguntado por el destino del piloto herido, pero ella no era como la mayoría de la gente. La única cosa que le importaba era el trabajo que aún no estaba segura de que fuera a aceptar.

—Estará bien mientras la botella esté sellada, —confirmó Serra—. Una vez que volvamos a mi nave puedo probar su potencia.

—¿No sabes cómo prepararla apropiadamente? —Exigió la asesina—. ¿Cómo administrarla? ¿Lo rápido que hace efecto y cuánto dura?

—Soy la hija de mi padre, —declaró la princesa con orgullo—. Él me enseñó todo lo que sabía sobre la sanación y la medicina.

¿Qué diría si supiera que estás usando sus conocimientos para buscar venganza por su muerte? Se preguntó en silencio la Cazadora.

—Puedo mostrarte cómo usar el senflax para mantener al prisionero bajo tu control, —continuó Serra—. Así que, ¿aceptarás el trabajo?

La iktotchi se tomó su tiempo antes de responder. No era el dinero lo que la intrigaba. Era el desafío; el saber que estaría enzarzándose contra un enemigo más poderoso que cualquiera al que se hubiera enfrentado antes. No podía ver el resultado de la misión; demasiadas fuerzas en conflicto estaban actuando en el futuro para que estuviera claro. Aún así, percibió que este era el momento para el que había estado entrenando toda su vida.

—Necesitaría al menos diez guerreros bien entrenados bajo mi mando, —dijo ella, hablando lentamente.

—Te daré veinte.

—Entonces tenemos un trato, —respondió la iktotchi, su leve sonrisa haciendo que las líneas oscuras tatuadas en su labio inferior se curvaran hacia arriba como un animal enseñando sus colmillos.

12

El viaje de regreso desde Prakith hasta Ciutric IV estaba llevando aún más que el viaje original. Debería haber sido más rápido, por supuesto; Bane ya había trazado las rutas hiperespaciales que le llevarían de vuelta fuera del Núcleo Profundo. Pero en las horas que había pasado en el mundo volcánico adquiriendo el Holocrón de los seguidores de Andeddu, varias de las carreteras que había utilizado para el viaje de ida habían cambiado y se habían vuelto inestables.

Dos ya habían colapsado, forzándole a recalcular su viaje. Estadísticamente, las probabilidades de que esto ocurriera en tan poco plazo de tiempo eran astronómicamente pequeñas. Sin embargo, las estadísticas a menudo se iban por el lateral cuando los eventos eran influenciados por la Fuerza. Había demasiados registros de aquellos que habían llegado a tener posesión de artefactos Sith poderosos cayendo víctimas de la funesta mala fortuna como para rechazar esos relatos como mera coincidencia.

Muchos creían que los talismanes del lado oscuro llevaban una maldición; otros clamaban que estaban de algún modo vivos, como si los materiales inanimados utilizados para hacer un anillo, amuleto, u Holocrón pudieran de algún modo lograr la consciencia. Aquellos lo suficientemente ignorantes como para creer en tales supersticiones podrían haber clamado que el Holocrón de Andeddu estaba luchando contra Bane. Habrían declarado que las rutas hiperespaciales colapsando eran una evidencia del espíritu vengativo de Andeddu atrapado dentro de la pirámide de cristal buscando destruir al ladrón que había profanado su templo sagrado.

Bane sabía que no había una malevolencia inherente en el Holocrón; era meramente una herramienta, un repositorio de conocimiento. Aún así, también entendía el alcance que podían tener los efectos de la Fuerza. Una tormenta de violencia se arremolinaba alrededor de los objetos imbuidos con la magia de los Sith antiguos; los fuertes podían cabalgar sobre la tormenta hasta alturas aún mayores, los débiles serían barridos a su paso y destruidos.

El Holocrón de Andeddu era un talismán de poder innegable; Bane podía sentir las oleadas de energía del lado oscuro radiando de él. Era posible que la frágil matriz del continuo espacio-tiempo del Núcleo profundo hubiera sido sutilmente alterada por esas oleadas durante su viaje de regreso, desestabilizando las hipercarreteras. Trazó una ruta de cerca de cien saltos breves, minimizando el peligro al pasar tanto del viaje en el espacio real como fuera posible. Le llevaría casi dos veces volver a casa, pero era mejor ser cauteloso que arriesgarse a que su nave fuera instantáneamente aplastada en una singularidad localizada por el colapso repentino de un pasillo hiperespacial debilitado.

Afortunadamente, tenía una forma de ayudar a pasar el rato.

—La transferencia de la esencia es el secreto de la vida eterna, —le dijo el holograma.

Bane estaba sentado de piernas cruzados en el suelo de su nave, el Holocrón descansando en el suelo enfrente de él. Una imagen tridimensional de Darth Andeddu,

veinte centímetros de alta, estaba siendo proyectada justo sobre el ápice de la pirámide de cuatro caras.

—El cuerpo físico siempre se debilitará y fallará, aún sí, no es nada salvo un cascarón o recipiente, —continuó el holograma—. Cuando llegue el momento, es posible transferir tu consciencia… tu espíritu… a un nuevo recipiente… como yo he hecho con este Holocrón.

Bane entendía que la proyección que le hablaba no era el espíritu muerto del antiguo Lord Sith; era sólo una personalidad simulada conocida como un guardián. Cada Holocrón tenía una. Un guía virtual programado con los rasgos de la personalidad del creador original, el guardián servía como protector de la información almacenada en el artefacto.

La apariencia del guardián a menudo imitaba la del creador del Holocrón… o al menos, la imagen que el creador quería que otros vieran. Bane recordaba cómo el guardián del Holocrón de Belia Darzu a menudo cambiaba de apariencia, reflejando su herencia cambiante.

Su propio Holocrón proyectaba una imagen de Bane aún vestido con su armadura de orbaliskos. Aunque los parásitos habían resultado ser poco prácticos en la vida real, la apariencia horrenda de su cuerpo cubierto por la infestación era más impresionante e intimidatoria visualmente. También hacía mención a los sacrificios que uno debía hacer para abrazar en auténtico poder del lado oscuro, una lección valiosa para cualquiera que siguiera sus enseñanzas.

Más importante, los orbaliskos enmascaraban su apariencia y ocultaban su auténtica identidad. Si el Holocrón alguna vez caía en manos de los Jedi mientras aún estuviera vivo, serían incapaces de reconocerle por la imagen del guardián… una consideración aún mayor ahora que estaba en la cúspide de aprender los secretos de la vida eterna. Pero primero, tenía que derrotar a la pequeña pero imponente figura que ahora se alzaba ante él.

Andeddu había elegido representarse a sí mismo como un hombre con una armadura pesada bañada en un feroz brillo de rojo y naranja. Sobre su cabeza descansaba un tocado alto y plano, reminiscente de un alto sacerdote, rodeado por una fina corona de oro engarzada con gemas. Su cara estaba hundida y demacrada, casi esquelética.

Durante los últimos cuatro días, Bane había jugado a los juegos del guardián en un intento de desbloquear los secretos de la vida eterna. Había profundizado en el Holocrón de Andeddu, logrando en menos de una semana lo que habría llevado a otros meses o incluso años. Había sufrido a través de las tediosas lecciones; había escuchado las cháchara filosóficas cansinas de la figura holográfica. No había aprendido nada nuevo sobre la Fuerza, aunque las palabras del guardián habían revelado mucho sobre la personalidad y creencias de Darth Andeddu.

Como muchos de los Sith antiguos, era cruel, arrogante, centrado en sí mismo, y corto de miras. Sus lecciones se asimilaban a aquellas de los instructores de Bane en la Academia Sith de Korriban; lecciones que Bane había rechazado décadas antes como

defectuosas. Se había movido más allá de sus enseñanzas. Su entendimiento del lado oscuro había evolucionado. Al crear la Regla de Dos, había guiado una nueva era para los Sith. Había transcendido el entendimiento limitado de hombres como Andeddu, y estaba harto de escuchar la letanía ignorante del guardián.

—Muéstrame el ritual de la transferencia de esencias, —exigió Bane.

—El ritual está forjado con peligros, —advirtió el guardián—. Intentarlo hará que el recipiente actual sea destruido, tu cuerpo será consumido por el poder del lado oscuro.

Bane apretó sus dientes en exasperación. Había escuchado esas advertencias al menos una docena de veces antes.

—Escoge tu nuevo recipiente cuidadosamente. Si seleccionas un ser vivo, ten en cuenta que su propio espíritu luchará contra ti mientras tratas de poseer su cuerpo. Si su voluntad es fuerte, fracasarás y tu consciencia será lanzada al vacío, condenada a una eternidad de sufrimiento y tormento.

La mención del vacío siempre hacía a Bane pensar en la bomba mental, y los cientos de espíritus Sith y Jedi atrapados para siempre por su detonación. Le recordaba a lo que había cumplido; le recordaba quién era.

—No soy ningún estudiante acobardado por miedo ante el inimaginable poder del lado oscuro, —soltó Bane al holograma—. Soy el Lord Oscuro de los Sith.

—Tu título no significa nada para mí, —se mofó el guardián—. Yo decido quién es digno de aprender mis secretos, y tú no estás aún preparado. Quizás nunca lo estés.

Durante los últimos días Bane había llegado a este punto demasiadas veces. No iba a dejar que el guardián le frustrara de nuevo.

Bane alzó el Holocrón del suelo con su mano derecha, ignorando el temblor demasiado familiar de su mano izquierda. Había otra forma de obtener el conocimiento que buscaba, pero era un camino forjado con peligros.

En la construcción de su propio Holocrón, Bane había desarrollado un conocimiento íntimo de cómo funcionaban los talismanes. Cada uno era único, un repositorio de todo lo que su creador había aprendido durante su larga vida. Pero había similitudes que eran comunes a todos ellos, incluyendo el que estudiaba ahora.

El Holocrón de Andeddu era una pirámide de cuatro caras hecha de cristal suave, oscuro. Los glifos arcanos de oro y rojo estaban grabados en cada cara, los símbolos místicos concentrando y canalizando el poder del lado oscuro. Dentro había una intricada matriz de vértices y entramados de cristal. Los filamentos finos, entretejidos formaban un sistema de datos capaz de almacenar cantidades casi infinitas de conocimiento, así como proveer de un marco para las redes cognitivas requeridas para crear la apariencia del guardián y personalidad.

Todo el sistema estaba controlado por el remate, una única pieza de cristal oscuro colgada sobre el ápice de la pirámide. Imbuido con un poder increíble, el remate estabilizaba la estructura de la matriz, permitiendo que las piezas individuales de datos pudieran ser accedidas instantáneamente por el guardián.

Sin embargo, era posible evadir al guardián… pero sólo por uno lo suficientemente fuerte como para sobrevivir al intento. Si la voluntad de Bane flaqueaba, o si el poder del Holocrón de Andeddu era más del que podía manejar, entonces su mente sería destruida. Su identidad sería devorada por el talismán, dejando a su cuerpo como un cascarón sin mente. Era una estrategia desesperada, pero no había otra forma de obtener lo que necesitaba. No a tiempo de ayudarle contra Zannah.

—Si no me vas a dar lo que quiero, —gritó al guardián—, ¡entonces lo tomaré!

Extendiéndose con la Fuerza, llevó su consciencia a las profundidades de los funcionamientos internos de la pirámide mientras el guardián soltaba un alarido de ira impotente. Lanzando su consciencia directamente al remate, Bane dejó que su voluntad invadiera el pequeño talismán de cuatro caras justo como había invadido el fuerte del culto de Andeddu antes en Prakith.

Por un breve instante pudo sentir el infierno ardiente de poder atrapado dentro amenazando con consumir su identidad. Bane agradeció el dolor, alimentándose de él y transformándolo junto con toda la frustración y rabia que había formado durante los últimos cuatro días en una tormenta iracunda, arremolinada de energía del lado oscuro. Entonces, poco a poco, empezó a poner orden al caos, doblegándolo a su voluntad.

Utilizando la Fuerza, Bane empezó a hacer sutiles ajustes al cristal de la matriz del Holocrón. Empezó a manipular el conjunto de filamentos, torciendo, girando y moviéndolos con sutiles e inmensurables ajustes mientras se abría paso más y más profundamente en los datos en persecución de lo que buscaba. De muchas formas era como piratear una red de ordenadores segura, sólo que un millón de veces más complejo.

Con cada ajuste, la imagen del guardián parpadeaba y gritaba, pero Bane era inconsciente del sufrimiento de la simulación artificial. Durante varias horas, continuó su trabajo, su cuerpo sudando con fuerza, hasta que finalmente encontró lo que buscaba: el ritual de transferencia de la esencia; el secreto de Andeddu de la vida eterna.

Con un último empujón de la Fuerza, se extendió con su mente y agarró lo que había estado buscando. Con la ayuda del guardián, la información habría llevado semanas para absorberla y aprenderla. Bane, sin embargo, había ido directamente a la fuente. El conocimiento fluía directamente desde el Holocrón hacia su mente, crudo y sin filtrar. Miles de imágenes inundaban su consciencia, una explosión de visiones, sonidos, y pensamientos que le hicieron dejar caer el Holocrón al suelo, rompiendo la conexión.

La imagen del guardián se desvaneció, dejando a Bane solo en la nave, aún sentado de piernas cruzadas en el suelo. Estaba lanzado hacia delante, su aliento saliendo en jadeos pesados. Sus ropas estaban empapadas de sudor; su cuerpo temblaba de cansancio.

Lentamente se alzó en pie y se abrió paso hasta el asiento del piloto. Caminó con los andares tambaleantes de un hombre borracho de vino Mandaloriano, descansando su mano en la pared para apoyarse. Su cabeza estaba flotando, perdida en los secretos que había agarrado de las profundidades del Holocrón.

Mientras colapsaba en el asiento, la consola de control empezó a bipear suavemente. Le llevó varios segundos darse cuenta de que el último salto hiperespacial de su viaje de regreso estaba llegando a su fin… aunque aún había muchos más saltos que hacer.

Necesitaba trazar una ruta para el siguiente tramo del viaje, pero no estaba en estado de contemplarlo ahora. No mientras su mente desconcertada todavía estaba luchando con lo que había aprendido. Necesitaba tiempo para procesar la información del Holocrón, para envolver su mente a su alrededor. Para analizar y compartimentalizar todos los hechos, reuniéndolos en algo similar al pensamiento racional. Bane extendió el brazo y activó el piloto automático, contentándose con dejar que la nave fuera a la deriva lentamente mientras se recuperaba. Entonces cerró sus ojos y dejó que la oscuridad del sueño le envolviera.

13

La consciencia volvió lentamente a Set Harth. Era como si su mente estuviera nadando a través de un pantano, luchando por escapar de las profundidades lodosas de su propio subconsciente. Empujando a través del barro hasta que finalmente alcanzó la superficie, aunque los recuerdos que permanecían de extraños sueños y pesadillas todavía pululaban por las esquinas oscuras de su mente.

En cierto nivel estaba al tanto de que las pesadillas casi le vuelven loco. Habían estado al borde de destruirle, pero Set se había negado a sucumbir. Poco a poco había conseguido empujarlas de vuelta hacia los recesos ocultos de su mente donde pertenecían, separando fantasía de realidad poco a poco a la vez.

¿Cuánto tiempo estuve fuera? Se preguntó, manteniendo sus ojos cerrados y su respiración calmada para no revelar que se había despertado. *Se siente como si hubieran sido días.*

Estaba en su propia habitación, de eso estaba seguro. Reconoció el olor de su almohada perfumada, la suave sensación de las sábanas de seda contra su piel, la comodidad lujosa de su colchón de plumas. Todo lo demás aún era un borrón.

Vamos, Set. Averigüémoslo.

Con cuidado de evitar los horrores de sus pesadillas recientes, Set tiró hacia atrás de sus recuerdos, tratando de reunir exactamente lo que le había pasado.

La mujer rubia.

Ella había estado esperando en su mansión cuando volvió a casa de la fiesta. No era la primera vez que eso había ocurrido… aunque esta era la primera vez que su invitada no invitada había tratado de matarle.

Probablemente no estaba tratando de matarte realmente, se recordó a sí mismo. *Viendo que aún estás vivo*.

Habían luchado. Eso lo recordaba claramente. Habían luchado y ella le había derrotado.

Aunque sus ojos aún estaban cerrados, Set estaba empezando a reunir una imagen detallada de su alrededor extendiéndose con la Fuerza. Estaba en su propia cama, en su propia habitación. Pero no estaba solo. Alguien más estaba ahí. La mujer.

Clamaba que era una Sith.

Todavía no tenía ni idea de por qué se había colado en su casa. No podía siquiera imaginar por qué le había dejado con vida. Pero estaba determinado a hacer que se arrepintiera de ello.

Empujando suavemente con su mente, escaneó la habitación en busca de su sable láser. Estaba descansando en su tocador al otro lado de la habitación. La mujer estaba sentada en una silla a los pies de la cama, pacientemente esperando a que él se despertara. ¿Sería capaz de utilizar la Fuerza para tirar del sable láser por la habitación hacia su mano antes de que ella pudiera reaccionar?

¿Y entonces qué? Ella ya te ha derrotado una vez.

Quizás esta vez pudiera sorprenderla. Cogerla con la guardia baja. Cuidadosamente empezó a reunir su poder.

—Pensé que eras más listo que eso, —dijo la mujer.

Set se quedó helado. *Vas a tener que salir de esta hablando. Hora de encender el encanto.*

Él abrió sus ojos y dio una risa fácil.

—No puedes culpar a un tío por intentarlo, —dijo él encogiéndose de hombros, sentándose en la cama.

Aún estaba vestido con las mismas ropas que había llevado a la fiesta.

—Fue una entrada bastante buena la que hiciste anoche, —dijo él.

—Hace tres noches, —le corrigió ella, devolviéndole a su sonrisa una mirada sin humor—. Estaba empezando a preguntarme su estarías atrapado en tus pesadillas para siempre.

Sus palabras hicieron que su mente momentáneamente volvieran a los terrores que aún estaba luchando por suprimir, y tembló involuntariamente.

—Conseguí encontrar una salida, —respondió él, su voz más funesta de lo que pretendía—. ¿Qué me hiciste? ¿Algún tipo de droga?

—Si eso es lo que realmente piensas, —dijo ella, su labio curvándose hacia arriba con desdén—, entonces estoy perdiendo el tiempo aquí.

Había una amenaza implícita en sus palabras, y los instintos de supervivencia de Set patearon en movimiento.

Ponte las pilas, Set. No quieres hacer enfadar a esta mujer.

—Brujería, —dijo tras un segundo de deliberación—. Dijiste que eras una Sith. Atacaste mi mente con algún tipo de hechizo.

Ella asintió, y Set vio que sus hombros se relajaban. Así que había estado al borde de asesinarle por su ignorancia.

—¿Eres la asesina que mató a Medd Tandar? —preguntó él, todavía tratando de reunirlo todo.

La mujer agitó su cabeza, los bucles rubios balanceándose ligeramente.

Ella es bastante atractiva… si dejas a un lado toda la cosa de la brujería Sith.

—Me seguiste aquí desde Doan, —supuso Set, desesperadamente buscando algún fragmento de información que pudiera utilizar. Si averiguaba tras lo que estaba ella, entonces tendría algo con lo que luchar—. Quieres los talismanes.

—Tienes razón a medias, —respondió ella—. Te seguí desde Doan, pero no estoy interesada en los talismanes.

Set no estaba acostumbrado a estar en desventaja. Si no la tenía, normalmente era lo suficientemente listo para encontrar una forma de obtenerla. Aquí, sin embargo, estaba completamente perdido en cuanto a los motivos y metas de la mujer. Y por lo tanto no tenía recursos salvo caer en la única cosa que odiaba más que todo: la total honestidad.

—No tengo ni idea en absoluto de lo que quieres de mí.

—Me llamo Darth Zannah, —explicó ella—, y estoy buscando a un aprendiz.

En cierto nivel, Set estaba incluso más confuso que antes. Pero parte de su mente —la parte que le había mantenido a un paso por delante de los Jedi durante los últimos diez años— se aferró a sus palabras. *Ahora sabes lo que quiere. Averigua una forma de utilizarlo.*

—¿Por qué estás buscando a un aprendiz? —preguntó cuidadosamente, alerta de airarla con su falta de entendimiento.

—Los Jedi creen que los Sith están extintos, —empezó ella—. Pero puedes ver claramente por mi presencia que los Jedi se equivocan. Los Sith aún existen, pero ahora sólo somos dos: un Maestro, y un aprendiz. Uno para encarnar el poder del lado oscuro, el otro para ansiarlo.

—Así que queréis aumentar vuestros números, —razonó Set—. Estáis buscando reclutas para unirse a vuestra causa y reconstruir los ejércitos Sith.

—Ese es el camino hacia el fracaso, —respondió Zannah—. La historia de los Sith ha demostrado que en los mayores números, los Sith siempre vuelven su odio el uno contra el otro. Es inevitable, es el camino del lado oscuro.

—La única forma de que podamos sobrevivir es siguiendo la Regla de Dos. Nuestros números nunca pueden crecer más allá de esto. El Maestro entrenará a su aprendiz en los caminos de los Sith, hasta que un día ella le desafíe. Si ella demuestra ser indigna, el Maestro la destruirá y escogerá un nuevo aprendiz. Si ella demuestra ser la más fuerte, el Maestro caerá y ella se convertirá en la nueva Lord Oscura de los Sith, y escogerá a un aprendiz para sí misma.

Set sintió que las cosas se estaban aclarando ahora.

—Tú eres la aprendiz. Crees que es hora de desafiar a tu Maestro. Y quieres que te ayude a derrotarle.

—¡No! —Soltó ella, haciendo que Set se revolviera en su cama—. Ese es el camino antiguo. Los seguidores inferiores unían sus habilidades inferiores para hacer caer a un líder fuerte, debilitando la Orden. Eso va contra todo lo que proclama la Regla de Dos.

—Si me voy a convertir en Lord Oscura de los Sith, debo probarme a mí misma enfrentando a mi Maestro sola. Si soy indigna, entonces caeré… pero la Orden permanecerá fuerte bajo su liderazgo.

—¿Lo entiendes?

Set lo entendía todo demasiado bien.

—La Regla de Dos garantiza que cada Maestro será más poderoso que el que iba antes. Sacrifica a los débiles. —*Bueno para los Sith en general, pero no tan bueno si eres tú al que van a sacrificar.*

Zannah podía haber estado dispuesta a sacrificarse por el bien mayor de la Orden Sith, pero Set no estaba preparado para hacer lo mismo. Por supuesto, era lo suficientemente listo como para no decirlo en voz alta.

En su lugar, preguntó:

—¿Qué te hizo escogerme?

—He estado buscando a un aprendiz algún tiempo ahora, —explicó Zannah—. Cuando me crucé en tu camino en Doan, sabía que era más que mera casualidad.

—Eres poderoso en la Fuerza, y has rechazado a los Jedi y a sus enseñanzas. Eres inteligente y lleno de recursos. Pero tu potencial está incompleto. No te has dedicado a ti mismo al lado oscuro. En tu búsqueda por los talismanes de los Sith antiguos eres como un niño jugando con sus juguetes.

—No tienes pensamientos sobre el futuro. No tienes ambición. Ni planes. Ni visión. Eso cambiará si aceptas ser mi aprendiz. Únete a mí y te mostraré tu destino.

—¿Mi destino?

—Durante miles de años los Jedi y los Sith han luchado una guerra sin fin los unos contra los otros. Los Jedi creen que la guerra ha acabado. Creen que los Sith han desaparecido. Pero todavía existimos en las sombras, planeando nuestra venganza.

Con paciencia y astucia, estamos sembrando las semillas de nuestra victoria definitiva. Generación tras generación nuestro poder e influencia crecerán hasta que un día destruyamos a los Jedi, y los Sith dominarán la galaxia.

Set no estaba interesado en dominar la galaxia. O en destruir a los Jedi. Sonaba a un montón de trabajo. *No es como que tengas un montón de opciones. Ella no va simplemente a dejarte marchar si te niegas*.

En voz alta, dijo:

—La Regla de Dos dictamina que sólo puede haber dos Sith, ¿así que cómo puedes tomarme como aprendiz si tu Maestro aún está vivo?

—Si aceptas mi oferta, me acompañarás mientras voy a enfrentarme a mi Maestro, —explicó Zannah—. Pero no debes interferir. Si él cae, entonces te tomaré como mi aprendiz.

—¿Qué me ocurre si fracasas? —se preguntó Set.

—Si yo muero, mi Maestro necesitará un nuevo aprendiz. Si te juzga digno, entonces me reemplazarás. Si no…

No hubo necesidad de que acabara el pensamiento.

Set no estaba loco por el trato, pero entendía la posición en la que estaba. Negarse, y ella le mataría. Aceptar, y había una buena probabilidad de que muriera de todos modos si Zannah demostraba ser más débil que su Maestro. E incluso si ella salía victoriosa, él volvería a la vida como un aprendiz… una vida de la que había estado ansioso de escapar mientras estaba con los Jedi.

Pero había una cosa que merecía la pena en la oferta de Zannah. Le había dado una mirada de lo que ella era capaz durante su batalla unilateral en su cuarto de estar. Podía merecer la pena un par de años de seguir órdenes y llamarla «Maestra» si podía aprender a comandar ese tipo de poder por sí mismo.

—Dijiste que podías ayudarme a alcanzar todo mi potencia. Enseñarme cómo desbloquear el auténtico poder del lado oscuro.

—Si me sigues, —prometió Zannah—, te volverás más poderoso de lo que jamás imaginaste.

* * *

Zannah podía percibir la reluctancia de Set Harth a convertirse en su aprendiz. Carecía del odio ardiente hacia los Jedi y lo que representaban; tenía poco interés en abrazar al gran destino de los Sith. Pero también era obvio que estaba tentado por sus promesas de poder individual.

Set sólo se preocupaba de sí mismo. Aceptaría su oferta sólo porque la veía como un medio para un fin, una forma de hacerse más fuerte. Zannah lo sabía, y estaba preparada para aceptarlo. Habría preferido encontrar a un aprendiz ansioso por aprender las filosofías Sith que Bane le había imbuido a ella, pero a falta de una opción mejor estaba dispuesta a trabajar con lo que tenía.

Ella entendía los riesgos, pero nada de importancia se había logrado nunca sin riesgos. Durante los primeros años de su entrenamiento, mantendría un ojo sobre Set. Estaría alerta por la traición y el engaño mientras poco a poco le expondría a las mayores verdades que Bane le había enseñado. Utilizaría su deseo por poder personal como el cebo para atraerle más y más profundamente hacia los caminos de los Sith.

En su momento, Set aceptaría las enseñanzas y filosofías como ella lo había hecho. Conforme su entendimiento del lado oscuro evolucionara, ganaría la visión de ver más allá de sus propias querencias y deseos insignificantes. Reconocería su necesidad de destruir a los Jedi y abrazaría el destino definitivo de los Sith.

Y si no lo hacía, entonces ella le destruiría y encontraría a otro para servirle.

Todo esto estaba corriendo por su mente mientras observaba al Jedi de pelo plateado frotándose el mentón, contemplando la posibilidad de convertirse en su aprendiz.

—Acepto, —dijo él al final—. Me siento honrado de que me hayas escogido.

—No, no lo haces, —dijo ella—. Pero algún día lo harás.

14

—**D**eberíamos tener picas de fuerza para este trabajo, —gruñó el Capitán Jedder—. Tienen dos veces el jugo de estos kriffidos rifles aturdidores.

—Las picas de fuerza pueden matar si no tienes cuidado, —le recordó la Cazadora, aunque sólo estaba prestando atención a medias a la conversación—. La princesa quiere que lo llevemos vivo. Además, nunca te acercarás lo suficiente como para utilizarlas.

Estaban dentro de la mansión de Sepp Omek, aunque la Cazadora dudaba que ese fuera el nombre real del hombre. No es que importara. Ella no necesitaba un nombre para rastrearlo aquí, al estado en Ciutric IV. El Lord Sith había cubierto su rastro bien, ocultando su auténtica identidad bajo capas de seres medios e intermediarios y haciendo virtualmente imposible para cualquiera conectarle a los eventos en Ambria a través de métodos normales. Pero todas sus preparaciones cuidadosas no podían protegerle contra los poderes únicos de la iktotchi. Guiada por las imágenes en sus sueños y sus instintos infalibles, la Cazadora había encontrado a su presa, como siempre lo hacía.

—¿Cuánto falta para que llegue aquí? —quiso saber el Capitán Jedder.

—Pronto, —respondió ella—. Dile a tu equipo que se ponga en posición.

Sus visiones le habían mostrado que la casa estaría vacía cuando ellos llegaran, al igual que le habían mostrado que el dueño volvería esa misma noche.

—¿Puedes ser más específica? —Preguntó Jedder—. ¿Veinte minutos? ¿Una hora? ¿Dos?

—No funciona así, —murmuró ella ausente, sus ojos captando localizaciones para que ellos prepararan su trampa.

Ella ya había explorado el estado al detalle, adaptando cada habitación a su memoria mientras iba a través y deshabilitaba cada alarma y sistema anti-intrusos en el terreno. Había incluso conseguido piratear el panel de seguridad en el pequeño edificio en la parte trasera de los terrenos. Al principio, había pensado que sería algún tipo de arsenal o búnker de armas, pero una vez que consiguió abrir la puerta se dio cuenta de que era una biblioteca. En lugar de paneles de datos u holodiscos, sin embargo, las estanterías crujían bajo el peso de libros antiguos encuadernados en cuero y pergaminos amarillentos.

Sin embargo, había algo más dentro del edificio que le había hecho detenerse. Descansando en un pedestal cerca de la parte trasera de la biblioteca había una pequeña pirámide de cristal de cuatro caras. La Cazadora no tenía necesidad de robar de sus víctimas; había ignorado las invaluables obras de arte y otros objetos de valor dispersos por la mansión. Pero había algo extrañamente atrayente en esta pieza. Insegura de lo que pudiera ser, se había sentido de algún modo atraída a ella, y se la había deslizado en uno de los bolsillos de debajo de su túnica antes de continuar su investigación de los terrenos.

Una vez que acabó, señaló a Jedder y a los otros que era seguro entrar y empezar sus preparativos.

—¿Algo va mal? —preguntó el capitán.

—No, —respondió ella, molesta consigo misma por distraerse—. Sólo buscaba sitios para situar a tu equipo.

Este trabajo era distinto a ninguno que la Cazadora hubiera tomado antes. No era simplemente por los mercenarios con los que estaba trabajando, o el hecho de que se suponía que tuviera que tomar a su víctima con vida. Desde que visitara el pequeño campamento de Ambria, el hombre alto, calvo y la mujer rubia habían embrujado sus sueño. Algo de lo que había visto le había ayudado a llevarla aquí a Ciutric, pero había otras imágenes también: visiones desconcertantes, perturbadoras que había sido incapaz de descifrar.

Había sido testigo de docenas de batallas entre el par. Había observado al hombre matar a la mujer, aún así, también había visto a la mujer matar al hombre. Entendía que eran visiones del futuro, cada una una posible realidad que podía o no llegar a pasar. Normalmente cuando captaba vistazos del futuro, sin embargo, había un propósito o significado tras ellas. Las visiones le ayudarían y guiarían sus acciones. Aún así, este collage de imágenes aparentemente aleatorio no hacía nada salvo confundirle, y por lo tanto había hecho lo que podía para ignorarlas y concentrarse en el trabajo para el que había sido contratada.

La princesa le había ofrecido veinte mercenarios bien entrenados para el trabajo, y había sido fiel a su palabra: doce hombres y ocho mujeres, todos con experiencia militar previa, habían acompañado a la Cazadora al mundo.

Ella también había mandado al Capitán Jedder, un miembro sénior de la Guardia Real de Doan. Las casas nobles de Doan tenían una larga historia de complementar sus números con soldados contratados para misiones particularmente peligrosas, y Jedder había escogido a este equipo en particular de los equipos con los que había trabajado en el pasado.

Técnicamente, los mercenarios respondían ante Jedder, aunque él, a su vez, respondía a la Cazadora. Eso estaba bien para ella. Los mercenarios eran famosos por cortar y correr si las cosas salían mal en un trabajo, pero si habían trabajado con el capitán en el pasado era más probable que se ciñeran al plan de batalla hasta el final.

La entrada delantera a la mansión era abierta y espaciosa. La puerta se abrió en un gran vestíbulo, que fluía hacia una sala de estar descomunal amueblada con dos sofás y una gran mesa de cristal. Una escalera en espiral estaba en un lateral, curvándose hasta un balcón que sobrevolaba la sala de estar.

—Deberíamos tratar de cogerle aquí, cuando entre en un principio, —dijo ella—. Percibirá que algo va mal al instante, así que necesitamos golpearle rápido.

—Preparad un par de detonadores sónicos a cada lado de la puerta, —dijo Jedder por su radio. Al instante dos de los soldados corrieron para cumplir sus órdenes.

—Luché contra los Sith, ya sabes, —le dijo Jedder mientras la Cazadora se giraba lentamente en el lugar, explorando el resto de la habitación—. Hace veinte años. Durante la guerra. Era poco más que un crío.

—Eso es probablemente por lo que la princesa te mandó, —respondió ausente la iktotchi.

—Me sorprende que no mandara a Lucia con nosotros, —señaló Jedder—. Ella luchó para los Sith durante la guerra. Probablemente conozca sus tácticas mejor que nadie.

Ella se preocupa por Lucia, pensó la Cazadora. *Sabe lo peligrosa que será esta misión. Ella no es prescindible como el resto de nosotros.*

En voz alta le dijo:

—Posiciona a dos de tu equipo con los rifles aturdidores en ese balcón sobre las escaleras. Eso les dará un tiro limpio hasta el vestíbulo.

—Ojalá tuviéramos pistolas de carbonita, —lamentó Jedder—. Para congelarlo en sólido.

La Cazadora ya había considerado y descartado esa idea.

—El mismo problema que con las picas de fuerza. Tienes que acercarte demasiado para que sean efectivas. Y la carbonita sólo le congelará durante un par de minutos. ¿Qué se supone que hagamos cuando se descongele?

—Las pistolas enredadoras no son mucho mejores, —contraatacó él—. Un sable láser cortará la red como si estuviera hecha de flimsi.

—No son para retenerle, —explicó la iktotchi—. Sólo tienen que ralentizarle lo suficiente para que yo le administre el senflax.

Ella alzó una espada larga, fina para ilustrar su punto. El filo estaba empapado por la potente neurotoxina. De acuerdo a la princesa, cualquier herida lo suficientemente profunda para sacar sangre haría que el veneno entrara en su sistema.

—Después de que la toxina haya sido introducida, tendremos que mantener la presión, —recordó al capitán—. Si le damos siquiera una ocasión de respirar, reconocerá que la droga está en su sistema. Podría tener alguna forma de contraatacarla con la Fuerza.

—¿Cuánto tiempo desde que le cortes hasta que esa cosa empiece a hacer efecto?

—Treinta, quizás cuarenta segundos. —*Suponiendo que Serra sepa de lo que está hablando*.

—Eso es mucho tiempo para un puñado de soldados mano a mano contra un Sith.

No había realmente nada que pudiera decir para reconfortarle, así que no se molestó con una respuesta.

—Asegúrate de que tu unidad recuerda que este es un ataque en dos fases, —le dijo ella—. La primera fase necesita distraerle lo suficiente para darme una apertura. Después de eso, darle con todo lo que tengamos.

—¿De verdad puedes ver el futuro? —preguntó el capitán tras pasar sus instrucciones al equipo.

—A veces. El futuro siempre está en movimiento. No siempre está claro.

—¿Vamos a salir de esta vivos?

—Alguno de nosotros puede, —respondió ella, sin mencionar la visión que había tenido del cuerpo roto de Jedder tumbado sin vida en el suelo de mármol de la mansión.

* * *

Cuando Bane volvió a Ciutric, se sorprendió de encontrar que la nave de Zannah aún estaba fuera, pero agradeció que no estuviera esperándole de vuelta en la mansión. No estaba en forma para luchar con ella ahora; estaba incluso demasiado cansado como para saltar con una mentira para explicar su ausencia sin levantar sospechas. Aún así, mientras su speeder aéreo se aproximaba a su mansión en el horizonte, él sabía que incluso si Zannah hubiera estado esperándole, su viaje aún habría merecido la pena. El conocimiento de Andeddu era suyo ahora; durante los últimos días su cerebro había procesado la información cruda que había robado hasta el punto de la total comprensión. Entendía por completo el ritual de la transferencia de esencias; había aprendido las técnicas que le permitirían mover su consciencia de su propio cuerpo flaqueante a otro. Simplemente necesitaba seleccionar a una víctima apropiada.

Encontrar un nuevo cuerpo que habitar era la parte más difícil del ritual. Necesitaba a alguien lo suficientemente fuerte físicamente para soportar las enormes cantidades de energía del lado oscuro a las que pudiera recurrir durante los siguientes años, pero al mismo tiempo necesitaba a alguien lo suficientemente vulnerable mentalmente como para que él se sobrepusiera a su voluntad. El mejor candidato sería un cuerpo clon de ingeniería, un cascarón vacío sin pensamiento ni identidad propias. Pero crear un clon apropiado llevaría años, y Bane no estaba convencido de que tuviera tanto tiempo.

Tendría que tratar de poseer el cuerpo de una víctima con vida… un curso de acción muy peligroso. Sólo tendría una oportunidad: sin importar el resultado, su propio cuerpo sería destruido en el proceso. Y si su objetivo poseía una voluntad lo suficientemente fuerte como para resistir su asalto, el intento fracasaría, desvaneciendo su espíritu en el vacío para toda la eternidad.

Llevó su speeder aéreo para aterrizar y trepó desde el vehículo, deteniéndose sólo para agarrar su pack de viaje, una simple mochila de lona con el Holocrón amarrado de forma segura en el interior. Con pasos lentos, pesados, se aproximó a la puerta delantera de la mansión.

Tiene que ser alguien joven. Por debajo de los treinta.

Abrió la puerta y caminó al interior, dejando que se balanceara hasta cerrarse tras él.

Ingenuo y sin experiencia. Quizás…

Él se quedó helado. Había alguien más en la mansión. Podía percibir a los intrusos por todas partes: escondidos tras las esquinas en los pasillos, agachados en las escaleras, ocultos tras los muebles, subidos al balcón de arriba.

Todo esto resplandeció por la mente de Bane en menos de una décima de segundo, justo el tiempo suficiente para registrarlo antes de que los detonadores sónicos a cada lado de él explotaran.

El chirrido rompedor de oídos hizo tambalearse a Bane, haciendo que se tambaleara hacia delante en la habitación y se alejara de la puerta y su posible escape. Sus manos

instintivamente se lanzaron hacia arriba y se agarraron las orejas, su pack de viaje cayendo al suelo. Y entonces el enemigo cayó sobre él.

Ellos cayeron como un enjambre de insectos, irrumpiendo a la vista desde cada lado. Cuatro soldados armados con rifles aturdidores mandaron una barrera de rayos lloviendo desde el balcón; Bane —aún retrocediendo por los detonadores sónicos— apenas tuvo tiempo suficiente de alzar una barrera protectora para escudarse del asalto.

Mientras lo hacía, sintió algo luchando contra él. Algún poder estaba tratando de bloquear su habilidad de llamar a la Fuerza para escudarse. No era lo suficientemente fuerte como para detenerle, pero amainaba sus esfuerzos lo suficiente como para que un parpadeo de energía pasara a través de la barrera.

Sus músculos se contrajeron mientras le golpeaba; su espalda se arqueó y sus brazos y cabeza fueron lanzados hacia atrás. Cada nervio en el cuerpo de Bane encendido como si estuviera en llamas. El dolor duró sólo un instante, pero fue suficiente como para golpearle al suelo en un montón.

Él no se quedó abajo, sin embargo. Saltó de vuelta sobre sus pies, simultáneamente empuñando su sable láser con su mano derecha mientras mandaba una explosión de relámpagos fuera de las puntas de los dedos de su izquierda. Los rayos violeta deberían haber incinerado a los cuatro objetivos del balcón, aún así, de nuevo, el extraño poder interfiriendo con su habilidad de atraer la Fuerza amainó sus esfuerzos.

Tres de sus víctimas fueron electrocutadas, muriendo antes de que siquiera tuvieran ocasión de gritar. La cuarta, sin embargo, consiguió lanzarse hacia atrás desde el borde del balcón, evadiendo el ataque mortal.

Bane nunca tuvo oportunidad de acabar con ella. Un par de soldados salieron de un pasillo a la izquierda, y tres más aparecieron desde el pasillo a la derecha. Abrieron fuego con pistolas enredadoras, mandando largos arroyos de red pegajosa, sintética.

Los soldados eran listos; coordinaban sus esfuerzos. Dos dispararon a sus pies, buscando pegarle al suelo. Los otros apuntaron al pecho y al torso, buscando anclar sus brazos a sus laterales con las cuerdas viscosas. Pero Bane no iba a dejarse inmovilizar.

Saltando, se agarró a la lámpara que colgaba del techo, sosteniéndose con su mano libre. Balanceando sus piernas para lograr impulso, se lanzó sobre la barandilla y hasta el balcón, dándole la ventaja de una posición elevada.

Bajó con un golpe pesado, el inexplicable poder que aún impedía su conexión con la Fuerza robándole un aterrizaje grácil. Los cuerpos de los tres soldados muertos estaban esparcidos a su alrededor. A su derecha, estaban las escaleras que bajaban hasta el vestíbulo; justo delante había un largo pasillo que llevaba a otra ala de la mansión.

Una mujer iktotchi estaba al otro extremo del pasillo, un cuchillo largo, fino en cada mano. Ella sonrió a Bane, y en ese momento supo quién estaba interfiriendo con su habilidad de usar la Fuerza.

Ella rompió a correr, cargando por el pasillo hacia él. Bane cayó agachado para luchar, para enfrentar su ataque, sabiendo que sus cuchillos no eran rival para su sable

láser. Fue solo entonces cuando se percató de las granadas cegadoras que estaban en los cuerpos muertos a sus pies

Explotaron con una explosión de luz intensa y humo químico que cegó a Bane. Desorientado, cayó hacia atrás contra la barandilla del balcón. Un instante más tarde sintió la suela de las botas de la iktotchi golpearle con fuerza en el pecho, mandándole tambaleándose hacia atrás sobre el pasamanos del suelo de mármol cuatro metros más abajo.

Golpeó el suelo lo suficientemente fuerte como para hacerle perder el aliento, dejándole jadeando por aire. El impacto lanzó su sable láser fuera de su agarre, mandándolo patinando por el suelo. Un instante más tarde su forma bocabajo estaba envuelta por la red de las pistolas enredadoras, anclándolo al suelo.

Ciego e inmovilizado, la furia de Darth Bane le salvó. Años de entrenamiento le permitieron concentrar todo su dolor e ira en un único instante, atrayéndola de forma que pudiera liberar todo el poder del lado oscuro. Una vez más, sintió la barrera de la iktotchi oponiéndose a sus esfuerzos, pero esta vez él la atravesó como si ni siquiera estuviera ahí.

Por un momento era como si el mundo a su alrededor se hubiera quedado helado. Aunque sus ojos aún estaban sufriendo los efectos de la granada cegadora, la Fuerza corriendo por su cuerpo le dio una consciencia sobrenatural de sus alrededores, la escena fue grabada en su cerebro con un exquisito detalle.

Los soldados estaban dispersos por el vestíbulo, arrastrándose para tomar nuevas posiciones en preparación para la siguiente fase de la batalla. Estaban bien entrenados, pero él podía aún percibir su miedo: sabían que la lucha estaba lejos de acabar. La iktotchi había saltado por la barandilla en su persecución. Colgó posada en el aire sobre él, sus espadas gemelas sostenidas a cada lado mientras se preparaba para aterrizar. Bane incluso podía verse a sí mismo tumbado en el suelo, enterrado bajo una sábana densa y húmeda de adhesivo químico rápidamente secándose.

El cuadro congelado duró sólo una fracción de instante, pero le dijo al Lord Oscuro todo lo que necesitaba saber. Y entonces el instante pasó, y todo se convirtió en un borrón de movimiento de nuevo.

La iktotchi aterrizó justo mientras Bane liberaba una oleada de electricidad crepitante que abrasó la red de las pistolas enredadoras. Ella cayó sobre una rodilla y trató de apuñalar sus cuchillos en él mientras estaba tumbado en el suelo, pero a través de la Fuerza Bane la vio venir. Consiguió rodar a un lado, escapando con sólo un corte largo, profundo en uno de sus antebrazos mientras reptaba de vuelta en pie.

En respuesta a su llamada, su sable láser voló desde el suelo hacia su mano esperando, pero la iktotchi ya estaba retirándose. Ahora que ya no estaba indefenso, estaba ansiosa por volver atrás y dejar que los otros entraran.

Varias granadas cegadoras más explotaron a su alrededor, pero Bane no estaba afectado; ya no estaba confiando en su vista física para guiarle. Arroyos frescos de redes se arqueaban por la habitación hacia él, pero esta vez los incineró mientras estaban aún en el aire. Media docena de granadas de conmoción fueron arrojadas desde cada lado y

claquetearon en el suelo a sus pies. Mientras explotaban, Bane simplemente se envolvió en la Fuerza, creando un capullo protector que absorbió el impacto y le dejó quedándose completamente sin daños.

Dos hombres salieron de detrás de un sofá cercano y le dispararon de cerca con sus armas aturdidoras. Bane golpeó los rayos que llegaban lejos con su sable láser, entonces lanzó hacia fuera una mano para lanzar al sofá golpeando directamente de vuelta contra la pared, aplastando a los hombres que lo habían estado utilizando de cobertura.

Entonces se puso en movimiento, haciendo caer a dos de los soldados que llevaban pistolas enredadoras. Los cortó a ambos por la mitad horizontalmente con un único golpe de su sable láser, grabando una línea perfecta justo por encima de sus cinturones. Otra oleada de rayos aturdidores llegó demasiado tarde como para salvarles; Bane ya se había ido.

Una única voltereta y estaba de nuevo en el balcón, cara a cara con la iktotchi.

—No puedes escapar, —le dijo él.

—No lo estaba intentando, —siseó de vuelta, lanzándose hacia delante con sus cuchillos.

Era más rápida de lo que Bane esperaba, llegando por lo bajo y rápido. No tuvo tiempo de simplemente aplastarla; en su lugar tuvo que girar fuera del camino.

Trató de tomar uno de sus brazos con su sable láser en un contragolpe mientras ella se deslizaba pasándole, pero la iktotchi anticipó su movimiento y consiguió contorsionar su cuerpo de forma que su espada no cogió nada salvo aire.

Habían intercambiado posiciones desde su primer enfrentamiento; ella era ahora la que estaba con la espalda hacia la barandilla del balcón. Bane empujó con la Fuerza, el impacto mandándola rodando sobre la barandilla como su patada le había hecho a él hacía menos de un minuto.

De algún modo la iktotchi consiguió girar en el aire de forma que aterrizó en pie. Debido a esto, fue capaz de saltar a salvo cuando Bane mandó una explosión de rayos rodando hacia ella. En lugar de su cuerpo chamuscado, dejó sólo un círculo humeante en el suelo.

Los soldados estaban disparándole con sus pistolas aturdidoras desde la escalera. Bane ni se molestó en devolverles los golpes; simplemente esquivó sus ataques saltando sobre la barandilla y cayendo abajo hasta el suelo. Los soldados no eran nada para él; era la iktotchi en la que estaba interesado ahora. Ella era la única oponente que representaba alguna amenaza real. Eliminándola podría tratar con los soldados a placer.

Aterrizó en el suelo agachado, absorbiendo el impacto. Y entonces todo se volvió negro.

* * *

La Cazadora no podía decir cuánto había pasado desde que había marcado con su hoja bañada en senflax la carne del antebrazo del Lord Sith, pero la neurotoxina tenía que hacer efecto pronto.

Jedder estaba muerto, aplastado contra la pared por un trozo de mueble que había salido volando. Al menos otros cinco soldados habían caído ya, también. El Lord Sith estaba centrando sus esfuerzos en ella.

La iktotchi sabía que no podía derrotarle. Era demasiado fuerte. Los trucos que había utilizado contra el Jedi le habían ralentizado al principio, pero ahora no tenían ningún efecto en absoluto. El senflax era su única esperanza de sobrevivir.

Ella vio al Sith saltando desde el balcón, yendo hacia ella. Golpeó el suelo, se giró hacia ella, y colapsó. El hombre grande yacía sobre su lateral, los ojos abiertos y pareciendo mirar directamente hacia ella. Las pupilas estaban inyectadas en sangre por los químicos de las granadas cegadoras.

La Cazadora esperó hasta que parpadeó. Entonces, al no ver otra señal de movimiento, alzó su mano y gritó:

—¡Cesad el fuego! ¡Cesad el fuego!

Ella pensó brevemente que su parálisis podía ser un truco, entonces descartó el pensamiento. El Sith no necesitaba el subterfugio para ganar la batalla; era obvio que les tenía superados. La única explicación era que la droga de Serra había finalmente hecho su magia. De acuerdo a las instrucciones que le habían dado, tenían cuatro horas antes de que necesitaran administrarle la siguiente dosis.

Con Jedder muerto, los soldados contratados estaban mirándola, esperando sus siguientes órdenes. La Cazadora cerró sus ojos y se extendió con su mente, buscando guía. Alguien más estaba viniendo: la mujer rubia del campamento de Ambria.

—Vosotros tres id a traer los speeders aéreos al frente de la casa, —ladró la Cazadora—. El resto de vosotros reunid los cuerpos. No dejéis nada atrás que pueda vincular esto con la princesa.

Los supervivientes se apuraron en seguir sus órdenes.

Ella no se molestó en decirles que se dieran prisa; ellos ya estaban moviéndose tan rápido como podían, ansiosos por salir de este lugar donde tantos de sus camaradas habían caído.

En un impulso, ella se dobló y recuperó el sable láser ahora apagado de donde yacía en el suelo junto al Sith caído. Ella giró la empuñadura curvada, inspeccionándola con cuidado.

Ella encendió el arma y se sorprendió por su ligereza.

—¿Qué hay de esto? —preguntó uno de los soldados, sosteniendo la mochila de lona que el Sith había soltado en los primeros segundos del ataque.

—Llevadlo con nosotros, —dijo ella ausente, sin molestarse en mirar—. Dádselo a la princesa.

Obsesionada con su nuevo juguete, hizo un par de balanceos lentos, experimentales con el arma poco familiar antes de apagarla y ocultarla en uno de los bolsillos de dentro

de su túnica, justo como había hecho con la extraña pirámide de cristal de la biblioteca antes.

Cinco minutos después, tenían al prisionero y a sus bajas en la parte trasera de los speeders, y estaban dirigiéndose a la lanzadera que debía llevarles de vuelta a Doan.

15

Mientras Zannah llevaba el *Victoria* a tocar tierra en su hangar designado en el puerto estelar de Ciutric IV, sintió una sensación repentina de intranquilidad.

—¿Algo va mal? —preguntó Set desde el asiento de pasajeros, captando su incomodidad.

Estoy a punto de desafiar a mi Maestro en una batalla a muerte, y aún no estoy segura de si cometí un error al escogerte como mi aprendiz.

—No es nada.

Set se encogió de hombros. Estaba sentado en su silla reclinada, sus piernas estiradas, y sus pies descansando en el borde. Si estaba sintiendo ansiedad, estaba bien enmascarada.

Con la nave en tierra, Zannah apagó los motores. No podía quitarse la sensación de que algo estaba yendo muy mal, pero había llegado demasiado lejos como para dar la vuelta ahora.

¿Esto es una premonición de mi propia muerte? ¿Acabará Bane con mi vida esta noche?

—¿Ahora qué? —preguntó Set, sentándose y balanceando sus piernas hacia el suelo.

Cuando él había aceptado por primera vez la oferta de Zannah, ella había percibido una clara reluctancia en él. Durante el curso del viaje a Ciutric, sin embargo, parecía haberle cogido gusto a la idea. Ahora parecía casi ansioso… aunque Zannah estaba al tanto de que todo esto podía ser una actuación.

—Cuando lleguemos al estado necesitas quedarte fuera, —dijo ella en voz alta—. A mi Maestro no le gustan las visitas indeseadas.

—Me ocultaré en los arbustos como un pequeño cachorrito de Kath asustado, —prometió él.

—Esto no es un juego, —le advirtió ella.

—Todo es un juego, —respondió él—. Este simplemente es uno que no puedes permitirte perder.

—Si pierdo, podrías acabar muerto, también.

—O podría acabar como el nuevo aprendiz de tu Maestro, —contraatacó con una sonrisa taimada.

—No lo encontrarás ni de cerca tan tolerante a tu impertinencia.

—Entonces de verdad espero que ganes. ¿Eso es todo, Maestra?

Cuando Zannah asintió, Set se levantó de su asiento y ejecutó una profunda reverencia, su cabeza hundiéndose tan bajo que su pelo se volcó hacia delante para colgar como una cortina plateada cubriendo su cabeza y cara.

—Lidera y yo seguiré, —ofreció él, aunque había algo casi burlón en su tono.

Ella no pudo evitar preguntarse qué habría hecho Bane en respuesta al comportamiento irreverente de Set. Las consecuencias sin duda habrían sido duras. Zannah, sin embargo, se conformaba con dejar que el Jedi Oscuro se divirtiera. Ella había

herido su ego, humillándole al superarle tan fácilmente durante su enfrentamiento. Era importante dejarle recuperar su confianza. Y si sus bromas le hacían más fácil aceptar su rol como aprendiz, estaba dispuesta a tolerarlas… hasta cierto punto.

Set entendía todo esto, por supuesto. Ella sabía que él la estaba presionando, probando los límites y fronteras de su relación. Al mismo tiempo, Zannah había estado probándole. Hasta entonces, había sido lo suficientemente listo como para saber dónde trazar la línea.

Dejando sus bolsas en la nave, Zannah y Set se abrieron paso desde el hangar hasta el pequeño edificio de aduanas enfrente del puerto estelar. Chet, el joven oficial de aduanas que había hablado con ella la última vez que dejó Ciutric, estaba de servicio de nuevo.

—Buenas noches, Señora Omek, —dijo él con una inclinación de su cabeza—. Haré que alguien le traiga su speeder.

—Gracias, Chet.

—¿Quiere que mande a alguien a por sus bolsas?

—Las recogeré por la mañana. —*Si aún estoy viva.*

—¿No vas a presentarme a tu amigo? —metió baza Set.

Zannah le silenció con una mirada.

Chet obviamente captó el intercambio, pero lo que entendió de él Zannah no estaba segura. Un par de segundos de silencio pasaron antes de que el oficial de aduanas dijera:

—¿Puedo hablar con usted a solas un momento, Señora Omek?

Curiosa, Zannah hizo un gesto con la cabeza a Set, que se giró y se alejó caminando en la otra dirección, pareciendo medianamente ofendido.

—Hemos tenido una nave no registrada entrando en la atmósfera hace un par de horas, —susurró Chet una vez que Set estaba fuera del alcance—. Tocó tierra en la jungla a cien kilómetros al este del puerto estelar.

Raro, pensó Zannah.

Ciutric IV estaba localizado en el nexo de varias rutas de comercio clave, pero las tarifas y tasas cobradas por las estaciones de aduanas eran mínimas. Ningún mercader legítimo correría el riesgo de aterrizar en una jungla salvaje sólo por evitar algo de papeleo y ahorrarse un puñado de créditos. Y no había ninguna operación de contrabando activa en la región; si las hubiera, ella y Bane habrían sabido de ellas.

—¿Alguna idea de quiénes eran?

Chet se encogió de hombros.

—Aterrizaron fuera de nuestra jurisdicción, y no mandaron una baliza de emergencia, así que nadie se molestó en mandar una patrulla a investigar.

Ella no estaba sorprendida por la falta de urgencia oficial generada por el navío no registrado. Ciutric era un mundo generalmente respetuoso con las leyes; como resultado, la seguridad planetaria era de algún modo laxa. Era uno de los motivos por los que Bane había elegido residir aquí.

Sin embargo, ella estaba intrigada. ¿Tenía la nave algo que ver con la intranquilidad que sintió al aterrizar?

—¿Dijiste que tocaron tierra al este? —*Nuestro estado está al borde este de la ciudad.*

—Sí. Se mostraron en los sensores un par de horas antes de que su hermano regresara.

—¿Mi hermano?

—Oh, —dijo Chet, ligeramente sorprendido—. Supuse que lo sabía. Salió el día después que usted. Acaba de volver esta noche.

—¿Alguna idea de adónde fue?

El oficial de aduanas agitó su cabeza.

—Lo siento.

La mente de Zannah estaba dando vueltas con miles de posibilidades mientras el aparcacoches llegaba con su speeder. Bane casi nunca abandonaba Ciutric. Si tenía negocios, la gente iba a él… o mandaba a Zannah. Algo tenía que haber ocurrido que era demasiado importante como para esperar a que ella volviera. O eso, o tenía asuntos que quería tratar en persona. Y si ese era el caso, ¿era posible que la hubiera mandado a Doan para librarse de ella temporalmente?

Ella sólo podía pensar en un motivo por el que Bane habría querido mantener en secreto su viaje: ¡estaba buscando a alguien para reemplazarla!

—¿Problemas? —preguntó Set, caminando para ver qué estaba pasando.

—Está bien, —respondió Zannah, sin querer revelar su aprensión a ninguno de los hombres.

Ella subió al speeder y señaló con la cabeza a Set para que hiciera lo mismo.

—Gracias por ponerme al día, Chet.

Mientras el speeder rugía al encenderse y tomaba el aire, ella empezó a considerar sus opciones. Si Bane estaba solo, le desafiaría como tenía planeado. Sin embargo, si Bane había encontrado a alguien más para que se convirtiera en su heredero las cosas serían más complicadas.

Si Bane la había hecho a un lado, ¿la Regla de Dos aún se aplicaba a ella? ¿O Bane y su nuevo aprendiz combinarían sus fuerzas para derrotarla como a un enemigo de los Sith? Si eso ocurría, no sería capaz de sobrevivir sola.

Si las cosas iban mal, ella realmente no sabía si el Jedi Oscuro sentado a su lado iría en su ayuda, pero no tenía ninguna otra opción real. Ella había decidido enfrentarse a Bane esta noche, y no iba a dar media vuelta ahora. Había esperado demasiado este momento, lo había aplazado demasiadas veces antes.

—Ponte en guardia cuando aterricemos, —advirtió a Set.

—Siempre estoy en guardia, —le aseguró él.

La aprensión de Zannah continuó amontonándose mientras se aproximaba al estado, pero mientras se acercaba más se dio cuenta de que no podía percibir la presencia de su Maestro. Confusa, ella llevó el speeder a aterrizar y vio que la puerta frontal estaba abierta ampliamente.

—Espera aquí, —ordenó a Set.

Con una mano en la empuñadura de su sable láser, se aproximó a la puerta abierta con cuidado y miró dentro. A un primer vistazo el daño era casi más del que podía comprender. El yeso en las paredes estaba agrietado y quemado en al menos una docena de sitios; los suelos de mármol estaban arañados y calcinados. Hebras pegajosas de redes sintéticas y copos de ceniza por todas partes.

Cada trozo de mueble que podía ver estaba o aplastado o volcado. Cuidadosamente, se abrió paso escaleras arriba, todavía alerta pese a no percibir a nadie más en el edificio.

Una inspección rápida de las diversas habitaciones le aseguró que no había ningún peligro inmediato, y ella envainó su sable láser. Parecía como si la mayor parte del daño hubiera sido confinado en el vestíbulo y en la sala de estar justo a la entrada de la mansión. Si había respuestas que encontrar, lo más probable era que las encontrara allí.

Cuando volvió a la parte frontal de la mansión, no se sorprendió de ver que Set había desobedecido sus órdenes. Estaba sentado en una silla que había sobrevivido relativamente ilesa, sus piernas cruzadas y un vaso de vino en su mano, esperando casualmente a que ella llegara. Una botella recién abierta estaba ante él en el suelo.

—Tu Maestro tiene un gusto excelente, —dijo él, levantando el vaso y haciendo un brindis hacia el huésped ausente.

Estaba claro por las evidencias que alguien había atacado a Bane en la mansión, y sólo era lógico suponer que debían haber estado en la nave. Quienes eran y por qué habían venido, sin embargo, eran aún misterios que ella no podía resolver.

—Te dije que esperaras en el speeder, —dijo ella, bajando las escaleras y cerrando la puerta de la mansión.

—Estaba aburrido, —respondió encogiéndose de hombros, tomando otro sorbo de vino antes de cambiar de tema—. Parece que ese enfrentamiento que esperabas no va a ocurrir después de todo. Supongo que eres la nueva Maestra Sith por defecto.

—No funciona así, —murmuró Zannah—. Además, Darth Bane aún está vivo. Si estuviera muerto lo habría sentido.

—De algún modo temí que dirías eso, —dijo él, doblándose hacia delante para agarrar la botella de vino y rellenar su vaso vacío—. ¿Alguna idea de quién podría haber hecho esto?

—Ninguno de nuestros enemigos siquiera saben que los Sith aún existen, —le recordó Zannah.

—Tengo el presentimiento de que hay algo que no me estás contando, —señaló Set. Un segundo después añadió—, Maestra.

—Bane acaba de llegar a Ciutric esta noche. —No vio ningún motivo para no contarle lo que había averiguado—. Y Chet me dijo que una nave no identificada tocó tierra cerca del estado poco tiempo antes de que llegara.

—¿Crees que los dos están relacionados?

—No creo en las coincidencias, —respondió ella. Tras un momento decidió ser clara con Set—. Creo que Bane me podría haber mandado a Doan sólo para mantenerme fuera

del camino un tiempo. Creo que realmente estaba interesado en algo completamente no relacionado con eso.

—No estés tan segura, —respondió Set, alzando lo que parecía ser un pequeño botón azul.

—¿Dónde encontraste eso?

—Incrustado entre los restos de lo que solía ser un sofá por allí en la esquina, —respondió él, lanzándoselo a ella.

Ella extendió una mano, fácilmente atrapándolo en el aire. Una salpicadura de sangre seca estaba marcada por la superficie, parcialmente obscureciendo la insignia dorada.

—Ese es el símbolo de la Casa Real de Doan, —le dijo Set mientras estudiaba el botón.

—¿Doan? —Zannah estaba más confusa que nunca—. ¿Por qué alguien de Doan vendría aquí? ¿Cómo nos encontrarían siquiera?

Set se encogió de hombros.

—Tú eres la Maestra. Dímelo tú.

Zannah no respondió de inmediato. Mordiéndose el labio inferior, analizó la situación cuidadosamente, examinándola desde cada ángulo. Aún habían demasiadas incógnitas para que ella trazara un plan perfecto, pero sabía lo que tenía que hacerse.

—Necesitamos ir a Doan.

—Aguarda un segundo, —protestó Set, alzando las manos—. ¿Estás segura de que quieres hacer eso? Quiero decir, incluso si tu Maestro aún está vivo a mí me parece que probablemente es un prisionero.

—Sí… un prisionero en Doan.

—¿Entonces, qué? ¿Vamos a rescatarle para que puedas tratar de matarle tú misma?

Eso estaría de acuerdo a la Regla de Dos, pensó Zannah. Pero había otros motivos, más prácticos, para ir.

—Mi Maestro es listo, poderoso, y astuto. Es demasiado peligroso como para ignorarlo. Si están manteniéndolo prisionero, podría encontrar una forma de escapar. Si lo hace, vendrá detrás de mí… pero será en un momento y lugar de su elección, no mía.

Incluso si nunca escapa, es probable que quien sea que le tiene le interrogue por información. Podría revelar algo que exponga mi existencia a los Jedi… o a algún otro enemigo. No estoy dispuesta a correr ese riesgo.

Además, quiero saber quién le atacó, y por qué. Y si le capturaron, quiero saber cómo lo hicieron. ¿Qué tácticas utilizaron para hacer caer a tal formidable oponente, y cómo asegurarme de que nunca me ocurre a mí?

—¿Así que todo esto es por atar cabos sueltos?

Ella escuchó reluctancia en su voz, la misma reluctancia que había percibido cuando en primer lugar le ofreció tomarle como su aprendiz. Set había pasado mucha parte de su vida huyendo de los problemas en lugar de solucionarlos. Ella sabía que era más probable que evitara a sus enemigos a que buscara una forma de destruirlos. En su tiempo, ella le curaría de esto. Como su Maestra, le enseñaría los caminos de los Sith.

Por ahora, sin embargo, simplemente necesitaba su ayuda.

—Tengo que ir a reunirme con alguien, —dijo ella, recordando que Chet le había dicho que Bane se había reunido con Argel Tenn sólo un par de días antes de que todo esto empezara. Era posible que el coleccionista hubiera encontrado algún manuscrito Sith interesante que hubiera motivado a Bane a dejar Ciutric.

—¿Voy a ir contigo?

Zannah agitó su cabeza.

—Necesitas averiguar todo lo que puedas sobre Doan. Si la familia real estuvo involucrada, ¿dónde se llevarían a mi Maestro? ¿Y cómo podemos encontrarle?

Set dio un refunfuño de insatisfacción.

—¿Así que ahora soy un bibliotecario glorificado?

—Reúnete conmigo aquí en dos días, —dijo Zannah, ignorando la queja—. Para entonces habré averiguado qué hacer luego.

* * *

Cuando Zannah volvió a la mansión tras reunirse con Argel Tenn, estaba ligeramente sorprendida de encontrar a Set ahí esperándola. Medio había esperado que él no se mostrara. La misión a la que le había mandado era importante, pero también era una prueba de su obediencia. Si estaba teniendo segundos pensamientos sobre convertirse en su aprendiz, mandarle lejos le habría dado la oportunidad perfecta para tratar de desaparecer. El hecho de que hubiera vuelto era una señal de que quizás era una elección válida después de todo.

Ella estaba aliviada de ver que las cosas parecían estar mejorando con Set, porque su reunión con Argel Tenn no había ido bien. Al principio él se había negado a discutir sus negocios con Bane, clamando que la discreción era la piedra angular de su negocio. Zannah hizo lo que pudo para persuadirle de hacer una excepción a través de medios no violentos; ella sabía que Argel tenía acceso a manuscritos Sith extraños, y no quería desechar un recurso potencialmente valioso.

Sin embargo, muy para su consternación, había demostrado una sorprendente integridad cuando se trataba de proteger la confidencialidad de sus clientes. Al final había tenido que cambiar a métodos menos placenteros para hacerle hablar. Por supuesto, al pasar a la interrogación brutal se había revelado como algo más que sólo una coleccionista interesada, y después de eso no podía dejarle con vida.

El riesgo de que Argel le contara a alguien sobre ella era demasiado grande; la información podía llegar hasta los Jedi y hacer que investigaran. Sobre todo lo demás era crítico que los Sith permanecieran ocultos, así que Zannah no tenía otra elección salvo eliminar a Argel.

La verdadera tragedia era que nunca consiguió sacar nada más que un único nombre de él: Darth Andeddu. Argel no sabía por qué Bane estaba interesado en este Lord Sith en particular, y sin nada más para continuar Zannah estaba atascada.

—Bienvenida de vuelta, Maestra, —dijo Set a modo de saludo—. Te alegrará escuchar que he aprendido todo lo que uno podría querer saber sobre un miserable pozo pequeño de mundo como Doan.

—Lástima que no te mandara a averiguar sobre Darth Andeddu, —murmuró ella, dejando que sus frustraciones salieran a la superficie.

—¿Dijiste Andeddu? —preguntó Set, obviamente sorprendido—. ¿El Rey-Dios inmortal de Prakith?

La mandíbula de Zannah casi golpea el suelo.

—¿Has oído de él?

—Ah, así que ahora yo tengo algo que enseñarte, —dijo Set con una sonrisa, recuperándose de su sorpresa inicial—. ¿Eso me hace el Maestro?

Zannah no estaba de humor para sus bromas.

—Dime qué sabes de Andeddu. —Para su crédito, Set captó su tono y tomó una postura más seria.

—Mis últimos años con los Jedi los pasé sirviendo bajo un Maestro ithoriano llamado Obba, —explicó él.

—He oído de él. Está en el Consejo del Primer Conocimiento.

Desde su batalla contra los Jedi en Tython, Bane había insistido en que ambos conocieran el nombre y reputación de cada Maestro en la Orden.

Set alzó una ceja.

—Impresionante.

—Considera esa tu primera lección. Conoce a tu enemigo tan bien como te conoces a ti mismo.

—Anotado. ¿Puedo continuar? —Zannah asintió.

—Mientras estaba bajo la tutela insufrible del Maestro Obba, mucho de mi tiempo lo pasé investigando las historias de los Sith antiguos. El viejo imbécil cabeza de martillo tenía la gran idea de que podía servir mejor a la luz al hacer un catálogo de cada Holocrón Sith conocido, y entonces mandando a sus agentes para recogerlos y llevarlos de vuelta al Templo Jedi para salvaguardarlos.

—En mi investigación, encontré varias referencias a un hombre llamado Darth Andeddu. Los Jedi habían trabajado duro para eliminar toda mención de él del registro galáctico, pero como miembro de la Orden tenía acceso a los materiales confiscados originales.

—Ve al grano, —le advirtió Zannah.

—Por supuesto. Andeddu gobernó el mundo de Prakith como un dios. Al menos, lo hizo hasta que las hipercarreteras del Núcleo Profundo colapsaron, eficientemente cortando al planeta del resto de la galaxia.

Había, sin embargo, algunas evidencias que apoyaban la teoría de que Andeddu creó un Holocrón durante su reinado. El Maestro Obba creía que aún estaba en Prakith, aunque sentía que un viaje al Núcleo Profundo para recuperarlo era demasiado peligroso. Para ser honesto, en cierto modo estaba de acuerdo con él.

—¿Qué tiene de especial el Holocrón de Andeddu? —Exigió Zannah—. Casi te tragas la lengua cuando mencioné su nombre.

—Si crees en lo que dicen las leyendas, el Holocrón de Andeddu contiene el secreto de la vida eterna.

Zannah maldijo bajo su aliento mientras todas las piezas encajaban. De algún modo Bane debía haber sabido sobre el Holocrón de Andeddu y había ido a Prakith a reclamarlo. ¡Estaba tratando de volverse inmortal!

Eso es por lo que la había mandado a Doan: para que ella no averiguara que estaba tramando. Pese a todo lo que él le había enseñado sobre la Regla de Dos, no estaba dispuesto a aceptar la idea de que su aprendiz un día le sobrepasara. Realmente pensaba que si podía encontrar una forma de detener los estragos del tiempo y la edad, podría gobernar a los Sith para siempre.

Esto es una traición a todo lo que me enseñaste. Dijiste que me enseñarías todos tus secretos; dijiste que el legado de los Sith sería mío algún día. ¡Me mentiste!

—¿Crees que es posible que tu Maestro realmente fuera a Prakith y encontrara el Holocrón de Andeddu? —preguntó Set, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar el ansia desnuda en su voz.

—Bane ha viajado al Núcleo Profundo antes, —admitió ella, recordando su viaje a Tython.

—Así que finalmente has decidido decirme el nombre de tu Maestro.

Zannah dijo otra silenciosa maldición. Se suponía que tenía que mantener esa información para sí misma mientras Bane estuviera vivo. Pero el darse cuenta de lo que había hecho, de cómo había traicionado la Regla de Dos, la había inquietado.

—Aún no entiendo cómo se enlaza esto con Doan, —se preguntó Set en voz alta.

Esa era la única pieza del puzle que Zannah no había averiguado aún, tampoco, aunque tenía un presentimiento de que todo estaba conectado de alguna forma.

—Quien fuera que le atacara debía haber venido por el Holocrón, —supuso ella—. Quien fuera que se llevara a Bane debió haberse llevado también el artefacto.

—¿Así que crees que está en Doan?

Era obvio que Set estaba más interesado en reclamar el Holocrón que en encontrar y tratar con Bane. Pero Zannah no tenía ni idea de a quién o a qué se enfrentaría cuando volviera al mundo minero, y sospechaba que necesitaría toda la ayuda que pudiera obtener.

—¿No has estado dispuesto a arriesgarte a viajar al Núcleo Profundo para reclamar el Holocrón de Andeddu, pero estás dispuesto a viajar de vuelta a Doan una vez más?

Set le dio otra de sus extravagantes reverencias.

—Lidera el camino, Maestra.

16

Serra se sentó sola en la oficina pequeña, sin ventanas, tratando de reunir su coraje. Los únicos muebles eran un escritorio simple y la silla que ocupaba actualmente. Las paredes sin decorar eran una sombra deprimente de marrón, su superficie de piedra áspera y sin acabar. Una pequeña caja fuerte se había construido en la pared de roca, y una única puerta llevaba fuera hacia el pasillo del otro lado.

La princesa no era una inocente. Entendía que la habitación reflejaba la opinión que la mayoría de gente de fuera del mundo tenía de Doan; lo veían como un pozo feo, mugriento. Ella sabía que aquellos que vivían en las pistas de minas en la superficie del planeta sentían lo mismo. Pero ella había visto la verdadera belleza del planeta.

Construidas en las mesetas sobre las columnas de roca que se alzaban altas sobre las nubes asfixiantes de polvo y contaminación, las ciudades de la nobleza estaban bendecidas con cielos azules brillantes casi cada día del año. Cada mañana, el sol naciente se reflejaba en las agujas pulidas de los castillos construidos en las mesetas a cientos de kilómetros al este, iluminándolas como velas en el gris de la madrugada. A la tarde las tormentas de arena que rodaban por el desierto parecían bailar en el horizonte, vivas con las explosiones parpadeantes de color mientras el sol poniente resplandecía los trozos de cuarzo atrapados en su abrazo arremolinado.

Incluso después de todos esos años, aún le quitaba el aliento… al igual que la primera vez que vino a Doan. Tras dejar el campamento de su padre en Ambria había viajado por los mundos del Borde Exterior, utilizando lo que él le había enseñado para ayudar a los menos afortunados y establecer su reputación como una sanadora habilidosa. Cuando el príncipe de la corona contrajo una misteriosa enfermedad, el rey la había contratado para atender a su hijo.

Ella había reconocido al instante los síntomas de la fiebre idoliana, una infección mortal pero tratable. Durante tres meses ella le cuidó lentamente hasta que estuvo sano, y para cuando Gerran se recuperó los dos estaban enamorados.

Salvaste su vida entonces. Pero no tenías el poder para salvarle de los terroristas. Si hubieras sido más fuerte, aún podría estar vivo.

Serra agitó su cabeza en una confusión momentánea. El pensamiento había sido con su propia voz, pero de algún modo parecía ajeno… como si alguien más estuviera hablando dentro de su cabeza.

Excepto por ella misma, la oficina estaba claramente vacía. La puerta estaba cerrada, y con los escasos muebles no había lugar para que nadie se escondiera. Ella dio una mirada alerta a la pequeña pirámide, de cuatro caras sentada en el borde del escritorio.

Había sido guardada casi sin cuidado en una pequeña mochila de lona que los mercenarios le habían llevado. La conexión con la Fuerza de Serra era lo suficientemente fuerte como para que sintiera el poder del interior del artefacto, atrapado bajo la superficie, justo esperando para ser liberado.

¿Por qué la iktotchi no reclamó esto para sí misma? Ella debía haber percibido su poder, también, incluso oculta dentro de la mochila. Algo más debió haber atraído su atención.

Cogiendo la pirámide y sosteniéndola a la longitud de su brazo, cruzó la habitación hasta la caja fuerte de la pared. Introduciendo la combinación, la abrió y puso la pirámide dentro y entonces cerró la puerta, sellándola de forma segura. El hombre en las mazmorras era un Lord Sith; cualquier cosa que poseyera era un instrumento del lado oscuro. Serra no estaba interesada en explorar su poder; ella sólo estaba interesada en él.

Él había llegado hacía tres días, aún así, ella no había ido a hablar con él. A sus órdenes, había sido mantenido drogado e indefenso todo el tiempo. Ahora ella sabía que no podía retrasarlo más tiempo; era hora de ir a enfrentarse a sus demonios. Su cara fija en una determinación funesta, abandonó la oficina y marchó a través de los retorcidos pasillos de la infame Prisión de Piedra de Doan, dirigiéndose hacia las celdas de interrogación.

Cuando supo por primera vez sobre el vasto complejo de mazmorras construido en la roca varios kilómetros bajo el castillo, Serra había estado horrorizada. Históricamente, la nobleza había usado la Prisión de Piedra para hacer desvanecer a los oponentes políticos. Atrapados en el corazón de una columna de roca de varios kilómetros de alto y cientos de metros de diámetro, cualquier prisionero en su interior estaría escudado de la detección por parte de los escáneres. Una persona podía desaparecer para siempre en el laberinto subterráneo, pasando el resto de sus vidas con los grilletes, torturado por información o por simple placer sádico sin esperanza de salvación.

En el caso de que se intentara un rescate de algún modo, todo el complejo estaba equipado para colapsar con una serie de explosiones que matarían no sólo a los prisioneros sino a sus posibles salvadores también. Las cargas de detonación cuidadosamente diseñadas se activarían en una secuencia precisamente sincronizada, destruyendo la mazmorra habitación por habitación mientras permitía a los guardias escapar. La Mansión Real y los otros edificios en la superficie a miles de metros por encima sólo sufrirían un par de temblores leves —pero inconfundibles— mientras todo el complejo de debajo era reducido a escombros.

Gerran aún estaba vivo cuando Serra supo de todo esto. Él había explicado que la Prisión de Piedra no había sido utilizada durante cuarenta años; era una reliquia de una era más brutal y represiva. En respuesta a la presión pública llevada a cabo por el Senado, había sido cerrada. No tenía siquiera personal ya. Aún así, ante la urgencia de su prometida, él juró que una vez que fuera rey haría que sellaran permanentemente la infame mazmorra: un gesto para simbolizar la nueva relación que deseaba forjar entre los nobles y los mineros.

Pero Gerran estaba muerto ahora, al igual que su padre. Y ella era la que había contratado mercenarios para capturar a su enemigo y enterrarlo para siempre dentro de las celdas frías de la Prisión de Piedra. No podía evitar preguntarse qué pensarían de lo que había hecho. ¿Qué dirían si estuvieran aquí ahora mismo?

Serra apartó el pensamiento de su mente. No estaban aquí. Su padre y su marido se habían ido, para siempre lejos de ella. Y ella se había quedado para tratar con el Lord Sith sola.

Le llevó casi diez minutos abrirse paso desde la oficina a través del laberinto de pasadizos y habitaciones hasta donde el prisionero estaba siendo retenido. Aunque los pasillos por los que viajaba estaban iluminados por pálidas luces en el techo, muchos de los pasillos llevaban a la oscuridad, sus mercenarios sólo habían reabierto una pequeña sección del complejo. El resto aún estaba desierto.

El hombre que iba a ver estaba siendo retenido en una de las celdas de máxima seguridad, accesible sólo por una única escalera protegida por puertas selladas de duracero por arriba y por el fondo. Los mercenarios que hacían guardia al otro lado de la puerta en la parte superior la abrieron al aproximarse, y ella rápidamente se abrió paso bajo las escaleras.

La puerta en el fondo se abrió de forma similar para ella, revelando una pequeña estación de guardia de diez por diez metros. Otra puerta sellada de duracero en la otra pared llevaba a la celda del prisionero; una pequeña ventana de vistas había sido construida en la puerta. Había dos mesas en la habitación. La más grande estaba a un lado de la puerta por la que Serra acababa de entrar. La más pequeña estaba sobre ruedas; midiendo sólo un metro por medio metro, había sido empujada contra la pared junto a la puerta de la celda.

Seis de los soldados que había mandado para atrapar al prisionero estaban aquí, junto con Lucia y la Cazadora. Los guardias estaban sentados en sillas alrededor de la mesa más grande, jugando a las cartas. Las dos mujeres estaban en extremos opuestos de la habitación, distanciándose de aquellos de la mesa y la una de la otra. Lucia estaba inclinada contra la pared como apoyo, mientras que la Cazadora estaba sentada en el suelo de piedra, sus piernas cruzadas, manos en su regazo y sus ojos cerrados. Parecía como si pudiera estar meditando.

Mientras Serra entraba, los guardias saltaron para levantarse en atención, como lo hizo Lucia. La Cazadora abrió sus ojos y miró a la princesa, pero aparte no hizo ningún movimiento. Serra no estaba siquiera segura de lo que estaba haciendo aquí la asesina; ella ya había sido pagada por sus servicios. Pero por algún motivo había elegido quedarse, como si tuviera algún interés particular en el resultado de los eventos.

La princesa agitó su cabeza. Tenía cosas más importantes de las que necesitaba preocuparse que de la asesina.

—¿El prisionero está aún sedado? —preguntó ella.

—Sí, madame, —respondió uno de los guardias—. Se le dio otra dosis hace una hora.

Ella asintió y se abrió paso hacia la mesa con ruedas en la esquina. Sobre la mesa había cerca de tres docenas de agujas hipodérmicas, con códigos de colores en las etiquetas de acuerdo a sus contenidos. Serra había preparado cada una de las agujas ella misma. Las marcadas con una pegatina verde contenían senflax; necesitaban mantener al

prisionero drogado todo el rato para evitar que escapara. Las otras —roja, negra, y amarilla— estaban llenas de varios compuestos que necesitaría durante su interrogatorio.

Desde el rabillo del ojo vio a Lucia abrirse paso desde la pared hacia ella. Una vez a su lado, su amiga habló en un susurro lo suficientemente suave como para que sólo pudiera ser escuchado por ella.

—Tú no eres así. ¿Por qué estás haciendo esto?

—No lo entenderías, —respondió igual de silenciosamente.

—Contratar a una asesina era una cosa, —continuó Lucia, su voz alzándose sólo ligeramente conteniendo a raya las emociones—. ¿Pero contratar mercenarios para reabrir en secreto la Prisión de Piedra? ¿Y si el rey lo averigua?

—No lo hará, —le aseguró Serra—. Esto no tiene nada que ver con Gerran, o con Doan.

La mujer de piel oscura se negaba a dejarlo estar.

—¿Retener a alguien para torturarle e interrogarle? No está bien. Lo sabes.

—Él es un Sith. No un soldado como eras tú. Un Lord Oscuro. No merece tu lástima. O la mía.

Lucia agitó su cabeza y se giró, pero no antes de que Serra viera claramente la frustración y la decepción en su cara.

—Abrid la puerta, —gritó la princesa a los guardias—. Quiero hablar con el prisionero. A solas.

A su palabra, la Cazadora saltó sobre sus pies, haciendo que Lucia diera un paso hacia delante protectoramente.

—Quiero ir contigo, —explicó la iktotchi.

—¿Por qué? —exigió Serra, de repente sospechosa.

—¿Quién más podría haberle capturado para ti? —Respondió ella, evitando la pregunta—. ¿No me he ganado el derecho?

—Si ella va, yo voy, también, —insistió Lucia, cruzando sus brazos.

Serra podía habérselo negado. Pero dentro profundamente aún no quería enfrentarse al monstruo de su pasado sola. ¿Y qué daño haría ahora si supieran sus secretos? Ella había ocultado su auténtica identidad todos estos años sólo porque su padre temía las represalias de este hombre. Con él como su prisionero, ella ya no tenía motivos para ocultarse.

—Las tres, entonces, —concedió ella, agarrando la pequeña mesa y haciéndola rodar en posición para llevarla dentro con ellas—. Cerrad la puerta tras nosotras, —ordenó a los guardias.

* * *

Lucia estaba preocupada por la princesa. Desde su visita al Templo Jedi había percibido algo diferente en ella, pero nunca había sospechado que fuera capaz de llegar a tales extremos. Ella no había sabido que había contratado mercenarios para reabrir la Prisión

de Piedra; si lo hubiera hecho, habría tratado de hablar con Serra de ese plan tan estúpido y peligroso. La princesa debía haber sabido que ella objetaría y por lo tanto no le había dicho a Lucia qué estaba ocurriendo hasta que el prisionero estuvo asegurado en su celda.

Ella sabía de las mazmorras, por supuesto. Como parte del equipo de seguridad oficial de la princesa, necesitaba memorizar cada entrada y salida posible del castillo. Hasta hacía tres días, sin embargo, ella sólo había visto los planos. Estar cara a cara con la Prisión de Piedra era una experiencia completamente diferente.

Tan pronto como salió del largo viaje en turboascensor desde la superficie, había percibido el mal de este lugar. El aire estancado tenía un hedor subyacente a muerte. Demasiadas cosas oscuras e indecibles habían ocurrido aquí con los siglos.

Desde entonces Lucia había mantenido un ojo vigilante sobre su amiga. Podía ver algo carcomiéndola, y temía que la penumbra profana de la Prisión de Piedra sólo empeoraría las cosas. La princesa estaba obsesionada con el hombre en la mazmorra, aún así al mismo tiempo era incapaz de enfrentarse a él. Lucia sabía que tenía algo que ver con su pasado, pero cuando había tratado de abordar el tema la princesa se había negado a discutirlo.

Sin más opciones, había sido forzada a esperar a que Serra hiciera el siguiente movimiento. Ahora que iba a enfrentarse al prisionero por primera vez, Lucia estaba determinada a estar a su lado. Podía no entender por lo que estaba pasando su amiga, y podía no estar de acuerdo con lo que estaba haciendo, pero aún iba a estar allí en caso de que la princesa la necesitara.

Mientras las tres mujeres entraron en la celda, Lucia se sorprendió de cuánto más pequeña era que la habitación al otro lado de la puerta: sólo de tres metros cuadrados. La celda estaba tenuemente iluminada, la única iluminación venía de una única luz parpadeante sobre sus cabezas. El prisionero estaba atado contra la pared del otro extremo. Sus brazos estaban extendidos a cada lado por encima, sus manos atadas por cadenas que colgaban de anillas de hierro puestas en el techo. Sus piernas estaban desplegadas de forma similar, sus tobillos atados a la pared tras él.

Debido a la droga era incapaz de permanecer erguido; su peso tiraba hacia delante, tirando de las cadenas que le apoyaban fuertemente y haciendo un esfuerzo increíble contra sus puños y hombros. El dolor en sus articulaciones debía haber sido torturador, si no fuera por los efectos aturdidores del senflax que fluía por su sistema. Su cabeza estaba inclinada hacia abajo, sus músculos paralizados haciéndole imposible mirar hacia arriba mientras entraban.

Serra seleccionó una aguja con una etiqueta roja de la mesa y la inyectó directamente en la arteria carótida que iba por el lateral de su grueso cuello. Un instante más tarde su cabeza golpeó hacia arriba y hacia atrás en reacción al poderoso estimulante.

Al ver su cara, Lucia jadeó en sorpresa. Las otras dos la miraron momentáneamente, pero cuando ella agitó su cabeza, ellas rechazaron su reacción como algo sin importancia y volvieron su atención al hombre encadenado.

Habían pasado más de veinte años, pero Lucia lo había reconocido al instante. Des había sido su oficial al mando, su líder, su héroe. Sin él ninguno de los Caminantes de la Penumbra habría sobrevivido a la guerra. Había salvado sus vidas en Kashyyyk. Les había salvado de nuevo en Trandosha. Vez tras vez les había llevado a través de situaciones imposibles contra las probabilidades abrumadoras, justo hasta su misión final juntos en Phaseera. Y entonces el Teniente Ulabore había ordenado a los sicarios —la policía militar Sith— que le arrestaran.

Ella nunca había vuelto a oír de Des; como el resto de la unidad había supuesto que había sido ejecutado por desobedecer órdenes y golpear a un oficial superior. Y aún aunque le había creído muerto, había jurado que nunca olvidaría la cara del hombre que una vez lo había significado todo para ella.

Cuando ella le vio colgando de las cadenas en la celda, no había sido capaz de contener su jadeo de sorpresa. Afortunadamente ni la princesa ni la Cazadora se habían dado cuenta de por qué había jadeado, y Lucia se recuperó lo suficiente como para evitar otro arrebato. Pero aunque consiguió evitar que sus emociones se mostraran en la superficie, en su interior el mundo había explotado.

Dudaba si Des la había reconocido. Estaba drogado, para empezar. Y ella sólo era una cara entre muchas en la unidad. Él era el líder al que todos admiraban; él era al que idolatraban. En los Caminantes de la Penumbra, ella sólo era una francotiradora de bajo rango, una de una docena de soldados junior en el escuadrón. ¿Realmente esperaba que él la recordara después de todo este tiempo?

No es que le importara; no se atrevía a decir nada con Serra y la Cazadora estando justo ahí. La princesa estaba obsesionada con el prisionero; estaba enferma por alguna locura que le había llevado a actos previamente impensables. Si ella descubría que Lucia y Des se conocían, no había forma de decir qué haría. O qué ordenaría hacer a la iktotchi.

Y por lo tanto Lucia fue forzada a simplemente quedarse ahí, indefensa de hacer nada por ayudar a Des. Al igual que el día que los sicarios se lo habían llevado a rastras.

* * *

Serra instantáneamente reconoció la cara de sus pesadillas. Era más viejo, pero sus rasgos eran inconfundibles: la cabeza calva, el ceño grueso, pesado; la posición cruel de sus ojos y mandíbula.

Junto a ella, Lucia jadeó con fuerza mientras el prisionero fijaba a las tres mujeres con su mirada fría, despiadada. Serra miró y vio una extraña expresión en la cara de la ex-soldado; algo le había perturbado obviamente.

Lucia era la persona más valiente que había conocido nunca la princesa, aún así estaba claramente turbada. ¿Era posible que tuviera realmente miedo de este hombre, incluso aunque estaba encadenado? ¿O sentía simpatía por él? Ella sabía que Lucia desaprobaba lo que estaba haciendo. ¿Pensaba su amiga que ella era un monstruo ahora? ¿O era otra cosa?

La reacción inesperada de su amiga inquietó a Serra, y luchó contra el instinto de girarse y huir del hombre en la celda. No tenía nada que temer de su prisionero esta vez. Esta vez él era la víctima, no ella.

No importa lo que piense Lucia, tengo que hacer esto.

—¿Sabes quién soy? —exigió ella.

Su respuesta llegó lentamente. El estimulante que le había dado sólo contrarrestaba los efectos físicos del senflax; la toxina aún nublaba su mente, aturdiendo su concentración.

—Un enemigo de mi pasado.

Las palabras eran ligeramente mal articuladas, y era imposible leer nada en el tono plano, sin emociones. Ella no podía decir si realmente la reconocía, o si sólo estaba haciendo una generalización en base al hecho de que le había tomado prisionero.

—Me llamo Serra. Caleb era mi padre, —le dijo ella. Ella quería que él lo supiera. Quería que entendiera quién le había hecho esto.

—¿Esto es en venganza por él, —preguntó él tras un largo momento, el senflax haciendo su mente letárgica—, o por lo que te hice a ti?

—Ambos, —respondió ella, cogiendo una aguja marcada con una pegatina negra. De nuevo, ella se la inyectó en el cuello. Esta vez, sin embargo, los efectos eran marcadamente diferentes.

Sus ojos se pusieron en blanco en su cabeza y sus dientes se cerraron, por poco esquivando su lengua. Entonces su cuerpo empezó a convulsionar, haciendo que sus cadenas se agitaran alocadamente.

Lucia se giró en disgusto, incapaz de mirar. La Cazadora se inclinó más cerca, fascinada por su tormento inducido por los químicos. Serra dejó que el ataque continuara durante unos diez segundos enteros antes de inyectarle una de las agujas amarillas para contrarrestar los efectos.

—¿Ves el tipo de castigo que puedo infligirte? —preguntó ella—. ¿Ahora entiendes cómo es estar a la merced indefensa de otro?

Él no respondió de inmediato. Su respiración era ajada, su cara y su cráneo desnudo cubiertos de sudor del dolor que acababa de resistir. Un temblor espásmico había atacado su mano izquierda, haciendo que se retorciera y flexionara alocadamente en su esposa de hierro.

—Tú no tienes lecciones que enseñarme, —jadeó él—. Entiendo el sufrimiento de formas que tú nunca comprenderás.

—¿Por qué mataste a mi padre? —preguntó Serra, cogiendo otra aguja negra y sosteniéndola en alto para que él la viera.

—Caleb no murió bajo mi mano.

Ella apuñaló con la aguja en su cuello, induciendo otro ataque. Dejó que este continuara casi dos veces lo que el otro antes de administrar el antídoto. Ella esperaba que perdiera el conocimiento del dolor, pero de algún modo consiguió permanecer consciente.

—Las mentiras serán castigadas, —le advirtió ella.

—Yo no maté a tu padre, —insistió él, aunque su voz era tan débil que ella apenas podía escucharle.

—Te dije que vi a otra en mis visiones, —le recordó la Cazadora—. Una joven de pelo rubio. Quizás fue ella la asesina.

Serra miró a la iktotchi antes de girar su atención de vuelta al hombre encadenado.

—¿Es eso cierto?

Él no respondió, aunque una sonrisa astuta apareció en el borde de sus labios.

—¡Dime qué le ocurrió a mi padre! —gritó Serra, abofeteándole en la cara. Sus uñas arañaron su mejilla, cortando la carne con cuatro surcos largos, profundos. La sangre salió rápidamente por las heridas y empezó a correr hacia su mentón.

Sin embargo, Bane no respondió. Con la mandíbula cerrada, Serra extendió el brazo para coger otra de las agujas negras, pero Lucia agarró su muñeca.

—¡Él no mató a tu padre! —Gritó la guardaespaldas—. ¿Por qué aún estás haciendo esto?

Serra liberó su muñeca enfadada.

—Puede que él no lo haya hecho, pero él es el motivo por el que mi padre está muerto, —insistió ella. Se giró de vuelta hacia el prisionero—. ¿Lo niegas?

—Caleb era débil, —murmuró el hombre—. Cuando dejó de ser de utilidad, fue destruido. Ese es el camino del lado oscuro.

Serra cogió la aguja de la mesa.

—Esto no traerá de vuelta a tu padre, —rogó Lucia.

—Quiero que vea cómo es estar indefenso y con miedo, —siseó Serra—. Quiero que sepa cómo es ser una víctima. ¡Quiero que entienda que lo que hizo a mi padre… a mí… estuvo mal!

—Los débiles siempre serán víctimas, —dijo el prisionero, su voz creciendo con fuerza—. Ese es el camino del universo. Los fuertes cogen lo que quieren, y los débiles sufren a sus manos. Ese es su destino; es inevitable. Sólo los fuertes sobreviven, porque sólo los fuertes lo merecen.

—¡Tú sólo crees eso porque no sabes lo que es sufrir! —le gritó la princesa.

—Sé lo que es sufrir, —respondió él, sus palabras ya no eran densas y mal articuladas—. Solía ser una víctima. Pero me negué a aceptar mi lugar en la vida. Me hice fuerte.

Mientras hablaba, gotas de sangre de las heridas de su mejilla caían de su mentón y salpicaban el suelo.

—Aquellos que son víctimas no tienen a nadie a quien culpar salvo a sí mismos. No merecen lástima; ellos son víctimas debido a sus propios fracasos y debilidades.

—¡Pero no importa lo fuerte que fueras! —Dijo Lucia, de repente saltando a la discusión—. ¿No lo ves? ¡Aún acabaste siendo prisionero!

—Si hubiera sido más fuerte no habría sido capturado, —contraatacó él, una feroz luz ardiendo en sus ojos—. Si no soy lo suficientemente fuerte como para escapar, continuaré sufriendo hasta que muera. Pero si *soy* lo suficientemente fuerte como para escapar…

Serra golpeó con la aguja negra y agarró una de las verdes, inyectándole otra dosis de senflax.

—Nunca dejarás esta mazmorra con vida, —prometió ella mientras su víctima se deslizaba de vuelta bajo la influencia de la droga, sus ojos poniéndose vidriosos mientras su cabeza se inclinaba hacia delante de nuevo.

Incluso drogado y encadenado, aún es lo suficientemente astuto como para ser peligroso.

Atrapada en la discusión con él, casi no se había dado cuenta de las señales del senflax desvaneciéndose. Había pensado que pasarían horas antes de que necesitara otra inyección, pero había subestimado los efectos de las otras drogas que había estado bombeando en su sistema. Tendría que tener más cuidado en el futuro.

—Ahora mismo soy débil, —murmuró el hombre, son su cabeza mirando abajo al suelo, negándose a abandonar—. Sin poder. Tú me infliges sufrimiento porque eres lo suficientemente fuerte para hacerlo. Tus acciones demuestran la verdad de aquello en lo que creo.

Serra agitó su cabeza enfadada.

—No. Mi padre me enseñó a ayudar a aquellos en necesidad. Los fuertes deberían levantar a los débiles, no atraparlos abajo. ¡Él creía en eso, y así lo hago yo!

De alguna forma el prisionero consiguió levantar su cabeza, fijándola con su mirada de ojos somnolientos.

—Las creencias de tu padre le mataron.

La princesa levantó la mano para abofetearle de nuevo, entonces se quedó helada, luchando por controlar la avalancha de dolor e ira que amenazaba con abrumarla.

—No estás pensando con claridad, —dijo Lucia suavemente, poniendo una mano en su hombro—. Necesitas calmarte.

Su amiga tenía razón. Él estaba dentro de su cabeza. Necesitaba salir de la habitación y recomponerse. La última inyección que le había dado debería mantenerle indefenso durante al menos otra hora. Tiempo suficiente para que ella recompusiera sus pensamientos antes de enfrentarse a él de nuevo.

Bajando su mano, ella le dio la espalda sin decir una palabra, dejando a la Cazadora y a Lucia solas con él en la celda.

17

Mientras la princesa irrumpía fuera de la celda, Lucia resistió la urgencia de ir tras ella. Sabía que las palabras de Des herían; normalmente habría ido a reconfortar a su amiga. Pero todo había cambiado cuando había caminado hacia la celda y reconocido al hombre encadenado a la pared.

La Cazadora estaba mirándola, sonriendo. La iktotchi era malvada. Retorcida. Había disfrutado al ver a Serra torturar a la víctima; se había deleitado en su sufrimiento. Lucia sospechaba que obtenía placer del tormento emocional de Serra también.

Ella devolvió la mirada a la asesina pero se negó a hablar. Por un momento sus ojos se encontraron, y entonces la iktotchi se giró con un aire de indiferencia, como si Lucia estuviera más allá de su percepción. La guardaespaldas continuó mirando a su espalda mientras la Cazadora siguió a la princesa, dejándola sola con el prisionero.

Al principio una parte de ella realmente se preguntaba si Des merecía lo que se le estaba haciendo. Después de todo, él era un Lord Sith ahora. Había luchado del lado de los Sith durante la guerra, pero sólo era un soldado. Como la propia Lucia, la mayoría de sus camaradas se había alistado porque no veían otra forma de escapar del sufrimiento y la desesperanza de sus vidas. Se habían vuelto contra la República por desesperación, pero aún eran hombres y mujeres decentes.

Los Lord Sith, sin embargo, eran monstruos. Implacables y crueles, no se preocupaban para nada de los soldados que les seguían. A veces parecía que disfrutaran de la muerte y sufrimiento infligidos en el personal alistado bajo su mando. Su mera presencia inspiraba terror en las filas, y a la noche las tropas compartirían historias de los horrores que infligían sobre sus enemigos… o sus aliados que les habían fallado.

Lucia nunca pensó que pudiera sentir lástima por un Lord Sith. Pero tampoco había imaginado nunca que Des se convertiría en uno de ellos.

Si Des realmente había asesinado a Caleb, razonó Lucia, entonces se lo había buscado él mismo. Pero cuando se le interrogó, insistió en que él no había sido el que había matado al sanador, y Lucia estaba convencida de que estaba diciendo la verdad. Incluso la asesina iktotchi había parecido creerle. Pero pese a toda la evidencia —los registros de los Jedi, la mención de la Cazadora de una misteriosa mujer rubia en la escena, y las negaciones del propio Des— Serra no se había desviado de su curso. La princesa se había negado a escuchar a los hechos o a la razón. Su odio la cegaba a todo lo demás.

Ella había irrumpido fuera enfadada, pero Lucia sabía que sólo era cuestión de tiempo hasta que volviera para someter a Des a otra ronda de tortura. Había visto la locura en los ojos de Serra. La princesa ansiaba venganza.

Lucia reconocía esa mirada; la había visto en los ojos de sus compañeros soldados cuando los sicarios habían arrastrado a Des esposado. Si era culpable del crimen no importaba: Serra iba a hacer sufrir a su prisionero por la muerte de su padre. Y no había nada que nadie pudiera decir o hacer para hacerle cambiar de opinión.

E incluso si no mató a Caleb, aún es un monstruo. Probablemente merece morir.

Durante el interrogatorio, ella había escuchado con un horror creciente las palabras que llegaban de la boca del prisionero. Estaba claro que Des había abrazado las enseñanzas del lado oscuro de formas que ella nunca podría haber imaginado. No era el hombre que ella recordaba; la camaradería de los Caminantes de la Penumbra no significaba nada para la criatura en la que se había convertido.

Pero significa algo para mí.

Lucia aún creía en los ideales de los Caminantes de la Penumbra. Miraban el uno por el otro; contaban los unos con los otros para sobrevivir. Había honor en su código de unidad, simbolizado por el saludo secreto reservado sólo para los otros miembros de la unidad: un puño cerrado firmemente sobre el esternón, justo por encima del corazón.

Fuera lo que fuera Des ahora, aún le debía su vida. La había salvado —a toda su unidad— demasiadas veces para contarlas. Aún así, cuando los sicarios se lo habían llevado ella había estado impotente para ayudarle. Ahora el destino le estaba dando otra oportunidad para pagar su deuda.

Un pequeño charco de sangre se estaba formando en el suelo, goteando de donde Serra había abierto su mejilla.

No solo lo estás haciendo por Des, se dijo Lucia a sí misma, girando su atención a las agujas con códigos de color que descansaban en el carro.

El odio de Serra sólo se enconaría y crecería. Se convertiría en más y más retorcido cada vez que ella volviera para infligir dolor en su víctima indefensa. La pérdida de su marido la había empujado al borde de la locura, y esto la llevaría más allá del límite.

Había observado mientras la princesa había administrado las diversas drogas, bombeándolas directamente en el sistema de Des a través de la gruesa arteria en su cuello. No entendía del todo qué eran los compuestos o qué hacían, pero había visto lo suficiente como para obtener algún entendimiento de los efectos de cada una.

La aguja negra inducía los espasmos que Serra había utilizado para torturar a su víctima; la amarilla hacía que las convulsiones terminaran. La verde parecía forzar a Des de vuelta a su estupor. Pero la aguja roja —la que su señora le había dado al comienzo del interrogatorio— parecía haberlo despertado. Tenía que ser algún tipo de estimulante o antídoto, algo que compensara las drogas que le mantenían indefenso y sin respuestas.

Mirando por encima de su hombro para asegurarse de que nadie en la habitación de guardia justo afuera estaba observando, cogió una de las hipodérmicas rojas.

Había demasiados mercenarios para que ella luchara al salir, tratar de ganarle a Des su libertad así sólo haría que les mataran a ambos. Pero no tenía que sacar a Des para salvarle. Él siempre había sido capaz de cuidar de sí mismo, incluso antes de que ganara los poderes místicos de un Lord Sith. Ella sabía que era más que capaz de escapar por sí mismo si ella simplemente le daba un poco de ayuda.

Ella suavemente presionó con la punta de la aguja en su muslo, esperando que las drogas entraran en su sistema de forma más lenta y menos violenta que cuando Serra las había inyectado en su cuello. Sabía que era posible que accidentalmente le diera una

sobredosis, pero incluso si Des moría era mejor que dejarle con vida para ser torturado una y otra vez.

Poniendo la aguja de vuelta en el carro, se giró rápidamente y abandonó la habitación. No tenía tiempo de esperar y observar los efectos. Necesitaba encontrar a la princesa. Si la droga funcionaba como sospechaba, rápidamente recuperaría sus facultades. Y una vez fuera capaz de llamar al terrible poder del lado oscuro, ninguna celda de la galaxia sería capaz de contenerle.

Ella se abrió paso de vuelta a la habitación de guardia. Los mercenarios habían vuelto a su juego de cartas, ignorantes de lo que había hecho. Serra y la Cazadora no estaban a la vista.

—¿Adónde fue la princesa? —exigió ella.

Hubo un largo silencio antes de que uno de los mercenarios a regañadientes mirara arriba de su mano y respondiera.

—No lo dijo. Simplemente se fue.

—¿Y la dejasteis irse sola? —exigió enfadada Lucia.

—Esa iktotchi estaba con ella así que nosotros simplemente… —respondió el hombre, su voz retrocediendo bajo su mirada fulminante.

Ella se dio cuenta de que eran meras armas contratadas. No les importaba nada salvo los créditos que les habían prometido.

—Cierra la puerta de la celda, —escupió Lucia—. Si algo va mal, golpea la alarma—. *Eso me debería dar una advertencia suficiente como para sacar a la princesa de aquí a tiempo.*

Dos de los soldados reluctantes se levantaron y se movieron para obedecer sus órdenes mientras Lucia subía las escaleras hacia el pasillo de arriba.

A ella no le importaba que cuando Des se liberara masacrara a los guardias. Estos hombres y mujeres no eran sus amigos o compañeros. Ella sabía que la matarían sin pensárselo dos veces si el precio era bueno. Eran mercenarios, sus vidas no significaban nada para ella.

Pero aún se preocupaba por Serra. Pese a lo que había hecho, aún era leal a su señora. Aún juraba proteger su vida. Cuando Des se liberara, ella sabía, iría a buscar a la princesa. Cuando las alarmas sonaran advirtiendo del escape del prisionero, Lucia quería estar ahí para ayudar a Serra a salir a salvo.

Y si nos coge antes de que nos vayamos, trató de reconfortarse a sí misma en silencio, *quizás me recuerde. Quizás pueda convencerle de dejar a Serra con vida. Primero, sin embargo, tenía que encontrarla.*

18

El terreno marcado y feo de Doan rodaba bajo ellos mientras el *Victoria* aminoraba por la superficie del planeta.

En la cabina de mandos Zannah se preparó mientras los sensores captaban una feroz tormenta de arena a cientos de kilómetros de distancia. Junto a ella, Set estaba sentado en su posición habitual: la silla inclinada hacia atrás, los pies sobre el borde.

Haciendo un ligero cambio en su vector de aproximación le llevó a una ruta de colisión con la tormenta. No se molestó en darle ninguna advertencia a Set mientras el *Victoria* era atrapado por el vórtice arremolinado.

Los estabilizadores evitaron que la nave sufriera ningún daño real, pero la cabina se agitó violentamente mientras el navío era abofeteado por los vientos ululantes. Set fue arrojado de su silla, pero consiguió rodar con el impulso mientras golpeaba el suelo y llegó a ponerse de pie.

—Lo hiciste a propósito, —le acusó ella, utilizando la parte trasera de su silla para equilibrarse en la turbulencia.

—Necesitas estar alerta y al tanto de tus alrededores en todo momento, —le instruyó ella—. Estar siempre en guardia.

—Creí que la información que te di me habría ganado un descanso de ninguna lección más hoy, —gruñó mientras se volvía a sentar en la silla del copiloto y se abrochaba el cinturón.

—Te equivocabas.

Pese a sus palabras, Set había demostrado ser bastante valioso. Además de contarle sobre Darth Andeddu y su Holocrón, realmente había hallado el lugar más probable donde Bane estaba siendo retenido.

—Ellos probablemente se llevaron a tu Maestro a la Prisión de Piedra, —había declarado cortamente después de que comenzaran su viaje.

—¿La Prisión de Piedra?

—Una mazmorra construida hace siglos por la nobleza en Doan para albergar a prisioneros políticos, —explicó él—. Encontré todo tipo de referencias a ella en los archivos históricos.

—¿Qué tipo de defensas tienen? —preguntó ella.

—Bastante estándar. Cañones antiaéreos. Guardias armadas dentro. Y pueden programar una serie de explosiones para destruir todo el lugar como último recurso.

Zannah frunció el ceño.

—Tendremos que evitar ser detectados cuando entremos.

—Eso podría ser más fácil de lo que crees, —respondió Set con una sonrisa—. La Prisión de Piedra no ha sido utilizada desde hace casi dos generaciones.

Todo tenía sentido para Zannah. Un pequeño equipo de guardias de élite o mercenarios podía mantener a un único prisionero asegurado en la instalación abandonada sin atraer atención indeseada. Toda la infraestructura que necesitaban —

celdas de contención, salas de interrogación— aún estaría allí. Si permanecían en la profundidad dentro del corazón del complejo, nadie siquiera sabría que estaban allí. El secretismo, como ella muy bien entendía, a menudo era la mejor protección de tus enemigos. Pero cuando tus secretos eran expuestos, podía dejarte vulnerable.

—No esperarán que nadie asalte la prisión, así que dudo que siquiera activaran las defensas externas, —había continuado Set, diciendo en voz alta los mismos pensamientos que pasaban por la mente de Zannah—. Un pequeño equipo no podría malgastar los cuerpos para operar las estaciones, y dar energía a los sistemas sería como mandar una llamarada de alerta a todo el mundo de que estaban ahí.

Fue en ese punto en el que Zannah se dio cuenta de que a Set, pese a toda su aparente arrogancia y actitud descuidada, realmente le gustaba estar preparado. No tenía miedo de improvisar y adaptarse, pero tenía la sensatez de saber hacia dónde se dirigía… al menos a corto plazo. El truco le enseñaría a aplicar el mismo tipo de diligencia a los planes a largo plazo, entonces tendría la paciencia para soportarlos.

El *Victoria* pasó a través del ojo de la tormenta de arena y salió por el otro lado, continuando hacia la alta columna de piedra que se alzaba lejos en la distancia. Incluso aunque estuvieran disfrutando de un suave viaje una vez más, Zannah estaba complacida de ver que Set no se inclinó hacia atrás ni puso sus pies en alto de nuevo.

Estaba aprendiendo, y había mostrado varios destellos de verdadero potencial durante su tiempo juntos. Quizás había aún esperanzas para él… o quizás, tuvo que admitir Zannah, ella estaba simplemente tan desesperada por encontrar un aprendiz que estaba dispuesta a hacer la vista gorda a sus carencias.

—Ahí. Esa columna de delante. Esa es la que queremos.

La oscuridad había caído y Zannah sólo podía entrever la silueta del descomunal pilar de piedra en la distancia. Desde aquí parecía como una enorme vela: alto y recto, la cima brillando con cientos de luces del estado de la familia real que había sido construido en la amplia meseta, plana en su ápice.

Zannah llevó la lanzadera en bajo, sobrevolando a menos de veinte metros sobre el suelo para permanecer bajo el radar del estado real colgado casi a cinco kilómetros sobre ellos.

El *Victoria* estaba detectando cientos de formas de vida cuando escaneó la columna, pero estaban todas concentradas en los edificios de la meseta. No había evidencias de vida dentro del pilar, pero eso era de esperar. Los escáneres no serían capaces de penetrar la montaña de piedra.

Extenderse con la Fuerza, sin embargo, presentó a Zannah una imagen muy diferente. Podía percibir algo oscuro y poderoso pulsando en el corazón de la columna. Reconoció la presencia de su Maestro, aunque desde esa distancia era imposible obtener nada más que una vaga sensación de que estaba oculto en algún lugar del interior.

—Debe haber puertos de aterrizaje ocultos para la prisión a mitad de camino de la columna, —le aseguró Set—. Probablemente parezcan pequeñas cuevas. Fácil de pasar por alto.

El *Victoria* estaba a menos de cien metros del pilar cuando Zannah inclinó el morro de forma aguda hacia arriba. La nave reaccionó al instante, arqueándose en un ascenso empinado, la fuerza *g* anclando a los dos pasajeros en sus asientos. La lanzadera se estabilizó en un ascenso perfectamente vertical a menos de diez metros de la pared de roca, corriendo en paralelo a su contorno mientras Zannah buscaba un lugar donde aterrizar.

Estaba demasiado oscuro para una visual, pero los sensores de la nave le proveyeron una topografía digital de la superficie del pilar que corría por debajo del casco. Lo que desde la distancia había parecido liso y simple era, de hecho, burdo e irregular. El viento y la erosión habían esculpido muescas y canales en la roca, y la cara estaba marcada con miles de pequeñas aperturas, de forma irregular. La mayoría eran recovecos o fisuras que iban a menos de diez metros de profundidad. Otras eran realmente túneles que se extendían más profundo en la roca. Sólo un puñado eran lo suficientemente grandes como para acomodar a una lanzadera.

—Aguarda, —advirtió Zannah un instante antes de tirar hacia atrás con fuerza de la palanca.

El *Victoria* se separó de la columna en un bucle hacia atrás. Al mismo tiempo Zannah les lanzó en un ruedo de forma que terminaron rectos, hacia arriba, con el morro del navío apuntando hacia la apertura que había escogido. Los propulsores de aterrizaje dispararon a toda potencia mientras el impulso de la lanzadera les mandó disparados hacia la boca de la caverna, frenando con fuerza antes de acomodarse en un perfecto aterrizaje sobre tres puntos.

Set no dijo nada, pero Zannah lo vio alzar una ceja en apreciación. Ella podía haber escogido una maniobra menos dramática para alcanzar su destino, pero ella sabía que su posible aprendiz prefería hacer las cosas con una cierta clase estilística. Impresionarle con sus habilidades de pilotaje era sólo una pequeña forma de asegurarse su respeto y lealtad.

A través de la ventana de la cabina de mandos, Zannah sólo podía ver oscuridad. Encendió las luces externas del *Victoria*, iluminando la caverna. Las paredes de roca que les rodeaban eran afiladas y dentadas, pero el suelo era liso y regular. Un único pasadizo salía a un lateral, el túnel demasiado perfectamente recto para haber sido moldeado por la naturaleza.

—Probablemente hay cerca de una docena de otros puertos de aterrizaje como este, —le informó Set mientras salían de la lanzadera—. Cada uno con un pasadizo que lleva a los niveles inferiores del complejo.

—Qué mal que no fueras capaz de encontrar ningún holomapa del plano, —comentó ella, sin querer que se volviera muy orgulloso.

—Quizás deberíamos dividirnos, —sugirió Set—. Con nosotros dos buscando tendremos una mejor probabilidad de encontrarle.

—Voy a ir sola, —le informó Zannah—. Tú vas a quedarte aquí y proteger la nave.

—¿Proteger la nave? ¿De quién?

—Quien fuera que se llevara a Bane debe tener a alguien patrullando las entradas. Si encuentran nuestra nave indefensa pueden deshabilitarla, cortando nuestro único método de escape.

—Está bien, —respondió Set bruscamente tras un momento de consideración—. Me sentaré aquí y observaré la lanzadera como tu perro de batalla cyborreano personal.

—Supongo que serás capaz de manejar a cualquiera que se tropiece con este puerto de aterrizaje sin demasiados problemas.

—Con todos excepto con tu Maestro, —le aseguró él.

Ni siquiera yo estoy segura de poder manejarle.

Satisfecha con la respuesta de Set, Zannah partió un bastón de luz. Guiada por su pálida iluminación, se abrió paso bajo el túnel y dentro de la Prisión de Piedra.

* * *

Set observó la espalda de su nueva Maestra, siguiendo su progreso hasta que giró una esquina y desapareció, dejándole solo en el pequeño puerto de aterrizaje.

Él se inclinó casualmente contra el casco del *Victoria,* recordando su llegada. Se consideraba a sí mismo un piloto bastante bueno, pero nunca habría intentado un movimiento como el ruedo hacia atrás que Zannah había utilizado para llevarles a aterrizar. Sabía que estaba simplemente luciéndose para su beneficio. Aún así, había sido impresionante.

Tras un par de minutos empezó a caminar sin descanso hacia atrás y hacia delante, pateando a las pequeñas piedras del suelo. A Set no le gustaba recibir órdenes, y no le gustaba quedarse sentado sin hacer nada.

No hagas nada estúpido ahora. Ella estaba hablando antes de lo importante que es la paciencia. Esto probablemente sea otra prueba.

Obba, su Maestro antes de que abandonara a los Jedi, a menudo alentaba a los estudiantes a meditar cuando no tenían otras tareas o deberes. Clamaba que centraba la mente y el espíritu. Pero Set nunca había sido fan de la meditación. Prefería estar haciendo algo —cualquier cosa— a sentarse en un trance perdido en sus propios pensamientos.

Él se sentó en cuclillas y rebuscó en el suelo hasta que recogió cinco piedras del tamaño del puño. Frotó el polvo lo mejor que pudo, inspeccionándolas por bordes afilados que pudieran cortar sus palmas o dedos. Entonces, satisfecho con su hallazgo, empezó a hacer malabares, esperando que le ayudara a pasar el tiempo.

Empezó con lanzamientos simples, tomando consciencia del peso y equilibrio de cada piedra. Entonces cambió a una cascada, las rocas bailando en un patrón circular, saltando mientras brincaban de mano a mano. Luego añadió recogidas tras su espalda, alternando cada lanzamiento de delante a atrás sin siquiera romper su ritmo.

Mirando por la caverna, avistó otra roca de un tamaño apropiado en el suelo a un par de metros de distancia. Aún haciendo malabares, se movió hacia ella con pasos

arrastrando los pies hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para deslizar el pulgar de su bota bajo el borde de la piedra. Un rápido golpe del pie la mandó al aire, donde se unió a las otras en su patrón.

Repitió este truco varias veces más, moviéndose alrededor de la caverna en busca de más rocas, añadiendo tanto números como complejidad al truco hasta que, al alcanzar los diez objetos en malabarismos simultáneamente, los dejó caer todos al suelo en disgusto.

No has venido aquí a jugar.

Zannah se había ido hacía menos de diez minutos, y ya estaba insoportablemente aburrido.

Podría haberse ido por horas. No vas a lograrlo.

Cerrando sus ojos para ayudarle a concentrarse, Set se extendió con la Fuerza, sondeando el área a su alrededor. Al principio no percibió nada; Zannah había desaparecido en las profundidades del complejo.

Concentrándose intensamente, empujó su consciencia aún más lejos. Perlas de sudor empezaron a formarse en su frente, pero tras casi un minuto empezó a detectar leves signos de vida. Todos los seres vivos estaban en sintonía con la Fuerza en algún nivel, y los Jedi le habían entrenado para percibir su presencia a través de ella. La gente normal apenas era perceptible, tan fácil de pasar por alto como una tenue luz en una tarde soleada. Aquellos con poder —hombres y mujeres como Zannah u otros Jedi— ardían con una intensidad mucho mayor.

Para su sorpresa, Set sintió varios brillos Fuertes, distintos, mientras extendía su consciencia. Había esperado percibir a Zannah y a su Maestro, pero no estaban solos. Era difícil decir exactamente cuántos otros había, o su posición precisa; percibir a otros a través de la Fuerza era una ciencia bastante inexacta. Pero definitivamente estaban ahí.

Y no son Jedi.

Aquellos que servían al lado luminoso tenían cierta aura inconfundible alrededor de ellos… como lo hacían aquellos que utilizaban el lado oscuro.

Quizás Bane ya se encontró otro aprendiz. Zannah podría toparse con una pequeña sorpresa.

En circunstancias normales, Zannah con seguridad habría percibido las otras presencias como él lo había hecho, pero Set sabía que estaba centrada en una cosa: encontrar a Bane. Con su mente concentrándose tan intensamente en localizar la posición exacta de su Maestro, era posible que no se percatara de nadie más. No hasta que virtualmente estuviera justo sobre ellos.

Set vaciló, inseguro de lo que debía hacer. ¿Necesitaba Zannah su ayuda? Si lo hacía, ¿se molestaría él?

Si quieres pirarte, esta es tu mejor ocasión. Simplemente salta a esa lanzadera y vuela fuera de aquí.

Si se iba y Zannah moría, era improbable que nadie más supiera siquiera que había estado aquí. No tendría que preocuparse por su Maestro yendo tras él; podía pretender que nada de esto había ocurrido nunca. Si Zannah sobrevivía, sin embargo, no tenía duda

de que vendría buscando venganza. Y desde que él no estaría ahí para ver el resultado final de su enfrentamiento con Bane, tendría que pasar el resto de sus días mirando por encima de sus hombros sólo por si acaso.

No es muy distinto de lo que haces ahora. Has conseguido permanecer a un paso por delante de los Jedi todos estos años; ¿cuánto más difícil puede ser permanecer a un paso por delante de los Sith al mismo tiempo?

Pero había otras consideraciones. Si se iba, estaba perdiendo la oportunidad de aprender de Zannah. Ella era más fuerte de lo que él era, mucho más fuerte. Ella podía enseñarle cosas que nunca aprendería de nadie más. No era fácil dar la espalda a ese tipo de poder.

Dividido entre las dos opciones, Set trató de extender su consciencia aún más esperando aprender más. Ya estaba aproximándose a los límites de sus habilidades, pero sabía que esta era la decisión más importante de su vida. No podía permitirse tomarla mal.

Un dolor agudo se estaba formando en su frente; se sentía como si alguien estuviera clavando una larga aguja en su cráneo justo entre sus ojos. No estaba acostumbrado a este tipo de esfuerzo prolongado; cuando llamaba a la Fuerza era para rápidas explosiones de acción. Pero ignoró el dolor, apretó sus dientes, e hizo un último empujón.

Y entonces lo sintió. Las criaturas con vida no eran las únicas cosas con afinidad por la Fuerza. La mayoría de la vida adulta de Set la había pasado buscando objetos imbuidos con su poder: inicialmente en nombre del Consejo del Primer Conocimiento, luego para sí mismo. Se había convertido en un alto adepto en reconocer las firmas de energía únicas proyectadas por los talismanes del lado oscuro; le llamaban con más fuerza de lo que lo hacían a la mayoría de los otros.

Eso fue por lo que, pese al hecho de que estaba en los mismos límites de su consciencia, fue capaz de percibirlo. Era como nada que hubiera percibido antes; algo tan fuerte y poderoso que le hacía jadear con deseo.

El Holocrón de Andeddu. Tiene que serlo.

Zannah había dicho que su Maestro había ido a Prakith a encontrarlo. Quienes fuera que hubieran capturado a Bane debían haber tomado el Holocrón para ellos mismos.

Set abrió sus ojos y agitó su cabeza, colapsando su consciencia de vuelta a sus alrededores inmediatos. Su dolor de cabeza creciente se había ido, reemplazado por un deseo doloroso de reclamar el Holocrón para él mismo.

Tenía sólo una vaga idea de dónde encontrarlo. Una vez estuviera dentro de la Prisión de Piedra, aún así, confiaba en que sería capaz de dirigir su atención hacia él rápidamente. Para él, rastrear un Holocrón era mucho más fácil que localizar a una persona.

Zannah le había ordenado proteger la nave, pero él no estaba preocupado porque nadie la descubriera accidentalmente. No había percibido a nadie ni remotamente cerca del puerto de aterrizaje.

La cuestión es, ¿puedes coger el Holocrón y volver aquí antes de que Zannah termine con Bane?

Era arriesgado. Si ella volvía para descubrir que se había ido, podría decidir terminar con su aprendizaje… y con su vida. Incluso si no lo hacía, podría simplemente tomar el Holocrón para ella misma, y Set sabía que él no sería lo suficientemente fuerte como para detenerla.

Pero si encuentras el Holocrón, ¿quién dice que tengas que traerlo de vuelta aquí?

Quien fuera que hubiera llevado a Bane a la Prisión de Piedra tenía que estar utilizando uno de los otros puertos de aterrizaje para sus propios navíos. ¿Qué difícil podía ser robar uno de esos en su lugar?

El secreto de la vida eterna versus el odio eterno de un Lord Sith. ¿No merece la pena?

Esa era una pregunta que Set no tenía problemas en contestar. Tomando una lámpara de brillo, entró en la Prisión de Piedra a través del mismo pasadizo por el que Zannah había bajado hacía menos de quince minutos antes.

19

Bane podía sentir el duro hierro de sus cadenas cortándole las muñecas, y una sombría sonrisa surgió en sus labios. El dolor indicaba que el sedante estaba perdiendo sus efectos. La niebla gris que nublaba sus pensamientos se estaba aclarando, dejando su mente aguda y centrada.

Una vez más podía sentir el poder del lado oscuro. Era fuerte en este lugar; la miseria y el sufrimiento de siglos colgaban en el aire aquí. Bane casi podía escuchar los gritos de las innumerables víctimas aún haciendo eco en las paredes.

Los recuerdos de la última hora eran borrosos y confusos, pero sabía lo suficiente. Su captura había sido orquestada por la hija de Caleb y la misteriosa iktotchi que había estado a su lado durante el interrogatorio. Y debía su liberación a su otra compañera.

No sabía por qué la mujer de piel oscura le había inyectado después de que las otras se fueran. Pese a su estado drogado en el momento, estaba seguro de que no fue un accidente o error. Ella sabía lo que estaba haciendo. Quién era y por qué lo había hecho, sin embargo, estaba más allá de su comprensión.

No es que su identidad o sus motivos importaran en el futuro inmediato. Había dado a Bane toda la ayuda que necesitaba, y pronto estaría preparado para hacer su movimiento.

El dolor se había esparcido más allá de sus muñecas. Sus hombros se sentían como si se fueran a salir de sus cuencas de cargar con su peso. Las heridas profundas en su mejilla ardían, y podía sentir los pequeños riachuelos de sangre bajando por su cara y por la línea de su mandíbula antes de caer al suelo.

Es la hora.

Alzó su cabeza para asegurarse de que la puerta de su celda aún estuviera cerrada; quería coger a sus captores por sorpresa. Entonces empezó a reunir el poder de la Fuerza. Un instante más tarde las cadenas de sus muñecas y tobillos se destrozaron, explotando en un millón de partes ante un mero pensamiento de Bane.

Cayó al suelo, sus músculos cansados sin estar preparados para soportar su peso. Le llevó un momento recomponerse, y entonces un arrebato de adrenalina surgió a través de su cuerpo y estuvo de nuevo en pie.

Bane se sentía desnudo sin su sable láser, pero no estaba exactamente indefenso sin él. Había multitud de otras formas de despachar a sus enemigos.

Tres pasos rápidos le llevaron a la puerta de duracero de su celda. Extendió el brazo y puso su mano izquierda en plano contra la superficie, entonces usó la Fuerza para hacerla explotar hacia afuera. Voló por la habitación, golpeando y matando a uno de los guardias sentados en una mesa jugando a las cartas.

Los cinco guardias restantes se pusieron en pie, agarrando sus armas. Bane golpeó con la Fuerza. La furia de su ataque fue amortiguado por los efectos que perduraban de las drogas en su sistema, pero aún era lo suficientemente fuerte como para golpearlos al suelo y mandar la mesa volando contra la pared, donde se partió en dos.

Bane cayó sobre los guardias como un animal rabioso, moviéndose tan rápidamente que no era más que un borrón. Llevó abajo su bota sobre la garganta de su oponente más cercano, aplastando su tráquea. Envolvió su antebrazo musculado alrededor del cuello del siguiente hombre desde detrás en un agarre asfixiante, puso su otra mano contra su mentón, y dobló su cabeza a un lado, rompiéndole el cuello.

Los últimos tres oponentes estaban de vuelta en pie, con los blásters desenfundados. Bane sacó una corta vibroespada del cinturón del hombre con el cuello roto y la clavó en la barriga de una mujer antes de que pudiera poner a funcionar su pistola. Ella se dobló del golpe fatal, liberando el agarre sobre su arma.

Bane cayó al suelo y la cogió antes de que golpeara el suelo, agachándose bajo los rayos disparaos por los dos enemigos restantes mientras rodaba sobre su espalda y disparaba un par de tiros perfectamente situados. Ambos guardias cayeron hacia atrás, sus caras borradas por el impacto de un rayo bláster a quemarropa.

Otra puerta sellada de duracero bloqueaba la única salida. Bane lanzó el bláster a un lado y sacó la puerta de sus bornes. Arriba, alguien activó la alarma, y un claxon diáfano empezó a sonar.

Más allá de la puerta había una escalera angosta, similarmente barricada en la parte superior. El Lord Oscuro cargó hacia arriba de las escaleras y se lanzó de hombros hacia la puerta de arriba. Se abrió por el impacto, mandándole tambaleándose en la habitación de más allá.

Los cuatro guardias de aquí arriba fueron alertados por los disparos bláster disparados desde abajo; al contrario de la primera oleada no fueron pillados con la guardia baja por su entrada violenta. Con las armas ya desenfundadas, abrieron fuego.

Pero el asalto visceral, primario sobre el escuadrón en la habitación de abajo había alimentado el ciclo de emoción creciente y poder del lado oscuro amontonándose. Encontró su asalto con una explosión de energía chispeante que hizo surgir una oleada violeta de su cuerpo en el centro.

Los rayos entrantes fueron absorbidos sin hacer daños en la tormenta iónica, los propios blásters fundidos en las manos de sus dueños. El hedor de la carne quemada mezclado con sus gritos de agonía y la incansable canción, martilleante, de las alarmas, alimentando aún más el poder de Bane.

Agachado sobre una rodilla, apretó ambos puños y lanzó sus brazos hacia fuera a cada lado, con los dedos desplegados ampliamente. La oleada de Fuerza resultante vapuleó a los guardias, mandándoles volando hacia atrás de forma que rebotaron en las paredes con suficiente fuerza como para dejar grietas en la piedra.

Bane se alzó en pie en el centro de la matanza. Media docena de cuerpos permanecieron desperdigados a su alrededor, huesos destrozados, órganos internos aplastados en pulpa. Uno se ahogaba con un espray rosa, espumoso, con su último aliento; todos los otros estaban quietos.

Para su desesperación, no vio ni a la hija de Caleb ni a la iktotchi entre los muertos. Había percibido a un par de guardias huyendo de la habitación mientras cargaba hacia

arriba de las escaleras, pero no había sentido a ninguna de las dos mujeres entre ellos. Tampoco reconoció ninguno de los cuerpos como el de la mujer de piel oscura que le había salvado, aunque estaba —de momento— menos interesado en ella.

Había encontrado a Serra antes. Durante su primer encuentro con Caleb, el sanador había tratado de engañarle con una simple ilusión de ocultar a su hija. Pero Bane había percibido a la pequeña chica cubriéndose tras la fachada: había saboreado su miedo. Aún así era más que eso. Como su padre, la chica tenía poder que podía ser percibido a través de la Fuerza.

No puedes esconderte de mí. Te encontraré.

Llamando a los recuerdos hace tiempo enterrados, se extendió con su mente, concentrándose en captar su inconfundible presencia.

Aún está aquí: Todavía en las instalaciones. Pero no está sola.

Su consciencia se había esparcido a través de los pasillos de la mazmorra, susurrando sobre las mentes de todos los que caminaban por los pasillos. Había percibido a Serra, junto con varios otros poderosos individuos. Aún así había uno en particular que le había llamado la atención.

Zannah. ¿Qué está haciendo aquí?

¿Estaba su aprendiz de algún modo involucrada en su captura? ¿Había venido aquí para rescatarle? ¿O quizás para evitar que escapara?

Fuera cual fuera la explicación, Bane sabía una cosa con seguridad: no quería enfrentarse a Zannah ahora mismo. No mientras aún estuviera recuperándose de las toxinas que Serra había utilizado para dejarle indefenso, y ciertamente no sin su sable láser.

Ella estaba buscándole; podía percibirla extendiéndose, acercándose aún más. Aún así, había formas de contrarrestar sus esfuerzos: sutiles manipulaciones de la Fuerza podían confundirla y guiarla mal.

Engañar a Zannah mientras rastreaba a la hija de Caleb al mismo tiempo era posible en teoría, aunque pocos individuos tenían la disciplina para mantener el equilibrio entre dos tareas tan intensas mentalmente. Pero la voluntad de Bane era tan fuerte como su cuerpo.

Si era rápido, astuto, y cuidadoso tendría ocasión de encontrar a su presa mientras aún salía de la prisión con vida.

* * *

Lágrimas de rabia, vergüenza, y frustración estaban surcando por la cara de la princesa. Las había mantenido a raya mientras pasaba por los guardias, pero sin nadie alrededor para verlas finalmente las había dejado ir.

Su plan para vengar la muerte de su padre y liberarse de los recuerdos traumáticos de su infancia había fracasado miserablemente. Ella quería que el Lord Sith admitiera que se

había equivocado. Quería que se disculpara y pidiera perdón por la muerte de Caleb. Quería que rogara piedad.

Se había convencido a sí misma que si esto ocurría le ayudaría a tratar con la muerte sin sentido no sólo de su padre, sino también de su marido. Había pensado que le ayudaría a restaurar algún tipo de significado a un universo cruel y aleatorio. Había esperado que le trajera paz.

Pero nada había ido como había planeado. El prisionero había sido completamente impenitente. Había retorcido todo lo que había hecho y dicho en alguna justificación perversa en lo que él creía. Casi lo hacía parecer que la muerte de Caleb estaba *bien*.

Y volvió a tu mejor amiga en tu contra.

Por mucho que las palabras del Sith la perturbaran, las acciones de Lucia le habían molestado aún más. La guardaespaldas había sido la que había contratado a la Cazadora para vengar la muerte de Gerran. Pero ahora parecía determinada a oponerse a la misión de Serra de vengar a Caleb.

No tenía ningún sentido para la princesa. Había esperado que Lucia estuviera a su lado durante el enfrentamiento, para apoyarla mientras se enfrentaba al demonio de su pasado. Para compartir su fuerza para que pudiera conquistar sus miedos y triunfar sobre su mal. En su lugar ella le había defendido.

¿Cómo pudiste darme la espalda así? ¿Cuando yo más te necesitaba?

Serra había huido de la celda de interrogatorios para escapar de la locura, sin siquiera prestar atención a dónde estaba yendo. Moviéndose con pasos largos, rápidos, había corrido descuidadamente bajo el laberinto de pasillos sin ningún propósito o dirección.

No sabía adónde iba o lo que estaba tratando de hacer. Simplemente necesitaba pensar. Para tratar de encontrarle sentido a todo. Para estar sola.

Solo que no estaba sola.

El cansancio físico le había ayudado a llevar sus emociones arremolinadas de nuevo bajo control, y tras varios minutos empezó a recuperar alguna similitud de compostura. Las lágrimas se detuvieron y su paso se ralentizó. Sólo fue entonces cuando escuchó los pasos de alguien siguiéndola a un par de metros tras ella.

Ella se detuvo en corto, alzando una mano para limpiarse los ojos antes de girarse. Esperaba ver a Lucia. En su lugar, se encontró cara a cara con la asesina iktotchi.

—¿Por qué estás escabulléndote detrás de mí? —exigió ella.

—Si estuviera escabulléndome, no me habrías escuchado, —respondió la Cazadora con su calma implacable—. Estaba siguiéndote, pero no hice ningún esfuerzo por enmascarar mi presencia.

—¿Entonces por qué me estabas siguiendo?

—Quería ver lo que harías. Tengo curiosidad por saber cómo reaccionarás a tu fracaso.

El labio de Serra se retorció, pero consiguió mantener el resto de su cara inexpresiva, igualando el comportamiento sin emociones de la otra mujer.

No tenía sentido negar lo que había ocurrido; la iktotchi había sido testigo de todo el intercambio. Pero la princesa no estaba dispuesta a admitir la derrota.

—Me recuperaré del fracaso y lo intentaré de nuevo, —declaró ella—. La próxima vez que hable con él estaré preparada para sus trucos.

—No habrá una próxima vez, —respondió la Cazadora—. Lo tuviste en tu poder. Su misma vida estuvo en tus manos. Pero escogiste dejarle vivir, y ahora es demasiado tarde. Su destino y su futuro se han escapado de tu agarre. Estás impotente una vez más.

Las palabras fueron dichas sin resentimiento o malicia, lo que las hacía aún más dolorosas. Serra se dio cuenta de que había algo maligno en esta mujer. No era sólo una asesina contratada. Utilizaba su habilidad para percibir el futuro para esparcir el sufrimiento y la muerte.

—Ya no te quiero aquí, —le dijo Serra, su voz firme—. Tu trabajo ha terminado y ya se te ha pagado. Así que vete.

—El futuro está turbio ahora mismo, —admitió la iktotchi—. Los eventos bailan al filo de la navaja, y no puedo prever por qué camino caerán. Quiero quedarme y ver qué ocurre cuando el prisionero se libere.

—¡Nunca se liberará! —Soltó Serra—. ¡No dejaré que eso ocurra!

—No puedes detenerlo. Ya es demasiado tarde, —respondió la Cazadora—. Lucia te ha traicionado. Lo vi en sus ojos cuando te fuiste. Ella quiere salvar al hombre que tú quieres destruir.

Serra agitó su cabeza, pero aunque quería negarlo no podía decir las palabras.

Ella estaba defendiéndole durante el interrogatorio. Tratando de protegerle.

—¿Por qué no dijiste algo antes? —preguntó ella, perpleja—. ¿Por qué no me advertiste?

—Como dijiste, ya se me ha pagado. Mi trabajo era entregártelo. Nada más.

—¿Entonces por qué me lo estás diciendo ahora?

La iktotchi no tenía una respuesta, pero la primera sombra de emoción pasó por su cara mientras las esquinas de sus labios se curvaron hacia arriba en la sombra de una sonrisa cruel.

Se alimenta de la miseria de los otros.

Serra empezó a decir, *Lucia nunca me traicionaría*, pero sus palabras fueron cortadas por el sonido repentino de las alarmas de la Prisión de Piedra.

En ese instante supo que todo lo que la Cazadora le había dicho era cierto. El prisionero se había liberado, y Lucia le había ayudado.

—¡No! —Gritó Serra, agarrando su cabeza entre sus manos mientras por segunda vez hoy su mundo la aplastaba—. ¡No!

La iktotchi se estaba riendo entre dientes ahora, transformando los tatuajes de su labio inferior en colmillos.

—¡No! —gritó de nuevo la princesa, su voz elevándose sobre las alarmas.

No puede escapar. Ahora no. No después de que eso ocurriera.

—¡No!

Serra se giró y huyó por uno de los pasillos cercanos, un último plan, desesperado formándose en su mente.

20

Tan pronto como Lucia estuvo fuera de la vista de los guardias que vigilaban a Des, rompió en un brusco trote. Sabía que no tenía mucho tiempo antes de que él escapara, y necesitaba encontrar a la princesa antes de que eso ocurriera. Pero averiguar dónde había ido Serra no era un asunto fácil.

Docenas de pasadizos se ramificaban desde el pasillo principal a cada lado, llevando a otros bloques de celdas en el ala, o a áreas completamente nuevas del complejo de mazmorras. Afortunadamente sólo una pequeña sección de la Prisión de Piedra había sido reabierta. La mayoría de los pasillos por los que pasó Lucia aún estaban oscuros y desiertos: no pensaba que la princesa hubiera ido bajo ninguno de ellos.

Incluso así, había un montón de área por cubrir. Había empezado por la oficina administrativa del ala de máxima seguridad, sólo para encontrarla vacía. Después de eso había retrocedido, moviéndose rápidamente arriba y debajo de los pasillos que estaban iluminados, ocasionalmente gritando el nombre de Serra en lo que ella esperaba que llegara como una voz calmada, normal.

Necesitaba encontrarla, pero tampoco quería parecer sospechosa. Lucia no tenía intención de revelar lo que había hecho. Había ayudado a Des porque sentía que era lo correcto, pero dudaba que Serra lo entendiera.

Su esperanza era que estuviera al lado de la princesa en el papel de una amiga apoyándola cuando las alarmas sonaran. Como su guardaespaldas, tendría perfecto sentido que se llevara a Serra a salvo en ese momento, y su amiga nunca tendría que saber la verdad sobre cómo escapó Des.

Desafortunadamente, la primera parte de su plan se desmoronó cuando escuchó las alarmas sonar un par de minutos después.

Ella maldijo bajo su aliento y rompió a correr por completo. Su plan aún podía funcionar: si encontraba a Serra aún podía convencerla de marcharse sin exponer su traición. Pero ahora estaba en una carrera contra Des para ver cuál de ellos podía encontrar antes a la princesa.

¿Dónde podía estar?

El sonido de las alarmas le hacía difícil pensar. Lucía había derrapado para detenerse, tomándose un momento para reunir sus pensamientos.

Desde el pasillo a su derecha escuchó a la princesa gritar «¡No!» su voz llegando incluso por encima de la cacofonía de las alarmas.

¡Tenía que estar cerca! Girándose, Lucia corrió por el pasillo en dirección al sonido. Llegó a otra intersección: el pasillo se ramificaba a derecha, izquierda, y continuaba recto. Deteniéndose, escuchó por otra pista, pero no escuchó nada.

Recordando los planes que había memorizado cuando se unió por primera vez a la Guardia Real, recordó que el pasillo a la izquierda llevaba más profundo hacia la mazmorra, hacia un área que aún estaba cerrada. Eso le dejaba sólo dos opciones.

Continuó recto, sabiendo que el pasillo continuaba durante cerca de veinte metros antes de girar abruptamente y terminar en unas antiguas barracas de guardias. La habitación estaba en el mismo cuadrante de energía que el ala de máxima seguridad, así que estaría iluminada. Pero no estaba siendo utilizada: los mercenarios contratados habían estado alojados al otro lado del ala.

Lucia suponía que la princesa había ido allí para encontrar algo de privacidad mientras luchaba para tratar con sus emociones. Se equivocó. Al encontrar las barracas vacías, fue forzada a doblar hacia atrás y tomar la otra ramificación, sabiendo los preciosos segundos que había perdido.

Corriendo con toda el alma, se apresuró bajo el pasillo y alrededor de la esquina, casi rodando sobre la Cazadora. La iktotchi caminó rápidamente a un lado para evitar la colisión. Al mismo tiempo Lucia se frenó en corto, lanzándola fuera de equilibrio de forma que tropezó y cayó. Su rodilla golpeó con fuerza contra el suelo y se raspó contra la dura piedra, rasgando un agujero en sus pantalones y raspando una capa de piel.

—¿Has visto a la princesa? —preguntó mientras volvía a ponerse en pie, ignorando la cálida sangre que ya salía de los arañazos profundos de su rodilla herida.

—Ella sabe lo que hiciste, —dijo la asesina—. Sabe que la traicionaste.

La acusación inesperada cogió a Lucia con la guardia baja; ni siquiera trató de negarlo.

—¿Cómo?

—Yo se lo dije.

Lucia estaba sorprendida, incapaz de comprender cómo había sido expuesto su secreto. Y recordó los rumores que clamaban que los iktotchi podían ver el futuro y leer mentes. Ella estaba al borde de preguntar por qué la Cazadora dejó que ocurriera sólo para decirle a Serra de su traición después de los hechos, pero entonces recordó con quién estaba tratando.

Lo hizo para herirla. Es tan monstruo como cualquier Sith.

Durante un momento pensó en ir a por su bláster. Quería matar a la Cazadora. Habría hecho un favor a la galaxia. Pero pese a su arrebato, sabía que no tenía ninguna oportunidad de matar a la asesina. Atacarla sólo resultaría en la propia muerte de Lucia, y eso no haría nada por ayudar a la princesa.

Aún puedes encontrar a Serra. Incluso aunque sepa lo que hiciste, quizás aún puedas convencerla de que se marche antes de que Des la encuentre. Aún puedes salvarla.

—¿Por dónde fue? —preguntó ella, preguntándose si la iktotchi siquiera se molestaría en decírselo.

—Ella corrió por ahí, —respondió la asesina, inclinando su cabeza con cuernos para indicar la dirección. La mente de Lucia retrocedió hasta los planos del complejo, y ella supo adónde se dirigía Serra. La princesa aún estaba determinada a matar a Bane. Iba a la sala de control para detonar la secuencia de autodestrucción de la Prisión de Piedra.

Sin molestarse en gastar otro segundo con la Cazadora se giró y corrió por el pasillo en su persecución, sus andares torpes e irregulares debido a su rodilla sangrienta y rápidamente inflamándose.

* * *

La Cazadora observó a la guardaespaldas de la princesa apresurarse por el pasillo. Sabía lo que había al final; en sus visiones había visto las paredes de esta prisión aplastándose en una serie de explosiones.

Por un instante tuvo el pensamiento de que la guardaespaldas iba a tratar de matarla. Estuvo de algún modo decepcionada cuando no ocurrió. Aún así, sabía que el final de Lucia era inevitable: lo había visto.

Se giró y se abrió paso con pasos llenos de propósito en la otra dirección, dirigiéndose hacia el muelle de hangar principal: una gran caverna donde ella y los mercenarios habían aterrizado sus lanzaderas. No tenía sentido quedarse alrededor, no cuando sabía que la secuencia de autodestrucción iba a ser activada en un par de minutos. Aún cuando alcanzó el hangar, vaciló.

La escapada del prisionero no le había sorprendido. Sabía que él no estaba destinado a morir encadenado como un animal. Ella lo había visto demasiadas veces en sus sueños, enfrentado en batalla con la mujer rubia de sus visiones en Ambria. Su mente subconsciente estaba obsesionada con ellos, y la Cazadora sospechaba que finalmente sabía por qué.

Su vida se había vuelto estancada, vacía. Se movía de trabajo en trabajo, pero no tenía un propósito real, ninguna meta mayor. Pese a su habilidad para ver visiones del futuro, nunca había buscado darle forma. Siempre había sentido que un mayor destino le esperaba, aún así, no había hecho ningún esfuerzo por perseguirlo.

De su bolsillo, sacó la empuñadura del sable láser y la pequeña pirámide que había cogido en Ciutric. Estos eran instrumentos de poder; podía sentir la importancia de ellos. Tenían significancia y significado. Tenían propósito.

Sabía que los Jedi clamaban que el lado luminoso había triunfado sobre el oscuro. Clamaban que los Sith estaban extintos. Aún así, la Cazadora también sabía que era mentira. Los Sith aún vivían; había saboreado su poder. Y lo había encontrado intoxicante.

Asegurando el sable láser y la pirámide de vuelta bajo su túnica, se abrió paso para inclinarse contra la barandilla del gran balcón de metal que sobrevolaba las plataformas de aterrizaje. Desde su punto de vista podía mirar sobre las partes superiores de los cuatro navíos aparcados abajo, dándole una clara vista del cielo nocturno de Doan a través de la amplia entrada al otro extremo de la caverna.

Dos de las naves eran ordinarias: lanzaderas propiedad de los mercenarios que la princesa había contratado para la estación. La tercera era el navío personal de la princesa: más nuevo que los otros, llevaba el símbolo azul y amarillo de la Casa Doan a cada lado.

Y entonces estaba su propio navío, el Acechador. Más pequeña que cualquiera de las otras naves, su casco negro brillante y su corte rojo sangre aún lo hacían destacar.

Tras un momento se abrió paso lentamente por las escaleras, pero cuando alcanzó el suelo de abajo no subió a bordo de su nave. En su lugar, empezó a vagar lentamente arriba y abajo de los pasillos entre los navíos, perezosamente pasando su mano por sus cascos.

Se sentía impulsada a esperar un poco más. Algo importante iba a ocurrir, algo más que la implosión espectacular de la Prisión de Piedra. Podía percibirlo llegar en las corrientes de la Fuerza. No podía del todo agarrar qué evento era, a veces el futuro podía ser tan resbaladizo como una anguila fleek. Pero sabía que tenía algo que ver con sus visiones, y pretendía esperar lo suficiente para verlo pasar.

Su destino dependía de ello.

* * *

Zannah sabía que se estaba acercando. La parte de su viaje a través del laberinto de la Prisión de Piedra de habitaciones y pasillos había sido llevado a cabo en casi total oscuridad. Sólo la pálida luz verde de su bastón de brillo le había guiado… eso, y la Fuerza.

Podía percibir la presencia de su Maestro en la profundidad del complejo, atrayéndola hacia delante. Aún así, hizo varios giros mal y llegó a un número de callejones sin salida mientras se movía en silencio a través de la oscuridad. El trazado de la mazmorra era confuso intencionadamente para aplacar cualquier esfuerzo de rescatar a aquellos mantenidos cautivos entre sus paredes.

Aún así Zannah había perseverado, nunca cediendo a la frustración o a la rabia incluso cuando era forzada a dar media vuelta y volver por donde había venido. Finalmente, sabía ella, alcanzaría su destino.

Delante vio un leve brillo de luz dispersándose desde una esquina, y supo que su paciencia había sido recompensada. Moviéndose hacia delante, se encontró viajando a través de un pasillo iluminado. Había alcanzado la sección de la instalación que había sido reabierta; Bane tenía que estar cerca.

Lanzando su lámpara de brillo a un lado, procedió hacia delante cuidadosamente, manteniendo su consciencia abierta para advertirle antes de que cayera sobre algún guardia incluso mientras continuaba localizando la celda donde tenían retenido a su Maestro.

Había ido a menos de cien metros cuando sintió una perturbación en la Fuerza. Un instante más tarde las alarmas sonaron, y Zannah supo lo que había ocurrido… ¡Bane había escapado!

Su sable láser se encendió con un zumbido, y aceleró el paso. Ya no estaba tratando de percibir ningún guardia que pudiera estar adelante: con Bane suelto necesitaba

concentrarse en él. Su Maestro estaría en movimiento, y había llegado demasiado lejos como para perderlo ahora.

Las alarmas continuaron sonando. Zannah las ignoró, centrándose en su lugar en los destellos de poder que sentía a través de la Fuerza, cada uno una baliza llevándola aún más cerca de Bane.

Ella corrió bajo un pasillo y alrededor de una esquina. Delante vio una puerta que había volado libremente fuera de sus goznes.

Está ahí. En esa habitación o en una justo tras ella. Podía percibir su presencia, su inconfundible poder.

Trepando junto a la pared se aproximó al borde de la puerta, entonces se agachó en un ruedo y dio una voltereta hacia la habitación de más allá.

La escena de dentro dio testimonio del hecho de que Bane había estado aquí. Los cuerpos aplastados de los guardias se apilaban en la habitación. Una puerta de duracero colgaba torcida sobre sus bornes, revelando una escalera que bajaba a otra habitación debajo.

El lado oscuro había sido liberado aquí hacía sólo un par de minutos. Aún podía sentir su poder permanente.

Se aproximó a las escaleras con cuidado, sondeando con su mente en la habitación de abajo. De nuevo, sintió el inconfundible poder de su Maestro.

Está atrapado.

Ella rompió sus esfuerzos de rastrear a Bane y en su lugar se concentró en utilizar la brujería Sith para enmascarar su propia presencia mientras corría por las escaleras. No había necesidad de ser silenciosa; con las alarmas haciendo eco por la prisión, había poca probabilidad de que escuchara sus pasos.

Ella irrumpió en la cámara inferior sólo para ser decepcionada una vez más. Otra pila de guardias muertos estaban reunidos alrededor de los restos de una mesa, pero Bane no estaba en ninguna parte. Había estado rastreando un eco de su poder, y de algún modo había perdido el real.

Es imposible. A no ser…

¡Bane sabía que estaba aquí! La había engañado, dejando su huella en esta habitación para atraerla aquí mientras escapaba. Pero ella sabía que no podía haber ido lejos.

Se giró para dirigirse de nuevo hacia arriba de las escaleras, entonces se detuvo un momento para examinar los cuerpos. Uno parecía como si hubiera sido asesinado por las manos desnudas de Bane. Uno estaba apuñalado por una vibroespada. Otros dos habían sido disparados con un bláster a corto alcance.

Curiosa, Zannah se abrió camino de vuelta a la habitación de arriba. Los cuerpos de aquí estaban, simplemente, rotos. Las extremidades retorcidas en ángulos grotescos, los huesos bajo la piel destrozados y astillados.

No había nada remarcable en cómo habían muerto; había visto a Bane utilizar tácticas similares muchas veces en el pasado. Zannah estaba interesada, sin embargo, en lo que faltaba. No había heridas de sable láser.

Bane había estado desarmado cuando se enfrentó a estos enemigos. Era posible que hubiera encontrado y reclamado su sable láser desde entonces. Pero si no lo había hecho —si estaba vagando por los pasillos de la prisión sin él— era vulnerable. Tan poderoso como era Bane, Zannah creía que era su igual. Y sin su sable láser virtualmente no tenía esperanzas de derrotarla.

Cerrando sus ojos y bloqueando el sonido rompedor de oídos de las alarmas, se extendió con la Fuerza una vez más. Esta vez ignoró la poderosa huella del lado oscuro que Bane había dejado en la habitación de los guardias. Sólo le llevó un par de segundos captar su rastro de nuevo. Como sospechaba, aún estaba dentro de la prisión.

Ya llego, Maestro. Y sólo uno de nosotros se irá de aquí con vida.

* * *

Set sabía que estaba cerca. Había dejado la oscuridad de los túneles sin iluminar atrás mientras había ido más y más profundo en la Prisión de Piedra, atraído hacia delante por la llamada del Holocrón de Darth Andeddu.

La sección del complejo en el que estaba ahora estaba iluminada, aunque aún parecía desierta. Había esperado toparse con alguien: una patrulla, un guardia vagando por los pasillos. Cualquiera que hubiera tomado al Maestro de Zannah debía haberlo hecho con un equipo pequeño: veinte, quizás treinta personas como mucho.

Pese a esto, se estaba preparando para un encuentro pronto. Había alcanzado un largo pasillo con una puerta cerrada de madera al final. Estaba seguro de que el Holocrón estaba dentro de la habitación del otro lado, y del todo esperaba que estuviera protegida por al menos media docena de soldados armados.

Recomponiéndose, sacó su sable láser y corrió por el pasillo, saltando hacia la puerta. La golpeó de lleno con ambos pies, golpeando la puerta hasta abrirla mientras volaba dentro de la habitación.

Muy para la sorpresa de Set, no había guardias esperándole. Los únicos testigos de su gran entrada fueron un escritorio viejo de madera y una silla. Sintió un segundo de pánico cuando no vio el Holocrón en ninguna parte en la pequeña oficina; entonces se percató de la caja fuerte construida en la pared.

Había un panel de combinación, pero Set lo ignoró. Utilizando su sable láser, simplemente cortó varios surcos horizontales y verticales en la puerta. La espada brillante excavó a través del denso metal con facilidad, reduciendo la parte frontal de la caja fuerte a varios trozos pesados que cayeron al suelo.

El Holocrón era la única cosa dentro. Set extendió el brazo lentamente, temblando ligeramente mientras envolvía sus dedos alrededor de la pirámide de obsidiana. La agarró reverentemente de la caja fuerte, acunándola con ambas manos.

Casi dejó caer su premio cuando las alarmas empezaron a sonar por toda la prisión.

Girándose hacia la puerta balanceó su sable láser, su mano izquierda aún agarrando el Holocrón. Cayó en una postura de lucha, preparándose para enfrentarse a los refuerzos que esperaba que irrumpieran en la habitación.

Durante varios segundos no se movió, escuchando por el sonido de pies corriendo o de gritos de soldados. Sin escuchar nada, cuidadosamente se extendió con la Fuerza, sólo para encontrar que estaba aún solo.

Las alarmas aún estaban sonando, y le llevó a Set un minuto darse cuenta de que no tenían nada que ver con él.

Han visto a Zannah. O su Maestro ha escapado.

Apagando su sable láser, lo volvió a anclar en su cinturón.

Nadie se va a preocupar por ti. No con un par de Lords Sith provocando el caos en una de las otras alas.

Tenía a por lo que había venido; era hora de dejar Doan. Esperanzadamente nunca tendría que volver.

Set aún pretendía pegarse al plan originar de robar una de las otras naves, antes que correr el riesgo de toparse con Zannah al volver a donde habían aterrizado su lanzadera. Sólo necesitaba mirar alrededor hasta que encontrara los hangares donde los otros navíos estaban siendo almacenados.

No debe ser demasiado difícil. Simplemente apégate a los pasillos iluminados y aléjate del camino de todos los demás. Deja que luchen mientras tú te cuelas con el verdadero premio.

Afortunadamente, eso era algo en lo que Set era muy bueno.

* * *

Las alarmas haciendo eco cazaban a Serra mientras corría bajo el largo pasillo hacia la sala de control de emergencias de la Prisión de Piedra. Introdujo el código en el panel de acceso, sus dedos apuñalando frenéticamente las claves mientras seguía mirando por encima de su hombro, temiendo que su enemigo apareciera en el pasillo tras ella en cualquier segundo.

El panel bipeó agudamente, y un mensaje de ACCESO DENEGADO salió en la pantalla.

—No, —susurró para sí misma—. No.

Cuando se había casado con Gerran, él había compartido su código de acceso personal con ella. Como el príncipe de la corona, su código se suponía que debía superar cualquier sistema de seguridad electrónico en el estado de la familia real.

Quizás el rey no confiaba en ti. Quizás lo deshabilitó cuando Gerran murió.

No, eso no era posible. El código había funcionado en todos los otros cierres aquí en la Prisión de Piedra. Sin él, nunca habría sido capaz de reactivar los generadores que alimentaban esta sección del complejo.

Trató de introducir el código de nuevo, sus dedos temblando con urgencia desesperada. Las alarmas por encima eran un recordatorio inevitable de que cada segundo que perdía hacía más y más probable que su prisionero encontrara una forma de escapar de la mazmorra antes de que la destruyera.

Una vez más, el duro bip y el mensaje de ACCESO DENEGADO fueron los únicos resultados.

Quizás el código de Gerran no funciona en esta puerta. Quizás sólo el rey está autorizado a utilizar la secuencia de autodestrucción.

Golpeando su palma contra la puerta en frustración, Serra fue incapaz de contener las lágrimas más. Derrotada, se hundió lentamente de rodillas, su cara presionada contra la fría puerta de metal.

Durante varios segundos, su cuerpo estaba doblado con jadeos irregulares, encadenados. Todo había ido mal. Lucia la había traicionado; el hombre oscuro de sus sueños iba a escapar. Todo lo que había trabajado por lograrlo se había desmoronado.

Tú no eres así.

Aunque no lo había escuchado desde hacía más de una década, instantáneamente reconoció la voz.

—¿Padre? —dijo en voz alta, aunque la fuente de Caleb no estaba en ninguna parte a la vista sino dentro de su propia cabeza.

Tú eres más fuerte que esto.

Ella asintió, sin preocuparse siquiera de si la voz que estaba escuchando no era otra cosa sino un producto de su imaginación. Bloqueando las alarmas, tomó aliento largo, profundo y cuidadosamente analizó la situación.

No tenía ningún sentido que el rey fuera el único con acceso a esta habitación. No podía esperarse que viniera aquí en persona si había un escape de prisión o un motín. Los guardias debían tener acceso. Probablemente el capitán de la guardia, también. Y si el rey confiaba a cualquiera de sus sirvientes el código, también habría confiado en su hijo.

Te estás precipitando. Cometiendo errores. Prueba de nuevo. Lentamente.

Se puso en pie y empezó a introducir el código en un tercer intento. Esta vez cuando sintió el pánico amenazando con poseer sus dedos, luchó contra él al llamar la imagen de la cara de su padre, calmada y segura. Tomando aliento lento, profundo, se tomó un cuidado extra al golpear los botones en la secuencia correcta. Durante un segundo nada ocurrió; entonces hubo un suave repiqueteo y la puerta se abrió lentamente. El alivio la inundó, y Serra trató de reírse de su propia idiotez al introducir el número mal dos veces antes de ponerlo bien. Lo que salió como un graznido estrangulado que rozaba la histeria, llevándola de nuevo al silencio.

La habitación de dentro era pequeña, con un único panel de control y otra puerta al otro lado. Más allá de la segunda puerta había un pequeño túnel que llevaba a un receptáculo pequeño de emergencia, permitiendo a cualquiera que introdujera la secuencia de autodestrucción escapar antes de que la prisión acabara aplastada.

Se aproximó a la consola y examinó los controles. Era suficientemente simple: había un botón para iniciar la secuencia de autodestrucción, un panel de números para que introdujera su código de acceso, y otro botón para confirmar la orden. Había un botón de CANCELAR en el panel de números, pero no un botón de ABORTAR; una vez que la autodestrucción fuera confirmada no había forma de detenerla. Después de eso, cualquiera en el interior tendría menos de cinco minutos para escapar antes de que las cargas conectadas a techo, paredes, y suelo detonaran en una rápida sucesión, colapsando toda la prisión.

Esto era: Su última oportunidad de detener al hombre que la había aterrorizado de niña. Su última oportunidad para librar a la galaxia de un Lord Oscuro de los Sith. Ella presionó el botón de INICIAR, y la consola se encendió en respuesta. Luego, presionó su código de acceso, lentamente, para asegurarse de que no había errores. Pero cuando la advertencia CÓDIGO ACEPTADO - CONFIRMAR SECUENCIA DE AUTODESTRUCCIÓN salió en la ventana, Serra vaciló.

Si lo hacía, su vida en Doan se habría acabado. El rey no tenía ni idea de que estaba utilizando la Prisión de Piedra para su beneficio personal; y si lo hacía, su secreto sería expuesto. Las explosiones que destruirían el complejo mandarían temblores a través de las plantas de la Mansión Real en la meseta a miles de metros por encima; todos sabrían lo que había ocurrido.

Él sabría que había puesto sus deseos y anhelos personales por encima de los de la familia real. Sus acciones casi con seguridad se considerarían alta traición: lo mejor que podía esperar sería un destierro permanente del planeta.

¿Y qué había de Lucia? Probablemente moriría en las explosiones. Aunque su guardaespaldas la había traicionado al ayudar al prisionero a escapar, ¿estaba dispuesta Serra a condenar a su amiga a muerte sin siquiera darle una oportunidad de explicar sus acciones?

Incapaz de tomar una decisión, Serra se quedó helada, su dedo flotando sobre el botón que marcaba CONFIRMAR mientras las alarmas continuaban sonando.

21

Set siempre se había sentido orgulloso de ser capaz de librarse de virtualmente cualquier apuro. Tenía un truco para librarse de las ataduras, y un talento natural para encontrar la salida de cualquier situación. Así que no se sorprendió cuando, después de menos de diez minutos, consiguió llegar al muelle de aterrizaje principal de la prisión.

Era mucho más grande que la entrada secundaria por la que habían llegado Zannah y él. Las alarmas que habían sido diáfanas dentro de los estrechos pasillos eran meramente estruendosos aquí en la enorme cámara.

Set estaba sobre un gran balcón de metal sobrevolando la habitación. Abajo podía ver cuatro navíos, espaciados a diez metros. Todos ellos parecían estar desprotegidos. Complacido consigo mismo, toqueteó el Holocrón que había metido en el bolsillo de su chaleco mientras estudiaba sus opciones.

Igual que un bufet: multitud de donde escoger.

Dos de las naves eran estándar, lanzaderas de pasajeros comunes y corrientes, sus cascos curtidos y dentados. Rápidamente los rechazó como indignos de robar. La tercera era la más grande del grupo, y parecía estar en impecables condiciones. También estaba marcada con el blasón de la familia real.

Set sonrió. Había algo incitador sobre la idea de escapar de Doan en una lanzadera propiedad del gobernante del planeta. Definitivamente tenía cierto encanto. Y entonces vio el cuarto navío.

Tenemos un ganador.

La más pequeña del lote, la nave era elegante y con estilo, con embellecedores rojos y un casco negro. El vehículo perfecto para un hombre del gusto discriminatorio de Set.

Ansioso por escapar, el Jedi Oscuro se abrió paso bajo las escaleras y por el hangar, su sable láser amarrado a su mano derecha. Cuando alcanzó su lanzadera elegida, dejó salir un silbido bajo de aprecio y extendió el brazo hacia arriba para acariciar el suave casco, oscuro.

—Se mira pero no se toca, —una voz suave de mujer susurró en su oreja.

Set quitó su mano de repente y se giró, su sable láser saltando a la vida mientras cortaba el aire vacío tras él.

Justo fuera del alcance de su ataque estaba una iktotchi en una capa negra. Su capucha estaba hacia atrás para revelar los cuernos largos curvados hacia abajo junto a su cuello y bajo su barbilla. Tatuajes negros marcaban su labio inferior, y sus dientes pequeños, puntiagudos, estaban desnudos en una sonrisa ansiosa.

Set no era alguien que normalmente evitara una pelea, no si pensaba que podía ganar. Pero había algo inquietante en su oponente de piel roja. Era prácticamente imposible ocultarse de un Jedi, aún así Set no había percibido su presencia hasta que habló.

Cuidado. Ese probablemente no es el único truco que guarda bajo la manga.

—Bonita nave, —dijo él, extinguiendo su sable láser y dejando que su mano cayera casualmente a su lado—. ¿Cuántos créditos te ha costado?

Tan pronto como las palabras salieron de su boca se abalanzó sobre ella, su sable láser reencendido grabando un patrón mortal con forma de ocho para destripar a su enemigo insospechado incluso mientras respondía a su pregunta.

La iktotchi no fue engañada. En lugar de responder a su pregunta, dio un paso rápido hacia atrás y a un lado, ágilmente evitando su ataque.

—Demasiado lento, —le amonestó ella.

Los dos adversarios se giraron para enfrentarse el uno al otro de nuevo, y Set se detuvo para considerar la situación. Tenía el Holocrón de Andeddu; todo lo que necesitaba ahora era una nave y estaría libre en casa. Pero entre él y el escape había una oponente desconocida, aunque obviamente habilidosa. No parecía estar armada, pero ella podía fácilmente tener espadas, blásters, o cualquier número de otras armas ocultas en los pliegues de su capa. Decidió que sería una buena idea tratar de hablar para salir de la situación.

—Me llamo Medd Tandar, —mintió él, tratando de proyectar un aire de noble importancia en su voz—. Estoy aquí en nombre del Consejo del Primer Conocimiento. Hazte a un lado en nombre de la Orden Jedi.

—Tú no eres un Jedi, —respondió ella.

—Ya no, —confesó Set—. Pero solía serlo.

Él cortó el aire media docena de veces con su sable láser. Giró, la espada zumbando bailando y girando, antes de acabar la demostración con una voltereta hacia atrás.

La iktotchi obviamente no estaba impresionada por su despliegue de proezas marciales, y Set se dio cuenta de que no iba a intimidarla a retroceder.

—¿Los Jedi te enseñaron algún truco útil?

—Un par, —respondió Set, empujando con la Fuerza.

Una oleada de energía cruda salió hacia su enemiga, pero Set supo al instante que algo iba muy mal. En lugar del exhilarante subidón de poder que sentía normalmente, hubo un dolor de calambre en la boca de su estómago que le hizo doblarse.

La oleada conmocionadora que debía haber mandado a la iktotchi volando a veinte metros fue reducido a poco más que un empujón fuerte. La golpeó de pleno en el pecho, pero ella simplemente absorbió el impacto cayendo en un ruedo hacia atrás que terminó con ella aún en pie.

Un par de vibroespadas cortas apareció en sus manos mientras Set se tambaleaba hacia atrás, agarrándose el estómago y tratando de no vomitar.

Con horror, se dio cuenta que estaba interrumpiendo su habilidad de atraer la Fuerza. Había visto este talento mencionado en un número de textos antiguos, pero nunca se lo había encontrado él mismo… y no sabía cómo contrarrestarlo. Su única opción era tratar de luchar a través de él.

Apretando sus dientes, se levantó. Alimentándose del dolor y su rabia acumulándose, trató una vez más de invocar el poder del lado oscuro. Sintió un pequeño arrebato en respuesta a sus esfuerzos, pero era un tintineo fino más que la inundación que había estado esperando. Aún así, era mejor que nada.

La iktotchi se lanzó con sus espadas gemelas, y Set se tambaleó de forma extraña fuera del camino, apenas evitando su ataque. Ella se movía más rápido que cualquier oponente al que se hubiera enfrentado. O quizás su habilidad de interferir con la Fuerza simplemente estaba haciéndole más lento de lo que nunca había sido. En cualquier caso el resultado era el mismo… y no era bueno para Set.

Agachó su cabeza y corrió bajo el morro de la lanzadera negra y roja del otro extremo, sabiendo que su mejor oportunidad de sobrevivir sería mantener diez toneladas de metal entre ambos.

Ya no podía verla, pero al concentrarse era apenas capaz de percibir su posición. El esfuerzo hizo girar su cabeza; era como tratar de ver con barro en los ojos.

Ella estaba acechándole lentamente, cuidadosamente trepando alrededor de la cola de la nave. Y en ese momento Set se dio cuenta de que su oponente no tenía ningún entrenamiento formal en los caminos de la Fuerza. Estaba operando por instinto. Nunca le habían enseñado las habilidades más básicas como, cómo percibir la posición de los oponentes incluso cuando estaban fuera de la vista.

Set se giró y corrió hacia uno de los otros navíos, alcanzando su nuevo escondite justo antes de que ella surgiera desde detrás de los propulsores de la lanzadera negra. Agachándose para echar un vistazo tras la tripa de la nave que estaba utilizando de cobertura, podía verla girando su cabeza de lado a lado, tratando de averiguar adónde había ido.

—Amo una buena caza, —gritó ella, sus labios curvándose en una sonrisa feral—. Es por lo que me llaman la Cazadora.

Esto no va a terminar bien.

* * *

Bane aún podía sentir los efectos que perduraban de las drogas en su sistema. Había hecho lo que podía para consumirlas con el fuego del lado oscuro, pero los Sith no eran tan adeptos como los Jedi en limpiar sus sistemas de impurezas. Los últimos vestigios de los químicos simplemente tendrían que desaparecer de forma natural con el tiempo.

Hasta entonces estaría a menos de su fuerza completa. Una fracción más lento en pensamientos y acciones, menos adepto en utilizar el poder de la Fuerza. Y aún estaba sin su sable láser.

Pese a todo esto, estaba seguro de que la victoria estaba a solo unos minutos. Las alarmas aún estaban sonando a través de la mazmorra, pero sabía que no habría guardias corriendo en respuesta a su llamada. Los pocos mercenarios que habían sobrevivido a su ataque estaban en retirada, dejando a la hija de Caleb indefensa.

A veces la venganza necesitaba ser fría y calculadora. Había veces en las que era mejor ser cuidadoso, paciente. Pero a veces la retribución no podía ser retrasada. A veces la acción necesitaba ser alimentada por la rabia y el odio; necesitaba arder con el calor de la emoción animal.

La paz es una mentira; solo existe la pasión. Con pasión obtengo fuerza. Con fuerza obtengo poder.

Podía percibir que se estaba acercando a la posición de Serra. Sus pasos se aceleraron mientras marchaba lleno de propósito bajando por el pasillo vacío hacia su venganza.

Con poder obtengo la victoria. Con victoria mis cadenas se rompen.

Había sido descuidado, débil. Había permitido ser capturado. Se había dejado convertir en una víctima. Por eso había sufrido. Pero ahora era fuerte de nuevo. Ahora era el turno de que alguien más sufriera.

—¡Des! —gritó una voz tras él por encima de las alarmas.

La mención del nombre que había dejado atrás hacía veinte años hizo que el Lord Sith se detuviera muerto a su paso. Se giró lentamente, y se encontró a sí mismo cara a cara con la mujer de piel oscura que le había ayudado a escapar.

Ella estaba respirando con fuerza, como si hubiera estado corriendo. Sus pantalones estaban rasgados sobre la rodilla izquierda; los bordes del roto estaban sangrientos. Su cara era una mezcla de emociones en conflicto: miedo, desesperación, y esperanza.

—¿Me recuerdas, Des? Soy Lucia.

Durante un segundo, Bane simplemente miró en confusión a la mujer que estaba ante él. Entonces empezó a recordar su juventud. Un tiempo en el que no era Darth Bane, Lord de los Sith, sino Des, un simple minero de Apatros.

Los recuerdos estaban enterrados profundamente, pero aún estaban ahí. Las palizas semanales de Hurst, su padre. Jornadas largas y agotadoras excavando cortosis de la roca hasta ahogarse con las nubes de polvo levantadas por su martillo hidráulico. Su escapada de la miseria de Apatros, y su asignación a los Caminantes de la Penumbra.

Era como tratar de recordar un sueño tras despertarse. Eran escenas de la vida de otra persona; no se sentían reales para él. Pero mientras llevaba atrás su mente, otros recuerdos empezaron a llegar a la superficie: largas noches sentado de vigilancia en Trandosha, marchas forzadas a través de los bosques de Kashyyyk.

Levantar a los fantasmas del pasado le llevó de vuelta la cara de Ulabore, el oficial de mando cruel e incompetente que inadvertidamente había dado a Des a los Sith y le había colocado en el camino de su verdadero destino. Pero había otras caras, también: los hombres y mujeres de su unidad, sus hermanos y hermanas de armas. Recordaba los ojos azules y la sonrisa prepotente de Adanar, su mejor amigo. Y recordaba a una soldado junior de ojos grandes, una joven francotiradora llamada Lucia.

Bane tenía inteligencia y visión de futuro. Tuvo la sabiduría y visión para redefinir la Orden Sith para que pudiera comenzar su largo ascenso, lento al dominio galáctico. Había programado y planeado casi cualquier situación concebible en la que pudiera encontrarse algún día. Aún así, nunca se había preparado para esto.

Sabía que muchos de los antiguos soldados que servían en los ejércitos de Kaan se habían convertido en mercenarios y guardaespaldas, pero nunca había considerado la posibilidad de toparse jamás con alguien que hubiera conocido antes de su transformación a través del lado oscuro. Tras unirse a los Sith, no se había permitido

preguntarse o preocuparse por lo que le había ocurrido a la gente de su pasado. Había necesitado aprender a sobrevivir solo, a no confiar en nadie salvo en sí mismo. Los lazos a la familia y a los amigos eran una debilidad, una cadena que te unía y te arrastraba.

Ahora alguien de la vida que había trabajado tanto por olvidar estaba en pie entre él y su venganza. Era un obstáculo en su camino, uno fácil de superar. Sabía que la podía hacer a un lado tan fácilmente como había despachado a los guardias de fuera de su celda.

En su lugar, preguntó:

—¿Por qué me has ayudado?

—Servimos juntos en los Caminantes de la Penumbra, —respondió ella, como si eso lo explicara todo.

—Sé quién eres, —le dijo él.

Ella vaciló, como si esperara que dijera más. Cuando no lo hizo, ella continuó hablando.

—Salvaste mi vida en Phaseera. Salvaste todas nuestras vidas. Y no sólo entonces. Estuviste ahí en cada batalla que luchamos, cuidando de nosotros. Protegiéndonos.

—Era un imbécil entonces.

—¡No! Eras un héroe. Te debo la vida una docena de veces. ¿Cómo no podía ayudarte?

Al principio pensó que era una idiota sentimental, cegada por la nobleza irracional y escupiendo tonterías estúpidas. Pero entonces se dio cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo, y todo empezó a tener sentido. Ella le había liberado esperando ganarse su favor. Estaba tras algo. Es por eso por lo que había traicionado a la hija de Caleb, por su propia ganancia personal.

—¿Qué es lo que quieres? —exigió él, las alarmas un constante recordatorio de que el tiempo se estaba agotando.

—Quiero… por favor… te lo ruego… deja vivir a Serra.

Su petición no tenía sentido. Las acciones de Lucia eran el único motivo por el que la vida de Serra estaba en peligro.

—¿Por qué? ¿De qué utilidad me es su vida?

La mujer no respondió de inmediato. Estaba buscando algo que ofrecer, pero al final no tenía nada.

—Mira en tu corazón, Des. Recuerda el hombre que solías ser. Sé que te volviste al lado oscuro para sobrevivir. Convertirte en Sith era la única forma en que podías sobrevivir. Por favor, Des; sé que parte de lo que solías ser aún vive dentro de ti.

—Mi nombre no es Des, —dijo él, su voz alzándose mientras se erguía a su altura completa de forma que se alzaba sobre Lucia—. Soy Darth Bane, Lord Oscuro de los Sith. No siento ni lástima ni gratitud ni remordimiento. Y la hija de Caleb debe pagar por lo que me hizo.

—No te dejaré hacerlo, —declaró ella, ampliando su postura y preparándose ante él.

—No puedes detenerme, —le advirtió él—. No puedes salvarla sacrificándote a ti misma. ¿Estás dispuesta a arrojar tu vida sin ningún propósito?

Lucia no se movió.

—Ya te he dicho que te debo mi vida. Si quieres tomarla ahora, estás en tu derecho.

La mente de Bane regresó a su primer encuentro con Caleb en Ambria. El sanador había estado ante él como Lucia lo hacía ahora, totalmente desafiante pese a saber que no era rival para un Lord Sith. Aún así, Caleb sabía que tenía algo que Bane necesitaba; Lucía no podía clamar lo mismo. No había nada que le detuviera de extinguir su vida en un único instante.

Empezó a reunir el lado oscuro, el poder construyéndose lentamente. Pero antes de poder desatarlo fue golpeado por una pared de fuerza tormentosa rodando de un pasillo a su izquierda. Instintivamente alzó un escudo defensivo, absorbiendo el golpe. Pese a esto, fue golpeado contra la pared contrario, perdiendo el aliento.

Lucia no tuvo tanta suerte. Incapaz de llamar a la Fuerza para protegerse, fue mandada volando por el pasillo, dando volteretas y torciéndose. Su cráneo golpeó contra la piedra media docena de veces mientras su cuerpo rebotaba en las paredes y techo, reduciéndolo a un desastre sangriento, sin forma. Su cuerpo finalmente se detuvo a treinta metros donde el pasillo hacía un abrupto giro de noventa grados.

Bane estuvo de nuevo en pie en un instante, girándose para encarar a su enemiga.

—No pudiste atreverte a matarla, —dijo Zannah, su voz llena de desdén—. Te has vuelto débil. No me extraña que trataras de violar la Regla de Dos.

Ella estaba con su sable láser de doble hoja empuñado, la empuñadura agarrada firmemente en su mano. Su brazo estaba extendido, sosteniendo el arma enfrente de ella, las hojas gemelas horizontales al suelo. Era una postura defensiva, una con la intención de protegerse de un ataque repentino de un oponente armado. Se dio cuenta de que Zannah no sabía que no había encontrado aún su sable láser.

—He vivido bajo los principios de la Regla de Dos desde que los creé, —respondió Bane—. Todo lo que he hecho ha sido de acuerdo a sus enseñanzas.

Zannah agitó su cabeza.

—Sé que fuiste a Prakith. Sé que fuiste tras el Holocrón de Andeddu. Sé que estabas buscando el secreto de la vida eterna.

—Lo hice por necesidad. Te he enseñado todo lo que sé del lado oscuro. Esperé durante años a que me desafiaras. Pero te conformaste con seguir mi sombra, con permanecer como una aprendiz hasta que los estragos de la edad me robaran mi poder.

Todos los pensamientos sobre Lucia se habían ido, barridos junto con los recuerdos de su vida pasada. La única cosa que le importaba era este enfrentamiento, por lo que sabía, el destino de los Sith dependía del resultado.

—Eres indigna de convertirte en la Maestra, Zannah. Es por eso por lo que fui a Prakith.

—No, —dijo Zannah, su voz calmada y fría—. Tú no me darías la espalda. Dijiste que estabas entrenándome para que un día te sucediera. Dijiste que era mi destino convertirme en la Maestra.

Ahora tú quieres vivir por siempre. ¡Quieres aferrarte al manto de Lord Oscuro de los Sith y negarme lo que es mío!

—Ese manto debe ser ganado, —contraatacó Bane—. Querías esperar, tomarlo por defecto.

—Tú me enseñaste la paciencia, —le recordó ella—. Tú me enseñaste a escoger el momento.

—¡No en esto! —Gritó Bane—. ¡Sólo el más fuerte tiene el derecho de gobernar a los Sith! ¡El título de Lord Oscuro debe ser agarrado, arrancado del agarre todopoderoso del Maestro!

—Es por eso por lo que estoy aquí, —dijo Zannah con una sonrisa funesta—. He encontrado un aprendiz para mí. Estoy preparada para abrazar mi destino.

—¿De verdad crees que puedes derrotarme?

Bane dejó que su mano derecha cayera sobre su cadera, fintando como si estuviera preparándose para empuñar su sable láser. Su única oportunidad de sobrevivir era engañándola de algún modo para que retrocediera.

Los ojos de Zannah parpadearon, atraídos por el sutil movimiento. Él mantuvo su mano abierta, su enorme palma completamente cubriendo el lugar donde ella normalmente sería capaz de ver la empuñadura de su sable láser anclada a su cinturón. Con su mente trató de proyectar una imagen de su arma de empuñadura curvada descansando justo bajo sus dedos vacíos.

Su aprendiz no se movió. Se quedó en una postura defensiva, su ceño fruncido como si sopesara sus probabilidades. Entonces su mirada cayó sobre la mano izquierda de Bane, temblando tan ligeramente con uno de los temblores incontrolables.

—Permitiste que te capturaran mercenarios, —dijo ella, lentamente girando su arma y dando un paso confiado hacia delante.

Bane mantuvo su posición, doblando los dedos de su mano izquierda para que se hundieran en la palma, calmando el temblor.

—No te atreviste a matar a la mujer que se puso en tu camino.

Ella dio otro paso hacia él, casualmente lanzando su sable láser de una mano a la otra. Si Bane hubiera estado armado, habría sido la perfecta apertura para lanzar un ataque repentino.

Cuando falló en hacerlo, ella inclinó su cabeza hacia atrás y se rió.

—Incluso dejaste que te atraparan en estos pasillos sin tu sable láser.

Ella dio otro paso hacia delante y Bane respondió dando varios pasos hacia atrás.

El sable láser de doble hoja empezó a coger velocidad, cortando el aire en rápidos patrones, circulares.

Tenía una última cosa que decir antes de lanzarse sobre él.

—Te ha llegado la hora, Bane.

22

Serra se quedó como si estuviera paralizada, su dedo flotando justo por encima del botón que confirmaría la secuencia de autodestrucción de la Prisión de Piedra e iniciaría la destrucción de la instalación y de todos en su interior. Había estado en esa posición exacta durante varios segundos, incapaz de presionar el botón.

¡Hazlo! ¿A quién le importa Lucia? ¡Ella te traicionó! ¡Hazlo!

La princesa tomó aliento profundamente, entonces dejó caer su mano. Pero en lugar de golpear CONFIRMAR, presionó la tecla marcada CANCELAR. Hubo un suave bip, y el teclado brillante se volvió oscuro mientras se apagaba.

No podía hacerlo. Tanto como no quería que el prisionero escapara, simplemente no podía atreverse a condenar a Lucia a muerte. La mujer mayor había sido más que su guardaespaldas; había sido la confidente de Serra y su más cercana amiga. Hiciera lo que hiciera, debía haber un motivo. Y ella le debía a su amiga averiguar qué motivo era.

Dejando los pequeños confines de la sala de control de emergencias tras ella, Serra se dirigió de vuelta al pasillo. Con las alarmas sonando, no había necesidad de preocuparse por el sonido de sus pasos anunciando su posición. Se lanzó en un brusco trote, abriéndose paso de vuelta al largo pasillo hacia las celdas donde el prisionero había estado retenido en busca de su amiga.

Él está buscándote, y no necesitará escuchar tus pasos para darte caza. ¿De verdad crees que puedes encontrar a Lucia antes de que él te encuentre?

La princesa entendía el riesgo. Pero ya había perdido a su marido y a su padre; no iba a perder a su mejor amiga también. Incluso si eso significaba enfrentarse al monstruo de sus pesadillas una vez más.

Corriendo por los pasillos del complejo, se dirigió de vuelta hacia donde la iktotchi le había contado de la traición de Lucia. Antes de que llegara, sin embargo, vio un cuerpo yaciendo delante, aplastado contra la pared donde el pasadizo se doblaba tras una esquina aguda.

—No, —susurró ella bajo su aliento mientras rompía a correr—. ¡No!

Reconoció el cuerpo de Lucia mucho antes de que se agachara ante ella. Sus brazos y piernas torcidos en ángulos bizarros, los huesos atravesándolos. Estas heridas no eran nada comparado con el trauma que había sido infligido sobre su cara y cráneo.

Conforme Serra se arrodilló sobre el cuerpo de su amiga no lloró ni una lágrima sin embargo. En lugar de pena, sólo sintió un extraño vacío en su mente.

Esto es por tu culpa. Si no hubieras estado tan empeñada en buscar venganza, no habrías traído aquí al prisionero, nada de esto habría ocurrido. Lucia aún estaría viva.

La voz de dentro de su cabeza decía la verdad, pero Serra aún no sentía nada. Era como si sus emociones, tan dañadas por las muertes de Gerran y Caleb, finalmente se hubieran apagado por completo.

Entonces fue consciente de un zumbido extraño de alta frecuencia bajo el sonido de las alarmas, no el sonido de ningún sable láser que hubiera oído nunca, y no un sonido

que sus oídos encontraran cómodo. Se levantó y caminó más adelante bajo el pasillo hacia la fuente del ruido, dejando el cuerpo roto de Lucia tras ella.

Mientras se acercaba, empezó a escuchar otros sonidos: gruñidos de cansancio, cortas exclamaciones de rabia y dolor, el golpe pesado de pies en el suelo de piedra. Ella los reconoció como los sonidos de batalla.

Sin blásters, aún así.

Alcanzando la intersección de otro pasillo, vio un parpadeo de movimiento desde el rabillo del ojo. Girándose a la izquierda vio dos figuras al otro extremo del pasadizo, a menos de veinte metros de donde estaba. Reconoció al prisionero al instante. A la segunda figura nunca la había visto antes, aún así, sabía quién era.

La mujer rubia de la que habló la Cazadora.

Estaban enfrentándose el uno al otro, claramente atrapados en una lucha intensa. El prisionero era casi dos veces el tamaño de su oponente, pero ella claramente era la agresora. La mujer estaba armada con un sable láser de doble hoja, pero el prisionero no tenía ningún arma por lo que podía decir Serra. Estaba retrocediendo alerta, sus ojos fijos en la mujer mientras se aproximaba. Estaba acercándose a él lentamente, tratando de arrinconarle y cortarle la retirada.

Justo antes de que le tuviera clavado, sin embargo, un rayo de relámpagos violeta se disparó hacia delante de su palma. La mujer contraatacó atrapando el rayo con una de las hojas de su sable láser. Absorbió la energía, emitiendo el zumbido extraño, de alta frecuencia que Serra había escuchado antes.

Los dos combatientes estaban tan concentrados el uno en el otro que ninguno se había percatado de Serra. Habría estado aterrorizada. Debía haberse dado la vuelta y huir, corriendo de vuelta por donde había venido. Aún así, sólo sintió la calma vacía que se había acomodado en ella al descubrir el cuerpo de Lucia.

Sin ninguna sensación real de urgencia, se giró y caminó de vuelta bajo el pasillo hacia donde su amiga yacía en el suelo. Agachándose, agarró a la mujer musculada por las muñecas y empezó a arrastrarla bajo el pasillo, gruñendo bajo el esfuerzo mientras caminaba hacia atrás.

Cargada con el peso, se abrió paso lentamente de vuelta a la sala de control. Los músculos en su cuello, hombros, y lumbares empezaron a palpitar casi al instante, pero Serra no se detuvo. La sensación estaba amortiguada, tan vacía y distante como sus sentimientos de pena.

Finalmente alcanzó la sala de control, pero no se detuvo en la consola de autodestrucción. En su lugar, arrastró a Lucia a través de la puerta en la parte trasera y, con alguna dificultad, la amarró en la pequeña lanzadera de escape. Entonces volvió al teclado e introdujo el código de autodestrucción. Esta vez no hubo dudas antes de que presionara el botón de CONFIRMAR.

El sonido de las alarmas cambió. En lugar del incansable *clang-clang-clang* de advertencia de un prisionero escapando, se convirtió en una sirena larga, aullando.

Serra sabía que sólo tenía un par de minutos antes de que la primera serie de explosiones comenzara, pero no podía atreverse a marcharse. No aún.

El tiempo pareció detenerse mientras estaba junto a la consola, esperando expectante. Parecieron pasar horas, aunque en verdad sólo fue cuestión de minutos. Y entonces sintió un pequeño temblor bajo sus pies… la onda de choque de la primera detonación en el nivel más profundo de la instalación. Un par de segundos más tarde fue seguida de otro temblor, y entonces otro tras ese.

Satisfecha, se giró y se dirigió hacia la lanzadera de escape. La destrucción de la Prisión de Piedra había comenzado.

* * *

La Cazadora nunca se había enfrentado a un oponente tan frustrante. Pese al sable láser en su mano, el hombre se negó a pararse y luchar. Se agachaba y corría atrás y adelante entre los cascos de las naves, moviéndose de un escondite a otro, siempre un paso por delante de ella.

Ella podía haber guardado sus vibroespadas y desenfundado los blásters gemelos anclados dentro de los pliegues de su capa, pero sabía que no le haría ningún bien. Su adversario era demasiado rápido como para que ella tuviera un tiro limpio, e incluso si lo hacía, él probablemente lo apartaría con su sable láser.

Ella captó un vistazo de él corriendo por el pasillo entre su lanzadera y la que estaba aparcada junto a ella. No le dio caza, aún así: se giró y corrió tras su propia lanzadera, tomando un camino paralelo al suyo esperando cortárselo.

Mascando el terreno con largos pasos, sin esfuerzo corrió alrededor del lateral de la nave, esperando flanquear a su oponente sin sospechas. En su lugar, llegó a un centímetro de ser decapitada mientras su sable láser llegaba volando a través del aire hacia ella.

Se dejó caer al suelo, cayendo de forma extraña hacia atrás y a un lado mientras sus piernas se disparaban de debajo de ella. La maniobra era torpe, pero le salvó la vida. La hoja mortal de energía silbó junto a su oído, cortando un trozo del tamaño del pulgar de uno de sus cuernos antes de retroceder rodando en un corto arco y volver a la mano de su oponente.

Ignorando el dolor punzante, gateó para volver a ponerse en pie, con las vibroespadas preparadas. Pero su oponente no presionó en su ventaja; desapareció de nuevo, desvaneciéndose alrededor del morro de la nave.

Su herida no era seria; los cuernos iktotchi no contenían ningún órgano vital ni arterias principales. Incluso si se seccionaban por completo la herida no amenazaría su vida, aunque sería agonizantemente doloroso. Con el tiempo el trozo que le faltaba incluso volvería a crecer, sin dejar ninguna evidencia de lo cerca que había estado de morir en el hangar.

Pero casi *había* muerto. Se dio cuenta de que su oponente era astuto; había querido que ella le viera, sabiendo que doblaría para tratar de cortarle.

Ella le había subestimado y él la había manipulando, atrayéndola hacia un error descuidado. Él había puesto una trampa y ella había caminado de pleno hacia ella. No cometería el mismo error dos veces.

* * *

Set se agachó tras una de las naves, jadeando por aliento. Hasta cierto punto había sido capaz de resistir la extraña habilidad de la iktotchi. Fue capaz de luchar a través de su habilidad de atraer la Fuerza, pero el esfuerzo le había dejado exhausto.

Y aún te enreda lo suficiente como para ser capaz de esquivar tu sable láser.

El Jedi Oscuro frunció el ceño ante el recuerdo de lo cerca que había estado de terminar con esta batalla, incluso mientras se forzaba a levantarse y a empezar a moverse de nuevo. No podía quedarse en un sitio por más que un par de segundos, no a no ser que quisiera acabar muerto. Sabía que ella sería más cuidadosa ahora; había perdido su mejor oportunidad.

La iktotchi era demasiado rápida para que él la derrotara en una lucha directa… no con ella perturbando su conexión con la Fuerza y ralentizándole. Hasta el momento había conseguido evitar una confrontación directa, pero no podía seguir corriendo mucho más. Tenía una punzada de dolor en su lateral, y sus pulmones se sentían como si estuvieran cerca de explotar. A no ser que algo ocurriera que cambiara la situación, el resultado era inevitable.

Como en respuesta a sus plegarias, hubo un cambio repentino en el sonido de las alarmas. Le llevó a Set sólo un momento averiguar lo que había ocurrido, y un nuevo plan de escape empezó a tomar forma en su mente.

* * *

La Cazadora escuchó el cambio en el sonido de las alarmas, y supo que tenían quizás cinco minutos antes de que las detonaciones empezaran, y quizás diez antes de que todo el complejo fuera reducido a escombros.

Su oponente se había percatado del cambio también.

—¿Oyes eso? —Gritó él desde alguna parte al otro lado del hangar—. Todo este sitio va a venirse abajo sobre nuestras cabezas. ¿Por qué no saltamos cada uno en una de estas lanzaderas y salimos de aquí antes de que eso ocurra?

—Aún tengo tiempo suficiente para encontrarte, —gritó ella, lentamente dirigiéndose en la dirección de su voz. Sonaba como si estuviera cerca de una de las lanzaderas al otro extremo de la habitación—. Te estás cansando, desgastándote. No durarás mucho más.

—Temía que dijeras eso, —respondió mientras salía de detrás de una de las naves, dándole una clara visión del hombre que había estado cazando.

Estaba inclinado casualmente contra el lateral de una de las lanzaderas, cerca de los propulsores en la parte trasera. Miró hacia ella pero no hizo ningún intento de esconderse. En su lugar simplemente se quedó ahí, sosteniendo su sable láser casualmente a su lado.

Alerta de caer en otra trampa, la Cazadora empezó una aproximación cautelosa. Mientras daba su primer paso, el hombre de pelo plateado echó atrás su brazo y bajó su sable láser con fuerza contra el casco de la lanzadera. Hubo una lluvia de chispas, y la espada mordió un centímetro completo en la placa reforzada exterior de la nave.

El hombre llevó atrás su brazo y golpeó de nuevo, golpeando con precisión el mismo punto, la hoja brillante clavándose incluso más profundo esta vez. Fue sólo en el tercer golpe cuando la Cazadora se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

El tercer golpe llevó el sable láser suficientemente profundo como para seccionar una de las líneas de combustible de la lanzadera. Su oponente se lanzó hacia atrás y ella se lanzó al suelo mientras una chispa encendía el líquido inflamable. Cientos de fragmentos diminutos de metal que una vez habían sido una célula de combustible fueron lanzados volando por el aire. La lanzadera se inclinó una vez, su cola saltando todo un metro sobre el suelo por la fuerza de la explosión. Una densa nube de humo negro grasiento se curvó arriba desde la grieta que el sable láser había dejado en el casco.

—¿Armas asombrosas, no te parece? —Señaló el hombre mientras ella se levantaba del suelo—. Lo cortan casi todo.

Su cara estaba cortada y arañada por los escombros que volaban, pero de algún modo —probablemente escudándose con la Fuerza— había conseguido evitar lo peor de la explosión. Antes de que pudiera responder, se había agachado alrededor de la esquina de la lanzadera, desapareciendo de vista una vez más.

Un par de segundos más tarde escuchó el inconfundible sonido del sable láser cortando a través del metal de nuevo desde el otro lado del hangar.

Ella rompió a correr, dirigiéndose en dirección al ruido. Estaba solo a medio camino cuando otra explosión la golpeó al suelo. Cuando volvió a ponerse en pie vio que una segunda lanzadera había sido deshabilitada.

Conociendo su siguiente objetivo, se giró y corrió hacia el Acechador. Ella se detuvo en corto cuando llegó alrededor de una esquina y vio a su oponente entre su lanzadera, su mano moviéndose suavemente junto al casco.

—¿Qué estás haciendo? —gritó la Cazadora.

—Todo lo que quiero es salir de aquí con vida, —explicó él—. Pero por algún motivo pareces interesada en matarme.

—Tú diste el primer golpe, —le recordó ella—. Cuando te pillé a punto de robar mi nave.

—Un simple malentendido, —dijo él, moviendo su mano para rechazar sus acusaciones—. Quedan dos lanzaderas. Tú te llevas la tuya y dejas la otra para mí, y nunca tendremos que vernos el uno al otro de nuevo.

—¿Y si digo que no?

—Entonces destruiré tu lanzadera y veremos si puedes detenerme antes de que llegue hasta la última. Apuesto a que no puedes, y entonces estaremos ambos atrapados aquí cuando estas paredes caigan aplastándonos.

—Eres un cobarde, —gritó la asesina—. Ni siquiera aguantarías y lucharías conmigo. ¿Ahora esperas que crea que te sacrificarías a ti mismo para atraparnos a ambos aquí?

—Soy realista, —explicó el hombre—. Si luchamos, estoy muerto. Si nos atrapo aquí, estoy muerto. De cualquier forma el resultado es el mismo… pero si destruyo las lanzaderas, entonces al menos te llevo conmigo.

Ella no respondió de inmediato. Era posible que estuviera diciendo la verdad: la gente hacía cosas desesperadas cuando estaba arrinconada.

Sus pensamientos agarraron la empuñadura curvada en su cinturón; él no era el único armado con un sable láser. Brevemente consideró tratar de utilizar el arma que había cogido de la mansión del Lord Sith para bloquear el ataque si intentaba dañar su lanzadera, entonces rechazó la idea. No tenía entrenamiento ni experiencia; nunca había sostenido un sable láser hasta hacía un par de días. Incluso si lo hubiera hecho, para cuando ella cruzara la distancia entre ellos el daño podía haber sido hecho.

Luego, trató de calcular sus probabilidades de llegar a la última lanzadera restante antes de que su enemigo pudiera deshabilitarla. Ella podía ser capaz de derrotarle ahí, pero tan pronto como trepara dentro de la cabina de mandos él sería capaz de correr y provocar el caos en los motores.

Finalmente, sopesó la posibilidad de que él realmente no llevara a cabo su amenaza. Incluso cuando se enfrentaban a una situación sin esperanzas, poca gente tendría la fuerza de voluntad de destruir su única oportunidad de escapar. Había una muy buena probabilidad de que estuviera fingiendo.

Pero incluso si lo estaba haciendo, ¿qué ganaba ella al tragarse el farol?

Ella no sabía nada sobre este hombre: quién era, cómo llegó aquí, o por qué se había mostrado en primer lugar. ¿Qué lograba realmente matándolo? ¿Y qué perdía dejándole ir?

La única razón por la que no se había ido aún era la creencia de que aquí era donde encontraría su destino. Si este hombre vivía o moría no tenía ninguna consecuencia en comparación a eso.

Un bum profundo tamborileante rodó por la caverna. El hombre de pelo plateado se balanceó ligeramente sobre sus pies.

—Nos estamos quedando sin tiempo, —advirtió él, lanzando atrás su brazo y cogiendo puntería.

—¡Trato hecho! —gritó ella.

—Quédate donde pueda verte, —advirtió el hombre, retrocediendo de ella cuidadosamente.

Manteniendo un ojo sobre ella, él retrocedió hasta la otra lanzadera. Desapareció alrededor del otro lado del navío. Ella le escuchó hurgar con el panel de acceso mientras pirateaba los sistemas de seguridad, seguido por el inequívoco zumbido de la rampa de

aterrizaje descendiendo. Un par de segundos más tarde reapareció, visible en el puerto de vistas de la cabina de mandos.

La Cazadora simplemente observó, sabiendo que no había nada que pudiera hacer. Al contrario que un sable láser, ni sus vibroespadas ni sus blásters eran capaces de infligir ningún daño serio en el casco de una lanzadera. Ella momentáneamente consideró empuñar el sable láser e imitar el truco que había utilizado contra ella, pero incluso si era capaz de dañar su navío, simplemente significaría que aún estaría aquí, y ella tendría que encontrar alguna forma de llegar a su propia nave antes de que él le devolviera el favor.

Los motores de la lanzadera rugieron con vida mientras se elevaba y se giraba para enfrentar la salida, flotando durante un instante justo bajo el alto techo de la cámara. Ella podía ver claramente el blasón real de Doan en el lateral, así como al hombre de pelo plateado dentro de la cabina de mandos. Él le hizo un gesto con la mano y mostró una sonrisa de autosatisfacción, y entonces los propulsores golpearon y la nave se fue, volando fuera del hangar y desapareciendo en el cielo nocturno.

Por primera vez en la vida de la Cazadora, alguien que quería matar se había ido. Aún así, sería un pequeño precio a pagar si conseguía encontrar lo que de verdad estaba buscando.

23

Zannah no estaba acostumbrada a ser la agresora. En todas las veces que ella y Bane habían luchado él había sido el que estaba presionando la acción. Su estilo de sable láser estaba construido a base de bloqueos y contragolpes, ocultándola tras su virtualmente impenetrable defensa mientras esperaba que su oponente cometiera un error.

Este enfrentamiento era completamente diferente. Aún así, aunque Bane no tenía sable láser, no significaba que estuviera indefenso. Zannah sabía que no podía simplemente lanzarse: pese a su masa, Bane era increíblemente rápido y ágil. También había aprendido tácticas de combate a corto alcance durante sus días como minero y soldado. Ella había tratado de estar alerta de dejarle acercarse lo suficiente como para agarrarla; no podía dejarle la oportunidad de utilizar su tamaño y fuerza contra ella.

También estaba su increíble comando de la Fuerza para enfrentarse a él. Las tácticas simples como empujar a un oponente por la habitación eran poco prácticas contra cualquier enemigo con un entrenamiento apropiado. Tanto ella como Bane sabía cómo rodearse con un campo invisible de energía que absorbía o repelía los trucos más básicos enseñados a cualquier Jedi o Sith. Pero Bane podía desatar rayos devastadores de relámpagos del lado oscuro de su mano casi a voluntad.

Mientras tuviera cuidado, sería capaz de evitarlos o interceptarlos con su sable láser. Esta precaución, sin embargo, permitía a su Maestro mantenerla fuera de equilibrio lo suficiente como para mantenerse con vida.

El par estaba enredado en una intricada danza. Ella barrió por lo bajo, girando y torciendo su sable láser. Él saltó alto, plantando sus pies en la pared a su lado y empujando con fuerza, mandándose en un ruedo justo más allá del alcance del arco de su espada.

De nuevo en pie, saltó hacia atrás mientras Zannah apuñalaba con su espada directamente hacia delante, manteniéndose justo fuera del alcance. Ella le persiguió bajo la longitud del pasillo, punzando y lanzando su arma y haciendo que el Lord Oscuro fuera en una completa retirada. Bane contraatacaba con explosiones cortas, concentradas, de relámpagos, apuntando a sus botas para interrumpir su paso y mantenerla fuera de equilibrio.

Zannah dio rápidos pasos titubeantes para evitar el ataque y evitar que ganara un indulto. Bane fingió como si fuera a caer a la derecha, entonces se lanzó hacia delante, dando una voltereta sobre su cabeza y extendiendo el brazo hacia abajo con una enorme mano para agarrarle la muñeca.

Ella se agachó fuera del camino, cortando con una patada mientras él aterrizaba tras ella. Bane giró, agarró su tobillo, y lanzó la bota al lateral, tratando de romper el hueso. Zannah rodó con un movimiento violento, todo su cuerpo girando en un plano horizontal. Al mismo tiempo ella llevó su sable láser de vuelta arriba por encima de su hombro para cortar el brazo de Bane a la altura del codo, pero cogiendo solo aire mientras liberaba su agarre y caía atrás una vez más.

Ella le tenía arrinconado contra la pared sin ningún sitio al que ir. Mientras se movía para apagar otra explosión de rayos que llegaba hacia ella. La atrapó con su sable láser, pero el impacto la lanzó un paso hacia atrás, dándole a Bane el sitio suficiente como para agacharse bajo su golpe de gracia y arrastrarse fuera de la pared. Habían intercambiado posiciones, cada uno enfrentándose de la forma opuesta a la que habían empezado el baile de nuevo. El flujo y reflujo de su batalla cayó en un ritmo de fintas y contraataques, su danza al tiempo de las alarmas sonando mientras ella le forzaba de vuelta arriba del pasillo por el que le había dado caza sólo unos momentos antes.

Zannah sospechaba que si sus posiciones se hubieran invertido, Bane podría haber acabado ya con el enfrentamiento. Aún así, sabía que su victoria era inevitable. Su Maestro estaba en una situación imposible. Necesitaba hacerlo todo exactamente bien sólo para mantenerla a raya otro pase. No tenía margen de error, e incluso el Lord Oscuro de los Sith no podía sustentar la perfección por siempre. La única forma en que ella podía perder era cometiendo un error descuidado.

Lo mejor que podía esperar Bane era tratar de frustrarla con sus evasivas. Pero Zannah comprendía la paciencia. Había esperado veinte años a este momento, y se conformaba con jugar su batalla tanto como fuera necesario.

Alcanzaron el final del pasillo, y Zannah pensó que tenía a Bane atrapado. Esta vez utilizó su sable láser para golpear a un lado los rayos violetas de relámpagos más que tratar de absorberlos y tambalearse. Bane aún tenía un truco más bajo la manga sin embargo.

Ella estaba a menos de un metro de distancia, su hoja ya cortando para el golpe mortal, cuando sintió todo el pelo de su nuca erizarse. Un capullo brillante morado de energía del lado oscuro envolvió a Bane, un caparazón frágil conteniendo una tormenta de puro poder.

Ella trató de retroceder pero era demasiado tarde. Mientras su espada mordía el capullo la energía fue liberada en una explosión repentina que mandó a ambos volando de espaldas. Bane golpeó con fuerza contra la pared con su espalda y cayó al suelo. Zannah fue lanzada diez metros más lejos, aterrizando con fuerza sobre el suelo de piedra.

Se levantaron en pie a la misma vez, ninguno seriamente herido. Pero aún así, Bane había conseguido frustrar su ataque y salir de una esquina.

Zannah meramente se encogió de hombros y empezó otro avance lento, sin descanso. Ella se detuvo un momento cuando el sonido de las alarmas cambió.

Supo casi al instante lo que había ocurrido. Sólo tenían un par de minutos para escapar antes de que las explosiones les enterraran vivos.

Había dos opciones: romper la batalla y huir hacia la nave, o aprovechar el viento favorable y hacer una última carga implacable hacia su Maestro. Ella no podía dejar que Bane se fuera. ¡Tenía que acabar con esto ahora!

Mientras se recomponía para cargar, Bane disparó otro rayo de relámpagos. Ella se agachó a un lado y siseó junto a su oído, golpeando la pared y mandando una lluvia de polvo y trozos de piedra.

Pese a fallar la primera vez, Bane siguió con otra explosión de la misma trayectoria exacta. Girando su cabeza para seguir la ruta de su rayo desviado, Zannah vio dónde el primero había golpeado la pared. La piedra se había desintegrado en un agujero del tamaño de un puño, revelando algo que parecía plástico brillante bajo ella.

La reconoció como la carcasa de una carga de demolición justo a tiempo de lanzarse hacia atrás, utilizando la Fuerza para escudarse de la peor parte de la explosión. Fue lanzada lejos mientras toda la pared volaba por los aires, mandando trozo enormes de piedra dispersándose por el pasadizo. El techo estaba agrietado, lanzando enormes bloques sueltos que cayeron al suelo.

Atragantándose con la nube de polvo y humo, Zannah se levantó. El pasadizo de enfrente de ella estaba completamente bloqueado por escombros y restos de la explosión. Podía percibir a Bane al otro lado de las rocas; había sobrevivido a la explosión, al igual que ella. Pero ahora estaban separados por toneladas de piedra impasables.

Ella caminó lentamente hacia la sección colapsada del pasillo y puso una mano en el borde de una de las enormes piedras que bloqueaban su camino. Incluso utilizando la Fuerza le llevaría horas despejar un camino. No había forma de negar la verdad: le había tenido, y le había dejado escapar.

Las vibraciones de otra explosión, esta lejos en alguna cámara profunda de la mazmorra, vibraron a través del suelo, recordándole que se quedaba sin tiempo. Maldiciendo su oportunidad perdida, se giró y corrió de vuelta por el camino por el que había venido, corriendo a por su nave.

Por encima, las alarmas de evacuación continuaban sonando.

* * *

Bane esperaba que su aprendiz hubiera sido cogida con la guardia baja por su táctica inesperada. Había una pequeña probabilidad de que realmente fuera asesinada por la explosión, enterrada bajo la roca colapsando. Pero mientras se levantaba tras la lucha, pudo percibir que aún estaba viva. Pese al hecho de que había estado tratando de matarle, el conocimiento le dio una pequeña medida de satisfacción. La había entrenado bien.

El objetivo principal de la explosión no era matarla, en cualquier caso. El plan desesperado era realmente la última oportunidad de Bane de escapar de una batalla que sabía que no podía ganar. En eso había tenido éxito… aunque si quería sobrevivir aún tenía que encontrar una salida de la prisión antes de que todo el lugar cayera aplastándole.

No tenía una noción real de dónde estaba en la mazmorra laberíntica. Antes de que Zannah le encontrara, había estado siguiendo a la hija de Caleb, dejando que la Fuerza le guiara sin ningún pensamiento consciente real salvo el camino que estaba tomando.

Extendiéndose con su mente, percibió que la princesa se había ido ahora. Pero Bane había masacrado a más de una docena de guardias durante su escape; tenían que tener lanzaderas en alguna parte de la instalación. E incluso si no sabía dónde encontrarlas, sabía que podía confiar en la Fuerza.

Rompió a correr, precipitándose a izquierda y derecha por pasadizos mientras se abrían sin ninguna duda o vacilación, haciendo lo que podía por ignorar el incesante ulular de la alarma de evacuación.

Durante su vida, incluso antes de haber sabido quién y qué era, había sido guiado por la Fuerza. Durante su carrera militar había llevado una vida encantadora, de algún modo liderando a los Caminantes de la Penumbra virtualmente sin un rasguño a través de algunas de las campañas de guerra más sangrientas. Él simplemente se había considerado afortunado, o bendecido con buenos instintos.

Patinó alrededor de una esquina, sus botas perdiendo tracción durante un segundo. Al mismo tiempo, sintió una onda de choque de una enorme explosión que desgarraba desde las cámaras de alguna parte lejos hacia abajo. Luchó por su equilibrio y consiguió mantenerse en pie, acelerando bajo el siguiente pasillo.

Era imposible decir si iba en la dirección correcta; las paredes de piedra sin adornar parecían la misma en cada pasadizo. Sintió las reverberaciones de una segunda explosión distante, recordándole que se estaba quedando sin tiempo. Aún así, la cuesta del pasillo le estaba llevando hacia arriba, lo que le alentaba.

Fue solo después de que empezara su entrenamiento en la Academia Sith de Korriban que se dio cuenta de que su increíble golpe de suerte había sido realmente una manifestación de la Fuerza. Incluso antes de que estuviera al corriente de su poder había actuado a través de él, dándole forma a los eventos de su vida al guiar y dirigir sus elecciones y acciones.

Aprender a dominar ese poder —a tomar el control de su destino, en lugar de dejar que él le controlara— le había permitido ascender a su posición actual. La Fuerza se había convertido en una herramienta; su poder era suyo para comandarlo y doblegarlo a su voluntad.

Pero aquí, sólo a minutos de la completa aniquilación, Bane se permitió revertir a los caminos de su juventud. Centrarse en tratar de encontrar una salida requeriría un esfuerzo y concentración que sólo le ralentizarían. No podía pensar y planear; tenía que reaccionar y esperar.

Rodeó otra esquina, corrió bajo un corto pasillo, y cargó hacia un balcón de acero que sobrevolaba una cámara enorme, de techo alto. Llegó justo a tiempo para ver una lanzadera con el blasón real de Doan alzándose y volando lejos. Por un instante pensó que la princesa podría estar a bordo. Sin embargo, cuando se extendió percibió a una presencia muy diferente pilotando el navío… alguien con una conexión poderosa al lado oscuro. Bane no podía permitir que su atención fuera atraída por el individuo misterioso que escapaba en la lanzadera, sin embargo… tenía un problema más acuciante.

Desde su punto de vista sobre el balcón podía ver claramente a la iktotchi que había liderado la emboscada contra él antes en su mansión. Iba vestida con la misma capa negra, y estaba en pie junto a una lanzadera negra y roja.

Ella había estado mirando al vehículo escapar, pero mientras aceleraba se giró para encarar a Bane. Al verle, una expresión de satisfacción surgió por sus rasgos.

—¡He estado esperándole! —le gritó ella.

La última vez que habían luchado ella le había superado; esta vez él estaba desarmado y drenado por su batalla con Zannah. Aún así, estaba bastante confiado de poder derrotarla. Sin la ventaja de la sorpresa y veinte mercenarios respaldándola, ella no era rival para él en un uno a uno. Y si ella le cortaba con sus hojas envenenadas otra vez, estaría preparado para quemar la toxina antes de que abrumara su sistema.

Bane agarró la barandilla del balcón y tiró de sí mismo por encima, ignorando el temblor causado por otra explosión del interior de la instalación.

Sus pies ya estaban moviéndose mientras golpeaba el suelo de debajo, llevándole hacia su enemiga. Para su sorpresa, la iktotchi no se retiró mientras él caía sobre ella. Ella ni siquiera empuñó sus armas. En su lugar, cayó sobre una rodilla e inclinó su cabeza, alzando sus manos con las palmas hacia arriba como si le presentara una ofrenda.

La reacción inesperada hizo que se apartara en corto un par de metros de ella. A esta distancia podía ver claramente que estaba llevando la empuñadura curvada de su sable láser perdido y lo que parecía ser su propio Holocrón en sus manos.

—Un regalo, mi lord, —dijo ella, inclinando su cabeza para mirar arriba hacia él.

—Trataste de matarme, —dijo Bane alerta, sin quitarle los ojos de encima.

—Fui contratada para capturarle, —le corrigió ella—. Sólo era un trabajo. Ahora ese trabajo ha terminado.

Extendiendo el brazo, Bane tomó la empuñadura de su mano. Sus dedos se deslizaron alrededor del agarre curvado familiar, y encendió la hoja.

La iktotchi se alzó en pie pero no mostró miedo.

—¿Por qué estás aún aquí? —preguntó Bane.

—Sabía que se había liberado, —explicó ella—. Esperaba que viniera aquí durante su escape.

—¿Tuviste una premonición de que te encontraría? —Bane estaba al tanto de que se suponía que los iktotchi tenían habilidades precognitivas, pero sólo tenía la más vaga idea de lo poderosas o precisas que pudieran ser sus visiones.

—Noche tras noche le he visto en mis visiones, —respondió ella—. Nuestros destinos están entrelazados.

—¿Y si tu destino es morir a mi mano? —preguntó él, alzando su espada.

—Ninguno de nosotros está destinado a morir en este lugar, mi lord.

Como en oposición a sus palabras, otra explosión de dentro de la instalación hizo temblar la cámara.

—¿Qué quieres de mí?

—Déjeme estudiar bajo su mando, —imploró ella, aparentemente ignorante del peligro rápidamente acumulándose de la prisión colapsando—. Instrúyame en el lado oscuro. Enséñeme los caminos de los Sith.

—¿Te das cuenta de lo que estás pidiendo? —exigió Bane.

—Mi existencia no tiene sentido, —explicó la iktotchi—. Usted puede darle propósito a mi vida. Usted puede guiarme a mi destino.

—¿Qué puedes ofrecer a cambio?

—Lealtad. Devoción. Una lanzadera para escapar de esta prisión antes de que colapse. Y la hija de Caleb.

La siguiente explosión estuvo lo suficientemente cerca como para poder oírla realmente haciendo eco por el pasillo.

—Acepto, —dijo Bane, apagando su sable láser tras un momento de consideración.

Menos de un minuto después estaban a bordo de la lanzadera de la iktotchi, abandonando la Prisión de Piedra y las últimas agonías, violentas de su destrucción tras ellos.

* * *

Zannah estaba retrocediendo sus pasos, siguiendo la larga ruta de vuelta a través de la mazmorra y arriba hacia el pequeño hangar donde esperaba que Set y su lanzadera estuvieran aún esperándola. Todo su cuerpo estaba imbuido con la Fuerza, sus piernas impulsándola tan rápido que el viento hacía que su pelo flotara tras ella.

Mientras corría podía sentir los temblores alzándose desde las profundidades de la mazmorra, cada explosión un poco más cerca que la de antes. La explosión que Bane había provocado había sido una única carga activada por su chispeante rayo de relámpagos. Estas explosiones eran de lejos más poderosas: ocho o diez cargas en proximidad todas detonando a la vez, colapsando no un pequeño sector de un pasillo sino toda una sección de la instalación.

Para cuando cruzó desde los pasillos iluminados de las áreas reabiertas de la mazmorra hacia los pasadizos oscurecidos del ala sin utilizar donde había ido por primera vez, las explosiones estaban lo suficientemente cerca como para escucharlas así como sentir las vibraciones a través del suelo. Estaban llegando con más frecuencia ahora también. En vez de cada diez segundos, irrumpían en un ritmo regular.

Ella se metió en la negrura, sin molestarse siquiera con un bastón de luz. Su aliento estaba ajado y era irregular, pero su paso nunca flaqueó. Cada músculo y nervio en su cuerpo estaba tintineando con el poder de la Fuerza, sus sentidos aumentados a niveles sobrenaturales. Ella no necesitaba ver para encontrar su camino: como un murciélago podía escuchar las alarmas haciendo eco en las paredes, suelo, y techo, pintando una imagen sonar de sus alrededores. El vibrante *bum-bum-bum* de las cargas sonó en contrapunto con el alarido de las alarmas.

Cuando irrumpió en el hangar donde su lanzadera esperaba, fue sorprendida por dos cosas. La primera era lo brillantes que las luces de su lanzadera parecían tras la total oscuridad de los pasadizos subterráneos por los que había estado corriendo. La segunda fue que Set Harth había desaparecido.

Ella siempre había sospechado que cortaría y correría, pero no podía pensar en un motivo por el que Set desaparecería dejando aún así su lanzadera atrás. Sin embargo, no

tenía tiempo de preocuparse por eso ahora. Escuchó el rugido de otra explosión, ésta tan cercana que realmente hizo que las paredes del hangar se agitaran.

Saltando dentro de la lanzadera, la encendió mientras otra detonación hizo que todo el navío se lanzara hacia atrás y hacia delante en sus riostras. Luchando por no ser lanzada de la silla del piloto, Zannah tiró hacia atrás de la palanca y la nave se elevó de la tierra. Inclinándose de forma aguda, ella la giró hacia la entrada y golpeó con su puño los propulsores.

El *Victoria* saltó hacia delante, precipitándose a través de la boca de la caverna mientras la última explosión detonaba las cargas construidas en las paredes del hangar, colapsando toda la estructura tras ella.

A salvo lejos, Zannah introdujo una trayectoria y activó el piloto automático, dejando que la nave sobrevolara por la superficie de Doan mientras trataba de recuperar el aliento. La carrera loca hacia la libertad le había dejado tanto mental como físicamente exhausta. Su cuerpo estaba cubierto de sudor, y los músculos de sus muslos y pantorrillas estaban temblando mientras colapsaba en su asiento, amenazando con tener un tirón en cualquier segundo.

Había sobrevivido, pero difícilmente podía llamar a la misión un éxito. Había dejado que Bane se le deslizara entre los dedos, y no tenía dudas de que su Maestro encontraría una forma de escapar de la destrucción de la Prisión de Piedra al igual que ella lo había hecho. Además de eso, había perdido a su aprendiz.

Ella no sabía si Set había escapado o si había perecido en la explosión, y no tenía ninguna forma fácil de averiguarlo. La conexión que había forjado con Bane durante veinte años era lo suficientemente fuerte como para extenderse a lo largo de la amplitud de la galaxia: percibiría su muerte sin importar dónde o cuándo ocurriera. Set sólo había sido su aprendiz durante un par de días. Ella le percibiría si estuviera cerca, como lo haría ella con cualquier individuo que poseyera una poderosa afinidad con la Fuerza, pero no había ningún vínculo especial entre ellos.

Pero Set era el último de sus problemas. Bane aún estaba ahí fuera, y tan pronto como encontrara otro sable láser iría a buscarla… a no ser que ella le encontrara primero.

El problema era, que Zannah no tenía ni idea de por dónde empezar su búsqueda.

24

La lanzadera de escape de la Prisión de Piedra era pequeña en tamaño y carecía de los lujos de la nave personal de la princesa, pero había sido acomodada con un hipermotor de Clase Cinco y estaba bien provisionada para el viaje interestelar. En teoría si hubiera alguna necesidad de activar la secuencia de autodestrucción de la mazmorra, también había una fuerte posibilidad de que los miembros clave de la familia real o su personal pudieran ser forzados a abandonar Doan.

En el caso de Serra esto era realmente cierto. Sólo podía imaginar los efectos políticos colaterales que había provocado. El padre del rey había desmantelado la Prisión de Piedra; oficialmente aún estaba inactiva. Su destrucción llevaría a una horda de preguntas como qué estaba pasando realmente en el complejo bajo el estado de la familia real. Cualquier investigación no encontraría nada, por supuesto: las cargas de demolición habían sido cuidadosamente diseñadas para infligir un máximo daño estructural. Cualquier operación de recuperación propuesta demostraría ser demasiado cara y poco práctica. Cuales fuera los secretos que contenía la Prisión de Piedra quedarían enterrados para siempre.

Eso no detendría los rumores y la especulación aún así. Los mineros ya desconfiaban de la nobleza; descubrir que las infames mazmorras habían sido reabiertas —incluso temporalmente— haría mala sangre y reabriría viejas heridas. La simpatía y el reclutamiento para los rebeldes aumentarían.

Su propia desaparición añadiría a la confusión, pero en la larga carrera sería mejor si ella simplemente desaparecía. Había jurado lealtad a la Casa Doan y les había traicionado, llevando problemas y desgracia a la estirpe de Gerran. Si el rey y todos los demás creían que estaba muerta, sellada para siempre bajo diez mil toneladas de roca, sería más fácil para ellos limpiar el desastre que había dejado atrás.

Incapaz de volver a su hogar en Doan, había trazado una ruta hacia el único otro lugar en la galaxia donde había conocido la felicidad. Sin embargo, mientras llevaba la lanzadera a aterrizar al borde del campamento de su padre en Ambria, no fue alegría lo que estaba sintiendo.

En el espacio de solo un par de cortos meses parecía como si lo hubiera perdido todo. Sola, confundida, y cargada de culpa, había venido aquí esperando encontrar paz… para sí misma, y para su amiga.

Era por la noche temprano; la última luz del día estaba justo desvaneciéndose sobre el horizonte mientras descargaba el cuerpo de Lucia. Dejando a su amiga suavemente en el suelo, volvió a la lanzadera y encontró una pequeña pala almacenada en los suministros de la parte trasera.

El suelo arenoso era suave, haciendo su tarea mucho más fácil de lo que lo habría sido en la mayoría de otros mundos. Incluso así, le llevó más de una hora de cavar rítmicamente antes de que la tumba estuviera completa. Tan bien como pudo, bajó el

cuerpo de Lucia en el agujero que había cavado, entonces cogió la pala y enterró a su amiga.

El calor del desierto se había desvanecido rápidamente con la puesta de sol, y una vez que sus tareas se habían acabado, el frío hizo temblar a Serra. Pero la actividad física había sido catártica. El vacío que había nublado sus pensamientos y emociones se había desvanecido.

Una ligera brisa la golpeó, y ella tembló. En lugar de ir a la lanzadera, sin embargo, cruzó el campamento y buscó refugio en la cabaña vieja y abandonada de su padre.

Dentro, se agachó en una esquina y cerró sus ojos. Podía aún sentir la presencia de su padre aquí. Incluso aunque se hubiera ido, estar en este lugar le hacía fácil recordar recuerdos: su cara, su voz. Fue capaz de encontrar consuelo en ellos, como si la fuerza y sabiduría silenciosas de su padre estuvieran de algún modo pasando desde el lugar en el que había vivido toda su vida adulta hacia ella.

Fue solo ahora que se dio cuenta lo equivocada que había estado. Caleb siempre le había advertido sobre el mal del lado oscuro, aún así, cuando llegó el momento había ignorado sus palabras. Y todo lo que había ido mal —toda la sangre que ahora manchaba sus manos— podía ser rastreada de vuelta a su propio odio y deseo de venganza.

Había empezado con la muerte de Gerran. En lugar de lamentarse y seguir adelante, se había aferrado a su pena hasta transformarla en una rabia amarga que consumía en sus momentos de vigilia. En desesperación, Lucia había contratado a una asesina para buscar venganza en su nombre esperando que pudiera de algún modo salvar a su amiga de la oscuridad que la había envuelto. En su lugar, inconscientemente había puesto en movimiento los engranajes de la caída de Serra.

La Cazadora había matado al Jedi Medd Tandar. Esto llevó a la involucración del Consejo y del rey. Cuando Lucia confesó sus acciones a Serra, debía haber estado horrorizada. Su padre lo habría estado. Ella debería haberle contado al rey sobre la asesina, dejando fuera el nombre de Lucia para proteger a su amiga. Ella podía haber evitado todo el sufrimiento que estaba por llegar con un simple acto de honestidad. En su lugar, escogió engañarle, guardándose el secreto y deleitándose en el terrible crimen cometido en su nombre.

Esa mentira había resultado en su viaje a Coruscant, donde había sabido del destino de su padre. Mirando atrás no tenía ninguna duda de que Caleb habría dado su vida antes que someterse a la voluntad del lado oscuro. Pero en lugar de honrar su recuerdo y seguir su ejemplo, dejó que su pena se retorciera y pervirtiera su sentido de justicia. Una vez más dejó que la rabia y el odio dominaran sus acciones, y Lucia fue mandada para contratar a la Cazadora para un segundo trabajo.

Cuando el hombre oscuro de sus sueños fue capturado, a Serra se le dio una oportunidad más de alejarse del abismo. Podía haberle entregado a las autoridades. En su lugar escogió aprisionarle y torturarle.

Para ese punto se había hundido tanto hasta el fondo de la oscuridad que incluso Lucia había percibido su corrupción. Su amiga había tratado de advertirle. Había

reconocido en lo que se estaba convirtiendo Serra. Pero ahora Lucia estaba muerta también.

Rabia, venganza, engaño, crueldad, odio… esos eran los caminos del lado oscuro. Desde la muerte de Gerran, Serra les había permitido dominar su vida, atrayéndola más y más lejos por el camino. Y sólo fue ahora, cubriéndose sola en la esquina de una cabaña en mitad del desierto, que entendió el auténtico precio.

El lado oscuro destruye. No puede traer paz ni consuelo; sólo trae miseria y muerte.

Caleb había entendido esto. Había tratado de enseñárselo. Pero ella le había fallado, y le había costado todo.

—Lo siento, Padre, —susurró ella, extendiendo el brazo para limpiarse una lágrima del ojo—. Ahora lo entiendo.

Lo que estaba hecho no podía deshacerse. Tendría que vivir con la carga de sus crímenes. Pero de ahí en adelante no se permitiría ser seducida por el lado oscuro de nuevo. Fuera cual fuera el destino que le aguardara, cual fuera la consecuencia o el castigo que cayera sobre ella, lo aceptaría con una calma estoica y una fuerza silenciosa.

Aún soy la hija de mi padre.

* * *

Bane estaba bien al tanto de lo cerca que había estado de morir a manos de Zannah en la Prisión de Piedra. Aún así, todavía estaba vivo, prueba de su resistente fuerza y poder. Había acabado prisionero, pero había emergido más poderoso que cuando había entrado. El Holocrón de Andeddu podía haberse perdido, lo más probable enterrado para siempre en el colapso de la mazmorra, pero ya había reclamado sus preciados conocimientos: el secreto de la transferencia de esencias. Y aunque su aprendiz aún estaba viva, él podía acabar de encontrar su reemplazo.

Estudió a la iktotchi cuidadosamente mientras hacía funcionar los controles de la lanzadera, haciendo sutiles ajustes para mantenerlos en ruta mientras dejaban el calmado vacío del espacio y descendían a la turbulencia de la atmósfera de Ambria.

Ella le había dicho que su nombre era la Cazadora, y que había pasado los últimos cinco años como una asesina contratada, perfeccionando su habilidad de identificar y explotar las debilidades en sus objetivos. Era difícil discutir los resultados; en sus breves encuentros con Bane ya había demostrado tanto una destacable ambición como un increíble potencial. Sus logros eran aún más impresionantes cuando uno consideraba que nunca se le había dado ningún entrenamiento formal en los caminos de la Fuerza. Todo lo que hacía le llegaba de la habilidad natural. Puro instinto. Poder crudo.

Su habilidad para perturbar la Fuerza en los otros sólo daba mayor testimonio de su fuerza. Nunca había sido entrenada en esta técnica rara y difícil; ella simplemente la desataba contra sus enemigos a través de la pura fuerza de voluntad: crudo pero efectivo.

Sin embargo, era su otro talento lo que de verdad intrigaba al Lord Oscuro.

—¿Cómo me rastreaste hasta Ciutric? —preguntó él mientras la lanzadera bajaba hacia la superficie desierta del planeta.

—Mis visiones, —explicó la Cazadora—. Si me concentro, me permiten ver imágenes: gente, lugares. A veces capto vistazos del futuro, aunque no siempre se cumplen.

—El futuro nunca es estático, —le dijo Bane—. Está constantemente siendo moldeado por la Fuerza… y aquellos con el poder de controlar la Fuerza.

—A veces también veo visiones del pasado. Recuerdos de lo que era. Te vi aquí en Ambria. Con una joven mujer rubia.

—Mi aprendiz.

—¿Aún vive?

—Por ahora.

En el horizonte podían ver la primer luz del sol de Ambria extendiéndose hacia ellos. Mientras los rayos amarillos brillantes caían sobre el morro de la lanzadera, Bane no podía evitar preguntarse lo lejos que las habilidades de la iktotchi podían llegar si se le daba una apropiada instrucción y guía.

Él tenía la sabiduría para interpretar eventos y prever su resultado más probable, pero raramente experimentaba auténticas visiones del futuro. Era capaz de manipular la galaxia a su alrededor, dirigiéndola inexorablemente hacia un tiempo en el que todo se inclinaban ante los Sith. Era una lucha mantener todo en curso. Sus planes a largo plazo para barrer a los Jedi y dominar la galaxia estaban en un estado constante de flujo, reaccionando a inesperadas y completamente impredecibles eventos que alteraban el paisaje social y político.

Cada vez que esto ocurría, Bane tenía que retirarse y reagruparse hasta que fuera capaz de evaluar y reaccionar apropiadamente a los cambios. Pero si la Cazadora podía aprender a dominar apropiadamente su poder, los Sith ya no se limitarían sólo a reaccionar. Podrían anticipar y predecir estos cambios aleatorios, preparándose para ellos mucho antes de que ocurrieran.

Y había incluso una mejor posibilidad. Bane sabía que el destino no estaba predestinado. Había muchos futuros posibles, y la Fuerza le permitía ver solo ejemplos de lo que podría ser. Si ella pudiera aprender a sortear a través de sus visiones, separando las diversas líneas temporales divergentes, ¿era posible que realmente pudiera controlarlas, también? ¿Podía algún día tener el poder de alterar el futuro simplemente pensando en él? ¿Podía ella utilizar el poder de la Fuerza para dar forma al mismo tejido de la existencia y hacer que sus visiones elegidas se convirtieran en realidad?

—En el hangar dijiste que estabas esperándome, —señaló Bane, ansioso por tener un mejor entendimiento de su talento—. ¿Tus visiones te dijeron que venía?

—No exactamente. Tuve una sensación de… algo. Podía sentir el significado del momento, aunque no sabía lo que ocurriría. Mis instintos me dijeron que sería beneficioso para mí esperar.

Bane asintió.

—¿Alguna vez se equivocan tus instintos?

—Rara vez.

—¿Es por eso que estamos aquí en Ambria? ¿Tus visiones… tus instintos… te dijeron que la hija de Caleb vendría aquí?

—La princesa se reunió conmigo aquí cuando me contrató para encontrarte, —respondió la asesina—. Este lugar le encanta. No necesité una visión para saber que aquí es donde huiría.

El Lord Oscuro sonrió. Era tan lista como poderosa.

Un par de minutos más tarde la nave tocó tierra al borde del campamento de Caleb, aterrizando junto a una pequeña lanzadera de escape.

Desembarcando del navío, Bane recordó el poder atrapado en la superficie de Ambria. La Fuerza había devastado una vez este mundo antes de que su poder fuera atrapado por un antiguo Maestro Jedi en las profundidades del Lago Natth. Ahora el planeta era un nexo entre el poder del lado oscuro y luminoso.

Se percató de una tumba recién excavada a un par de metros hacia un lado, pero no le dio un segundo vistazo. Los muertos no le eran de ninguna consecuencia.

Con pasos largos, llenos de propósito se abrió paso por el campamento hacia la chabola dilapidada. La Cazadora le siguió a su lado, igualándole paso a paso.

Antes de que alcanzara su destino, sin embargo, la princesa salió de la cabaña para enfrentarse a él. Estaba desarmada y sola, pero al contrario que en su último encuentro en la celda de la prisión, no percibía ningún miedo en ella esta vez. Había una sensación de serenidad en ella, una tranquilidad que le recordó a Bane a su primer encuentro con su padre.

El propio humor de Bane había cambiado también. Ya no estaba dirigido por un deseo insaciable de venganza sangrienta. En la Prisión de Piedra había necesitado atraer fuerzas de su rabia para sobrevivir y derrotar a sus enemigos. Aquí, sin embargo, no estaba en peligro. Se permitió el lujo de la cuidadosa consideración, se había dado cuenta de que no había necesidad de matarla… no si podía hacer uso de sus habilidades.

Estaban cara a cara, mirándose el uno al otro, sin hablar. Al final, fue Serra la que rompió el silencio.

—¿Viste la tumba cuando aterrizaste? Enterré a Lucia ahí anoche.

Cuando Bane no respondió, ella lentamente extendió el brazo hacia arriba y se limpió una lágrima de un ojo antes de continuar.

—Ella te salvó la vida. ¿Ni siquiera te importa que esté muerta?

—Los muertos no tienen valor para los vivos, —le dijo él.

—Era tu amiga.

—Fuera lo que fuera ya no está. Ahora no es nada más que carne y huesos descomponiéndose.

—Ella no merecía esto. Su muerte fue… sin sentido.

—La muerte de tu padre fue sin sentido, —dijo Bane—. Tenía una habilidad valiosa; dos veces salvó mi vida cuando nadie más podría haberme sanado. Si hubiera estado en

mis manos le habría dejado con vida en caso de que necesitara alguna vez sus servicios una tercera vez.

—Nunca te habría ayudado por voluntad propia, —contraatacó Serra. No había rabia en su voz, aunque sus palabras tenían el sonido acerado de la verdad.

—Pero me ayudó, —le recordó Bane—. Fue útil. Podría darte una utilidad a ti también, si compartes su talento.

—Mi padre me enseñó todo lo que sabía, —admitió ella—. Pero, como él, nunca ayudaré a un monstruo como tú.

Ella se giró para dirigirse a la iktotchi que estaba en silencio al lado de Bane.

—Si sigues a este hombre te destruirá, —advirtió ella—. He visto las recompensas que se les da a aquellos que caminan por el camino del lado oscuro.

—El lado oscuro me dará poder, —respondió la Cazadora confiada—. Me guiará a mi destino.

—Sólo un imbécil cree eso, —respondió la princesa—. Mírame. Me entregué al odio. Dejé que me consumiera. Mi deseo de venganza me costó todo y a todos los que me importaban.

—El lado oscuro devorará a aquellos que carezcan del poder para controlarlo, —estuvo de acuerdo Bane—. Es una feroz tormenta de emoción que aniquila todo a su camino. Lleva al desgaste a los débiles y a los indignos.

—Pero aquellos que son fuertes, —añadió él—, pueden cabalgar los vientos de la tormenta hasta alturas incomprensibles. Pueden desbloquear su auténtico potencial; pueden cortar las cadenas que les atan; pueden dominar el mundo a su alrededor. Sólo aquellos con el poder de controlar el lado oscuro pueden de verdad ser libres.

—No, —respondió Serra, suavemente agitando su cabeza—. No lo creo. El lado oscuro es malvado. Tú eres malvado. Y nunca te serviré.

Había un desafío silencioso en sus palabras, y Bane no percibió nada que pudiera decir o hacer para persuadirla. Por un breve momento consideró intentar el ritual de la transferencia de esencias, entonces rápidamente rechazó la idea. El ritual consumiría su forma física, y si fracasaba al poseer su cuerpo su espíritu quedaría atrapado para siempre en el vacío. Su voluntad era tan fuerte como la de su padre, y él no sabía si era lo suficientemente poderoso como para sobreponerse a ella.

No necesitaba hacer esto ahora. Aún tenía varios años antes de que su cuerpo actual fallara por completo. Era mejor esperar y tratar de encontrar a un técnico que creara un cuerpo clónico. Eso, o encontrar a alguien más joven e inocente.

—Ella no nos es de utilidad, Maestro, —señaló la iktotchi, un brillo ansioso en sus ojos—. ¿Puedo matarla para usted?

Él asintió, y la Cazadora caminó hacia delante, avanzando lentamente sobre la otra mujer. Bane percibió que a la asesina le gustaba saborear la matanza, deleitándose en el miedo y el dolor de sus víctimas. Pero Serra no hizo ningún movimiento para defenderse. No trató de correr, o de rogar piedad. En su lugar, se quedó perfectamente tranquila, dispuesta a encontrar su destino con una aceptación muda.

Reconociendo que no obtendría satisfacción de la hija de Caleb, la asesina acabó con la vida de Serra.

25

Los dedos de Zannah vacilaban sobre el panel de navegación del *Victoria* mientras ponderaba su siguiente destino. Desde que escapara de la Prisión de Piedra, había mantenido la lanzadera en una órbita de bajo nivel alrededor de Doan.

No quería volver a Ciutric. Bane aún estaba vivo y necesitaba encontrarle, pero no pensaba que él volviera a su hogar pronto.

Durante un momento había considerado dirigirse al estado de Set en Nar Shaddaa. Si estaba muerto, ciertamente no podía objetar si utilizaba su lugar como una base temporal mientras ella preparaba la caza de su Maestro. Y si resultaba que estaba allí cuando ella llegara —si de algún modo había escapado del colapso de la mazmorra de Doan— entonces Zannah tenía multitud de preguntas para él.

Sin embargo, cuanto más pensaba en enfrentarse al hombre que había elegido como su aprendiz, menos le apetecía la idea. Mirando atrás, estaba claro que Set había sido un error. Ansiosa de más por asumir el rol de Lord Oscura, se había convencido a sí misma de que era una elección aceptable. Desesperada por encontrar un aprendiz, había ignorado sus defectos obvios.

Set era un hombre peligroso —uno con el que sospechaba que tendría que tratar más tarde si descubría que aún estaba vivo— pero no encajaba para ser un Sith. Su afinidad con la Fuerza era fuerte, y voluntariamente abrazaba muchos de los aspectos del lado oscuro más interesados. Pero carecía de disciplina. Estaba consumido por las querencias y deseos del mundo que nublaban su visión mayor. Peor de todo, carecía de ambición.

Zannah lo había alentado a su servicio con una combinación de amenazas a su vida y promesas de poder. Pero había estado engañándose a sí misma al igual que a Set. Era obvio que no tenía un deseo real por dominar la galaxia. Se conformaba con su lugar en la vida, y no estaba dispuesto a hacer los sacrificios necesarios para convertirse en algo más. Y por algún motivo, había sido incapaz de verlo. Quizás tenía miedo de mirar. Quizás Set le recordaba demasiado a sí misma.

Las palabras que Bane le había lanzado cuando ella le acusó de violar la Regla de Dos todavía sonaban en su mente.

Esperé durante años a que me desafiaras. Pero te conformaste con seguir mi sombra.

¿Tenía razón? ¿Era posible que en cierto nivel ella tuviera miedo de tomar la responsabilidad de Maestra Sith? No. Ella había tratado de matarle.

Tratado y fracasado, aún cuando Bane no tenía su sable láser. ¿Era posible que en realidad no hubiera estado tratando de derrotarle? ¿Le había, alguna pequeña parte de su mente subconsciente, retenido lo suficiente como para que Bane pudiera sobrevivir hasta que viera su oportunidad de escapar?

No. Eso es lo que él quiere que piense.

Las palabras de Bane habían sido un engaño. Estaba tratando de minar su confianza, buscando cualquier filón que le permitiera sobrevivir. Pero estaba equivocado. Zannah de

verdad quiso matarle en los pasillos de la mazmorra. Y aún así, de algún modo, aún consiguió vivir.

Zannah fue forzada a admitir que había otra posibilidad, incluso más perturbadora. ¿Era Bane simplemente más fuerte que ella? Si no pudo derrotarle cuando estaba desarmado, ¿qué oportunidad tendría una vez que reclamara su sable láser?

No. Eso no tenía sentido, tampoco. Bane podía haber escapado con vida, pero su Maestro no ganó esa batalla. Su sable láser le había dado una enorme ventaja; había forzado a Bane a estar a la defensiva. ¿Así que por qué no había sido capaz de acabar con él?

Obviamente cometió un error táctico. ¿Pero cuál fue?

La cuestión le carcomía mientras se recostaba en su asiento y cruzaba sus brazos, el ordenador de navegación aún esperando su siguiente destino. Ella se mordió el labio, concentrándose. La respuesta estaba ahí; ella sólo tenía que averiguarla.

En su mente repitió el escenario, analizándolo una y otra vez. Había sido paciente, cuidadosa. Debido a eso su Maestro había sido capaz de mantenerla a raya pese a su ventaja. Pero si hubiera sido más agresiva durante el duelo, se habría abierto a un contraataque potencialmente letal.

¿Era esa la respuesta? ¿Tenía que arriesgarse a la derrota para clamar la victoria?

Zannah agitó su cabeza. No era eso. Bane le había enseñado que el riesgo siempre debía ser minimizado. Las apuestas confiaban en la suerte. Toma suficientes oportunidades y antes o después la suerte se volverá en tu contra, incluso con la Fuerza de tu par.

Y entonces llegó a ella. Había tratado de derrotarle utilizando la fuerza bruta; había luchado en la batalla con sus términos.

Ella nunca sería una igual para Bane en fuerza física. Él siempre sería superior a él en habilidades marciales. ¿Así que por qué trató de derrotarle en un combate con sable láser cuando sus verdaderos talentos recaían en otra parte?

Había caído en su trampa. Había pretendido tener un arma, sabiendo que ella vería a través de su farol. Bane había querido que se concentrara en su sable láser perdido sobre todo lo demás. Estaba incitándole a la batalla.

Utilizar su sable láser para derrotar a un oponente desarmado era el camino más simple, más obvio para la victoria… uno que Bane expertamente le había mostrado. Pero el camino más obvio rara vez era el mejor.

Bane no temía sus hojas. Sólo había una cosa que ella poseía de lo que estaba alerta: brujería Sith. Zannah podía hacer cosas con la Fuerza que Bane no podría siquiera intentar. Podía atacar las mentes de sus oponentes, volviendo sus propios pensamientos y sueños en su contra.

Durante su aprendizaje, Bane la había alentado en sus estudios de las artes mágicas. Le había dado textos antiguos llenos de rituales arcanos, instándola a expandir su conocimiento y presionar sobre los límites de su talento. Había dirigido su entrenamiento

para que pudiera alcanzar su completo potencial. Pero no se dio cuenta de lo lejos que había llegado.

Además de los tomos que su Maestro le había dado, Zannah había buscado sus propias fuentes de conocimiento Sith oculto con los años. Practicando en secreto, había progresado mucho más allá de las expectativas de Bane, aprendiendo nuevos hechizos para desatar el lado oscuro de formas que él nunca habría siquiera imaginado.

La próxima vez que nos encontremos, Maestro, te mostraré lo poderosa que me he vuelto.

Tuvo la sensación de que ese encuentro sería pronto. Bane estaba ahí fuera, en alguna parte. Planeando y planificando su próximo encuentro. Si no le encontraba pronto, sabía Zannah, entonces él la encontraría a ella.

* * *

La noche estaba cayendo para cuando la Cazadora volvió al campamento. Bane le había ordenado enterrar el cuerpo de Serra, no por un sentimiento de respeto u honor, sino simplemente para mantener alejados a los carroñeros y eliminar el cuerpo antes de que empezara a descomponerse. Para su crédito, la iktotchi no había protestado o cuestionado su orden: o entendía la necesidad o confiaba en su juicio.

Mientras ella estaba fuera, Bane había coleccionado leña de una pequeña pila de madera en la parte trasera de la cabaña y encendió un fuego para protegerse del frío. La iktotchi estaba ahora ante él, el brillo de las llamas transformando su piel roja en un naranja brillante, siniestro.

—Dijiste que querías que te enseñara, —señaló él, agachándose para atizar el fuego con un palo. Lo sostuvo con su mano izquierda, su agarre fuerte para evitar que el temblor volviera.

—Quiero aprender los caminos de los Sith.

—Si vas a convertirte en mi aprendiz, debes dejar a un lado las cadenas de tu vieja vida. Debes cortar todos los vínculos con la familia y amigos.

—No tengo ninguno.

—No serás capaz de volver a tu hogar; debes estar dispuesta a dejar atrás todas tus posesiones mundanas.

—La riqueza y los bienes materiales no significan nada para mí, —respondió ella—. Sólo ansío poder y propósito. Con poder, cualquier cosa que quieras o necesites puede ser tomado. Con propósito, tu vida tiene significado.

Bane asintió aprobándolo, atizando el fuego una vez más antes de continuar.

—Si te conviertes en mi aprendiz, quien eras cesará de existir. Debes renacer en los caminos del lado oscuro.

—Estoy preparada, mi lord. —No había error en la ansiedad de su voz.

—Entonces escoge un nuevo nombre para ti misma, como símbolo de tu nueva y mayor existencia.

—Cognus, —dijo ella tras un momento de consideración.

Bane estaba impresionado. Ella entendía que el poder no descansaba en sus espadas o en su sed de sangre, sino en su conocimiento, sabiduría, y habilidad de ver el futuro.

—Un buen nombre, —dijo él, bajando el palo y levantándose con toda su altura. Mientras lo hacía, la iktotchi cayó sobre una rodilla ante él e inclinó su cabeza.

—De este día en adelante eres Darth Cognus de los Sith, —dijo él.

—Estoy preparada para empezar mi entrenamiento, —respondió Cognus, aún sobre una rodilla ante él.

—Aún no, —dijo él, caminando junto a ella y dirigiéndose a las lanzaderas al otro lado del campamento—. Aún hay un asunto importante de que encargarse.

Cognus saltó para seguirle.

—¿Su antigua aprendiz? —adivinó ella.

¿O fue una adivinación?

Bane se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Has visto lo que ocurrirá entre yo y mi aprendiz?

—Desde que llegué a este mundo para reunirme con la princesa he soñado con ambos, —admitió Cognus—. Pero el significado no está claro.

—Dime lo que has visto, —ordenó Bane.

—Los detalles siempre están cambiando. Diferentes sitios, diferentes mundos, diferentes momentos del día o de la noche. A veces la veo muerta a sus pies, otras veces ella es la victoriosa. He tratado de darle un sentido, pero hay demasiadas contradicciones.

—El futuro de los Sith está equilibrado precariamente entre Zannah y yo mismo, —explicó Bane—. Quien sobreviva a nuestro enfrentamiento controlará el destino de los Sith, pero nuestra fuerza está demasiado igualada para que preveas el resultado.

La iktotchi no respondió, ponderando sus palabras en silencio.

Bane la dejó sola para pensar en su primera lección, continuando hacia su navío. Él pasó las tumbas gemelas sin darles un segundo vistazo.

Trepando dentro de la lanzadera, ajustó el transmisor de comunicación a la frecuencia de la lanzadera personal de Zannah y mandó una señal de emergencia codificada.

* * *

Zannah había caído en un sueño sin descanso, sólo para ser despertada por un lento, regular bip de su consola de control. Examinando la fuente, vio que era una llamada de emergencia de largo alcance. En lugar de ser anunciada a lo largo de múltiples anchos de banda, sin embargo, esta estaba llegando por el canal privado del *Victoria*. Sólo una persona aparte de ella conocía esa frecuencia.

Curiosa, descodificó el mensaje. Sólo contenía cinco palabras: Ambria. El campamento del sanador.

Su primer pensamiento fue que Bane le estaba preparando una trampa, tratando de atraerla. Pero cuando más pensaba en ello, menos probable parecía. Era obvio de quién

era el mensaje. Si estuviera preparando una trampa, ¿por qué revelarse así cuando sólo le pondría en guardia?

Quizás sólo quería que esto terminara. Antes de caer dormida, Zannah había estado pensando en lo que él le había dicho antes de su enfrentamiento en los pasillos de la Prisión de Piedra.

¡Sólo el más fuerte tiene el derecho de gobernar a los Sith! ¡El título de Lord Oscuro debe ser agarrado, arrancado del agarre todopoderoso del Maestro!

Si Bane aún creía en la Regla de Dos —si aún creía que era la clave para la supervivencia y la dominación final de los Sith— entonces este mensaje era un desafío, una invitación para que su aprendiz fuera a Ambria y terminara con lo que habían empezado en la Prisión de Piedra.

Tenía que admitirlo, era mejor que malgastar años cazándose el uno al otro por la galaxia, preparando trampas y planeando la destrucción del otro. Bane había reinventado a los Sith para que sus recursos y esfuerzos se centraran contra sus enemigos más que en los unos contra los otros. Cuando el aprendiz desafiaba al Maestro se suponía que debía decidirse en una única confrontación: rápida, limpia, y final.

Ahora, sin embargo, la Orden se había fracturado. Ya no eran Maestro y aprendiz, sino rivales compitiendo por el manto de Lord Sith. Efectivamente estaban en guerra, y mientras ambos vivieran, los Sith estarían divididos. ¿Era tan difícil creer que, por el bien de la Orden, Bane quisiera acabar con un duelo en Ambria? Si Bane aún honraba la Regla que había creado, entonces el mensaje podía ser tomado como cierto.

¿Pero qué hay del Holocrón de Andeddu?

Ella había pensado en un principio que estaba buscando la vida eterna para poder desafiar a la Regla de Dos al vivir para siempre. Ahora no estaba tan segura. ¿La inmortalidad de verdad sería una violación de los principios subyacentes de la Regla? Los secretos dentro del Holocrón podían evitar que Bane envejeciera, pero no creía que pudieran protegerle de caer en batalla. Si era lo suficientemente fuerte como para derrotarle, ella aún ganaría su lugar como Maestra, al igual que Bane había pretendido cuando la encontró por primera vez como una joven chica en Ruusan. Ahora se preguntaba si el Holocrón sólo era una salvaguardia para mantener a la Orden fuerte. Quizás Bane lo veía como una forma de protegerse contra una candidata indigna que ascendiera al trono Sith simplemente porque el Maestro se volviera débil y enfermizo con la edad.

Zannah se inclinó hacia delante y trazó una ruta a Ambria, preguntándose qué había hecho a Bane escoger el campamento del sanador como localización para su encuentro final.

El mundo estaba impregnado de energías del lado oscuro; durante la primera década de su aprendizaje Bane y Zannah habían morado allí cerca de las costas del Lago Natth. Pero no estaba llamándola de vuelta a su campamento; estaba esperándola en el de Caleb.

Dos veces el Lord Oscuro casi había muerto allí. ¿Tenía eso algo que ver con su elección de la localización? ¿O había otra explicación?

Era aún posible que fuera a ir hacia una trampa. Ambria era un mundo escasamente habitado. Sería fácil hacer los preparativos allí sin atraer atención indeseada.

Aún así, sus instintos le decían que no era lo que Bane estaba planeando. Y si sus instintos se equivocaban en algo tan importante como esto, entonces merecía lo que fuera que le esperara.

De todas formas, razonó ella mientras la nave hacía el salto hacia el hiperespacio, *esto acabará pronto.*

* * *

La noche había pasado en Ambria, dando paso al calor abrasador del día. Con la salida del sol, Bane y Cognus se habían retirado dentro del refugio de la cabaña. Ahí el Lord Oscuro se había sentado de piernas cruzadas en el suelo, meditando y reuniendo su fuerza en preparación para la llegada de Zannah.

—Ella probablemente aparezca con un ejército a sus talones, —advirtió la iktotchi.

Bane agitó su cabeza.

—Sabe que debe enfrentarse a mí sola.

—No lo entiendo.

—Los Sith solían ser tan numerosos como los Jedi. Al contrario que los Jedi, sin embargo, aquellos que servían buscaban desbancar a sus líderes. Su ambición era natural; ese es el camino del lado oscuro. Es lo que nos dirige, nos da fuerza. Aún así también puede destruirnos si no se controla apropiadamente.

Bajo los caminos antiguos, un poderoso líder podía caer por la fuerza combinada de muchos Sith inferiores trabajando juntos. Era inevitable, un ciclo que se repetía una y otra vez. Y cada vez, la Orden se debilitaba.

Los más fuertes eran asesinados, y los débiles desgarraban a los Sith con sus insignificantes guerras de sucesión. Mientras tanto, los Jedi permanecieron unidos, confiando en saber que sus enemigos estaban demasiado ocupados luchando los unos contra los otros para derrotarles.

—Descubrió una forma de romper este ciclo, —dijo Cognus.

—Ahora todo lo que hacemos se guía por la Regla de Dos, —explicó Bane—. Un Maestro, un aprendiz. Esto asegura que el Maestro sólo caerá ante un sucesor digno.

Zannah sabe que si va a gobernar en mi lugar, debe demostrar que es más poderosa derrotándome ella misma.

Cognus asintió.

—Lo entiendo, Maestro. No interferiré cuando ella llegue.

Como dándole pie, el sonido de los motores de una lanzadera rugió por el campamento. Los dos se levantaron en pie y caminaron fuera al calor del desierto justo mientras la nave de Zannah tocaba tierra.

Ella salió un par de segundos más tarde. Como Bane había predicho, estaba sola.

Él marchó para encontrarse con ella, Cognus quedándose junto a la entrada de la cabaña. Él se detuvo en el centro del campamento. Zannah se detuvo a medio camino entre las lanzaderas y donde estaba Bane ahora, mirando a la iktotchi al fondo de forma sospechosa.

—Ella no interferirá, —le aseguró Bane.

—¿Quién es?

—Una nueva aprendiz.

—¿Te ha jurado lealtad?

—Es leal a los Sith, —explicó Bane.

—Quiero aprender los caminos del lado oscuro, —gritó Cognus a Zannah—. Quiero servir bajo un verdadero Maestro Sith. Si derrota a Bane, le juraré mi lealtad.

Zannah inclinó su cabeza a un lado, estudiando a la iktotchi con cuidado antes de asentir su aceptación a la oferta.

—¿Quién está en las tumbas? —preguntó ella, volviendo su atención de nuevo a Bane.

—La hija de Caleb y su guardaespaldas, —respondió él—. Ella fue la que me aprisionó. Huyó aquí cuando la Prisión de Piedra fue destruida.

No sintió necesidad de explicar ningún detalle más. Zannah no necesitaba saber quién era Lucia, o su conexión con Bane.

—Me preguntaba por qué habías escogido este lugar para encontrarnos, —murmuró Zannah—. Pensé que podría tener algún significado simbólico para ti.

Bane agitó su cabeza.

—La última vez que estuvimos aquí estabas demasiado débil incluso para ponerte en pie, —le recordó su aprendiz—. Estabas indefenso, y pensaste que te había traicionado ante los Jedi.

Dijiste que preferías morir antes que ser un prisionero el resto de tu vida. Querías que te quitara la vida. Pero me negué.

—Sabías que aún tenía cosas que enseñarte, —recordó Bane—. Juraste que no me matarías hasta que aprendieras todos mis secretos.

—Ese día ha llegado, —le informó Zannah, encendiendo las hojas gemelas de su sable láser.

Bane empuñó su propia arma en respuesta, la hoja brillante alzándose desde la empuñadura curvada con un zumbido bajo.

Los dos combatientes cayeron en posturas de combate y empezaron a dar vueltas lentamente.

—Te he superado, Bane, —le advirtió Zannah—. Ahora yo soy la Maestra.

—Entonces demuéstralo.

Él se lanzó hacia ella, y la batalla comenzó.

26

Zannah esperaba que Bane fuera a ella de forma agresiva, pero incluso así fue cogida con la guardia baja por la ferocidad de su ataque.

Abrió con una serie de golpes altos a dos manos, utilizando su gran altura para llevar su espada cortando hacia ella desde arriba. Ella fácilmente bloqueó cada golpe, pero el impulso del impacto aplastante hizo que se tambaleara hacia atrás, lanzándola fuera de equilibrio.

Sin embargo, ella se recuperó fácilmente girando fuera del camino cuando él siguió con un barrido bajo y oscilante para cortarle por las rodillas. Ella contraatacó con un pinchazo con la punta de una de sus espadas hacia la cara de Bane, pero él agachó su cabeza a un lado y volvió con un amplio corte arqueado, con una mano a la altura del pecho.

Zannah interceptó su espada con la suya propia, inclinando su arma de forma que el impulso del ataque de Bane fuera redirigido hacia abajo, mandando la punta de su sable láser al suelo. Esto le debería haber expuesto a un contragolpe, pero él ya estaba reaccionando a su movimiento, llevando todo su cuerpo hacia delante hacia Zannah antes de que ella pudiera alzar su arma.

Su peso la golpeó, llevándola hacia atrás mientras Bane lanzaba su cuello hacia delante. Zannah lanzó su cabeza atrás justo a tiempo, y el cabezazo que le habría aplastado la cara le dio en la barbilla en su lugar.

Luchando por mantenerse en pie, Zannah alzó su arma de nuevo, girando la empuñadura de forma que las espadas giratorias formaran una pared defensiva que repeliera la siguiente media docena de golpes de Bane.

Durante sus años bajo Bane, habían luchado cientos de veces. Durante esas sesiones, ella siempre había sabido que se estaba reservando algo para el día que inevitablemente lucharan de verdad. Sólo ahora se dio cuenta de cuánto había estado conteniéndose.

Era más rápido de lo que ella podía siquiera imaginar, y estaba utilizando nuevas secuencias y movimientos poco familiares que nunca había revelado durante sus sesiones prácticas. Pero de algún modo ella había sobrevivido al vapuleo inicial, y ahora sabía qué esperar.

El siguiente intercambio tuvo un sentimiento más familiar. Bane presionó a la acción con una combinación devastadora y compleja de ataques, pero Zannah fue capaz de interceptar, bloquear, o reflejar cada uno. Su estilo defensivo era simple, pero realizado de forma correcta era casi impenetrable.

Reconociendo esto, Bane retrocedió y cambió de táctica. En lugar de una presión salvaje, incansable para abrumarle, cayó en un patrón de fintas y golpes rápidos, sondeando y pinchando sus defensas en busca de una debilidad mientras los dos se acomodaban en una larga batalla de desgaste.

Zannah había luchado contra él una vez antes, cuando aún estaba metido en su armadura de orbaliskos. Ella lo recordaba como luchar contra una fuerza de la naturaleza:

los parásitos quitinosos cubriendo todo su cuerpo eran insensibles a los ataques de sable láser, permitiéndole atacar con pura ira animal. Había sobrevivido a ese encuentro sólo por convencer a Bane de que no le había traicionado, y al final él la había dejado vivir.

Su estilo entonces había sido bruto y simple, aunque innegablemente efectivo. Ahora, sin embargo, su técnica era más avanzada. Incapaz de simplemente cargar descuidadamente hacia delante, había desarrollado un estilo impredecible, aparentemente aleatorio. Cada vez que pensaba que podía anticipar de dónde vendría el siguiente ataque, él cambiaba de táctica, perturbando el ritmo de la batalla y haciéndole ceder terreno.

Ella estaba siendo llevada atrás en una lenta retirada, y se dio cuenta que él la estaba llevando hacia las lanzaderas, esperando clavarla contra el casco de metal sin lugar al que ir. Zannah se conformó con seguirle el juego, dando rápidos pasos, cuidadosos hacia atrás sobre el terreno suave, arenoso, mientras empezaba a reunir su poder.

La clave era la sutileza. No podía dejar a Bane percibir lo que estaba haciendo o se lanzaría a otro vapuleo salvaje de ataques, forzándola a concentrar toda su energía en mantenerle a raya. Ella tenía que darle la ilusión de que él estaba controlando la acción, cuando de hecho ella sólo estaba a un par de segundos de desatar una explosión de brujería del lado oscuro que desgarraría su mente.

Bane rodeó ampliamente tratando de llegar sobre su flanco izquierdo. Zannah simplemente alteró el ángulo de su retirada, dando varios pasos más hacia atrás para mantenerle a una distancia simple mientras ella bateaba un par de cortes y golpes simbólicos.

Con su atención dividida entre el enemigo enfrente de ella y el hechizo Sith que estaba preparando para lanzar, Zannah no se dio cuenta de lo cerca que estaba de las tumbas recién cavadas. Su talón se topó con el terreno irregular mientras retrocedía, lanzándola fuera de equilibrio mientras caía de forma extraña al suelo y aterrizaba sobre su espalda.

Bane estuvo sobre ella en un instante, su sable láser cortando violentamente, sus pesadas botas pateando y pisando a su cuerpo bocabajo. Zannah se agitó y giró en el suelo, su sable láser oscilándose desesperadamente para bloquear la espada de Bane. Sintió un crujido agudo mientras la punta de su bota la atrapó por las costillas, pero ella rodó con el impacto y consiguió acabar de nuevo en pie.

Su visión estaba borrosa con estrellas, el dolor disparándose por su lado izquierdo con cada jadeo mientras trataba de recuperar el aliento. Bane no abandonó, llegando a ella con un asalto frenético. El siguiente par de segundos fueron un borrón mientras Zannah confiaba puramente en los instintos entrenados durante veinte años para bloquear la oleada de golpes, milagrosamente evitando que aterrizara un golpe letal.

Zannah se lanzó a una voltereta hacia atrás, lanzando la cabeza sobre los tobillos tres veces en una rápida sucesión sólo para poner algo de espacio entre ella y Bane. Antes del cuarto ella de repente se detuvo y se agachó, lanzándose hacia delante con su sable láser como una lanza para empalar a su oponente mientras cargaba contra ella en persecución… sólo que Bane no estaba ahí.

Anticipando su movimiento, se había detenido a varios metros de distancia.

Apretando sus dientes contra el dolor de su costilla rota, Zannah se alzó en pie. Bane no la había matado, pero su supervivencia había llegado con un precio significante. Estaba cansada ahora, la lucha desesperada para escapar tras tropezar en la tumba la había empujado un paso más cerca al cansancio físico. Sintió la costilla rota con cada respiración ajada, y percibió que la herida le haría más difícil pivotar y girarse, limitando la eficiencia de sus maniobras defensivas.

Ella no podía esperar más. Quería sorprender a Bane, lentamente reunir sus fuerzas antes de liberarlas para que no fuera capaz de defenderse contra ello apropiadamente. Pero sabía que no podía sobrevivir a otro choque de sables láser.

Abriéndose al poder del lado oscuro, Zannah se extendió y tocó la mente de su Maestro.

* * *

Bane percibió el ataque, preparándose.

Había alentado el entrenamiento de Zannah en la brujería Sith, sabiendo que podría serle de buena utilidad contra él algún día. Si resultaba que no era lo suficientemente fuerte como para sobrevivir, entonces no era digno de ser el Lord Oscuro de los Sith.

Eso no significaba que no estuviera preparado, sin embargo. La brujería del lado oscuro era compleja; atacaba la psique de formas que eran difíciles de explicar y aún más difícil defenderse de ellas. Bane no tenía talento para ello, aún así había hecho lo que podía para estudiar las técnicas. Lo que había aprendido era que el único contraataque real era la fuerza de voluntad de la víctima.

El asalto de Zannah empezó como un dolor agudo en su cráneo, como un cuchillo caliente apuñalando directamente en su cerebro antes de hundirse para cortar los dos hemisferios por la mitad. Entonces el cuchillo explotó, mandando un millón de fragmentos ardiendo en cada dirección. Cada uno se hundió en su subconsciente, buscando miedos y pesadillas enterrados sólo para liberarlos y sacarlos a la superficie.

Bane dejó salir un grito y cayó de rodillas. Cuando se levantó el cielo estaba denso con un enjambre de horrores voladores. Sus alas estaban desgarradas y raídas, capas de cuero de piel colgando de los huesos expuestos. Sus cuerpos eran pequeños y deformes, sus piernas retorcidas terminando en garras largas, afiladas. Su carne era de un amarillo enfermizo: el mismo color de las caras de los mineros que habían muerto en Apatros tras ser atrapados en una cámara llena de gas.

Sus rasgos eran inhumanos, pero sus ojos ardientes eran inconfundibles: cada criatura le estaba mirando con la mirada llena de odio de su padre abusón. Como uno, volaron abajo hacia él, sus bocas chirriando un grito que sonaba como el nombre de su padre: *¡Hurst, Hurst, Hurst!*

Balanceando su sable láser salvajemente a la manada de demonios, Bane se agachó al suelo, su mano libre alzándose para cubrir su cara y protegerse de las garras agarrándose

a sus ojos. Mientras el enjambre le envolvía, captó un vistazo de Zannah en pie a un par de metros, su cara congelada en una máscara de intensa concentración.

Bane sabía que era un truco; las bestias no eran reales. Sólo eran ficciones de su imaginación nacidas de los recuerdos reprimidos de su infancia, sus mayores miedos manifestados en forma física. Pero había conquistado esos miedos hacía tiempo. Había convertido su miedo a su padre abusón, en rabia y odio, las herramientas que le habían dado la fuerza para resistir y finalmente escapar de su vida en Apatros.

Sabía cómo derrotar a estos demonios, y golpeó atrás. Desatando un grito primitivo, canalizó su terror en pura ira y cortó con el lado oscuro. Destrozó el enjambre en una explosión de luz violeta desgarradora, totalmente obliterándolos.

* * *

Zannah observó mientras Bane se agachaba contra el suelo, su sable láser oscilando salvajemente contra fantasmas invisibles, pero no dejó que su concentración flaqueara. La mente de Bane era fuerte; si abandonaba aunque fuera un instante podría liberarse del hechizo.

Durante un segundo pensó que había ganado mientras Bane dejaba salir un grito, pero la explosión de energía que siguió la mandó retrocediendo hacia atrás.

Recuperando su equilibrio vio que Bane estaba en pie de nuevo, y sabía que había resistido el hechizo. Pero aún tenía una sorpresa más para su Maestro.

De nuevo se abrió al lado oscuro. Esta vez, sin embargo, no atacó a Bane directamente. En su lugar, lo dejó fluir a través de ella, atrayéndolo del suelo y la piedra de la misma Ambria. Ella llamó al poder enterrado durante siglos, invocándolo a la superficie en zarcillos afilados de humo oscuro serpenteando de la arena.

Los finos zarcillos reptaron por el suelo, alcanzándose los unos a los otros, entretejiéndose en tentáculos retorciéndose de varios metros de largo.

Entonces, en respuesta a su orden silenciosa, los tentáculos se alzaron y se lanzaron a su enemigo.

* * *

Bane vio la extraña niebla negra reptando por el suelo y supo que no era una ilusión. De algún modo Zannah le había dado sustancia y corporeidad al lado oscuro, transformándolo en media docena de esbirros sombríos, como serpientes alzándose del suelo.

De repente los zarcillos volaron hacia él. Él cortó con su sable láser para cortar al más cercano por la mitad, pero la espada simplemente pasó a través de la niebla negra sin efectos. Bane se lanzó a un lado, pero la punta del tentáculo aún se frotaba contra su hombro izquierdo.

El material de sus ropas se fundía como si hubiera sido salpicado de ácido. Un trozo de carne de debajo simplemente se disolvió, y Bane gritó de agonía.

Una vez, los orbaliskos se habían fusionado a su cuerpo con un compuesto químico abrasador tan intenso que casi le había vuelto loco. Hacía diez años se los habían eliminado cuando la carne de Bane había sido literalmente cocida por una explosión concentrada de sus propios relámpagos violetas. Durante su interrogatorio, Serra le había bombeado una droga que se sentía como si le estuviera comiendo vivo desde el interior. Pero el dolor torturador que sintió por el mero toque del zarcillo del lado oscuro era distinto a cualquier cosa que Bane hubiera experimentado antes.

El daño estaba lejos de amenazar su vida, pero casi hace que Bane cayera en shock. Cayó con fuerza al suelo, su mandíbula suelta y sus ojos en blanco. Su mente estaba retrocediendo ante el breve contacto. El dolor radiaba a través de cada nervio de su cuerpo, pero lo que sintió iba más allá de cualquier sensación física. No era el calor crudo del lado oscuro sino el vacío frío de la propia nada esparciéndose a través de él. Tocaba cada sinapsis en su mente, se agarraba al núcleo de su espíritu. En ese instante saboreó la completa aniquilación, y sintió el verdadero horror de la nada absoluta.

De algún modo consiguió permanecer consciente, y cuando el siguiente tentáculo se enrolló fue capaz de luchar por ponerse en pie y rodar fuera del camino.

Su hombro herido aún estaba palpitando, pero la oscuridad vacía que había amenazado con abrumarle se había desvanecido, permitiéndole ignorar el dolor.

Los zarcillos se estaban amasando para otro asalto, moviéndose más rápido mientras Zannah los alimentaba con un flujo regular de poder. Bane desató relámpagos violetas de sus dedos, pero cuando los rayos golpearon a las formas negras fibrosas fueron absorbidos sin ningún efecto aparente. Estaban hechos de pura energía del lado oscuro, y no había forma en que pudiera dañarlos.

Eso le dejaba con sólo una opción: matar a Zannah antes de que los tentáculos le mataran a él.

Liberó otra explosión de relámpagos hacia su aprendiz. Ella captó los rayos con su sable láser, haciéndolos inútiles. Pero su reacción fue una fracción más lenta de lo normal, y Bane supo que era más que sólo las costillas heridas. El esfuerzo por mantener los zarcillos animados estaba presionando la habilidad de Zannah de atraer la Fuerza hacia sus límites, dejándola vulnerable en otras áreas.

Con el sable láser en mano, Bane cargó hacia ella. Los zarcillos volaron para interceptarle, pero Bane se agachó, saltó, y esquivó, abriéndose paso bajo, sobre y alrededor de ellos mientras caía sobre Zannah.

Ella levantó su sable láser para defenderse contra su ataque, pero sin todo el poder de la Fuerza tras ellos, sus movimientos eran raros y torpes. Ella bloqueó el golpe, pero no reaccionó lo suficientemente rápido mientras Bane caía y golpeaba sus pies de debajo de ella con un barrido de su pierna. Mientras caía él torció la empuñadura de su sable láser de forma que su espada captó una de las suyas, haciendo escapar la empuñadura de su agarre y mandando su arma volando por el campamento.

Con su enemiga desarmada e indefensa a sus pies Bane bajó su brazo para dar el golpe de gracia, sólo para que fuera interceptado a medio barrido por uno de los zarcillos del lado oscuro. Se envolvió alrededor del codo. Piel, músculo, nervios y hueso disueltos instantáneamente, cortando la extremidad.

Su antebrazo sin cuerpo y su puño se tambalearon sin hacer daños al suelo, su sable láser apagándose mientras la empuñadura se deslizaba de sus dedos repentinamente sin enervar. El Lord Oscuro no gritó esta vez; el dolor era tan intenso que le dejó mudo mientras colapsaba en el suelo.

Todo se volvió negro. Ciego y solo, sintió el vacío acercándose. En desesperación extendió el brazo con su mano izquierda, agarrando la muñeca de Zannah mientras ella yacía en el suelo junto a él. Con su última acción, invocó todo su poder restante e invocó el ritual de transferencia de esencias.

Trabajando a la velocidad del pensamiento, su mente toqueteó las corrientes de la Fuerza, agarrándose al poder del lado oscuro, girando, dando forma, y retorciéndose en los patrones intricados que había desgarrado del Holocrón de Andeddu.

La fría oscuridad tragándoselo se desvaneció, reemplazada por una explosión abrasadora de luz carmesí mientras el poder del ritual era liberado. Bane estaba al tanto de que su carne estaba siendo totalmente consumida por el inimaginable calor, reducida a cenizas en milésimas de segundo. Pero ya no era una parte de su propio cuerpo. Su espíritu lo había descartado como un viejo cascarón a favor de uno nuevo.

Bane estuvo de repente totalmente consciente de sus alrededores físicos. Podía ver con los ojos de Zannah, podía escuchar con sus oídos. Podía sentir el intenso calor del brillo carmesí del ritual a través de su piel. Pero Zannah aún estaba ahí también. Ella percibió su asalto; podía sentir su terror y confusión como si fuera el suyo propio. Y cuando gritó de horror él gritó con ella.

Los zarcillos negros se desvanecieron mientras su concentración se hacía pedazos, desapareciendo como humo al viento. Instintivamente, ella luchó para repeler al invasor. Bane podía percibirla empujándole, rechazándole, tratando de sacarle fuera incluso mientras él incansablemente trataba de forzar su camino hacia el interior y desvanecerla de la existencia.

Se convirtió en una batalla de voluntades, sus dos identidades atrapadas juntas dentro de la mente de Zannah, agarrándose por la posesión de su cuerpo. Se tambaleaban en el precipicio del vacío, Bane buscando obliterar todo rastro de su identidad mientras que ella buscaba llevarle abajo a la negrura.

Por un momento parecieron estar igualados, sin ninguno ganando ni cediendo terreno. Y entonces de repente se acabó.

27

Desde una distancia segura la iktotchi había observado a las dos figuras de sus sueños combatir. Era una observadora imparcial, sin tener preferencias de cuál emergería victoriosa. Ella sólo quería servir a quien demostrara ser más fuerte.

El conflicto había sido breve pero intenso: se había maravillado ante la velocidad de sus espadas, sus movimientos tan rápidos que apenas podía seguir la acción. Había percibido el increíble poder de la Fuerza desatado a través de explosiones de relámpagos y los siniestros zarcillos que reptaban desde el suelo. Tembló en anticipación con el conocimiento de que ella también, algún día, aprendería a cargar con tal poder.

Había visto a Bane tirar a la mujer al suelo y golpear lejos su arma, sólo para que su brazo fuera cortado por el toque de uno de los tentáculos negros. Y entonces hubo un flash tan brillante que había sido forzada a cerrar sus ojos y apartar la mirada.

Cuando volvió a mirar, Bane no estaba, su cuerpo reducido a una pila de cenizas. La mujer rubia aún yacía en el suelo, mareada pero viva. Los zarcillos mortales no estaban a la vista.

Cuidadosamente se aproximó a la escena. El brazo cortado de Bane yacía en el suelo, pero el resto de su cuerpo había sido consumido por el brillo carmesí. En el instante antes de que apartara la mirada, sin embargo, había sentido algo.

Incluso desde una distancia, había percibido una increíble explosión de poder, el mismo poder que había percibido en el propio Bane. No sabía cómo era posible, pero casi parecía como si la energía vital del Lord Oscuro se hubiera liberado de su forma física en un instante glorioso, liberándose del mundo material. Entonces, tan repentinamente como había percibido la presencia, se había ido, desvaneciéndose como un animal ocultándose bajo tierra.

Loco como podía parecer, sólo había un lugar donde podía imaginar que podía haber ido.

La mujer en el suelo se alzó, sus ojos abriéndose mientras se levantaba lentamente en pie. Se movió de forma extraña y no parecía erguirse recta, como si estuviera poco familiarizada con cómo funcionaban sus propias extremidades y músculos… aunque simplemente podía ser el resultado del cansancio de la batalla.

Ella agitó su cabeza rubia de lado a lado, y el movimiento pareció restaurar algún sentido de su equilibrio. Poniéndose recta y alta, se giró y fijó a la iktotchi con una fría mirada.

Sabiendo lo dementes que sonarían sus palabras, Cognus vaciló antes de preguntar.

—¿Lord Bane?

—Bane ya no está, —respondió la mujer, su voz confiada y fuerte—. Soy Darth Zannah, Lord Oscura de los Sith y tu nueva Maestra.

La iktotchi cayó sobre una rodilla, doblando sus manos en súplica e inclinando su cabeza.

—Perdóneme, Maestra.

—¿Cómo te llamas? —exigió Zannah.

—Soy… Darth Cognus. —Casi había respondido la Cazadora, pero consiguió detectar su error justo a tiempo—. Bane me hizo tomar el nombre para simbolizar mi nueva vida como aprendiz Sith.

—Entonces tu entrenamiento ya ha empezado, —respondió Zannah—. ¿Explicó la Regla de Dos que guía nuestra Orden?

—Empezó. Pero no hubo tiempo para ninguna lección real antes de que llegara, —admitió ella.

—Yo te enseñaré la Regla de Dos y los caminos de los Sith, —prometió Zannah—. A su tiempo, te lo enseñaré todo.

—Álzate, Cognus, —añadió ella, y la iktotchi hizo lo que le ordenaron.

Zannah se giró de ella y caminó para coger su sable láser de donde había caído en el suelo.

—Finalmente construirás tu propio sable láser, —dijo Zannah, hablando pero sin girarse para mirarle—. Por ahora, toma el de Darth Bane.

Cognus agarró la empuñadura curvada del sable láser de Bane del suelo, impávida por la horripilante extremidad cortada que descansaba a sólo un par de centímetros de distancia.

—Bane reinventó los Sith, —explicó Zannah, poniéndose en pie con su espalda hacia su aprendiz mientras miraba a través de la vasta extensión, vacía del desierto de Ambria—. Nosotras somos su legado, y aunque se ha ido, su legado resistirá.

—Ahora yo soy la Maestra, y tú eres mi sucesora escogida. Un día te enfrentarás a mí al igual que yo me he enfrentado a Bane, y sólo una de nosotras sobrevivirá.

Ese es el camino de nuestra Orden. Un individuo puede morir, pero los Sith son eternos.

—Sí, Maestra, —respondió Cognus.

No pudo evitar darse cuenta de que, mientras estaba hablando, Zannah continuamente estaba apretando y aflojando los dedos de su mano izquierda.

EPÍLOGO

Set Harth era demasiado listo como para volver a su estado en Nal Hutta. Si Zannah hubiera sobrevivido a la destrucción de la Prisión de Piedra sólo era cuestión de tiempo hasta que fuera allí a buscarle, y no tenía deseos de toparse con ella de nuevo.

Afortunadamente, Set había construido su vida bajo el principio subyacente de que tuviera que estar a la huida en cualquier momento. Tenía otras mansiones en otros mundos, desde Nar Shaddaa hasta la propia Coruscant, y al menos una docena de identidades falsas que podía asumir si no quería ser encontrado. No se preocupaba por Zannah, no cuando tenía algo mucho más interesante justo enfrente de él.

Estaba sentado de piernas cruzadas en el suelo de la lanzadera que había robado de la Prisión de Piedra, el Holocrón de Andeddu descansando en una pequeña mesa a un par de metros de distancia. Toda su atención estaba concentrada en la pequeña figura holográfica siendo proyectada desde la cima de la pirámide negra.

—Te llevará años aprender las lecciones que debo enseñarte, —le advirtió el guardián, sus rasgos esqueléticos serios y funestos—. Debes demostrar ser digno antes de que te revele el ritual de la transferencia de esencias.

—Por supuesto, Maestro, —dijo él asintiendo ansioso—. Lo entiendo.

Se había quejado bajo la tutela del Maestro Obba y los Jedi. Había sentido serias reservas sobre servir de aprendiz bajo Zannah. Pero Set estaba más que dispuesto a hacer lo que fuera que el guardián requiriera de él.

Para empezar, sabía que sólo tenía que responder ante el guardián cuando el Holocrón estuviera activo. Al contrario que con un Maestro vivo, Set era el que decidiría dónde y cuándo empezaría cada lección.

Más importante, aún así, el Holocrón le estaba ofreciendo algo que realmente quería. Zannah había tratado de tentarle con promesas de poder y la oportunidad de destruir a los Jedi y dominar la galaxia. Pero Set ya tenía poder más que suficiente para obtener lo que necesitaba de la vida.

Además, eres encantador, listo, y atractivo. ¿Qué más podría pedir nadie?

La última cosa que quería era dominar la galaxia. Deja que los Jedi y los Sith luchen en su guerra sin fin. El resultado no hacía ninguna diferencia para él. Él era un superviviente; todo lo que quería era vivir una vida larga y próspera. Y si aprendía los secretos de la transferencia de esencias, su vida sería muy larga ciertamente.

Tendría que tener mucho cuidado, por supuesto. Nunca atraer demasiada atención hacia sí mismo. Tratar de no cruzarse con los Jedi o con gente poderosa como Zannah.

No hay problema. Básicamente, simplemente haz lo que ya estás haciendo.

Eso, y proteger el Holocrón como si su vida —su larga, larga vida— dependiera de ello.

—¿Estás preparado para empezar tu primera lección? —preguntó el guardián.

—No tiene ni idea, Maestro, —respondió Set con una sonrisa irónica—. No tiene ni la más absoluta idea.

SOBRE EL AUTOR

DREW KARPYSHYN es el autor de best sellers del New York Times de Star Wars: Darth Bane: Camino de Destrucción y su secuela, Star Wars: Darth Bane: Regla de Dos. También escribió la serie de novelas aclamada de Mass Effect, y es un escritor/diseñador de videojuegos ganador de premios para BioWare. Tras pasar la mayor parte de su vida en Canadá finalmente se cansó de los inviernos largos, fríos y se dirigió al sur en busca de un clima más apropiado para jugar al golf todo el año. Ahora vive en Texas con su mujer, Jennifer, y su gato.

LIBROS DE DREW KARPYSHYN

Baldur's Gate II: Trono de Bhaal

Temple Hill

Mass Effect: Revelación
Mass Effect: Ascensión

Star Wars: Darth Bane: Camino de Destrucción
Star Wars: Darth Bane: Regla de Dos
Star Wars: Darth Bane: Dinastía del Mal

Notas

[1] Prisioneros De Guerra. <<